EL POZO DE LOS SECRETOS

ANGUS M. GAMBOA



Título: EL POZO DE LOS SECRETOS

©2023, ANGUS M. GAMBOA

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del titular del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Dedicado a mi madre, que para eso me ha parío.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
EPÍLOGO



CAPÍTULO 1

MARÍA.

—¡Por los clavos de Cristo!

Sí, tendré que ir el domingo a misa para confesarme. Últimamente soy muy asidua a maldecir y a frases no propias de una mujer. Y se me vienen a la mente más insultos, pero no los pronuncio. Lo mismo es verdad que existe el infierno o el purgatorio, y por decir lo que no debiera, bailaré con el diablo.

¡Malditos bandidos! Estoy cansada de dar vueltas por estos montes y no hay rastro de ellos. Agudizo los oídos para poder escuchar algún ruido mientras observo con atención cualquier movimiento y las aletas de mi nariz se abren y cierran intentando oler algo, aunque solo sea un mínimo rastro de humo.

Bajo de mi yegua española que relincha inquieta, mueve sus patas incesantes como queriendo huir, como si oliera a peligro. Me deshago de los guantes de cuero y acaricio el morro de Canela. Susurro palabras que puedan calmarla, el animal está cada vez más nervioso.

Ato las riendas al tronco de un fino árbol, me extraña tanto silencio. Doy media vuelta mientras sigo inspeccionando el paraje. Nada particular, nada que me alerte.

Lo que sí me preocupa es el dolor en el trasero por tanto trote, instintivamente me llevo una mano y lo acaricio para aliviar mi malestar.

Vuelvo a maldecir, estoy lejos, media hora a caballo desde casa para no encontrar nada. Y el dolor no pasa, no disminuye. Resoplo angustiada, bonita idea la mía de venir hasta aquí para encontrarme con un solitario lugar.

Río por lo bajo, pensar en infierno y purgatorio cuando estoy en busca de unos bandidos, no es usual. Bueno, tampoco lo es estar buscando malhechores casi anocheciendo en medio de la nada.

El crujir de unas ramas hace que todo pensamiento salga de mi mente, quieta como una

estatua observo con atención cada árbol, matorral y roca que se me cruza por la visión. Otro crujir. Lo mismo es un animal, un jabalí, por ejemplo.

—¡Ay, Dios!

¿Un jabalí? ¿Tengo miedo a un jabalí y no a un grupo de guerrilleros? Mujer rara soy donde las haya.

Una mano gruesa y fuerte cubre mi boca, tiemblo de miedo por el inesperado sobresalto. Mi cuerpo choca contra otro y puedo sentir la punta de un cuchillo sobre la vena palpitante de mi cuello. Desde luego que no había pensado acabar degollada en medio de un monte dejado de la mano de Dios, inmóvil espero a que el atacante actúe.

¿Cuándo se me vino la magnífica idea de hacer esta locura? El baño definitivamente no me sentó muy bien, pensar mucho menos.

—¿Qué tenemos aquí? ¿Una damita perdida en medio de estos parajes?

La voz es ronca, quizás debido al alcohol, a leguas huelo el pestilente olor a vino barato de cantina. Y su mano huele a tabaco.

—¿Las enaguas son blancas y finas?

Entonces son unos ladronzuelos borrachos, no saben con quién se han topado. Tampoco tenía pensado mostrar mis enaguas a cualquier hombre. ¿Cuántos serán? ¿Dos? ¿Tres? ¿Cinco? El pánico se instala en mi cuerpo, intento disimular que ellos no me perturban y que no les tengo miedo.

Otro de ellos se coloca frente a mí, arrodillándose para levantarme las faldas. ¡Ah, por ahí no!, pienso mientras el que me sujeta, arremete más su cuerpo contra el mío.

Tampoco tenía pensado ser abusada por estos dos seres tan desagradables, y tienen intenciones de hacerlo. Una frialdad se apodera de mi mente y me relajo, nerviosa no conseguiré nada.

Muerdo el dedo gordo de la mano que me calla y con los codos golpeo hacia atrás con toda la fuerza que consigo reunir para liberarme del andrajoso.

Su quejido llama la atención del que está arrodillado, golpeo su rostro con mi pie derecho enfundado en bota de montar.

—¡Seréis malnacidos! —grito alejándome de ellos—. ¿Conocéis al Pitero?

—Nos ha salido bravita.

Bravita y buena espadachina, en estos momentos sería capaz de degollarlos o clavarles un cuchillo en el pecho.

Les sonrío con altanería, desde lejos puedo observar mejor sus movimientos. Borrachos como están, tendrán pocos reflejos. Un punto a mi favor y tengo que aprovecharlo, eso se me da muy bien.

—Formulé una pregunta, no me habéis contestado.

—¿Qué es *formulé*? —dice uno.

—No sé, lo mismo es una palabra francesa —responde el otro encogiéndose de hombros.

Me cercioro de que solo son dos hombres. Más aliviada pero alerta, muevo la cabeza negando impaciente que trato, por desgracia, con dos personas analfabetas, que como mucho pondrán una cruz como nombre.

—Estoy buscando al Pitero —aclaro para que me entiendan.

—No sabemos quién es ese. —Al que mordí, recorta distancia con sigilo y despreocupación mirándose las uñas, supongo que sucias. Mi cuerpo se tensa y alzo la barbilla orgullosa—. Hablas muy bien para ser francesa.

—¡Yo no soy francesa! —rujo con repugnancia. No tolero que me insulten de esa manera.

—¿*Francesá*? —pregunta el otro—. ¿Cuánto nos darán por ella? ¿Dos mil reales? ¿Tres?

Respiro agitada por el enfado y, sin pensarlo, mis pies me colocan frente al que me amordazó con su rechoncha mano. Estrello mi puño contra su rostro regordete y se tambalea hasta que se apoya contra el tronco de un árbol, tocándose la cara y haciendo gestos de dolor.

—¡No volváis a insultarme así, estúpidos!

Ahora que los veo bien, sus ropas no están rotas ni son viejas, aunque sí sucias. Cojo la fusta y me encaró con el otro ladrón.

—Por última vez, quiero hablar con el Pitero.

—¡Cállala ya!

No sé cómo, de pronto estoy tendida en el suelo forcejeando contra dos fuertes individuos que no ceden ante mis patadas y dando manotazos sin saber adónde irán a dar.

La orden hosca me sobresalta un poco, enseguida me repongo. No temo a los franceses, no voy a temer a dos bandidos de pacotilla.

—¡Soltadme!

No lo hacen, sus manos acarician mi rostro bien cuidado y escupo a uno de ellos. Risas socarronas, insultos denigrantes, pero nada hará doblegarme.

—¡He dicho que me soltéis!

Por mucho que intento defenderme, contra estos dos no puedo hacer más que moverme para no ponérselo tan fácil. Me apresan y vendan los ojos.

Atan mis manos con una cuerda áspera, me levantan sin delicadeza y con una fuerza impresionante, pierdo el equilibrio, pero no caigo y me empujan para que comience a andar.

Tropiezo varias veces durante el largo recorrido, pero con suerte, no doy con el suelo. Maldigo tanto en voz alta que no me llevaría una vida para rezar tantos padrenuestros. Si me escuchase el padre José me daría una buena zurra y no que rezase tanto. La idea de ver a Satanás

me parece graciosa, en estos momentos.

—¡Cállate! ¡Maldita sea!

Cada vez que grito, espanto a los pájaros y sacuden el silencio del bosque. Entonces pienso que tal vez sería mejor mantener la boca cerrada, si estos dos son hombres del Pitero, me llevarán ante él.

Y rezo en voz alta.

—¿Y ahora se pone a rezar? Esta mujer necesita un lugar de esos donde van los locos.

—Se llama sanatorio —protesto irónica—. Y no, no estoy para ingresar en ese lugar, aunque viendo dónde estoy y quiénes me acompañan, desde luego que no saldría de allí por un largo tiempo.

Me gano un fuerte guantazo y noto el sabor de mi sangre. ¡No se pudran en el infierno! ¡Pegarme a mí! ¡A mí! Desgraciados insolentes…

—*Manué*, no tenías que haberle pegado. La mercancía *dañá* vale menos.

—Y tú no tendrías que haber dicho mi nombre. Se *pué* ir de la lengua.

—*Po* se la cortamos.

¿Cortarme la lengua? Mis plegarias son más largas, el Ave María lo añado con el Padrenuestro. Cierta esperanza surge cuando huelo a comida.

Agudizo los oídos. Escucho diferentes voces, risas e incluso el sonido de una guitarra. Sí, estoy en el campamento. Sabía que estaba por esta zona.

Se detienen, retiran la venda y al principio me cuesta fijar la vista. Observo con atención todo lo que mis ojos pueden abarcar. Es un asentamiento escondido entre dos cerros y compruebo que hay varias bocas de cuevas.

Algunas mujeres se acercan y me revisaban de arriba abajo con curiosidad y envidia, puedo verlo en sus rostros. E incluso una de ellas tiene la osadía de escupirme en mi caro vestido verde de terciopelo. No la culpo, la vida de estas personas no tiene que ser para nada fácil.

Seguimos el camino bajo las indiscretas miradas de los presentes hasta llegar a otra cueva más escondida.

La entrada es oscura, conforme nos adentramos, se va aclarando por las llamas anaranjadas de una fogata.

Sorprendida y con atención, miro lo que podría ser una habitación. No falta ningún detalle.

Un hombre de espaldas escribe en un buró de madera tallada. Ruego porque sea el Pitero, si no, estaría metida en un grave problema.

El carraspeo de uno de mis «agradables» acompañantes hace que se gire y se levante alejándose de la mesa. Compruebo que es alto y fuerte, además, bien parecido. De tez aceitunada y pelo negro.

¡Vaya con los bandidos! Quizás no sea tan mala idea dejarse raptar después de todo,

pienso mientras acorta distancia.

—¿Quién es?

¡Bueno! ¿Y esa voz tan penetrante? María, a tus propósitos, me llamo la atención. Pero es difícil, este hombre es muy apuesto, logra ponerme nerviosa y yo que llevo varios años de luto.

—La encontramos por el *Sorbito*, quería hablar con el Pitero.

Explica uno de ellos. Los tres terminan en risas. No me hace gracia, ¿de qué se ríen?

Me exasperan. Y luego la que necesita un sanatorio soy yo.

—Que traigan la cena… para dos —ordena el que supone que es el jefe—. Usted, señora, tome asiento.

Me indica en qué silla debo sentarme junto a una mesa de madera tallada a juego con el escritorio.

Hago caso omiso a su orden, no sé cuál de los dos me obliga a sentarme, están a mi espalda.

Así que no rechisto, estos hombres parecen peligrosos.

—¿De qué quiere hablar con el Pitero?

Respiro largamente mientras él ocupa asiento en el otro extremo de la mesa.

Me cercioro de que los otros dos hayan desaparecido.

Nerviosa señalo mis manos atadas, él sonríe y se levanta, coge un cuchillo de la mesa y corta la cuerda. Me masajeo las muñecas, la cuerda ha dejado marcas en mi piel.

—Hable.

El hombre vuelve a tomar su asiento y me mira atento. Chasqueo la lengua para darme valor, enfrentarlo y explicar la razón por la que estoy aquí.

—He visto algún que otro *gabacho* por la zona.

—¿Y qué tiene que ver eso con el Pitero?

El hombre tamborilea los dedos sobre la mesa con pequeños toques intentando ponerme nerviosa. Corroboro que lo está consiguiendo.

—Quiero luchar contra esos miserables.

¿De dónde ha salido ese coraje? Las necesidades hacen que una persona se envalentone. El odio hace que una persona cambie, yo hace un tiempo que no soy la misma.

—¿Por qué?

—Ya se lo he dicho, están invadiendo el país, saqueando pueblos, expoliando iglesias y palacios, violando a mujeres. Aunque he escuchado que Inglaterra se ha aliado con España y Portugal, están por todas partes.

—No creo que una dama como usted, solo quiera luchar contra ellos por la patria. Dígame la verdadera razón.

—Se lo diré al Pitero, únicamente a él.

Dos mujeres interrumpen la conversación, ponen platos sobre la mesa y una botella de vino. Arrugó la nariz al ver la comida. ¿Conejo? ¡Por favor, odio los conejos!

Una vez retiradas las mujeres, el hombre hace un ademán para que coma. Sí, huele exquisito, pero no lo suficiente para comer esos pequeños roedores tan adorables.

—Yo soy el Pitero.

—¡Lo sabía! —Aplaudo contenta. ¡Por fin!

—Al tema, señora.

Su ironía no me gusta, no soporto los sarcasmos.

—Quiero unirme a vosotros.

La risa irónica del bandolero me molesta, si tengo que tratar con este hombre, me va a ser muy complicado. Bufo disgustada, él parece entender mi malestar y continúa degustando la sabrosa comida.

—¿No me ha escuchado? Quiero unirme a vuestra causa.

—Nuestra causa no incluye hermosas mujeres indefensas. —Me mira serio—. Dígame, ¿por qué tendríamos que confiar en usted? ¿Por qué quiere complicarse su acomodada vida para luchar contra los malparidos?

—Le he dicho que tengo mis razones.

Estoy cada vez más ansiosa y respondo casi enfadada.

—¿Cuáles son sus razones, señora? Ha de tener unas muy buenas para la lucha.

—Personales.

—¿Por qué he de creerle?

Me levanto de la silla furiosa que se tambalea por la fuerza. El jefe me observa ocultando su sorpresa. ¡Sí, claro que tengo mi genio! Me acerco al hombre, ya no me parece tan peligroso, apoyo mis manos sobre la mesa y lo reto a los ojos sin pestañear.

—Mataron a mi marido —siseo irascible demostrando una seguridad no propia de una mujer de mi estatus, las mujeres como yo tienen que ser obedientes y sumisas. Por supuesto que yo no soy así, hace mucho tiempo que dejé de ser un objeto o algo insignificante. Soy una mujer libre—. ¿No le parece una buena causa?

El Pitero afirma con la cabeza, deja el tenedor junto al plato y me presta toda su atención. Quiero demostrarle que lo único que quiero es venganza.

—Quizás pudiera hacer algo después de todo. ¿Hasta cuánto está dispuesta a hacer?

—Hasta lo que sea. La muerte de mi marido y de los demás españoles merecen ser compensados. Les odio, me repugnan —expreso con soberbia y asco.

—He oído que se van a hacer con Córdoba y avanzando hacia Sevilla. De hecho, ya lo están, como usted ha podido comprobar. —Por un instante, el hombre calla—. Está por llegar un sargento, un tal Alain Meyer, será nombrado capitán en cuanto pise la ciudad con una…

¡majestuosa celebración!

—¿Y qué puedo hacer?

Estoy más tranquila, pues con ese comentario sé que estoy dentro.

—¿Tiene contactos en la ciudad? Debemos saber cómo y cuándo van a actuar, los propósitos ya lo sabemos.

—Sí, un buen amigo podría infiltrarme en esa fiesta.

—¿Podría sonsacarle a ese *sargentucho* alguna información?

—¿Duda de mis encantos femeninos? —fanfarroneo seductora.

—¡Desde luego que no, señora! No los pongo en duda, al contrario, con su belleza tan extraordinaria podríamos hacer grandes logros. ¿No dijo que haría cualquier cosa? Pues sobre la mesa dejo su misión: sedúzcalo.

—No quiero seducirlo, ni a él ni a ningún *gabacho*… ¡quiero verlos muertos!

—Su seguridad me abruma. —El hombre sonríe satisfecho.

—Mi sed de venganza es infinita.

Nos sonreímos cómplices, el apretón de manos sella la trama, solo hay que ejecutarla. Tomo asiento, cojo la copa de vino y la alzo a modo de brindis.

—Por la Corona —propone él.

—Por los españoles —añado feliz.



CAPÍTULO 2

ALAIN.

—Sargento Meyer, un placer. Carlos Menjíbar a sus pies. General Dupont, me alegro de volver a verlo.

Estrechamos las manos para saludarnos. El anfitrión chapurrea bastante bien mi idioma. Mejor que nadie sepa que entiendo a la perfección el español.

Llegar a Sevilla es un gran alivio. El cansancio es tremendo tras tantas horas a caballo y sin descanso. Necesito un buen baño y cerrar los ojos, al menos, un par de horas. El desastre que dejamos a nuestro paso es inevitable: saqueos y matanzas.

Ha sido una batalla dura, incluso Dupont ha estado al borde de la muerte, un tiro dio en su caballo cuando iba dirigido a él. Ordenó la muerte del causante: un juez; como castigo también la mujer y su hija, pero ante la vista del hombre. Cruel es un calificativo demasiado suave para el general.

Después ocurría lo que como en todas las ciudades por las que nos topamos: disparando a ancianos, mujeres y niños. La mayoría de los hombres de mediana edad están luchando contra nuestro ejército, lo que nos facilita la invasión.

Hoy, sábado veinticinco de noviembre, estoy más cansado que nunca. Echo de menos mi hogar, mi país. La gente aquí es generosa y alegre, hasta que nuestros soldados hacen de las suyas. Entonces, nos odian a muerte, y no los culpo. Hemos destrozado su país, robado sus comidas, abusado de sus mujeres, sin olvidar las muertes que ya me quitan hasta el sueño.

—El Rey me ha confirmado su asistencia para el ascenso de mis camaradas. Enhorabuena, Alain. Pronto serás nombrado capitán de mi sección.

Dupont me palmea el hombro. Un ascenso por matar es grandioso. Me siento patético, me asquea. Tiemblo y no de miedo, quizás por el cansancio. Pero como sargento y subordinado del general, aquí he de permanecer.

—¡Excelente! —exclama el español demasiado contento—. Sería todo un honor que tal nombramiento fuera aquí, en mi casa; si no tenéis inconveniente —se ofrece Carlos pedante.

—Supongo que el Rey no tendrá ninguna objeción. ¿Una copa para celebrarlo? —Dupont es demasiado arrogante, hasta en casa ajena actúa como si fuera la suya.

Carlos sirve tres copas de jerez y nos las ofrece. El sabor almendrado me gusta, lo degusto con ansias, pues estoy tan sediento como si hubiera corrido durante horas por el desierto.

La verdad es que Carlos nos trata como si fuéramos el mismísimo José Bonaparte.

Dupont se sienta sin permiso en un sillón tapizado color verde botella, parece que está a gusto. Cruza las piernas y el brazo lo apoya en el respaldo.

El anfitrión descansa sobre la mesa de escritorio de madera maciza y cruza los pies en posición relajada. Él me señala un sofá que parece cómodo. Espero no quedarme dormido. Esa idea me parece magnífica.

A la reunión se une al que presentan como Joaquín de Goyeneta, corregidor de Sevilla. Nos alaba por nuestros logros. Yo cada vez estoy más hastiado de tanto horror, todo por un terreno y expandir el imperio Bonaparte.

—Sargento Meyer, estás muy callado. ¿Te aburre nuestra conversación? —Dupont es como un grano en el trasero.

—No, mi general. Simplemente estoy muy cansado —respondo a su sarcasmo.

—Carlos, ¿podría ofrecerle un cuarto al señor Meyer? En cuanto se recupere un poco de su «cansancio», se nos unirá. ¿No es así?

Asiento sin hablar. Estoy tan agotado que no debato su ironía. Si tan solo pudiera descansar un par de horas, sería el Alain de siempre.

Carlos llama a un sirviente, que acude de inmediato. Le indica en español que me asigne una habitación en la primera planta, ala izquierda y que me prepare una tina para darme un baño. El criado hace un ademán para que lo siga.

Sonrío travieso, ni Dupont sabe que sé español. Lo aprendí de pequeño, mi nana era de Zaragoza y me había hablado maravillas de su país. Y se quedaba corta, es extraordinario.

Me instalo en la habitación, es amplia y como el resto de la casa, una decoración perfecta y armoniosa. Al menos, a mí me lo parece. La gran cama me tienta demasiado, más que darme un baño.

Varios sirvientes entran y salen con cubos para llenar la bañera. El vapor del agua me pone los dientes largos, ya no tengo ni sueño. Mientras siguen con su tarea, deshago mi maleta y preparo ropa limpia.

Una muchacha con voz tímida me indica que está todo listo. Ella sale dejándome solo. Me desnudo y miro mi herida en el costado derecho que aún sangra, pero va mejorando, con suerte en una semana estará cicatrizada. Quito el vendaje y me sumerjo en la bañera.

Expulso el aire agradeciendo este lujo, el agua me cubre un poco más de la cintura, ya no estoy agradecido, estoy en deuda con Carlos por la estancia. Me enjabono y me adentro en el agua cubriendo todo mi cuerpo. ¡Cuánto lo necesitaba!

Una voz jovial y cantarina me despierta, el agua está fría. Desorientado me levanto y miro a mi alrededor, no es una criada la que ha entrado, es una chica bien vestida y que está sorprendida de verme como mi madre me trajo al mundo.

Tapo con rapidez mi cuerpo con el lienzo blanco, pero la joven sigue muda, boquiabierta y mirándome fijamente. Estoy más avergonzado de esta situación que ella.

Carraspeo para que la chica regrese al presente y se gira.

—Disculpe, señor. Al ver su tardanza, mi padre me pidió que viniera por si todo se encontraba a su gusto y si necesitaba algo más.

Me sorprende que hable tan perfecta mi lengua. No me importa quién sea su padre, lo único que necesito es que la chica se marche de la habitación y pueda estar tranquilo.

—Sí, puede marcharse. Gracias.

La joven gira su cabeza mirándome de reojo, su curiosidad me hace gracia y sonrío.

—¿Quiere que…?

—Señorita, todo está bien. Si me permite, quisiera vestirme.

—Sí, claro. Por supuesto.

Tarda en salir, sus pasos son lentos, como si no quisiera abandonar la habitación. No hago ningún movimiento hasta que ella cierra la puerta, eso sí, antes de marcharse repasa mi cuerpo de arriba abajo queriendo ver lo que antes vio y se va decepcionada.

Después de curarme la herida y de vestirme regreso a la biblioteca; no me pierdo, tengo buena orientación. La conversación que mantienen Dupont, Carlos y Joaquín debe ser graciosa, sus risas se escuchan hasta por las escaleras.

Llamo en la puerta entreabierta de la biblioteca, llena de humo porque están fumando puros. Carlos me ofrece uno que cojo agradeciéndoselo.

—Un buen habano —presume Carlos.

Asiento y doy una calada. Recojo la copa de jerez que vuelve a invitarme el anfitrión. Agradezco que sea una conversación banal, no estoy para estrategias ni organizar batallas.

—Fue difícil hacernos con Córdoba, finalmente nos hicimos con ella aprovechando la debilidad de la población. —Dupont mira el jerez de su copa mientras ríe con malicia—. Lo mejor de Andalucía, sin duda, son sus hermosas mujeres. Su fama les precede.

Su risa maquiavélica traspasa la membrana de mi sensibilidad. Algo que no soporto en un hombre es la creencia de su superioridad sobre las mujeres, sobre todo, las indefensas.

Doy un trago largo para calmar mi fastidio. Y Joaquín propone un brindis, por el Rey, por Francia y Napoleón.

—¿Padre?

Reconozco la voz, es la misma chica que me vio desnudo. Entra en la biblioteca y siento mis mejillas arder de vergüenza, ella no parece haber reparado en mí, mejor.

—¡Ah, señor Meyer! ¿Ya terminó su baño?

Para no reparar en mí, o es buena actriz o tiene un don para mirar de reojo sin ser descubierta.

—Señorita.

Lo único que se me ocurre decir, que a mis veintisiete años me sonroje una cría me parece surrealista. Me repongo del encuentro y la saludo cortés con una reverencia.

Es presentada como Emilia, la única hija de Carlos. Tiene veintiún años y debe encontrar marido sea como sea, palabras de su padre. No tolero que una mujer sea puesta en mercado matrimonial. Lo que no comprendo es cómo una joven tan bonita no se haya casado ya.

—Emilia, mañana podrías acompañar al sargento Meyer y enseñarle algo de la ciudad, si le parece bien a usted, señor.

—Estaría encantado, don Carlos —acepto la invitación.

Dupont se deshace en halagos hacia la joven. Ella ríe encantada con tales atenciones, la observo sonriendo. Mi hermana Eda es muy parecida a ella. Igual de espíritu alegre y risueña.

Al pensar en mi hermana, me acuerdo de mi familia. Debo escribirles comunicándoles que estoy bien y dónde me encuentro. Se alegrarán de mi estado, omitiré que me hirió un campesino con un tridente para no preocuparlos.

Emilia se acerca, se sienta a mi lado y en el mismo sillón. Me mira expectante, lo mismo está recordando el episodio del baño.

—No se preocupe, señor Meyer —susurra cerca de mi oído—. No pienso ponerle en ningún aprieto.

Por eso no me preocupo, ninguna mujer puede pedirme responsabilidades ni aprietos en esa cuestión, no puedo casarme con nadie. Sonrío y ella hace un gesto gracioso con la nariz.

—Se lo agradezco, señorita Menjíbar. No fue muy agradable nuestro primer encuentro.

—Al contrario, fue de lo más placentero. Y ya que estamos, podríamos tutearnos, al fin y al cabo, le he visto digamos… demasiado sincero.

Río a carcajadas, una forma muy sutil de decir que me vio completamente desnudo.

—Como quieras, Emilia.

—Eso es, Alain. Creo que seremos grandes amigos.

—Emilia, no molestes al señor Meyer. —Carlos habla con un cierto tono que no me gusta. Ni ese brillo en los ojos me da confianza.

—No, don Carlos. Al contrario, su hija está siendo una anfitriona perfecta y educada.

—Mañana podríamos visitar la catedral, es preciosa. Cuando estuve estudiando en París visité Notre Dame. ¡Espectacular!

—Me alegro que le haya gustado.

—Tutéame, Alain. ¿De qué parte de Francia eres?

—De Alsacia, noreste de Francia.

—No lo conozco. ¿Te gusta bailar?

—Hace años que no bailo. —Más concretamente, desde hace ocho años, omito decirlo y

el motivo.

—Pues en la fiesta de tu nombramiento deberías bailar. Me pido el primer baile.

—Sí, por supuesto.

Eso ya lo veremos, no bailé aquel día, no lo voy a hacer ahora.

—Será una velada increíble, mi madre me enseñó cómo hacer inolvidables fiestas y ser una buena anfitriona.

—¿Dónde está ella? —pregunto curioso.

—Murió hace tres años, de fiebre tifoidea.

La chica se entristece al instante, se humedecen sus ojos al recordar a su madre. Me tendría que haber mordido la lengua antes de hablar.

—Lo siento muchísimo, Emilia. No debí preguntar.

—No importa, ya pasó.

Se limpia las lágrimas y me sonríe.

Sus ojos azules son más transparentes que el agua del mar. Su risa triste se convierte en una alegre.

—Quedará perfecta. Tú déjame a mí. Será una fiesta hablada durante muchos años por todos, lo mismo quedará escrito para la historia. —Reímos por su comentario.

—Confío plenamente en ti. ¿Y los invitados?

—Mi padre se encargará de ello, no te preocupes.

—¿Podría ayudar en algo?

—Sí, por supuesto. Elegir una invitación, siempre con mi consentimiento, claro.

Me hace gracia su arrogancia, actuando así parece mucho más joven.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —afirmo con la cabeza mientras doy un trago a la bebida —. ¿Estás casado o prometido?

—No te incumbe.

Me levanto del sillón, me disculpo ante los presentes y me retiro a mi habitación provisional por unos días. Emilia me llama desde la puerta, al subir al primer peldaño, me giro y desde allí la miro y le contesto.

—Emilia, ahora no. No te preocupes, mañana estaré bien.

La joven no sabe la causa por la que estoy molesto, parece que está nerviosa y ladeo mi boca para formar una sonrisa para así tranquilizarla. Giro y me retiro a mi dormitorio provisional. Tantas preguntas me irritan. A nadie le tiene que importar mi vida.



CAPÍTULO 3

MARÍA.

—Señora, está preciosa.

—Eres muy amable, Magda. Este milagro es debido a tus manos.

Mi doncella es muy atenta, tiene un don en las manos para coser y peinar. Todos en el pueblo creen que me viste una modista extranjera en Sevilla y no, es Magdalena. Una mujer a la que considero confidente y amiga más que sirvienta. Nos criamos juntas.

—Será la envidia de todas las mujeres de la fiesta.

—¿Abanico? ¿Pañuelo? ¿Guantes? ¿Invitación?

—Aquí.

Río a carcajadas, me encanta hacerle bromas. Verla correr nerviosa de un lado a otro, e incluso más que yo, hace que me derrumbe en la cama sin poder dejar de reír.

—¡Va a arruinar el vestido y el peinado! ¡Y la mantilla! ¡Qué desastre!

—Lo siento, Magda. —Me limpio los ojos de las lágrimas por la risa.

—¡Y ahora el maquillaje! ¡Debería haber nacido varón!

Más me río. Si hubiera nacido varón, estaría en el frente, matando a esta gentuza que se hacen llamar franceses, a los que yo llamo *homo sapiens*. No sé cómo voy a poder aguantarlos durante la fiesta. Se lo debo a Eugenio por dejarme viuda tan joven y al hermano de nuestro amigo Patrick por estar tullido de una pierna.

—¿No será peligroso? —pregunta mientras me retoca el maquillaje.

—Magda, no te preocupes, Patrick estará conmigo. Además, un par de hombres del Pitero están infiltrados como cochero y sirviente. No me pasará nada. Es el tener que tratar con ellos.

—A eso me refiero, sé cuánto los odia.

—Odiarlos es poco, querida amiga.

Suspiro resignada y nerviosa, ya ha llegado la hora. El ansia mezclada con los nervios me aturulla. Estoy más confundida que antes, el temor no debe hacer que me debilite. Por Eugenio.

—El coche está esperando. ¿Está segura?

Magda me pone más indecisa, muerdo mi labio inferior mientras me miro en el espejo del tocador.

Tiento mi peineta y me coloco la mantilla roja sobre los hombros.

En momentos como este desearía ser hombre. No soporto esta cosa sobre mi cabeza.

Odio seguir las modas y las normas.

Salgo de la habitación y Patrick me espera en la escalera, sonríe al verme y escucho un suave susurro de sorpresa: «espectacular».

—Doña María Beltrán, serás la envidia de la fiesta. Ese capitán caerá rendido a tus pies.

Lo alcanzo, coge mi mano enguantada y me la besa. Es un hombre galante y tiene su encanto, aunque Eugenio era más atractivo. Pensar en él me entristece. Mis ojos se llenan de lágrimas. Echo de menos sus conversaciones sobre cartografía, esas partidas al ajedrez o a las damas, sus arrebatos porque yo siempre ganaba. Esas tardes de verano en las que solíamos aprovechar para bailar y tocar la guitarra. Esos tiempos, ya no volverán.

—Eugenio estaría muy orgulloso de ti.

—Lo sé.

—Te quería muchísimo, María. Eras su punto débil.

—Yo lo quería muchísimo también, Patrick.

Nos gustaba llamar a nuestro amigo así, con nombre inglés. Ellos viajaron a Londres durante unos meses en su época estudiantil y se daban unas juergas dignas de un rey. Mientras que yo, aprendía a coser y a bordar para hacer mi ajuar. Vidas muy diferentes la del hombre y la de la mujer. Aunque por mi cuenta y a escondidas aprendí a leer y a tocar la guitarra. Del piano ya recibía lecciones.

Bajamos cogidos del brazo las escaleras, tristes porque Eugenio no está con nosotros, recorremos el largo y ancho pasillo hacia el gran portón de entrada. Escuchamos que la puerta de la biblioteca se abre. De sobra sabemos que es el hermano de Patrick.

—Chicos, ¡castradlos a todos!

No soporto verlo así, antes era tan vigoroso y bailarín, ahora apenas puede andar ni con muletas. ¡Cerdos franceses! Me acerco a él y lo abrazo con cariño. Beso su cabellera castaña y lo despeino. Me gusta hacerle ese tipo de bromas.

—Les arrancaré el corazón.

El chico ríe a carcajadas, apenas tiene veintidós años y su vida es una inmundicia. Sus planes de casarse con la que fue su novia, ser padre… todo se ha ido al garete. Pero al menos, está vivo.

Patrick me apresura, llegamos tarde al evento. Subimos al carruaje y con rapidez nos dirigimos a la casa de Carlos Menjíbar.

—Te juro que Carlos también lo pagará —siseo cabreada.

—No te preocupes, María. Los franceses son unos hijos de perra aprovechados. En cuanto consigan sus objetivos, se quedarán con todo el capital de los Menjíbar, eso si no lo matan antes.

—No entiendo cómo puede apoyarlos. Las noticias de otros ricos de otras ciudades que

han sido invadidas son las que son, no entiendo qué beneficios obtienen teniéndolos en su casa.

—Tampoco lo entiendo. Lo mismo querrá casar a su hija con uno de ellos, o con ese tal Meyer.

—Vaya trofeo que se va a llevar, no me refiero a Emilia, sino al sargento francés. Ya me lo imagino: barrigudo, cara de cerdo, tobado y ojos saltones como los sapos.

Patrick ríe, me contagia su risa.

—Me alegra tenerte aquí, en casa. Mis padres están encantados contigo, ¿por qué no pasas una temporada en Sevilla? Podemos ir al teatro, a la zarzuela o a la ópera. No ese pueblo, aburrido y sin diversión.

—Amigo, me divierto a mi manera. Me gusta el campo y respirar ese aire limpio no tiene precio. También hay fiestas y bailes, los marqueses de Monteflorido se encargan de ello. La gente es humilde, de acuerdo, pero honrada.

—¿Y tus padres? ¿Qué dicen de todo esto?

—Shhsss. Calla. Mis padres no saben nada de esta sociedad, gracias a Dios están en el cortijo. Si lo sospecharan tan siquiera, les daría un infarto. Su única hija metida en estos embrollos… —Sonrío al imaginármelos, sus caras serían todo un poema—. Si soy sincera, esto es peligroso. Es lo más próximo que tengo de ir a un campo de batalla.

—Eres una mujer muy valiente. Cualquiera no se prestaría a hacer esto, inclusive varones.

—Me arrebataron a Eugenio. —Mi cabeza piensa con rapidez y me saltan más dudas—. Patrick, me notificaron que había muerto, pero su cuerpo no fue hallado ni devuelto para darle sagrada sepultura.

—María, no pienses más en ello. Lo reconocieron y hay tantos muertos que es imposible regresarlos con sus familias.

—¿Quién lo reconoció? ¡No tengo más datos! Solo una simple carta diciendo que Eugenio es baja por muerte en Zaragoza.

El carruaje se detiene. A través de la ventanilla vemos la concurrida fiesta. Mi furia se endurece, me hace más fuerte y unas ganas reprimidas de salir corriendo, entrar en la casa y disparar a todo francés que se me ponga por delante, es lo único que se me cruza por la mente.

—María, tranquila.

Patrick me conoce demasiado bien, sabe perfectamente lo que mi cabeza piensa. Lo que ansío hacer. Respiro hondo, tragándome esas ansias y recomponiéndome en forma de mujer feliz que asiste a una fiesta

¡Qué hipócrita me siento!

Bajamos del coche, mi amigo me ayuda y mi mano la posa sobre su brazo, la aprieta para darme más valor.

—Comienza la farsa —dice alentándome con una sonrisa.

—No, comienza la venganza, querido Patrick. Adelante. Estoy preparada.

Y andamos un paso, dos, tres… hasta llegar a la entrada. Dos soldados franceses nos piden las invitaciones. Al verlas, afirman con la cabeza y nos dicen que pasemos una magnífica velada.

¡*Gabachos* impertinentes! Me dan ganas de vomitar. ¿Alguno de estos será el que asesinó a mi marido?

—Querida, quita esa cara de asco, ya estamos dentro —sisea Patrick entre dientes.

—Es que no los soporto —replico con una falsa sonrisa—. Sapos orejudos…

Patrick ríe a carcajadas, algunos invitados nos miran al pasar. Todos los presentes son unos *homos sapiens* y sapos orejudos.

—¿Quiénes son? —pregunto a mi amigo sobre la fila de hombres a los que hacen presentaciones.

—El primero es Joaquín de Goyeneta, corregidor de la ciudad. Carlos Menjíbar y su hija. El de tantas medallas debe ser el general Dupont y otro deberá ser el sargento Meyer que ha sido nombrado esta mañana capitán. Me dijeron que el *Botella* estaría aquí esta noche.

—Ese estúpido debe estar más borracho que un cantinero —me burlo del rey impuesto.

—Por cierto, tu Meyer es muy barrigudo, tiene una cara de cerdo que sería la envidia de todos los puercos, tobado con piernas tan derechas y fuertes como las de la estatua David y sus ojos son tan saltones como el de los sapos de los cuentos para niñas.

Ya no escucho la risa de Patrick burlándose de mi mala predicción, solo miro al reciente capitán Mayer. Demasiado apuesto para mi imaginación, en realidad demasiado perfecto. Debería ser barrigudo, feo y…

Patrick me aprieta la mano, me está presentando al corregidor y a la familia anfitriona, que nos recibe encantadores. ¡Hipócritas! Carlos nos presenta al general Pierre—Antoine Dupont de l'Étang. ¡No lo castren! Y ese sombrero tan ridículo debería asfixiarlo. O esa insignia en forma de estrella no se clavara en su corazón… ¿No podría ser?

—Y el reciente capitán Alain Meyer.

Mi sonrisa es más falsa que Judas. Él hace un saludo formal, incorporándose hacia delante, toma mi mano y la besa. Trago saliva, esa corriente de… ¿de qué? Como si mi sangre corriera veloz por mis venas, como si un relámpago entrara en mi cuerpo por la cabeza y saliera por los pies.

—Sapo orejudo —murmuro como la que está encantada de conocerlo. Apuesto a que no me entenderá.

Meyer me sonríe, sus ojos verdes están fijos sobre los míos y… ¿por qué hace tanto calor? Me abanico con fuerza para que se me pase pronto este ardor. Patrick al verme abanicar con tanta energía, se preocupa.

—María, ¿estás bien?

—Patrick, necesito algo de beber o salir a la terraza. ¡Qué cosa más mala tengo por el cuerpo!

—Estás más pálida que una estatua de mármol. —Hace un ademán para excusarnos—. La señora Beltrán no se encuentra bien. Si no les importa, saldremos un momento a la terraza.

—Patrick, creo que me voy a caer. Este corsé y el vestido me están matando y asfixiando.

—María, no des un espectáculo, por Dios te lo pido.

—¿Y qué hago? Si siento las piernas como trapos.

Patrick me dirige a una de las tantas puertas vidrieras que dan al jardín, el aire fresco de la noche parece que me alivia. Respiro varias veces seguidas. Necesito beber.

—Agua o lo que sea de beber —ruego entrecortada.

—¿Estarás bien? —titubea Patrick.

—Espero no morir antes de que llegues, pero ¡date prisa! O estaré más muerta que una momia.

—Mujeres…

—Hombres…

Maldito escote, hace que mis pechos lleguen casi a la garganta y paralice la función de respirar.

Agito el abanico para refrescarme, va pasando, respiro más tranquila, ya va pasando.

—¿Se encuentra bien, señora Beltrán? Nos dejó muy preocupados en la entrada.

—Sí, señorita Menjíbar. Supongo que los nervios por la espléndida velada. —De reojo observo el interior del salón, atestado y los invitados se ven felices—. Está todo maravilloso, la felicito por su trabajo, tiene un excelente gusto.

—Gracias. Espero que el menú también sea de su agrado. Aprovechando a los invitados franceses, hicimos una cacería. El plato principal es conejo a la albahaca. ¡Riquísimo!

Tapo mi boca con el abanico para que no vea el gesto de desprecio que hago. En serio, ¿conejo? Me dan arcadas, gran artilugio de invento el abanico, tiene muchos usos.

—Aquí tienes, sangría. —Patrick llega apurado y se sorprende al ver a mi acompañante—. No sabía que usted estaba aquí, señorita Menjíbar.

—Me preocupó la señora Beltrán y decidí comprobar su estado.

Mmm. Mejor. Este sorbo largo de la fresca sangría hace que me anime. Tanto la anfitriona como Patrick me miran curiosos. Me encojo de hombros dando un sorbo a la copa.

—María, cuidado que no bebes alcohol.

—Patrick, sé lo que lleva y te aseguro que es lo que necesito. —Emilia está sorprendida con la boca abierta—. No me malinterprete, señorita. Es que me ha venido muy bien para reponerme.

—Ya. —Se levanta del banco de madera y se alisa el vestido color berenjena. Sí, eso es lo que parece. Alza la barbilla y se gira para entrar en el salón—. Espero que se recupere pronto y vuelva a la fiesta.

—No se preocupe, ¡y gracias por su amabilidad! —casi grito, Emilia está con un pie dentro del salón—. ¿Qué le pasa a esa joven? ¿De pronto tan altanera? Ni que yo bebiera orines de perros.

—María, le has dicho que parece una berenjena —me confía mi amigo retorciéndose de risa.

—¿Yo he dicho eso? ¡Solo lo pensé! —¡Qué bochorno! Vuelvo a abanicarme—. ¿Y ahora tengo que verla el resto de la noche? ¡Qué vergüenza, Patrick!

—Te dije que cuidado, has bebido la copa en un visto y no visto. Cuando haces eso dices cosas sin sentido.

—Tonterías, digo la verdad y punto. Esa chica parece una berenjena y ya está.

—Pues te toca asumir tus palabras, preciosa. ¿Mejor? —afirmo animada—. Pues vayamos al salón. Pronto comenzará la cena.

—Ni me hables de cena porque el primer plato es conejo a la albahaca.

Patrick se deshace en risotadas. Yo pongo los ojos en blanco. Y la noche solo ha hecho nada más que comenzar.



CAPÍTULO 4

ALAIN.

Al levantar los ojos del suelo y fijarlos en la puerta de entrada, me quedo absorto ante la visión más hermosa que he tenido el placer de ver en toda mi vida.

Va tomada del brazo de un hombre, lo propio que sea su marido. No hay semejanza física entre ellos. Eso sí, muchísima complicidad.

Y en cierto modo, me molesta.

Se colocan en la fila de presentaciones que avanza lentamente. No veo el momento de verla frente a mí. Inquieto espero impaciente.

No debería sentir este revoloteo. Es como si volviera a ser el adolescente que va a conocer a la joven de la temporada.

De nuevo me repito que no debo.

Tras unos minutos largos de espera, la tengo ante mí. Es mucho más hermosa de cerca, esos ojos marrones tan vivos y rasgados que casi me dejan sin aliento.

Esa nariz fina y respingona, la hacen mucho más interesante. Su boca es demasiado tentadora con esos labios gruesos tan perfectos. Su sonrisa es tan traviesa que mi mente piensa locuras.

No debo, me repito.

Al hacer el saludo, mi vista se posa en su busto generoso. Tomo su mano enguantada, el calor traspasa el fino encaje y noto su piel. Ella se sonroja y se abanica frenética. María Beltrán. Tengo la certeza que este nombre lo escucharé en muchísimas más ocasiones y que no lo olvidaré tan pronto.

No mencionan que el señor Del Monte sea el marido de ella, ni prometido. Respiro aliviado.

No debo pensar así, me repito.

Pero hay algo que me llama la atención: ¿se ha referido a Dupont como sapo orejudo? ¿He entendido bien? Lo mismo mi español no es tan bueno como pensaba. De todas formas, se lo merece, sus halagos desafortunados hacia la mujer, cualquier persona decente se taparía los oídos. Aquí no parecen entender nuestro idioma.

María dice que no se encuentra bien y su acompañante la lleva hacia los jardines, me gustaría ser yo quien la acompañase. ¿Otra vez? No debo, me repito por última vez.

Y así lo hago. No vuelvo a pensar en ella hasta que nos encontramos en la cena. Está

sentada detrás de mí. Tiene que ser muy caprichosa, Patrick tiene que estar hasta las narices de ella, constantemente se queja. No le gusta el conejo, no le gusta el champán… pobre hombre, lo compadezco.

—Patrick, quiero de esa sopa. —La escucho decir.

—María, en cuanto pueda —responde desesperado.

—Me muero de hambre, Patrick.

—Por Dios, María, ese vaso de sangría va a dar mucho de sí.

—¿Me estás llamando borracha?

—Por favor, María, cálmate. Traeré algunas aceitunas para que te calmes.

Tras la servilleta blanca tapo mi sonrisa, después de todo, creo que será una velada muy entretenida. De pronto, un ruido estrepitoso se escucha a mi espalda. Me giro y la mesa de atrás está sobre el suelo, los ocupantes levantados excepto quién si no, María, que lucha por levantarse con torpeza.

Mi instinto es ayudarla, me levanto de mi asiento y en ese momento llega Patrick que la regaña con sutileza, pero con un enfado evidente. Ella no se calla, le replica que tenía hambre.

¿De verdad esta mujer es real? Ella solo se disculpa mientras se limpia con una servilleta restos de comida y bebida en su vestido.

Acuden sirvientes para recomponer la mesa y limpiar lo ensuciado. Otros traen más cubiertos y comida. Todo está impecable, como si no hubiera ocurrido nada.

Y durante el resto de la cena, la escucho reír y hablar animada. Debí cambiarme de mesa, esta es muy aburrida. Sin embargo, María entretiene con su parloteo incesante al resto de sus acompañantes. Patrick repite constantemente que deje de beber. Ella reprocha riendo que se lo merece.

El anfitrión da por terminada la cena, podemos retirarnos a jugar al billar o a las cartas, o simplemente, ir a bailar. Por supuesto que jugar al billar.

Al pasar por el amplio salón de baile, veo que Dupont baila con María. Es una excelente bailarina, su cuerpo se mueve al son de la música, es maravilloso verla bailar.

He de decir que a mi general le cuesta seguirla, lo normal es que el hombre sea quien lleve el baile, pero parece que María no sigue las reglas. Está dejando en ridículo a Dupont. Sonrío. Esta mujer tiene su carácter.

—¡Alain! Mi baile.

Pongo los ojos en blanco, lo que menos quiero en estos momentos es bailar. Ya ni recuerdo cómo se hace.

—Emilia, creo que he bebido más de lo que…

—Bobadas.

Toma mi brazo y me lleva al centro de la pista, agobiado y con cierto temor. En cinco

pasos estoy dando vueltas y recordando cómo se baila. Emilia me sonríe.

Miro al general y a su compañera de baile. Sus mejillas sonrosadas le dan un aire encantador. No me gusta el brillo de los ojos de Dupont.

—Es muy bella, ¿verdad? —afirmo anonadado al ver a María dar vueltas y vueltas, es incansable—. Todos reconocen su hermosura.

—¿Patrick es su marido?

—Desconocemos su relación y a la señora María nunca la había visto.

Deseo saber más.

—¿De ella no sabes nada?

—¡Vaya! ¿Te has prendado de la hermosa viuda?

—No, es por entablar conversación —miento como un bellaco—, no he querido ofenderte.

—No te preocupes. Me gusta más ella que tú.

No sé cómo asimilar sus palabras, conozco a hombres que sí les atraen otros hombres, pero no mujeres. Cada uno es libre de ser o hacer lo que quiera.

Saber eso de Emilia me hace sentir más cómodo con ella. Ahora entiendo por qué no se casó antes.

—¿Por eso no te has casado ya?

—No, Alain. Mi deber es casarme con un hombre, aunque eso no quita que tenga amantes. —Su sonrisa traviesa hace que suelte carcajadas—. Lo aprendí en Francia.

La pieza termina y Dupont ordena.

—Cambio de pareja.

Los ojos en blanco, negros y morados. Y todo porque no quiero bailar con ella. Ni que decir de mis manos que sudan bajo mis guantes blancos.

—Capitán Meyer.

—Señora Beltrán.

Nos preparamos para el siguiente baile. Su mano en mi hombro y la mía en su cintura estrecha. Su vestido rozando mis pantalones. Su cuerpo cerca del mío. Sus ojos marrones fijos en los míos. Su boca tan cerca de la mía. Combinación explosiva.

—Tampoco es agradable bailar con usted. Debería marcharme de esta fiesta tan aburrida. —Sonríe como la que está complacida de estar conmigo. No abro la boca, quiero saber hasta dónde llegará—. Por supuesto que no me entiende, mejor. Así estoy más cómoda, *homo sapiens*. Por cierto, debería dar clases de baile, todo lo que tiene de apuesto, alto y fuerte lo tiene de torpe.

Contengo mis ganas de soltar risotadas, porque entonces descubrirían mi secreto. Aprieto mis labios para no soltar palabra ni risa, aguanto su divertido comentario.

—Como ese sapo orejudo de tu general. La chaqueta le va a estallar, los botones están casi

a punto de ser bolas de cañón. Espero que cuando salten, alguno de ellos le dé en un ojo y lo deje tuerto.

¡Madre mía! ¡Madre mía! ¿Esta mujer de dónde ha salido? Y me sigue sonriendo como la que me comenta lo agradable que está la fiesta.



CAPÍTULO 5

MARÍA.

—Patrick, ¿en serio tenemos que ir a ver a los Menjíbar? —resoplo disgustada.

—Sí, es cortesía ir a casa de los anfitriones y agradecerle lo formidable que estuvo la fiesta. —Me mira sonriente y yo lo contemplo desesperada—. Querida amiga, fuiste el centro de atención durante toda la noche. Gracias a ti, la fiesta fue muy divertida.

—Tener amigos para esto —replico aguantando la risa.

Sí, porque formé un caos. Pisé a propósito al capitán Meyer todas las veces que pude, me inventé varios pasos a los que él no pudo seguirme, perjudicando a las demás parejas que bailaban.

Me jacté de insultarlos, muy comedida, todo hay que decirlo. Y él no se percataba de ello. Hacía gestos con su boca que me llamaron la atención, lo mismo son manías.

No olvido el desastre de la mesa. Quería comer y beber, Patrick no cooperaba, yo misma tenía que servirme, así que eso fue lo que hice. Según las normas, un hombre debe estar pendiente de su acompañante femenina y proporcionarle comida y bebida durante la cena.

Como no alcanzaba, me apoyé en la mesa y, por consiguiente, la derrumbé. Deberían haberla colocado mejor y asegurarse de que estaba bien sujeta.

—María, dejaste a todos boquiabiertos. Tus travesuras pueden delatarnos.

—Tonterías, Patrick. Ninguno de esos *franchutes* sabe español ni de nuestras costumbres.

—Pero Carlos y los demás sí. —Eso me preocupa, le sonrío algo preocupada.

—Y está Emilia, la pobre berenjena. No quise ofenderla, solo que su vestido no me pareció apropiado para una joven de su edad y soltera.

—¿Cuestionas los gustos de los demás?

—Podría ser.

—Y ese capitán… ¿qué me dices de él?

¡Oh! ¿Me lo tuvo que mencionar? Ya que casi lo había olvidado. Este Patrick necesita un buen tirón de orejas.

—Pss. Tampoco es para tanto.

—Mientes, María. Disfrutabas bailando con él.

—¡Pues claro! ¡Hasta con el general sapo orejudo disfruté! Por cierto, para ser general, no está muy en forma que digamos; claro, el trabajo sucio lo hacen la escoria de sus soldados.

—A partir de ahora deberías morderte la lengua, a tu alrededor hay muchos que están con

ellos.

Mi gesto de desprecio coincide con la parada del carruaje ante la casa de los Menjíbar. ¡Modales! ¿Por invitarme a una fiesta? ¿Tengo que aguantar la presencia de esos mentecatos?

Patrick me ayuda a salir del coche, un sirviente nos acompaña desde la entrada hasta un pequeño salón muy coqueto. El retrato de un bodegón llama mi atención. Fondo oscuro y las frutas parecen muy reales.

—¡Don Patricio! ¡Qué honor! —Carlos llega como un príncipe, ¡qué poca dignidad!—. Doña María, un placer volver a verla.

Los saludos son interrumpidos por su hija Emilia acompañada del capitán Meyer. Yo sí que me trago mi dignidad para poder enfrentarlo.

Patrick es bueno dando conversaciones; sin embargo, yo no abro la boca, solo para comer unos pastelitos con chocolate. La conversación básicamente la llevan tres personas: Carlos, Patrick y Emilia.

El capitán y yo, más callados que en misa. Supongo que él será porque no entiende nuestro idioma, yo porque me aburren estas conversaciones tan banales: el tiempo, lo bonita que está la ciudad en primavera, una señora que no conozco ha armado un escándalo...

Lo que yo digo, banales.

Sonrío traviesa, será más fácil así. Emilia intenta introducirme en la conversación, no tengo ánimos para ello, el simple hecho de tener que seducir a ese *franchute* me tiene despistada.

Me tomo otro pastel, ¡riquísimo! Me intereso por los deliciosos dulces, Emilia me indica la panadería donde lo ha comprado.

Me lo anoto para que antes de marcharme, compraré como para un mes.

Miro algo exasperada a Patrick, llevamos casi una hora y el diálogo se basa en la magnífica fiesta de la semana pasada, de la próxima cacería, en chismorreos de gente que no conozco (ni me interesa) y poco más.

—¿Y el general Dupont? ¿Ya se ha marchado?

Mi pregunta sorprende tanto a Carlos como al capitán. ¿Qué tiene de malo preguntar por el considerado hombre del momento?

—Unos quehaceres han tenido que requerir su presencia en Cádiz.

La respuesta de Carlos me parece curiosa, entrecierro los ojos sospechosa y deseo saber más.

—¿Viaje de placer o negocios?

—¡María! No nos concierne. El señor Dupont deberá tener muchos compromisos.

Patrick me guiña un ojo con disimulo, intentamos sonsacar información. Carlos enseguida

responde.

—No importa, Patricio. El señor Dupont está interesado en instalarse por aquí, la playa le parece muy buena opción.

No me creo nada. Y Dupont por arte de magia aparece por las puertas del saloncito soleado. Carlos se sonroja, me encoleriza su complicidad con los franceses.

El general viene directo hacia mí, toma mi mano enguantada y me la besa. Le sonrío cuando por dentro lo único que siento es querer escupirle. Trago mi estado de rabia y actúo como una mujer recatada.

Escuchar palabras de mi idioma de su boca me produce asco, no debería pronunciarlas y más con esas jotas como erres. ¡Qué mal suena!

—Don Carlos nos ha comentado que usted pretende quedarse en Andalucía, ¿ha encontrado algo que le agrade, señor Dupont?

Parezco coqueta, en realidad disimulo mi desprecio.

—No, *cjeo* que *seguijé* buscando.

—No le entiendo, general.

Patrick pone los ojos en blanco a sabiendas de que estoy bromeando. Emilia disimula su risa tras la servilleta celeste. El capitán casi espurrea el café. Y Carlos, parece indignado. Cambio de víctima, me interesa Meyer.

—Y usted, capitán Meyer. ¿Se va a quedar por aquí?

Emilia traduce mi pregunta, la dejo. A mi favor está que no sepan que sé francés, podría escuchar alguna conversación interesante entre Dupont y Meyer.

Él contesta que no tiene intenciones de quedarse, ha venido acompañando a su amigo el general y que pronto se marchará a su país. Agacho la cabeza, la noticia me entristece y no entiendo el motivo, si lo que deseo es que se vayan todos de aquí.

Doy un sorbo al chocolate caliente y Emilia traduce literalmente lo que ha dicho Meyer. Asiento con una falsa sonrisa. Creo que lo que estos dos están haciendo es comprobar si hay muchos soldados españoles y si sospechamos algo para poder trazar un plan y actuar.

He de ser algo más persistente con Meyer, de este modo, no conseguiré ninguna información.

—Tengo pensado regresar a mi pueblo dentro de unos días. Señor Meyer, ¿le gustaría ir al teatro? Patrick tiene un palco alquilado. Emilia, si quieres puedes venir también.

Emilia vuelve a traducir, esto ya me pone de los nervios. Cada vez que digo una palabra ella traduce. El capitán pone cara de asombro ante mi invitación.

—María, el señor Meyer tiene el palco de don Carlos.

Patrick metiendo la pata. ¿No se puede callar? ¿No se da cuenta de mi anzuelo?

—El capitán estaría encantado de acompañarla, pero declina su invitación al no entender

nuestro idioma —traduce la joven.

—Pues, dígale que nosotros no entendemos el italiano y sin embargo vamos a la ópera. Se trata de ver un espectáculo, señor Meyer. —Mi queja hace reír a Patrick y a Emilia.

Y Carlos, como buen anfitrión, nos invita a su palco para mañana noche a ver una representación de «*El alcalde de Zalamea*»; pero en español, claro. Todos aceptan, sobre todo yo, ahí pueden cocerse muchas cosas interesantes.

—Patrick, creo que hemos abusado de la amabilidad de los Menjíbar, deberíamos marcharnos.

Carlos y Dupont insisten en que nos quedemos a cenar, sería una buena idea. No, lo mejor sería vernos mañana por la noche, y así con suerte, el capitán me podría echar de menos.

—¡*Maguiscal Mojrtiejr*!

¡Por Dios y todos los santos! ¡Qué *sorjprjesa*! Bromea mi mente en silencio. Ahora sí que no nos vamos de aquí.

—Pensándolo bien, don Carlos, aceptamos su invitación para la cena. Si no tiene inconveniente.

—Al contrario, señora Beltrán. Estaremos encantados de tan agradable compañía.

—Pero, ¿qué…?

—Patrick, ya te contaré —susurro sonriendo silenciando su protesta—. No sigas metiendo la pata.

Mientras llega la hora de la cena, los franceses se retiran a la biblioteca, a Carlos lo dejan fuera de la reunión. ¡Ja! Hospedad a estos agrios para eso, se lo tiene merecido. Patrick no está conforme con habernos quedado, normal, está de Carlos hasta la coronilla. Lo conozco y sé que está aguantándolo por mí y por la causa, claro.

Emilia es muy amable, me da conversación de todo tipo. Es simpática, aunque a veces algo presumida. Supongo que será la edad. Le pido que me indique dónde queda el excusador, si tengo suerte, podría pasar por la puerta de la biblioteca.

Ella insiste en acompañarme, yo insisto en que no hace falta, solo que me indique.

No tiene pérdida, al final del largo pasillo bajo las escaleras. Y tengo una suerte tremenda, pues la biblioteca queda de paso. Me detengo justo en la puerta, observo que nadie me ve, pego mi oreja en la madera para escuchar.

Sí, escucho algo, pero no logro entender bien. Al escuchar Zaragoza, mi cuerpo se paraliza, me tenso y me acerco más a la puerta. Hablan muy rápido y apenas logro entender lo que dicen. ¡Maldita madera tan robusta!

La puerta se abre y mi cuerpo se tambalea hacia delante, un cuerpo fornido me sostiene, alzo la mirada y me topo con la de Meyer. Si antes estaba tensa, ahora estoy rígida como una

tabla.

—Perdón, creo que me he perdido.

Pongo mi mejor sonrisa cándida e inocente, pero estar entre sus brazos me reavivó las mismas sensaciones de cuando bailé con él.

Mis manos queman y las suyas me hacen arder. No soporto sentirme así, debería sentir desprecio hacia este hombre como lo siento por los otros dos, y no es así. Algo extraño me pasa cuando estoy cerca de él.

Pregunta qué estancia estoy buscando, disimulo no entender y me encojo de hombros. Los otros dos bromean, Dupont se carcajea diciendo querer llevarme a su habitación de arriba. Me dan ganas de golpear su cara gorda de cerdo.

Meyer no parece gustarle ese comentario y le reprocha su conducta frente a una dama; más me enfado, pero más disimulo. Carlos sale del saloncito y nos informa que la cena está casi lista, nos hace pasar a otro más grande.

Dupont sin permiso, coge mi mano y se la coloca sobre su brazo, ¡no se lo partiera! Ladeo mi boca con una sonrisa falsa, como todas las que dedico a este «*señoritingo*», en verdad es que no soporto su arrogancia.

Carlos indica en qué lugar debemos sentarnos; él preside la mesa, a la derecha su hija junto al capitán. El mariscal a su izquierda, colocándome entre éste y Dupont. Así no podré cenar. Patrick se sienta junto a Meyer.

—Rezo para que la cena no consista en carne de conejo.

Mi murmullo hace reír a Patrick y a Emilia. Meyer se lleva la servilleta a la boca, si no ha comido nada no entiendo por qué lo hace.

—Querida, tenemos carne de conejo para mantener a un ejército durante días.

—Sí, el de los franceses.

Mi ironía hace que Patrick me llame la atención con los ojos, procuro ser educada, lo juro, pero una rebeldía se me cuela en mi cabeza y no actúo como debiera. Más autocontrol o lo echaré todo a perder. Me cortarían la cabeza.

Instintivamente me llevo mi mano derecha a la garganta y toco mi baratija, es una muy buena imitación de esmeraldas. Eugenio me la regaló cuando cumplí veinte años. Recuerdo que ese día llevábamos un mes de casados. Y ahora ya no está. Tocar este collar me da más fuerza para seguir con mi plan de venganza.

—¿Estás bien, María?

Patrick siempre tan pendiente de mí, afirmo con un hilo de voz, me emociono al recordar a mi marido. Comienzan a poner platos llenos de comida. Ver a los conejos destrozados como si fueran un manjar, me pone de los nervios.

—¿Le gustaría que le preparasen otro plato, señora?

—Gracias, don Carlos, no quisiera molestar.

Es de mala educación rechazar la comida, así que como la que come un delicioso postre de chocolate, como al conejo en salsa con patatas asadas mezclado con mucho vino tinto.

¿Cuántas copas llevaré? ¿Tres? ¿Cinco? Creo que a Patrick lo veo doble, lo peor de todo es que veo a dos Dupont y a dos Mortier. ¡Que Dios me libre de este mal!



CAPÍTULO 6

ALAIN.

Me sorprende que una mujer pueda beberse la copa de vino en un solo trago, y si fuera una sola, no estaría mal; ¡es que lleva seis copas! Aun así, mantiene el tipo. No obstante, su cuerpo menudo se mueve de un lado a otro.

Tapo mi risa tras la servilleta, creo que María está como una cuba, me parece recordar que se dice así. Parece que Patrick no está muy conforme de sentarse tan lejos de ella.

La atención que le presta me sobrepasa, lo mismo que la de Dupont, de este me enrabieta más.

No debería pensar así, me es imposible.

María es demasiado atractiva y sus miradas me vuelven loco.

—Tranquilo, Alain, he investigado sobre ella.

—¿Sobre quién, Emilia?

—No te hagas el tonto, sobre María —señala hacia la mencionada con su mirada—. Es viuda y está aquí como invitada en casa de los Del Monte. Son amigos desde la infancia: María, su esposo fallecido y Patrick.

—¿Desde cuándo es viuda?

—Murió en Zaragoza hace como cuatro años. En batalla. Contra vosotros.

Observo que la hermosa viuda engulle el postre con ansias. Cuatro años es poco para vestir como ella viste y comportarse como se comporta, sin mencionar que no lleva luto.

Me pregunto si su difunto marido tendría su misma edad o de la de Patrick. Entonces, debieron casarse muy jóvenes. La examino con disimulo. ¿Cuántos años tendrá? ¿Lo querría? ¿Tendrán hijos? Por su comportamiento no parece estar muy afectada. Es demasiado risueña y alegre.

—Vive en un pueblo a un día a caballo de aquí.

Y siento curiosidad por saber: si su marido murió contra nosotros, ¿cómo es que no nos tiene rencor o rabia? Sonríe a Dupont, y examinándola con atención, su risa no es completamente sincera.

—Es muy hermosa, ¿verdad? Con esos ojos tan grandes y rasgados como las moras, color marrón como el rico chocolate, sus labios parecen tan sabrosos… ¿no crees?

Mi mente empieza a delinear su rostro. Sí, es muy hermosa. Su pelo largo ondulado cae sobre sus hombros como una cascada de negra tiniebla, parece suave, me dan ganas de tocarlo.

No debo, me amonesto.

Sus cejas marcan esos ojos vivos y con un brillo de alegría, no precisamente del vino. A mi parecer, ella es así. Sus mejillas están coloreadas de rojo, quizás esto sí sea por el vino.

Una pequeña mano se posa sobre la mía, su calidez me devuelve a la realidad.

—Capitán Meyer —Emilia susurra, casi no puedo percibir lo que me dice—, se comenta que tiene un idilio con un prófugo.

—¿Qué?

—Mi fuente me ha dicho que tiene una relación amorosa con un delincuente.

—¿Qué clase de delincuente?

—No lo sé, se está investigando. Ten por seguro que pronto lo sabremos.

María y Patrick se levantan, Dupont ayuda a retirar la silla de ella. ¡Qué caballeroso!

—Debemos marcharnos, ha sido un placer compartir la cena.

Patrick rodea la mesa en busca de su amiga, que lo mire de esa forma tan confidente me duele. Y no debería sentirme así.

Carlos insiste en que se queden un poco más de tiempo, Patrick se excusa que es tarde. María solo ríe. Aprieto mis labios para no soltar carcajadas, sus gestos tan impropios de una mujer me hacen mucha gracia.

—De todas formas, mañana por la noche nos veremos en el teatro. Señores, señorita.

Mortier se acerca a ella, coge su mano y la besa. María arruga la nariz, un gesto que me parece gracioso.

—¿Le volveremos a ver pronto, señor?

María no habla francés y Emilia es la que traduce la conversación.

—Dice que ya se marcha para Badajoz, que ha sido un viaje relámpago.

—No lo partiera en dos.

Abro los ojos sorprendido por el comentario de María. ¿En verdad ha dicho eso? Al menos es lo que me ha parecido escuchar, miro a Carlos y a Emilia, ellos no hacen ni dicen nada. Lo mismo son imaginaciones mías.

—Quise decir que si parten los dos: Dupont y Mortier —explica María mirándome.

—¿Por qué me mira así? —Emilia traduce mientras María ladea sus labios con una peligrosa sonrisa.

—Porque usted me ha mirado de forma extraña, señor Meyer. Buenas noches.

Patrick toma a María del brazo y se marchan. Toda diversión se acaba aquí, aunque Emilia sea una agradable compañía. La joven se retira cuando su padre se lo ordena, que la trate así no me gusta.

Carlos nos hace pasar al saloncito donde tomamos el café, ver el asiento que ocupó María me apena. Dupont sirve cuatro copas de jerez y Carlos es quien las reparte.

—Señor Menjíbar, ¿no tenía usted un buen vino de Oporto en su bodega? Es un buen momento para probarlo.

—Mandaré a por él, general.

—Si es tan caro y valioso como dice no debería dejarlo en manos de un sirviente, podría romper la botella.

—Iré yo mismo —asiente Carlos y sale de la habitación.

—No veía la hora de que este hombre nos dejara solo. —El mariscal se sienta en el sillón que ocupaba el anfitrión. Se rellena en él y da una calada al puro—. Señores, la ciudad poco a poco se está llenando de nuestros soldados. Espero que los habitantes sean unos imbéciles y nos faciliten el trabajo.

—Querrá decir haciendo fechorías, señor —interrumpo serio—. He visto cómo los nuestros abusan de las mujeres; de esta forma, la cordialidad existente en estos momentos se irá a pique. Y esos expolios a iglesias sin miramientos, no me parecen para nada que nos faciliten el trabajo.

—Meyer, deberías cerrar el pico y atajar las órdenes del mariscal. Es más inteligente que tú, ¿o por qué tiene ese título?

Me muerdo la lengua para no responderle como se merece. No soporto a Dupont. Espero que pronto me destinen lejos de él.

El mariscal expulsa el humo mira pensativo a Dupont que sonríe de esa forma irónica que no me gusta.

—General, Meyer tiene razón. Corta los testículos a tus hombres si hace falta, la invasión tiene que ser sin previo aviso, no debemos alertar. Wellington está pisándonos los talones y esta alianza de españoles con ingleses no nos conviene.

—Los españoles solo piensan en el vino y las mujeres —se carcajea Dupont—. Y en… ¿torear esos animales con cuernos? Es que son unos ineptos.

—Al enemigo nunca hay que subestimarlo, general —expongo sensato.

—Sandeces, Meyer, el país está casi en nuestras manos.

—Yo no estaría tan seguro, hay guerrilleros escondidos por los campos. Son unos luchadores. Estamos dejándolos sin comida, quitándoles lo poco que tienen a familias enteras, esas que huyen a los campos. Estamos haciendo que el pueblo se una contra nosotros.

—Son solo cuatro campesinos, Meyer.

—General, cuatro campesinos de aquí y de allá hacen un ejército.

El mariscal me escucha atento, quizás mi punto de vista le convenza de que no estamos haciendo las cosas bien.

—¿Con hoces y tridentes? ¡Vamos capitán! ¿Temes a una panda de insurrectos? Nuestra intención es atacar a Sevilla lo antes posible, hacernos con otra ciudad, una de las más

importantes, aquí llegan barcos de América. Eso significa dinero para Francia.

—Uno de esos campesinos me clavó el tridente en las costillas, señor. Sé que es importante esta ciudad, lo que quiero que comprenda es que, si nos comportamos como animales, ellos se sublevarán y estarán prevenidos.

—¿Me estás diciendo lo que tengo que hacer, capitán Meyer? Porque te recuerdo que yo soy general.

—Sí, general. Lo que usted ordene. Esta guerra es una sinrazón.

Me levanto del asiento y dejo mi copa sobre una pequeña mesa redonda. Miro al mariscal, su atención está puesta sobre mí.

—Me da la impresión de que lo único que quiere es superar la fama de Wellington, cosa que será imposible. Con vuestro permiso, buenas noches.

—Meyer, la conversación aún no ha terminado. No puedes abandonar la reunión cuando se te plazca. Has de escuchar a tus superiores.

—Su plan me parece una estrategia de niños, con todos mis respetos, así lo pienso. Pero si es su decisión, como subordinado suyo lo aceptaré y acataré, aun no estando conforme y pensando que nada de esto tiene sentido.

—Capitán, creo que estás volviéndote un cobarde. ¿Quizás la señora Beltrán tenga algo que ver?

—Haré como que nunca ha pronunciado dichas palabras, señor Dupont. La señora en cuestión, tiene más agallas que usted.

Dupont enrojecido por el insulto se incorpora del sillón y a los dos pasos, Carlos entra en la habitación. La conversación se queda aquí, general y mariscal, no abren la boca. Yo los dejo con un sabor a triunfo.

El teatro está repleto de gente. Menos mal que Dupont se ha marchado por unos días a Cádiz, últimamente tenemos distintas opiniones sobre el asunto, su testarudez nos ha enfrentado en varias ocasiones.

Estar cansado y durante años fuera de casa, hace que mi enfado vaya en aumento. Acompañado de Carlos y Emilia, esperamos en el palco a que comience la función.

—El Pitero —me dice Emilia sin yo poder entender—. No seas bobo, Alain, el amante de María se hace llamar así. Es un bandolero, según dicen las lenguas: muy apuesto, fuerte y lucha como un gladiador.

¿El Pitero? ¿Ella se codea con esa gente? ¿Es una guerrillera? ¿Quién es ella? No me lo creo. María es una dama de los pies a la cabeza.

—Hace unos meses se conocieron en un olivar cerca de su pueblo mientras ella cabalgaba, esos dicen unos. Otros, que ella lo buscó tras la muerte de su marido porque estaba aburrida de

su celibato.

—¿Por qué complicarse la vida con un bandolero cuando podría tener a cualquier hombre?

—Alain, el peligro hace que la excitación aumente, que la sangre muerta del cuerpo brote como la caída del agua de un manantial. ¿Qué hombre no querría estar con ella?

—¿Tú lo encontrarías excitante?

—Sí, de hecho, me parece muy romántico.

Patrick y la nombrada aparecen por las cortinas rojas.

Su vestido celeste con gran escote me corta la respiración, una gargantilla de perlas adorna su esbelto cuello. Lleva un recogido alto con una pequeña peineta que sujeta la mantilla.

Saludan al entrar, el frufrú de su vestido al andar logra ponerme nervioso. Carlos y yo nos levantamos para hacer la reverencia de saludo. Tocar su mano enguantada acelera mi pulso. ¿Desde cuándo no me pasaba esto? Y ya no digamos cuando un olor a jazmín se encasqueta en mi mente.

Emilia la llama y deja su asiento libre para que lo ocupe María, justo entre ella y yo. Miro al frente, aunque mis ojos se revelan y la revisan de reojo, fijándose en cada detalle de su vestido, de su abanico de encaje a juego con su pequeño bolso.

Carlos intenta integrarme en la charla con Patrick, nos ofrece vino. Y después le apodan a José Bonaparte el «*Botella*» por su afición a la bebida, cuando no toma ni una gota de alcohol.

Patrick intenta hablar en mi idioma, al final desiste, no se le da bien. Pero me parece gracioso cómo lo hace.

Sin embargo, mi oído se afina hacia la conversación femenina, María habla sobre la función que vamos a ver. Su risa me provoca escalofríos, en otros momentos los consideraría deliciosos.

Se apagan las luces, ahora que no pueden verme, giro mi cabeza hacia la derecha y aspiro el olor de María, cierro los ojos, como si con ello pudiera conservar su aroma para siempre.

Pensarlo me hace dar un brinco, la copa la derramo sobre mis pantalones, blasfemo en un murmullo. El telón se levanta y el teatro vuelve a estar alumbrado.

—¿Le ocurre algo, *homo sapiens*? —susurra María con un toque de humor.

No abro la boca, aunque a punto he estado de decirle cuatro cosas. ¿Me ha llamado *homo sapiens*? Contengo la respiración al verla con esa sonrisa ladeada y traviesa.

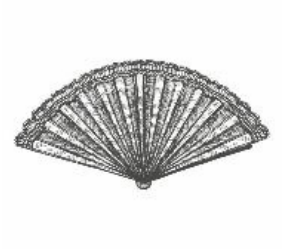
La función comienza, estoy cansado de que Emilia esté todo el tiempo traduciéndome la obra, no le veo la gracia; sin embargo, los espectadores, incluida María, ríen a carcajadas. Sé que lo hace como buena persona que es, pero me estallan los oídos.

Un pequeño descanso, me da la tregua necesaria para salir al exterior del teatro y respirar aire fresco de la noche.

Corro hacia el exterior del teatro mientras me deshago el nudo de la corbata y desabrocho el primer botón de la camisa blanca.

Nervioso recorro el ancho de la fachada del teatro, ha llovido y se han formado charcos en el suelo. Me da igual pisarlos y llenarme las botas lustrosas de lodo.

Mi cabeza parece estar nublada, la idea de volver y sentarme junto a ella, me tienta demasiado a la vez que me aterra.



CAPÍTULO 7

MARÍA.

—¡María, brillante!

Patrick aplaude con sarcasmo, me recrimina haber aceptado la invitación, la cena y todo lo que venga de los Menjíbar. Carlos y su hija han dejado el palco para ir en busca del capitán francés, espero que se haya perdido y no lo encuentren.

—No me entiendes, ¿verdad? Si supieras cuánto tengo que tragar para enterarme de algo, no cuestionarías mis actos.

—María, esta gente no va a decir nada ante nosotros. Te apuesto lo que quieras que ni siquiera Carlos sabe de sus intenciones.

—¡Maldita sea, Patrick! Tengo que saber cosas, cuáles son sus siguientes movimientos.

—Y tu partida se aproxima, amiga.

—Debo ser más… atrevida con ese Meyer.

La sola idea de acercarme más a él me repugna. Algunas veces. La mirada de Patrick me devuelve a la realidad.

—¡No!

—¿Patrick?

—Ese brillo en tus ojos no los había visto nunca.

—Porque antes no quería vengarme de estos malnacidos *gabachos*, porque antes no sentía esta furia que siento en mi interior, parece que voy a explotar. —La risa de Emilia advierte de su cercanía—. Shhss, ya vienen.

—María, ten cuidado y no lo digo solo por tu integridad física, sino por ese corazoncito loco que tienes.

—En mi vida he escuchado tantas cosas absurdas seguidas. Te llevas el trofeo, Patrick.

La llegada de Carlos y Emilia inicia nuestras risas cómplices. Mis ojos lo buscan. La segunda parte de la función va a comenzar.

Miro a Patrick y le hago señas con los ojos para que le pregunte por el francés. No me entiende o no quiere entenderme. Así que me aventuro yo.

—¿Y el señor Meyer?

—Creo que va a regresar a casa, no se siente bien.

—¡Vaya por Dios! —exagero mi preocupación—. ¿Algo importante?

—Solo cansancio, ¿seguimos viendo la obra?

—Por supuesto.

Ocupamos los mismos asientos; sin embargo, no presto atención a la representación. Me abanico con ímpetu, estoy acalorada y necesito tomar aire fresco. Emilia me toca el brazo y me susurra al oído.

—No debe temer por la vida de Alain, está bien. Creo que usted es quien lo acalora.

—¿Cómo dice?

—Venga, María, usted no es una jovencita ingenua, ni yo tampoco. Ha comprobado que el capitán es muy… observador de sus actos.

—¡Los cuernos de Satanás!

Me tapo la boca con el abanico por la imprecación de mi lengua larga. Observador de mis actos. ¿Sospechará de algo? ¿Seguirá mis pasos? Y Emilia, ¿sabrá algo? ¿Está tratando de decirme algo?

—María, la atracción entre ustedes dos es palpable.

—¿Palpable? —¿A qué atracción se refiere?

—Sí, ¿no lo ha notado? ¿Acaso no lo ve?

Boquiabierta y asombrada la miro perpleja. Si no soporto tenerlo cerca. A veces.

—Aún está a tiempo, sigue en la entrada. Vaya, yo la cubro.

—¿Cubrirme? ¿De qué? —¿Esta joven está bien?

—Padre, en un momento regresamos. Vamos al tocador.

Se levanta con seguridad y me toma del brazo, mueve su cabeza como si el cuello fuera un muelle. No, esta chica no está bien. Necesita ir a echarse un cubo de agua fría sobre la cabeza. La acompañaré para que lo haga. Me excuso con Patrick.

El pasillo que recorremos no es hacia el tocador, aunque no suelo venir mucho al teatro, reconozco que soy buena rastreadora, y este no es el camino. La salida está a varios pasos, casi regreso al palco, pero ella me detiene por el brazo y me dirige hacia la puerta.

—¡Alain!

—Pero, ¿qué haces? —regaño enfadada.

—Venga, están deseando estar solos. Les doy esa oportunidad, hasta que acabe la función. La esperaré en el tocador.

Se gira y entra con pasos rápidos alejándose de mí, el capitán se acerca con la corbata desanudada, la camisa desabotonada dejando ver su musculoso pecho a la vista. Trago con dificultad y mis manos me pican porque quieren tocarlo.

Me pregunta si estoy bien, hago como que no entiendo sus palabras. Vaya par, a ver cómo nos vamos a hacer entender.

—Emilia, no se sentía bien. No comprendo por qué se ha marchado. —Señalo hacia el interior del teatro.

El francés me sonríe, su boca curvada es pecado mortal. Se quita su casaca y la sostiene en su mano izquierda. Trago saliva otra vez, pero con más dificultad. ¿Este hombre qué me provoca? ¿Asco o deseo? Si es deseo, me doy asco. Si es asco, quiero sentir deseo.

Comienza a conversar en francés, hago como que no entiendo. «La noche está espléndida», dice mirando al cielo estrellado. Pues a mí se me pone la piel de gallina, y no precisamente por el frescor de la noche, es por su cercanía y el sonido de su voz ronca.

Carraspeo para no pensar de esta forma, lo romántico para mí, pasó a la historia. Ya no veo la vida como esa jovenzuela de cuatro años atrás. Una incomodidad salta inesperadamente, deseo estar lejos de este hombre. Sin embargo, mis propósitos no me dejan.

—Lo que tiene que escuchar una a estas horas de la noche, tonterías francesas.

Sus ojos se abren como platos, su asombro me sorprende. ¿Me habrá entendido? Tengo que cuidar mi lenguaje, debo pensar las cosas dos veces antes de decirlas en voz alta. Pero es que yo soy así, digo lo que pienso sin pensar lo que digo.

—¿María?

—¡Patrick!

—Pensé que tendrías frío. —Me ofrece mi chal y me lo coloco tapando mis hombros y mis brazos. Le agradezco el detalle con una sonrisa—. ¿Vais a volver? La obra se está poniendo interesante.

El francés se niega a entrar, prefiere marcharse. En silencio le agradezco que desaparezca, no tolero estos escalofríos cuando él está cerca. Patrick toma mi mano y se la coloca sobre su brazo.

Nos despedimos con amabilidad, yo fingida, por supuesto. Antes de dar el último paso para entrar, miro hacia atrás. Meyer está observándome con atención, sonrío perversa y, con mi cara al frente y bien alta, entramos. Intuyo que no le soy del todo indiferente.

—María, ¿estás segura de que quieres marcharte?

—Patrick, el pueblo está llenándose de *franchutes*. Montier se fue hace días y Dupont sigue en Cádiz. Lo que tienes que procurar es que Meyer se vaya al pueblo, convéncelo para que me visite. Aquí no puedo controlarlo, hay demasiadas normas y no puedo hacer mucho.

—Este asunto me está preocupando. ¿De verdad piensas que él va a decirte los planes que tienen entre manos?

—Podrías decirle que El Arahal es un punto estratégico de la campiña, paso obligatorio camino hacia Málaga y Granada. Como si tienes que decirle que quiero mantener una relación amorosa con él.

—¡María, por Dios! No conocemos a ese hombre de nada, quién sabe si es un loco asesino y podría acabar con tu vida.

—Patrick, loco es por estar del lado de los franceses y asesino porque… ¿con cuántas vidas habrá acabado? Es necesario. Además, los hombres del Pitero estarán cerca custodiándome, no tienes que temer.

Resignado mi amigo me abraza. Meto en su chaqueta una carta y le susurro en su oído para que sus padres que han llegado a despedirse, no puedan escucharlo.

—Entrega esta carta a Meyer, por favor.

—María…

Sé que lo hará, incluso esta misma tarde. Abrazo a los padres de Patrick, les agradezco su hospitalidad y subo al carruaje. El cochero cierra la pequeña puerta y por la ventanilla saludo con la mano despidiéndome de ellos. Espero volver a verlos pronto.

El camino se me hace eterno hasta llegar a casa. No hay posadas en las que parar, así que los dos cocheros se van intercambiando mientras yo me acomodo como puedo en el reducido interior teniendo en cuenta que Magda está en el asiento frente a mí. Intento dormir unas pocas horas.

Casi al amanecer llegamos a casa. Es un profundo alivio estar aquí. Lo primero que hago es subir a mi dormitorio para estirar mis piernas y huesos. Magda me sigue.

—Señora, ¿digo que le preparen un baño?

—Sí, por favor. ¡Qué viaje tan ajetreado!

—Ha dormido como un lirón, señora. Roncaba.

Magda deshace mi equipaje mientras yo estiro mis brazos hacia arriba, mi cuerpo está rígido del viaje.

—Yo no ronco —protesto riendo.

—Si yo no he dormido durante todo el trayecto y en el coche solo íbamos dos personas… ¿quién roncaba?

—Era para comprobar si dormías o no.

Magda sale de la habitación a carcajadas. Antes de cerrar la puerta se vuelve y me mira con su alegría nata.

—Roncaba.

Me agrada estar en casa, de vuelta a la rutina, pero con propósitos diferentes. ¿Le habrá entregado Patrick la carta a Meyer? Pensar en él me hace tener cosquillas en el estómago y escalofríos por todo el cuerpo. ¡Maldito francés!

Mientras me preparan el baño, Magda me ayuda a elegir el blusón para dormir.

Una vez llena la tina, los sirvientes nos dejan solas. Magda añade al agua pétalos de rosas, hoy sí que voy a dormir como un lirón. Observo que está muy callada, como ausente y no es muy propio de ella.

—¿Ocurre algo, Magda?

—No, señora.

¿Dos palabras? Magda es de largas explicaciones, lo que me hace sospechar que sí ocurre algo.

—¿Tu familia está bien?

—Perfectamente.

¿Una palabra? ¡Uy! La cosa es más grave de lo que pensaba.

—Magda, desembucha.

—Señora, este domingo debería ir a misa —la interrogo con la mirada—. A confesarse, por tantas palabras indecorosas.

—Sí, mañana en cuanto me levante iré a misa. Pero no es lo que te preocupa. Desembucha.

Respira hondo, me ayuda a meterme en la tinaja y el agua caliente con los pétalos de rosa hacen un conjunto balsámico que me relajan al instante. Cierro los ojos y me sumerjo por completo. ¡Gloria bendita!

—Miguelillo dice que cada vez hay más soldados en el pueblo.

—¡Por los cuernos de Satanás! —grito enfadada—. ¿Qué pretenden estos malnacidos?

—Dice que el Pitero vino a buscarla ayer tarde. Ha dejado una nota para usted.

—¿Por qué no se me ha informado antes?

Todo relajante baño se fue al traste, los nervios se me salen por la boca. Magda saca la nota de la pechera de su delantal blanco y me la entrega mientras seco mis manos en el lienzo blanco.

Las pupilas corren más que mi mente al leerla. Quiere verme en cuanto llegue. Así que todo pronóstico por irme a dormir pronto se trastoca.

—Que ensillen a Canela. Salgo de inmediato.

—¿No es muy tarde para andar por esos parajes solitarios?

—En ello consta la aventura, amiga.

Encontrar el refugio ha sido fácil, nuestra señal, imitar al búho. Me costó trabajo aprenderla, más que un búho parecía un mono. A mi encuentro salen dos hombres armados del Pitero. Me escoltan hasta su cueva.

Me encanta ver y escuchar a todos estos guerrilleros alrededor de una hoguera cantando y ese sonido de la guitarra acompañando al cante. No hay música más sentimental que esta.

—La señora.

Con rapidez, ellos desaparecen dejándome a solas con el bandolero. Hace frío y echa unos troncos secos a la fogata, calentando de inmediato la gélida cueva.

—Buenas noches, Pitero.

—María, tome asiento. —Lo hago. Se levanta y me ofrece beber, algo que entre en calor me vendría bien, así que afirmo con la cabeza. Sirve una generosa cantidad de bebida color ambarino en una copa y me la da—. ¿Has averiguado algo?

—No, el general Dupont se marchó a Cádiz. Es un animal repelente, solo hacía vanagloriarse de sus victorias y de cómo había dejado Córdoba. El Mariscal Mortier se presentó de improviso, aunque con una rápida visita y partió hacia Badajoz. Nombraron capitán a Meyer, él si está en Sevilla, se hospeda en la casa de los Menjíbar.

—Traidores. —balbucea con repugnancia.

Lo entiendo, yo también siento lo mismo. Más hacia los afrancesados que a los propios franceses.

—Llegó su turno, María. No tardarán en llegar más y más franceses al pueblo. Marchena y Morón ya están casi conquistadas. Se nos han unido muchas familias huyendo del horror de los franceses. ¿Sabía que hace un par de días una joven de dieciséis años fue violada y decapitada por esos malparidos?

—¡Qué horrible!

Me llevo una mano a la boca al escuchar esa atrocidad, muerdo mi dedo enguantado que amortigua mi dolor. Unas lágrimas ruedan por mi rostro. Pobre chica, su familia tiene que estar desolada.

—Eso es lo que hacen, no solo quieren la tierra, ni el poder, quieren ser dueños de nuestras personas. ¿Y qué tal ese capitán Meyer?

—Bueno… no he hablado mucho con él. Le dejé una misión a mi amigo para que le entregara una carta instándole a visitarme.

Me recompongo un poco del comentario de la chica y doy un sorbo generoso al líquido, no es vino, pero amarga y quema. ¡Sí que voy a entrar en calor!

—*Whisky*, escocés y del bueno —adivina mis pensamientos y me sonríe.

—Usted no es un simple bandolero, ¿me equivoco?

—Soy un bandolero.

—Algo me dice que no, su forma de hablar, de tratarme y sus movimientos me muestran que pertenece a la clase alta.

—Creo que eso no es de importancia en estos momentos.

Otro trago más generoso. Si sigo bebiendo así, Canela tendrá que guiarme para llegar a casa.

—Tracemos un plan.

Estira las piernas y cruza los pies, sus brazos están relajados y sostenidos sobre la madera del sillón. Mira al fuego como hipnotizado.

—El padre José está dispuesto a luchar con nosotros. Se ha puesto en contacto con otros

sacerdotes de pueblos colindantes, los franceses están saqueando y expoliando iglesias. Por supuesto, eso no les conviene.

—¿Y qué van a hacer ellos? ¿Matar? No matarás. Es uno de los diez mandamientos.

—El poder lo perdona todo, no la Iglesia. Lo cierto, que puede contar con él. Pondré a varios hombres a su disposición, los va a necesitar.

—Cierto que la guerra no conviene a nadie, mucho menos a la Iglesia, que lleva siglos dominando al hombre.

El Pitero me mira asombrado por mis palabras, seré cristiana pero no tonta. Si me engañan es porque yo quiero.



CAPÍTULO 8

ALAIN.

Lo cierto es, que la partida de María me ha dejado desolado. No podía creer que las palabras de Emilia fueran ciertas: se había marchado para estar con su amante.

Y aquí estoy, en mi habitación provisional comiéndome la cabeza de si es cierto o no.

Pero no debo, me repito una vez más.

Dupont me ha llamado a las filas, quiere atacar la provincia de Badajoz para llegar a Portugal. Mi equipaje está sobre la amplia cama, no deseo marcharme.

Me levanto del camastro y el colchón hace un pequeño ruido por mi movimiento. Unos pasos al frente y me asomo a la ventana.

La luz radiante entra por los cristales calentando la habitación, da calidez y es lo más parecido que he podido sentir como un hogar desde que dejé el mío.

Necesito regresar y ver a mi familia, pasar unos días con ellos para luego volver, eso me fortalecería.

Pronto será Navidad. Agradezco que esta zona del país no sea tan fría, lo que hace que sea más acogedor.

Unos suaves toques en la puerta interrumpen mis pensamientos. Doy media vuelta y Emilia se encuentra en la puerta sonriéndome. La echaré de menos, es una agradable compañía.

—¿Ya tienes preparado el equipaje?

Viene hacia mí con pasos cortos y retorciéndose las manos. Su rostro refleja tristeza y sus ojos brillantes a punto de llorar. Yo también estoy emocionado por mi marcha, me encantaría permanecer más tiempo aquí.

—Sí, todo listo.

—¿Cuánto tiempo estarás en Badajoz?

—No sé. —Me encojo de hombros dudando de su pregunta—. Desearía que fuera por poco tiempo, todo depende del general.

—Me había hecho a tu compañía, Alain. Te echaré de menos.

—Yo también, Emilia. Habéis sido unos estupendos anfitriones, me he divertido contigo y he disfrutado de la ciudad.

—Te ha avisado con tan poco tiempo… podrías haberte despedido de ella.

Que se refiera a ella me fastidia, no en sentido negativo, es que no sé si volveré a verla. Y eso, parece que me duele.

—Ella estará disfrutando con su amante.

—Alain, lo mismo son habladurías. Aquí la gente tiene una lengua muy larga.

—Cuando río suena…

—¿Y te importa que esté con otro?

Pienso la pregunta detenidamente, sopesando mis sentimientos contrariados. Trago saliva, desvío mi mirada de Emilia y niego con la cabeza.

—Nunca podremos estar juntos. No puedo ofrecerle nada.

—Sigo creyendo que entre ustedes hay algo invisible y palpable muy fuerte.

Sonrío de medio lado, ojalá pudiera ver ese algo entre María y yo. Ojalá pudiera. Sin embargo, no puede ser.

—Espero que a mi vuelta, si vuelvo, hayas encontrado a un buen hombre que te trate bien y seas muy feliz.

—Alain, ¡suena a despedida!

—Podría ser, quizás no vuelva.

—¡Ni se te ocurra morir!

Me abraza con cariño y yo me dejo consentir. Es lo más próximo que he tenido como amiga desde hace mucho tiempo.

—No quiere decir que si no vuelvo sea porque me hayan dado dos balazos en la cabeza, puede ser que regrese a mi país o me destinen a otro lugar.

Me separo de ella, saco el reloj de bolsillo de mi padre y miro la hora, tengo que marcharme.

—Agradezco vuestra hospitalidad y amabilidad.

Se me echa al cuello y me abraza de nuevo. Se sacude y llora. La intento apaciguar.

—Os escribiré, lo prometo.

—Alain, esta será siempre tu casa.

Tras varias horas cabalgando con un centenar de soldados a mi espalda, acampamos en un paraje llano de encinas.

La mayoría preparan las tiendas de acampada, unos la cena y otros comprueban el terreno.

Bromean sobre los frutos de los árboles, uno de los soldados dice conocer para qué sirven, sobre todo para dar de comer a los cerdos, los comparan con los españoles y estallan en risas.

Lo primero que hago cuando me instalo en mi tienda es escribir a mi familia, hace dos semanas que no saben de mí. Quiero que sepan en todo momento dónde me encuentro, aunque omito la barbarie que estamos haciendo. Solo hablo sobre Carlos, de su hospitalidad y amabilidad.

Acordarme de Carlos, es recordar a Sevilla e inevitablemente pienso en María. Me pesa hacerlo, no quiero pensar en ella; sin embargo, no puedo borrarla de mi memoria. Me enfurece que esté con otro, me reprocho que no soy nadie para cuestionarla.

—¡Capitán Meyer! Hay guerrilleros cerca del río, a unas dos leguas de aquí.

La noticia me sobresalta. Parecía un lugar tranquilo, de ahí mi decisión de acampar esta noche aquí.

—¿Cuántos son?

—Diría que una veintena. Están bien armados. Solo hombres.

—¿Uniforme?

—Ninguno, más bien parecen campesinos.

—Que apaguen el fuego y que se prepare un pelotón. Vamos a inspeccionar la zona con más detenimiento.

El soldado sale, cierro la carta y escribo la dirección en el sobre. Espero que llegue pronto. Tomo el mosquete y salgo de la tienda. La fila de hombres ya está esperando y listos para la contienda.

Mis órdenes son: silencio, observar y agudizar el oído.

Con sigilo y precaución nos acercamos a la zona donde el rastreador los encontró.

Bajamos de nuestros caballos y nos reservamos tras unos arbustos frondosos. Apenas puede verse, la noche está cayendo y las nubes tapan la luna llena, es lo único que podemos ver además de las dos grandes hogueras que han hecho los guerrilleros.

—Capitán, ¿vamos a atacar?

—Veamos primero. —Abro el catalejo y observo con detenimiento—. Es cierto, no hay mujeres. Por lo tanto, estamos ante el enemigo. Esperaremos un tiempo hasta que se harten de beber. Entonces atacaremos de improviso. Cada uno que tenga un guerrillero de objetivo. Comunícaselo a los demás. Dispararemos todos a la vez cuando yo dé la señal y recuerden, no disparen a matar.

—Sí, capitán.

Estos son tipos comunes al supuesto amante de María. Cierro los ojos apretándolos para quitarme su imagen, me llamo al orden. Necesito concentración. Las risas de los españoles llegan hasta los matorrales. Cantan mientras beben.

Hemos esperado un tiempo prudencial, están más ebrios que vivos. Levanto el brazo derecho, todos me prestan atención apuntando contra el enemigo.

Dudo en bajarlo, solo es una décima de segundo lo que dura esa incertidumbre. Con seguridad, doy la señal y todos disparan pillándolos desprevenidos. Cada ruido de mosquete se me clava en la mente.

Algún que otro se escapa. Grito que no los maten, tenerlos de prisioneros podría venirnos

bien.

En un momento, el vivo campamento se ha convertido en un cementerio provisional.

Los cadáveres permanecen en el suelo, nadie los enterrará. Por lo menos, nosotros no desperdiciaremos nuestro tiempo en hacerlo. Apresamos a tres españoles, dos se han escapado y algunos de mis soldados van tras ellos. Atamos a los prisioneros, mis hombres reúnen todo el arsenal que pueden.

Registran los cadáveres, uno de ellos me llama especialmente la atención, no podrá tener más de quince años.

Trago saliva. Es una salvajada, lo sé, pero me debo a mi país.

—¡Capitán! ¿Lo matamos?

Miro a mi soldado que golpea en la boca al prisionero, otro con la culata del mosquete apalea en las costillas derrumbándolo al suelo.

¿Cuándo el hombre dejará de ser tan egoísta y malvado? Lo peor es contemplar cómo se divierten los míos haciendo daño a otros que solo hacen defender su tierra, su hogar, algunos con familia.

Mis manos se hacen puños por la tensión acumulada.

Furioso me dirijo a ellos, franceses como yo, luchando por la misma causa.

—¡Basta! Me dais vergüenza —acuso gritándoles. La furia se convierte en rabia.

Los soldados me miran extrañados por mi comportamiento, ni yo mismo me entiendo, lo único que deseo es que esta barbarie se acabe ya.

—El general no se pondrá muy contento cuando sepa que le ha salvado la vida a este asqueroso español. ¡A nadie le importará su muerte! ¡Déjenos disfrutar de ver cómo sufre esta basura!

—He dicho que basta. Podéis ir como rastreros a contarle al general que le he perdonado la vida a este español. ¡Corred! ¡Gritadlo! Pero yo soy vuestro capitán, aquí y ahora. Me debéis obediencia. Me importa poco lo que piense Dupont, quizás lo que quiero es estar en mi casa, con mi familia.

—Dejemos a este bastardo y que el capitán cuide sus heridas.

Ambos soldados se alejan con los demás dejándome al prisionero de rodillas, mirándome sin pestañear, con orgullo. Su cara sucia y llena de sangre debilita mis fuerzas, nunca antes, ni en campos de batalla me había ocurrido esto.

—Gracias, *gabacho*. Mis días los tengo contados, hasta que caiga en manos de vuestro superior. Al menos, déjeme escribir una carta a mi familia despidiéndome de ellos.

Con la cabeza afirmo, si yo estuviese en su lugar, me gustaría tener unas últimas palabras hacia mi familia.

Me solidarizo con este hombre, porque es cierto que en cuanto caiga en manos de

Dupont, su vida llegará a su fin.

Es ley de guerra.

Interrogamos a los prisioneros. Por las buenas no hablan. Un cabo está dispuesto a torturarlos con tal de que hablen. Se regodean y se divierten lanzándoles patadas y golpes. Rompen sus camisas, el sonido sordo de un látigo golpeando la espalda de uno de ellos me sobresalta.

Cierro los ojos, no quiero ver esta crueldad. Soy el capitán, puedo pararla.

—¡Detente! —exijo con autoridad—. Que sean prisioneros no os da derecho para maltratarlos de esta forma.

—Capitán Meyer, son enemigos. Nos matarían sin dudarlo.

—Serán entregados a Dupont, que él haga lo que crea conveniente hacer con ellos.

Y conociendo a mi pelotón, estos españoles no llegarán vivos a Badajoz, por lo que ordeno levantar el campamento y seguir nuestro camino.

Cabalgamos sin descanso y sin contratiempo alguno. Unas carcajadas y no precisamente de alegría, hacen que detenga a mi caballo. Me giro y dos soldados traen en sus manos gallinas y un par de cerdos tirados por unas cuerdas.

—¡Qué botín! ¡Vaya mujeres! —se mofa uno de ellos.

—¡Qué pechos! ¡Las hemos dejado satisfechas y llorando para que no nos marcháramos! —comenta otro jactándose de su fechoría.

Bajo de mi caballo, mis piernas me llevan a grandes zancadas hacia ellos para enfrentarlos.

—¿Qué habéis hecho?

—Capitán, lo de siempre. Traemos comida.

—¿Y esas mujeres? ¿A qué se referíais?

—Hospitalidad española, señor.

Ríe con maldad. Juro que lo mataría, lo degollaría.

—¿Las habéis violado?

—No, capitán. Ellas querían.

Estallo mi puño derecho sobre el rostro sonriente de uno, mi codo izquierdo termina en el estómago del otro.

Ninguna mujer tiene que sufrir de esta manera.

Silencio en la cuadrilla. Nadie se atreve a debatirme, los repaso a cada uno de ellos. Parados en medio del camino, rodeados de altos árboles verdes donde se podría disfrutar de una paz increíble; sin embargo, nosotros estamos destrozándola con nuestra maldad y el afán de conquistar territorios que no nos corresponden.

Aquí nada ni nadie nos pertenece. Es mi opinión.

—¡Las mujeres no se tocan! ¿Te gustaría que llegara un inglés y violara a tu esposa, soldado? ¿Te gustaría? —enfatizo mis palabras golpeándolo una vez más en el otro lado de su cara—. Nuestro enemigo son las tropas españolas, los ingleses… no las mujeres. Al próximo de mi sección que toque a una mujer sin su consentimiento, le corto los testículos.

Monto en mi caballo y prosigo mi viaje, furioso y alterado por el comportamiento de mis hombres. Más bajo no podemos caer. Además de ladrones y saqueadores, somos violadores.



CAPÍTULO 9

MARÍA.

Dos semanas han pasado desde que le dejé la carta al capitán Meyer. No recibo contestación ni su visita. Escribiré a Patrick para saber si se la ha entregado. Me siento frente al escritorio e introduzco la pluma en el tintero. Comienzo a escribir a mi amigo.

—¡Señora! ¡Miguelillo que dice que el pueblo está abarrotado de *gabachos*!

—¡Malditos los cuernos de Lucifer!

Me levanto de la silla furiosa, se tambalea y Magda corre a sostenerla para que no caiga. Paseo por mi habitación, tengo que hacer algo. Estos podridos franceses cada vez son más.

—Magda, prepara el vestido rojo.

—¿El vestido rojo? ¿Qué piensa hacer?

—Lo que tenía que haber hecho hace tiempo. Dile a Miguelillo que vaya a ver al Pitero y le cuente la situación. Voy a empezar a actuar.

Sale de la habitación deprisa con mi orden, al momento está preparándome el vestido rojo.

—Voy a ir a la iglesia.

—Señora, ¿con este vestido? No es el apropiado.

—El padre entenderá mi indumentaria.

Con esmero me preparo y salgo a la calle. Cierto que veo a soldados franceses por doquier, arrugo la nariz disgustada por tanta presencia gala.

La iglesia está cerca, pero a cada paso que doy, más frecuente es encontrarme con estos odiosos hombres vestidos de blanco y mosquetes al hombro.

Magda me sigue de cerca, intenta sacarme esta idea de la cabeza. No podrá, no quiero. Mi sed de venganza es inmensa.

Cada intento es un aliciente que aumenta mi venganza y alza mi coraje. Uno de los soldados me piropea en francés.

—Cerdo —expreso coqueta saludándolo.

—Señora, ¿y si saben español? ¿Y si saben que los insulta?

—Son borregos, Magda. No les interesa nuestro idioma, solo nuestra tierra. Quieren ser dueños de nuestras vidas, de nuestras casas, de todo lo nuestro. Si les llamo cerdo, es poco.

Magda ríe y yo le sigo a carcajadas. El atrevido soldado se acerca a mí, me dice que si puede acompañarme. Con mi abanico de encaje rojo acaricio su asquerosa cara, pretendo seducirlo.

Y cae. Como un tonto. Como la mosca a la miel. Como un caballo cuando ve a una yegua. Si es que son animales. Su boca se le hace agua cuando mi abanico se posa sobre mi escote, insinuándole algo más de lo que no probará.

Las manos francesas me repugnan.

—Magda, vete a casa. Prepara un buen vino y comida.

—Señora…

—Haz lo que te digo —murmuro entre dientes.

Se marcha no muy confiada, la pierdo de vista. Mi objetivo está frente a mí. Me abanico con suavidad, coqueteando con él. Se le une otro. Bien, dos mejor que uno.

Con mi buen francés pregunto si quieren venir a mi casa, sería un honor invitarlos a cenar. Los cretinos afirman sin pensarlo. Toda idea de ir a la iglesia se esfuma de mi cabeza.

Me preguntan por qué sé francés, mi contestación de que lo aprendí en Francia en una escuela de señoritas, parece que los convence.

Les indico el camino, su parloteo y sus tonterías francesas me desagradan, no los soporto. Hago tripas corazón y mi recuerdo por Eugenio florece al momento. Controlo mi furia e impotencia por no degollarlos aquí en medio de la calle frente a todos.

No sé de dónde saco tanta templanza. Bueno, sí, la impotencia de que me arrebataron a mi esposo. Eso me lleva a hacer lo que estoy haciendo.

Y por fin estamos en mi casa. ¡Qué largo se me hace el camino y solo es una calle! Los hago pasar al coqueto salón veraniego, en esa época es la parte más fresca, no hay nada que la caliente, ni chimenea y como en esta zona no suele hacer mucho frío…

Ellos se frotan las manos, sonrío perversa, a ver si les entra una neumonía y se van al infierno. Pero no, Satanás, el muy desgraciado quiere que sean mis manos quienes acaben con estos dos.

Por momentos dudo, quizás no sea capaz de hacerlo. De nuevo ese recuerdo con Eugenio leyendo en las tardes de verano en esta misma habitación. Él, sentado en el sillón que ahora mismo ocupa uno de los *gabachos* y que toma su vino a tragos largos.

¿Y no se atraganta? ¿No se ahoga?

¿Ahogar? La idea repentina me gusta. Sí, mis manos no se llenarán de sangre por estos bastardos. Sirvo más vino. ¡Por Dios y todos los santos que se atraganten de una vez!

Tiro un poco más de mi escote, insinúo, pero no enseño. Esto se me da bien. Paso mi mano sobre mi cuello, simulando que tengo calor cuando estoy muerta de frío.

—El vino, ¿qué tendrá el vino?

Pues eso, más vino sirvo. Y ellos beben con fruición. Sus lenguas están sueltas, es momento de sacar información.

—Conozco al capitán Meyer, al general Dupont y al Mariscal Mortier. ¿Qué son de ellos?

Tuve el placer de ser presentada en Sevilla en una maravillosa fiesta.

—¿Meyer? No lo conocemos, será de otra región. Dupont está en Badajoz y Mortier creo que está en la frontera de Portugal.

—Hijos de mala madre —siseo para mí.

Llego a la conclusión que la intención es invadir también Portugal. Este Napoleón está loco. ¡Desquiciado!

—¿Dijo usted algo, señora? —dice uno.

Se levanta del sillón de Eugenio y se sienta sobre el brazo del que ocupo yo. Su cercanía y su olor me producen náuseas.

—Que hace mucho calor, ¿más vino?

Otra botella y van dos. ¿Cuánto aguante tienen estos? Mi boca se ladea victoriosa, ya apenas se mantienen en pie. Con la excusa de tener calor, les pido que me acompañen al patio. No se niegan. Uno a cada lado, me cortejan hasta el alegre jardín, paso muchas horas cuidando las flores. En medio, un pozo.

Allí me los llevo. Uno de ellos se atreve a besarme el cuello, otro acaricia mi brazo. Tirito de repulsión. Les hago beber las copas de un solo trago. Sus manos tocan todo mi cuerpo. Siento que la falda de mi vestido sube y un par de manos soban mis muslos, noto frío y no precisamente de la frescura de la noche. Trago saliva.

De reojo puedo ver a Magda tras la ventana del despacho. Sus manos están rezando por mí, su boca implora por mí, su cabeza se mueve negándome que no lo haga. Cambio de posición.

De estar apoyada en los ladrillos del pozo, a estar sobre uno de estos *franchutes*. No quiero verla, su negativa está a punto de derrumbar mi venganza.

Sus manos suben más arriba, el otro se coloca tras de mí. Accede a mis pechos con facilidad. ¡Dame fuerza, Dios y que acabe pronto esto! Parece que Dios no está de mi lado, estos dos estarán borrachos; no obstante, están casi agresivos por la excitación.

Me apoyo sobre el francés, que casi su cuerpo asoma por la boca del pozo. Está cerca. Es solo cuestión de empezar, será el primero. Siempre hay un primero en la vida de una mujer.

Él ríe mientras mira hacia la oscuridad del pozo. Su sombrero desaparece en esa honda penumbra. Teme por su vida, ya no le parece tan gracioso. Sin embargo, a mí me gusta esta sensación de peligro.

Ordeno con voz simulada a la excitación al *franchute* de atrás que se arrodille y se meta entre mis piernas.

Las separo y le permito acceso mientras que mis manos se posan en el pecho del otro, cada vez más fuerte, más ruda.

Grita resistiéndose, su cuerpo se balancea hasta que cae al vacío.

Ver la cara de horror en ese hombre me provoca miedo. Mis manos temblorosas tapan mi

grito aterrador. ¿Sería así cómo se sintió Eugenio cuando murió? ¿Qué pensó cuando sabía que moriría? ¿Pensó en mí?

Me apoyo sobre el brocal y miro al negro vacío. El otro sale de entre mis faldas y pregunta agitado qué ha ocurrido.

Asoma su cuerpo hacia el interior del pozo, una fuerza maligna entra en mi mente apoderándose de mí al completo. Lo empujo, se sorprende de mi actitud, le sonrío con una fría maldad que yo no sabía que poseía.

Es lo que siento en estos momentos, frialdad. Cada vez que me encuentro con un francés pienso lo mismo: ¿será él quien mató a mi esposo?

Después silencio. Un grito cada vez más lejano, hasta que su voz se calla. Apenas se escucha cuando cae al agua, es muy profundo.

—Señora, ¿está bien?

—Prohibido coger esta agua para comer o beber, ni para las bestias.

Dejo a Magda boquiabierta por mi orden, preocupada por mi estado y sobresaltada por lo que acaba de ver. Sí, soy una asesina, no más que ellos. Y juro que no serán los últimos.

—Hija, ¿no te estás extralimitando?

El cura del pueblo quiere hacerme recapacitar en confesión.

—No, padre.

—No te reconozco, María. ¿Desde cuándo la muerte es tu obsesión? ¿Te ha poseído Lucifer?

—Padre, he venido a confesarme. Ya le he dicho mis pecados. Si me va a absolver, perfecto. No entiendo tantos remilgos, alguien me dijo que usted estaba de nuestro bando.

—No eres como ellos, tú eres dulce, alegre y…

—Viuda, padre, no lo olvide. Mataron al hombre con el que me casé, ¿no lo entiende? Es la única forma que tengo de vengarlo, de hacer algo por él.

—¿Y Eugenio querría eso?

No lo sé. Supongo que no, a veces pienso que sí. Lo mismo soy yo quien desea esta venganza. Esta postura de estar arrodillada, me está matando. Y este hombre solo me reprocha mi conducta.

Me muevo inquieta, la tabla del confesionario debería cambiarla, creo que se me ha clavado una astilla, traspasando las enaguas y el vestido.

—No deberías mancharte las manos de sangre, hija.

—¿Y quedarme con los brazos cruzados? No, padre. ¿Cuántos padrenuestros tengo que rezar?

—Si tuvieras que rezar todo lo que te mereces no saldrías de la iglesia en años. Has

cometido el quinto mandamiento.

Resoplo impaciente, como no me dé la absolución pronto, me nombrarán santa. Entonces es cuando pronuncia toda la retahíla de santiguarse y oraciones.

Suelto el aire despacio, estoy en paz con Dios. En total son cinco padrenuestros, cinco avemarías, la oración para la salvación y diez reales como limosna.

Creo que don José Garzón Grandallana va a tardar en volver a verme por aquí si sigo con mis ideales.

Me santiguo, me levanto y camino hacia otro asiento frente al altar. De nuevo de rodillas. Estoy sufriendo más que el señor en la cruz. Rezo mis penitencias, dejo en el cepillo la limosna impuesta y salgo de la iglesia.

—Señora, esta tarde a las cinco donde siempre.

Es uno de los niños del campamento del Pitero. Le doy una moneda de ocho maravedíes de cobre. Le revuelvo el pelo negro y sucio para que el niño ría. Me encanta escuchar la risa de un niño, es la cosa más real que una persona puede oír.

—Vamos, Magda, se nos hace tarde.

—¿Va a seguir con su «trabajo»?

La miro de reojo, sé que está preocupada y avergonzada, su señora es una asesina. Solo lo sabe ella, el Pitero, el sacerdote y yo. Ni Patrick sabe de mi plan. Ahora que recuerdo, la carta que iba a enviarle aún está sobre el escritorio esperando a ser enviada.

—Magda, no me gusta hablar de esto. Lo sabes, y mucho menos por la calle.

—Todavía recuerdo esa noche, señora. La primera vez. Su cara de terror, su llanto en el baño, cómo gritaba mientras decía sentirse sucia por echarlos al pozo.

Mis piernas corren, no quiero escuchar ni una sola de sus palabras, porque sé que me volverá a doler. Magda me alcanza antes de girar la esquina de la calle, estoy a un paso de entrar en casa y de gritar lo cansada que estoy.

—Está cometiendo un tremendo error, señora. Deje esta guerra a los hombres y dedíquese a otros menesteres. Cásese de nuevo y un bebé le vendría muy bien.

No pienso volver a casarme, significaría dar un paso atrás en mi independencia, no necesito a ningún hombre para ser feliz.

Doy media vuelta y enfrento a mi amiga que se sorprende al ver mi repentino ataque. Da un brinco hacia atrás. Yo doy uno al frente.

—¡Magda, ni una vez más! —amenazo entre dientes—. Si no estás contenta puedes largarte cuando quieras, nadie te obliga a que sirvas a una guerrera, no lo confundas con asesina.

El Pitero me espera en la fuente a las afueras del pueblo, rara vez pasa gente por este lugar y a estas horas. Nos saludamos. Me resume en pocas palabras que los franceses están cada vez más

cerca de apoderarse de Sevilla. Aunque por aquí estemos más tranquilos que en la capital, no dejan de hacer monstruosidades.

—El padre José no está muy conforme con mi plan. —Rompo una rama seca y miro al bandolero—. Me dijiste que estaba de nuestro lado. Solo insiste e insiste en que deje de hacerlo.

—No soy nadie para decirle que siga o no con su plan. Si decide retirarse, lo entiendo. No debe de ser fácil lo que usted hace.

—¿Cuándo acabará toda esta locura? ¿Hasta cuándo tendremos que estar luchando? ¿Cuántas más personas han de seguir muriendo? ¡Asquerosos franceses!

Mi pataleta en el suelo hace gracia al Pitero. Sube a su caballo y coge las riendas haciéndolo girar para marcharse.

—¿Y de ese capitán?

—Nada, no tengo noticias. Escribí a mi amigo para ver si le había entregado la carta, hasta hoy no he recibido respuesta. Cosa que me extraña.

—Vaya a su casa, por ahí viene un grupo de soldados. Cuídese.

—Lo mismo le digo.

Cabalga veloz y se pierde a campo travieso. Doy media vuelta y me dirijo a casa, encontrándome de paso a los soldados. Saludo cordial y con un mohín pícaro, a ver cuántas moscas caen. ¡Cinco! ¡Estoy progresando!

Detengo a Canela, ellos también se detienen. Les pido que me ayuden a bajar del caballo. Esos cinco se acercan y discuten entre ellos para ver cuál es el ganador. Me da igual, el pelirrojo que el gordo barbudo.

El pelirrojo está a mis pies, ofreciéndome sus brazos para bajar. Me toma por la cintura y me la aprieta. Exclamo de asco, él cree que es por otra cosa, he aprendido muy rápido a disimular la repugnancia por el coqueteo.

Le pido que me acompañe a casa, accede sin pestañear. Subimos la larga cuesta hasta llegar al centro del pueblo, le indico por dónde hemos de seguir. En la puerta de casa, él hace un ademán como despedida.

—Pero, ¿ya se va? ¿No va a tomarse una copa de vino? —insisto con mi sonrisa falsa.

—Solo una copa.

Entramos, le pido el mosquete que lleva colgado en su hombro. Se lo entrego a uno de mis sirvientes que vino a mi encuentro en cuanto puse un pie en casa.

—Ocúpate de Canela, debe estar agotada y que Magda nos traiga vino a la salita de verano.

—Sí, señora.

El *franchute* me sigue hasta la sala, lo mismo de siempre, se queja de que en esta estancia hace frío. Magda aparece con una botella de vino y dos copas. Le pido que se retire, yo serviré.

—Espero que el vino sea de su agrado, señor. Lo he estado reservando para una ocasión

especial. —Pestañeo presumida—. Beba.

Al cabo de tres copas, él no accede a ninguna más. Me acerco a él, me siento sobre sus piernas y acaricio su cuello. No es desagradable para la vista, he de reconocer, pero sigue dándome asco como todos.

Mis dedos delinean su boca, su respiración se agita. Mordisqueo el lóbulo de su oreja derecha, emite un gruñido.

Lasciva y malvada, sonrío. Mis labios se posan junto a su boca, es apenas un roce que lo deja sin respiración.

—¿Tiene calor? —asiente vigoroso—. Podríamos salir al patio, si lo desea.

De nuevo afirma, rozo con intención mi pecho sobre su barbilla, me detengo unos segundos y me incorporo de inmediato. Excitado me sigue al jardín.

Corro hacia el pozo como si se tratase de un juego, mi respiración agitada lo incita a más.

Sacudo mi melena hacia atrás, al vacío del brocal. No es mucho más alto que yo y dejo que se acerque a mí. Mi risita lo estimula más. Sus manos recorren mi cuerpo, hasta con el vestido puedo sentir sus repulsivas caricias.

Lo manejo como a un títere. Mi giro inesperado lo sobresalta. Apoyado sobre el pozo espera mi próximo movimiento. Mis manos se cuelan bajo su casaca. Él se deja caer sobre el brocal.

Entre risas comenta que está bebido y que todo le da vueltas. Espero que no tenga vértigo y su caída al vacío le haga cavilar qué es lo que están haciendo en este país y con mis compatriotas.

Poso mis manos sobre su pecho, cada vez más fuertes, más seguras. Pierde el control de una pierna y aprovecho su debilidad para que todo termine. Se resiste, cree que forma parte del juego amatorio. Sí, que lo crea.

—Mi indeseable invasor, se acabaron tus días.

Si me entiende o no, ese no es mi problema. Todo me da igual. Solo pienso en Eugenio y en cuántos como él han perdido la vida. Su cuerpo flácido cae al pozo. Su grito desgarrador perfora mis oídos. Me los tapo. No quiero escuchar cómo acaba la vida de un hombre.

—Recuerdos a Lucifer.

Mis palabras cargadas de rencor es lo último que escucha. Después silencio. Otro más que se va al infierno. Mi sonrisa se curva en una sonrisa malvada. Jamás pensé que podría acabar con la vida de una persona, y ya son unas pocas las vidas que he tirado por ese pozo.

Rectifico, no los he tirado, ellos se han caído al vacío.



CAPÍTULO 10

ALAIN.

La posada no es muy limpia que digamos, pero al menos, dormimos en camas y la comida es caliente. Dupont me ha dejado a cargo de dos secciones, permaneceremos aquí varias semanas más.

He recibido una carta de mi familia, mi hermana se encarga de escribirme. Sus palabras me alientan y deseo regresar pronto a casa para verlos. Aunque no es el propósito de mi general en estos momentos.

La guerra está cada vez más fuerte. Cada vez llegan más soldados ingleses y las guerrillas son cada vez más frecuentes entre el pueblo.

Releo la carta, una vez más. Mis padres están orgullosos de mí y no entiendo por qué. He estado a punto de morir dos veces y cada vez que salgo a batallar, pienso si será la última vez que lo haga. He matado y mataré a personas que solo defienden su tierra.

La tabernera me ofrece vino mientras espero el estofado de ternera que huele delicioso. Con este frío necesitamos comer en abundante.

Los soldados se jactan de la mujer que les sirve más vino. Su cara es el reflejo del alma, nos odia. Y no la culpo, se sobrepasan.

Mi mirada los apacigua, no por mucho tiempo, Dupont aparece por las puertas como si fuera el mismo Napoleón con su séquito de soldados. Se sienta frente a mí, sus seguidores se unen al resto de los míos.

—¡Vino! —grita Dupont a la pobre mujer que no sabe a cuál servir primero.

—¿Todo bien por aquí?

Afirmo mientras un muchacho de no más de doce años me sirve el plato de comida. Dupont le exige que se lo sirva a él. El joven me mira sin saber qué hacer, callado le indico con la cabeza que se lo ponga frente a sus narices. No quiero crearle problemas al chico.

—Más cordialidad no vendría mal, general.

—Sandeces, Meyer. Esta gente inculta no sabe de modales. Las hembras son como yeguas, solo sirven para montarlas y los hombres, como burros, para la carga.

Me muerdo la lengua para no contestarle. En momentos como este, únicamente deseo estar solo y no ver cómo tratan a estas personas, que incultas o no, se merecen un respeto. Sin contar que nos están manteniendo por obligación.

—Wellington se cree muy listo, yo lo soy más que él. Madrid se nos está resistiendo,

bajaremos de nuevo al sur. El capitán Renard se encargará de esta zona. Mañana salimos.

—¿Concretamente?

—A Sevilla. Tenemos que hacernos con el puerto, esa ciudad es la clave de todo comercio con la América española.

Mi corazón da un brinco de alegría cuando escucho que regresamos a Sevilla, aunque no debería.

Carraspeo para aclararme, es una idea absurda pensar en María, aunque mi mente no hace otra cosa que recordármela todos los días desde que salimos hace ya dos meses.

El chico me pone el plato de comida y le agradezco en español su servicio, me sonríe triste. Se gana una moneda de ocho maravedíes.

—No entiendo tu empatía con esta basura, Meyer.

—Son personas, general.

Habla mientras mastica. Esta es la basura, no el chico ni su madre que trata de lidiar con nuestros soldados. Al principio estaba agradecida de nuestra presencia, hasta que Dupont dejó bien claro que no pensaba pagar ni un real por estar aquí.

Es una pobre viuda a cargo de seis hijos, el mayor es de doce años. Toda la comida y bebida sale de sus reservas. Contribuyo y pago una cantidad generosa, no lo suficiente para el desastre que causamos, ya hasta yo me meto en el saco.

—¿En qué piensas, capitán?

—En que no es justo que esa pobre mujer pague nuestros gastos. Suficiente tiene con mantener a sus hijos pequeños.

—Estás muy… sensible, Meyer. Un capitán como tú no debería pensar de esa manera. ¿Qué diría tu padre si te escuchara decir esa sarta de estupideces? Tu padre que se ha dejado el alma para que seas un buen soldado y llegues a un alto cargo.

—Mi padre vería con horror todo lo que estamos haciendo, general. Es un buen hombre y lo que nosotros estamos haciendo en España es una verdadera atrocidad.

—Tu padre vería que tiene un hijo cobarde que no es digno de su título como capitán.

El agravio hacia mi persona hace que pierda el apetito. Me levanto y arrojo la servilleta sobre la mesa. Mi gesto de disgusto debe ser evidente, Dupont sonríe malicioso.

—Que tenga buena noche, general.

—Al amanecer nos marchamos, Meyer. Buenas noches.

Ahora su despotismo hace que me retire maldiciendo entre dientes. Estoy cansado de aguantar a tipos como él. ¿Cuándo se acabará todo y podré regresar a casa? Cada día que pasa, es un infierno que vivo en silencio.

Por fin nos acercamos más a Sevilla. Durante el trayecto nos hemos encontrado varias guerrillas,

ni uno solo de esos hombres salió vivo, mi regimiento es uno de los más sangrientos y más si Dupont nos acompaña. Parece que son piratas a sueldo.

Cada disparo, retumba en mi mente. Cada quejido, se clava en mi alma y cada rostro español muerto, me enfurece. Aprieto las riendas del caballo, el animal no sabe interpretar mi gesto y relincha.

Es él quien me saca de estos pensamientos y me lleva a otro. Sí, María. Hermosa como ninguna haya visto y divertida.

En estos meses de ausencia, pocos días son los que no he pensado en ella y sé que no debería hacerlo.

Pero es que cierro los ojos y recuerdo su boca generosa, sus labios tan exquisitos, sus ojos tan vivos como la llama del fuego, y su voz, me genera un escalofrío desde los pies a la cabeza. Estar cerca de ella y olerla es peligroso para mí.

—Meyer, ¿no has escuchado al rastreador?

Miro a Dupont desorientado por su pregunta. En realidad, no he escuchado nada. Niego con la cabeza, absorto por mis pensamientos, estos que María me hace vivir estando a leguas de aquí.

Quizás sea porque me voy acercando a su ciudad; lo mismo temo encontrarla, ella ha dislocado mi vida con solo un par de conversaciones.

—Pararemos en esa posada. Meyer, más atención o cualquier día acabarás con un tiro entre ceja y ceja.

Mientras que los soldados se ocupan de los caballos; Dupont, otro capitán, un sargento y yo entramos en la posada. En el interior no hay nadie, solo un tabernero que nos mira preocupado. El sargento, por orden de Dupont, le exige en español cuatro habitaciones, una para cada uno. Él cree que es el único que sabe este idioma.

El hombre niega tener habitaciones para cuatro, sugiere compartir. Dupont no es partidario y le apunta con un mosquete. Tras la barra, el tabernero se estremece, sus ojos se agrandan de terror y sus manos las mueve rogando que no lo mate.

El chillido terrorífico de una chica nos hace mirar hacia la puerta, lo llama padre. Este intenta tranquilizarla, le pide que huya al bosque y que se esconda en el árbol, pero Dupont se está poniendo nervioso porque no entiende qué dice el tabernero. El sargento se acerca a la chica, le acaricia el mentón y ella intenta escapar.

Demasiado tarde, la coloca sobre la mesa bocabajo y le sube las faldas. Ella grita aterrada y suplica entre sollozos que no siga. Eso parece divertir al sargento y al otro capitán que se une. Pretenden violarla ante los ojos de su padre. No es una novedad.

El tabernero intenta socorrer a su hija, Dupont prepara el mosquete apuntando a la frente haciendo que el hombre se detenga y tapa sus ojos para no ver cómo abusan de su hija.

Mi pistola apunta al sombrero del capitán, mi mano no vacila y dispara. Sargento y capitán se paralizan. Dupont me mira furioso, estaba disfrutando viendo cómo un padre sufre al ver a su hija ser violada.

—¿Qué has hecho, capitán?

—General, lo que tenía que haber hecho usted. —Mi respuesta no le agrada y me apunta la punta del mosquete al corazón—. ¡Dispare! Hace tiempo que dejé de tener corazón, señor. Así podréis acabar de abusar de una jovencita que apenas ha tomado la comunión.

—Tú y tu maldita conciencia, Meyer.

La chica aprovecha la única oportunidad que le queda y sale corriendo. Me agradece con su mirada haberla salvado de una brutalidad. Espero que pueda escapar al árbol del que su padre le habló. Supongo que será un escondite para estos casos.

—En mi presencia, señor, ninguna mujer será forzada. Ya sea sargento, coronel o el mismo Napoleón. Porque pienso que puede ser mi hermana, mi madre, mi…

—Termine de hablar, capitán. ¿No te gusta recordarla?

—Estaré fuera, decidid si queréis quedaros aquí o seguimos. Ya todo me da igual.

Busco un lugar para estar solo, las cuadras tras la taberna me sirven de refugio.

Inquieto camino por el escondite y golpeo una alpaca de paja. Espurreo maldiciones, no suelo hacerlo nunca.

—¡Capitán Meyer! ¡Nos adelantaremos dos escuadrones y el resto se irá incorporando a las filas!

Dupont grita sin saber dónde estoy. No entiendo muy bien su resolución, él es el que manda, el general. Yo solo he de obedecer sus órdenes.

Salgo de la cuadra y subo a mi caballo, le pregunto al soldado si lo ha alimentado y dado de beber. Me contesta con una afirmación añadiéndole que lo ha cepillado y cambiado la manta que estaba sudada por la silla de montar.

Se lo agradezco y sin más, salgo al galope en dirección al sur de España, sin esperar a nadie, ni siquiera al general.

Aminoro el paso, el paisaje me transmite serenidad. Me detengo junto a un pequeño riachuelo, respiro hondo para poder templar mi furia. Al expulsa el aire me siento mejor, más relajado.

El ruido de una cabalgada al galope corta mi estado de paz. Es cuando Dupont y las dos compañías me alcanzan.

—¿Tantas ganas tienes de regresar a Sevilla, Meyer?

Su ironía casi logra enfadarme más.

—No sabe cuánto.

Contesto entre dientes y algo más calmado. Lo único que me tranquiliza es que regreso a

lo que he añorado durante todos estos años, algo parecido a un hogar.

Huelo a quemado. Miro a mi alrededor, no veo nada en particular. Sin embargo, el olor es cada vez es más fuerte. Dirijo la mirada hacia la dirección donde se encontraba la posada. No exploto porque no tengo ese don. La humareda viene de allí.

—¡Me dais asco! —No hablo para nadie en particular, solo grito a los cuatro vientos—. Espero que todo el dolor, sufrimiento y barbarie sirvan para algo. A mí me sirve para aprender que los franceses somos una escoria.

Mientras ordeno al caballo que prosiga la marcha, las risas diabólicas de Dupont me paralizan. Jamás lo había escuchado reír así. Sujeto las riendas con fuerza, sostengo la mirada del general.

—Nunca has servido para ser soldado y mucho menos para capitán.

—General, quizás nunca quise ser soldado y mucho menos capitán.

De nuevo al galope, me alejo de ellos. No quiero estar cerca de ninguno. A lo lejos aún puedo escuchar las risas de los míos. ¡Míos! Qué curioso cuando no siento nada por ellos ni por mi patria. Me está costando asimilar que hemos venido a destruir un país vecino, con sus habitantes llenos de vida, ajenos a nuestros planes maquiavélicos.

No veía la hora de llegar. Carlos y Emilia me acogen con su innata amabilidad. Ella me abraza con el cariño que podría tenerle a un hermano; en realidad, el sentimiento es mutuo.

—¿Cómo ha ido la contienda, señor Meyer? —Pero, ¿Carlos sabía a lo que íbamos?

—La reunión ha ido como se esperaba, don Carlos. —Prefiero no adelantarme a los acontecimientos.

Llama a un criado para que se ocupe del caballo y a otro para que se encargue de mi bolsa de equipaje. El resto de mis cosas están en uno de los carros que vienen con Dupont.

—Necesitas un buen baño, Alain. —Emilia se agarra de mi brazo y subimos los escalones hasta entrar en la casa—. Es la misma habitación que ocupaste, diré que preparen la tina con agua caliente y si quieres, puedes descansar.

—Lo agradecería muchísimo.

—¿Y el general? —Carlos a su interés.

—Tardará varios días en llegar, me he adelantado porque un capitán necesita cierta información.

—¿Cierta información?

De nuevo ese interés peculiar en él.

—Es personal. Tengo una carta importante de su familia. Se la haré llegar en cuanto tome el baño.

Carlos pide a su hija que me acompañe hasta la habitación, como si ella no fuese a hacer

otra cosa. La risa de Emilia me hace reír.

—Hay una carta para ti.

Me sorprendo, no espero carta de nadie.

—¿De mi familia?

—¡No! De María. Llegó por Patricio horas después de tu marcha.

Mi corazón galopa más que mi caballo. Lo que menos me esperaba era una carta de ella. Mis ansias por leerla me ponen nervioso.

—¿Sigue viéndose con ese bandolero? —pregunto como el que quiere saber del tiempo.

—Ajá. —Ríe cómplice y habla bajo como si de un secreto se tratase—. Mi fuente me ha soplado que se ven en casa de ella. Hace muchas fiestas y que se divierte a lo grande. ¡Qué envidia! Y yo aquí buscando un marido que no quiero tener.

—Emilia, ¿por qué no hablas con tu padre? Tal vez entendería que…

—¡Por Dios, Alain! ¡Quiere que me case contigo!

¿Casarse conmigo? ¿De dónde ha sacado semejante idea? Carlos no tiene ni idea de mi vida, ¿cómo pretende manejar la vida de los demás?

—¿Tan horripilante te parece la idea de casarte conmigo, Alain? No tendríamos vida conyugal, eso sí, mi padre quiere herederos.

—Emilia, para nada me parece horripilante. Simplemente es un no rotundo.

—¿Pretendes casarte con María?

—¿Qué? ¡No pretendo casarme con nadie! —suelto más irónico que sorprendido—. ¿De dónde has sacado esa absurda idea?

—Las cosas funcionan así, Alain. Mi padre quiere casarme con un francés, y si es importante, mejor, para afianzar nuestro patrimonio.

—Deberá buscar a otro francés. Yo no estoy en el mercado matrimonial.

—¿Estás casado? —grita llevándose una mano a su boca.

Llegar a la puerta de la habitación salva mi respuesta. Respiro aliviado. Esta conversación me estaba poniendo de los nervios.

—Emilia, ¿te importaría que me diera ese baño? Lo necesito como el comer.

—Puedo acompañarte, de todas formas, sabes que un hombre no me llama la atención; por muy apuesto que sea.

Su cuchicheo me hace gracia y río. Tomo su rostro enmarcándolo con mis manos y beso su frente.

—Emilia, te pareces tanto a mi hermana…

—¿Tienes una hermana?

—Sí, y unos padres. La conversación se acaba aquí. Necesito asearme y descansar.

—De acuerdo. Diré que tengan lista la sopa para cuando despiertes del sueño.

—Te estaría muy agradecido.

—¿Casándote conmigo?

La abrazo con el amor que siento por mi hermana. No puedo querer a ninguna mujer de ninguna otra forma.



CAPÍTULO 11

MARÍA.

¡Maldita sea la estampa del demonio! El sacerdote del pueblo de no querer que mate a ningún ser vivo, a mandarme a todos los soldados que le parece a mi casa. El pozo tiene que estar a rebosar de esqueletos franceses.

Abro los ojos de par en par, temerosa de que estos puedan verse. Con pasos ligeros salgo del saloncito donde estoy bordando unos pañuelos para entretenerme, no tengo nada más que hacer después de llevar la contabilidad de la casa. El pozo en medio del patio es mi objetivo.

Me asomo preocupada. Solo veo oscuridad. Huelo. No hay olores, únicamente los de las plantas que adornan mi patio. Está precioso. Las varitas de San José van asomando. Se nota que el diecinueve de marzo se aproxima.

—¡María!

La voz del padre José me asusta, me tambaleo sobre el brocal y mis pies quedan lejos del suelo. Ahora sé lo que deben sentir esos *gabachos* al precipitarse en la honda oscuridad. Escucho una corriente de agua al fondo.

Me impulso hacia atrás y aterrizo en el suelo. Las faldas se suben hasta la cabeza tapando cualquier visión. El trasero me duele de la caída. Me quema.

—¡Tápate, por Dios!

—Padre, no haberme asustado. ¡Casi caigo al pozo!

El cura ríe, yo no. He estado en el precipicio a punto de morir como muchos de los soldados. Quizás sea un castigo divino. ¡Bobadas!, pienso al instante.

Me levanto mientras sacudo mi vestido color verde agua y el padre viene a ver con sus propios ojos que me encuentro estupendamente. Me revisa dándome la vuelta una y otra vez.

—¡Padre! ¡Pare ya! Me estoy mareando.

—Hija, qué susto, ¡por Dios! —Se santigua y con rosario en mano reza por mí.

—No rece tanto y dígame algo.

—El Pitero vendrá a la iglesia, al atardecer.

—Allí estaré.

—Te estás metiendo en camisa de once varas.

—No tengo nada que perder.

—Eres joven, alegre y muy hermosa. Podrías volver a casarte.

—Magda piensa lo mismo, y no, no pienso casarme nunca más.

—¿Y renunciar a ser madre?

—Padre, puedo ser madre sin casarme.

—¡Qué dices, criatura de Dios! —Vuelve a santiguarse numerosas veces. Sé que lo que acabo de decir es pecado capital. Río a carcajadas—. A veces hablas como si el demonio te hubiera poseído.

—No se preocupe, padre. En mi lista de deseos no está ser madre —Respira aliviado, ladeo mi boca traviesa—, por ahora.

—Niña loca.

Lo que no sabe es que no puedo ser madre. Se quita el sombrero negro y se abanica con él. El alzacuello blanco parece que le estorba por las muecas que hace y comienza a sudar tan colorado como un tomate de mi huerto.

—Padre, como ya hay cierta confianza entre nosotros, me gustaría hacerle un par de preguntas.

—Pregunta, hija, pregunta mientras que me traigan un vaso de agua para reponerme del soponcio que me acabas de dar.

—Entremos al saloncito, allí hay agua fresca. —Tomo su brazo y lo conduzco hacia la estancia, toma la jarra y lleno dos vasos, le doy el suyo y espero a que beba—. Es del pozo.

Espurrea toda el agua bebida de su boca y me salen carcajadas hasta por los oídos. Me retuerzo en el sillón y no dejo de reír. El cura me mira horrorizado y al agua del vaso también, tira el agua en una planta de geranios que adorna la pequeña mesa redonda.

—Padre, es broma.

—Cualquier día me da un ataque al corazón. Y ahora, ¿no tenías que preguntarme algo?

Le sirvo otro vaso de agua, bebe apresurado. Cuando oiga mis preguntas se va a caer del sillón en el que está sentado. Dejaré que beba tranquilo. Traga y me mira instándome a que le pregunte.

—Padre José —carraspeo aclarándome la voz—, ¿usted no tiene necesidades de ya sabe… de estar con una mujer? Y cuando las tiene, ¿qué hace?

—Hija, ¿qué preguntas son esas? —Se santigua varias veces mirando al techo de la habitación.

Su rígida mirada me advierte que me he extralimitado, pero lo tenía que intentar, desde pequeña tenía esas preguntas en mi mente. Porque he escuchado rumores de otros sacerdotes colindantes que no me gustan.

—Soy sacerdote, María.

—Pero un hombre, al fin y al cabo. —Me levanto del sillón y ando hacia un cuadro de mis padres colgado sobre la pared, lo observo con cariño—. He escuchado muchas cosas sobre algunos como usted, y no digo que usted lo sea —Me giro y lo enfrento—, demuestra que es un

ser bueno. Sé que no me incumbe, pero lo mismo que lucho contra los *gabachos*, me gustaría hacer algo por las pobres muchachas que han sido abusadas por sacerdotes.

—No hay constancia de…

—Padre, Magda es prueba de ello. Su madre era una ingenua niña de catorce años cuando fue violada por un sacerdote. Usted por entonces no estaba por aquí. —Abre la boca para hablar y yo levanto una mano, quiero que me deje terminar.

»Su madre trabajaba limpiando la sacristía y la iglesia, él un ser vil se aprovechó de ella y a los nueve meses nació Magda.

»Entonces, fue cuando entró a servir a mi casa. Se la acogió como una más, sin ser juzgada por su vientre hinchado. ¿Eso no es pecado, padre? Que baje Dios y lo vea.

—A veces cometemos cosas inexplicables. Lo siento por Magda, es una joven trabajadora y formal.

—Leal y muy buena amiga, padre José. Le debo mucho, ella me ayudó a superar la muerte de Eugenio.

La puerta del saloncito se abre sin aviso, Magda entra apresurada y su rostro refleja preocupación.

—¡Ay, señora! ¡Ay, señora!

—¡Magda! ¿Qué pasa? —Me dirijo a ella con inquietud.

—El Pitero, ¡que está aquí!

—¿Aquí? ¿Cómo?

—En su casa, señora. ¡Aquí!

—¡Hazlo pasar! —ordeno precipitada.

—Hay algo más —duda y se muerde el labio—, más bien… alguien más. Tiene otra visita.

—¿Quién? ¿Patrick?

—No, señora. El capitán Meyer —anuncia nerviosa.

¡Válgame Dios y todos los santos nombrados! ¿El capitán Meyer en mi casa? Entonces Patrick le dio la carta. ¡Pues a buena se presenta! ¿Y qué hago yo ahora con estos dos hombres en mi casa?

Saber que Meyer está aquí me pone de los nervios. ¿Estaré presentable? Sin pensarlo, me paso las manos por el cabello suelto. Me gusta dejarlo así cuando estoy en casa y sin esperar visita, claro.

El Pitero y Meyer, dos hombres con personalidad arrolladora y enemigos acérrimos.

De camino al recibidor, rezo porque no descubran quién es cada uno. Aunque Meyer tiene difícil no ser identificado por su uniforme de capitán francés.

¡Ay, madre! ¡La que se va a liar!



CAPÍTULO 12

ALAIN.

No. Definitivamente no fue una buena idea venir. No debí hacer caso a Emilia y presentarme sin avisar en casa de María. Su fuente le proporcionó la información: dónde quedaba El Arahal y su casa.

Ahora me veo esperándola en la entrada de su casa con un hombre que también la espera. Mi sombrero no para de dar vueltas entre mis manos. Hacía tiempo que no estaba tan nervioso y ahora bajo el escrutinio de ese hombre que no deja de mirarme de arriba abajo, inspeccionando cada detalle de mi uniforme.

—Creo que este año va a llegar la primavera antes de lo previsto —declara el hombre.

Es cordial, al menos hablar del tiempo ha roto un silencio demasiado tenso, sonrío como si no entendiera lo que me acaba de decir.

¿Será al que llaman el Pitero? Lo inspecciono con disimulo, algo que he aprendido en las filas del ejército. Sí, es bastante apuesto. Pero un bandolero no viste con esas ropas finas de esos distinguidos señoritos ricos.

—¡Buenas tardes!

La voz jovial de María sí que corta mi inspección al hombre. Primero se dirige a él y le ofrece su mano, se la besa mientras se miran a los ojos.

Enfadado aprieto la mandíbula por esa escena que presencio y no me gusta ver.

No debería estar celoso.

—Es un placer verte. —María me mira y me sonríe, la sangre galopa por mis venas con esa sonrisa. ¿Qué tendrá para sentirme así?—. ¡Ah, capitán Meyer! ¡Qué agradable sorpresa! ¡Usted por aquí! ¿No se torció una pata su caballo por el camino?

¿Por qué ha de torcerse una pata mi caballo? ¿Tiene algo el camino que yo no he visto? El hombre y María sonríen e incluso emiten risas bajas. Permanezco en silencio y quieto.

Ella viene hacia mí, no escucho el frufrú de su falda, algo que me agrada, me llama la atención demasiado.

—¿Ya se conocen?

¿Cómo voy a hacer para entenderme con ella y sin mostrar mis conocimientos de su lengua? ¿Su lengua? ¡Por Dios! No quiero seguir pensando en ninguna parte de su cuerpo, me desquicia sobremanera.

Pero la noto nerviosa, algo me dice que su voz tiembla al hablar. No disimulo y mis ojos no

dejan de mirarla. Ese vestido verde claro le sienta de maravilla, su pelo suelto tan negro y brillante, me hipnotiza.

Me ofrece su mano, sin guante, tocar su mano anticipa una corriente de emociones inexplicables. ¡Por Napoleón que es suave! Y huele a tierra. Quizás venga de un jardín.

—María, un placer verla. Está radiante. —Como no me entiende me recreo—. Me gusta su pelo negro suelto, aún parece más joven y más hermosa.

¿De verdad he pronunciado yo esas palabras tan absurdas para un hombre como yo?

Patético. Agradezco que no me entienda.

—Lo que tiene que escuchar una a estas horas de la tarde. —Quizás note mi sorpresa porque enseguida se disculpa—. Disculpe, capitán, es que como no lo entiendo…

—¿María?

Un párroco con sotana negra aparece por la puerta apresurado. Mira al otro hombre serio y también parece preocupado. Lo mismo es algo característico de esta zona estar preocupado, o quizás, sea yo el que preocupa.

—Padre, le presento al capitán Alain Meyer. A el… él ya lo conoce —refiriéndose al otro hombre. —. Capitán Meyer, el sacerdote del pueblo, don José Garzón Grandallana.

El otro hombre. Quiero saber su nombre y sacarme las dudas que tengo en mi cabeza y que solo hace reconcomerme el cerebro.

Dos pasos gigantes, como soldado que soy y hago las debidas reverencias ante el cura. Le beso el anillo.

Al verlos boquiabiertos, comprendo que he metido la pata hasta la médula. Esa costumbre española me la contó mi nana.

—Muchacho, ¿sabes hablar español?

Me encojo de hombros, necesito que piensen de mi ignorancia. El sacerdote mira a María pidiéndole explicaciones de mi parte.

—Creo que no, padre. Si fuera así, actúa demasiado bien. Aunque he dicho de todo y no se inmuta. No, se sentiría indignado y saltaría.

No soporto que hablen en doble sentido.

¿Por qué tendría que saltar? Me está costando entender ciertas cosas. Primero, el humor tras las palabras de María.

Tomando chocolate con unos dulces deliciosos espero conocer a ese misterioso hombre. Después de casi hora y media que llevo escuchando la conversación entre este, el cura y María, no sé aún cómo se llama.

Y por lo que he podido observar, no es un vulgar bandolero como los que he visto en innumerables ocasiones. Este es educado, su comportamiento es adecuado y típico de un rico.

Y llegar a esta conclusión, tras compararlo con un maldito bandolero, me enfada. María tiene muchos más pretendientes de lo que yo pensaba. Cierto que es una dama encantadora, con sentido del humor y hermosa.

¿Por qué no ha de tener todos los amantes que desee? Es viuda, y esa posición le da cierta libertad. No obstante, que en un pueblo tan pequeño pueda comportarse como se le antoje; a no ser, que sea muy discreta.

—Capitán Meyer, cuéntenos. ¿Adónde ha estado estos meses? Perdón, no nos entiende. ¡Qué lástima!

¿De nuevo esa ironía típica de ella? Si supieras María que me entero de toda conversación, te morderías la lengua, me digo mientras bebo el chocolate caliente. Y otra vez pensando en su lengua.

—¿Y la reunión se aplaza?

Mis oídos se agudizan. ¿Reunión? ¿Y si es el bandolero disfrazado de rico para no llamar la atención de los soldados? Como si no prestara atención, más concentrado permanezco.

—Las vacas cada vez están más escasas en el pueblo, pero por la capital es, al contrario.

El comentario del hombre me hace pensar. ¿Hay más vacas en la ciudad que por aquí? Cuando llegué a Sevilla muy pocos de estos animales me encontré; sin embargo, por aquí, es lo primero que vi.

María se atraganta y ríe, no entiendo. Es una mujer muy peculiar.

—¿Y por el resto de los pueblos de alrededor? —El cura también se entromete en la conversación. Parece que hablan de economía rural.

—Hay bastantes vacas, excepto en Paradas. Y eso me preocupa, porque debemos ir más lejos. La situación es preocupante.

El silencio se hace en la sala, la inspecciono con sumo cuidado mientras escucho su conversación. Es amplia, una lámpara de araña de pequeños cristales en el centro del alto techo iluminará por las noches.

Los muebles oscuros son todos de madera maciza tallada. Hay una chimenea limpia, parece que hace tiempo que no se utiliza, debe ser una zona cálida. Sobre ella y adornando la pared, hay un cuadro de un hombre y una mujer. Supongo que son los padres de María.

Las cortinas son de color burdeos con los borlones blancos, al igual que el tapizado de los sillones. La gran ventana da al exterior de la casa, desde este lugar de la habitación puedo ver a la gente pasar. Precisamente, dos vacas y un hombre.

—Capitán Meyer, ¿se aburre? —María intenta darme conversación, no hago absolutamente nada, excepto mirarla prestando atención—. No tienes ni pajarota idea de lo que decimos, ¿verdad? Es que no te importa, sesito de rana.

¿Sesito de rana? ¿He escuchado bien? Y esa sonrisa tan peculiar irónica me desquicia, es

como si me tomara por tonto.

Entonces me quedo perplejo cuando, «el hombre», me habla con un francés muy fluido.

Me resume la conversación ya escuchada, la economía en el pueblo está cada vez peor y la hambruna está haciéndose notar. Me apena que la gente pase hambre, sobre todo, niños y ancianos.

El cura y María se miran curiosos, quizás no sabían que él habla francés. María alza una ceja mientras sorbe chocolate. Un resto se le queda sobre el labio y con su lengua se lo limpia.

Trago saliva con dificultad. Me remuevo inquieto en el sillón. Un calor sofocante me hace sudar al instante. El uniforme me asfixia. El hombre con educación me pregunta si me encuentro bien.

Sí, perfectamente.

No, en absoluto. María hace que dude en todo.

El hombre me explica que los soldados han arrasado el pueblo, destrozado la mayoría de los huertos, han robado y violado a niñas y mujeres. Me quedo sorprendido por su discurso. Mis disculpas no son suficientes.

No habla con desprecio hacia nosotros, pero me pide que interceda para que a la población la dejen tranquila. No pertenecen a la guerrilla ni son soldados. Y tiene toda la razón. Con un movimiento de cabeza, afirmo que haré todo lo posible.

María se levanta de su asiento y pregunta si queremos más chocolate, la idea de verla desnuda y rebozada de chocolate se cuela en mis pensamientos.

Mi entrepierna, más contenta que una trompeta me indica que está viva, hacía tiempo que no me pasaba esto. Me llamo al orden. No puedo sentir estas cosas por ninguna mujer.

Niego con la cabeza y con una sonrisa en mi cara, el padre sí le pide otra taza. El hombre misterioso tampoco quiere. Ella sirve las dos tazas, una para ella y otra para el cura.

—Padre José, hasta el chocolate escasea.

La afirmación de María tan llena de tristeza, me la transmite. Tendré que hablar con los pocos soldados que están por la zona. Esto se tiene que acabar. Y lo de las violaciones… han llegado demasiado lejos. Aunque de qué me voy a espantar si lo he visto con mis propios ojos.

El hombre se levanta y dice marcharse. Viene hacia mí y me levanto. Me ofrece su mano.

—Joaquín Federico Narváez. Un placer conocerle.

¡Ya era hora que supiera su nombre! Después de casi dos horas por fin se ha dignado a presentarse.

—María es una mujer muy intrigante.

Ríe mientras que la nombrada arruga la nariz a disgusto. ¿Entiende mi idioma?

—Capitán Alain Meyer.

—Sí, ella nos presentó.

—¿María sabe francés? Pregunto porque parece haber reaccionado a su comentario.

—No, supongo que ha sido al nombrarla. Bien, es hora de marcharme, mi hacienda queda algo lejos y los caminos a estas horas se ponen peligrosos. ¿Tiene usted dónde hospedarse?

—La verdad es que pensaba regresar a Sevilla después de la visita, pero se me ha hecho de noche. ¿Dónde puedo encontrar una posada?

—Cerca de la iglesia del Cristo. Es limpia, tus soldados saben de ella. De todas formas, a María no le importaría que pernoctara una noche en su casa.

—¡Ni hablar! —protesta ella levantándose de forma impetuosa—. ¿Qué van a decir de mí? No hospedo a franceses. Lo siento. ¿Y cómo voy a entenderme con él?

Y entonces, ¿cómo ha contestado tan efusiva a la propuesta de Joaquín Federico? De verdad, que esta mujer me está volviendo loco.

—¿Qué es lo que acabas de decir, Joaquín?

Sí, ahora se hace la inocente. Su boca se tuerce como la de una niña a la que han pillado con el dedo dentro de un tarro de miel. Casi no la creo.

Y el señor Narváez le explica todo en español. He de averiguar de una vez por todas si ella me entiende o no.

—Podría pagar mi estancia —propongo interrumpiendo la conversación.

—¡Que no! ¡He dicho que no acepto que duerman franceses en mi casa!

Sus grandes ojos rasgados se abren sorprendidos. Pillada. Sonrío irónico; no obstante, me molesta que me haya mentido durante todo este tiempo, me ha tratado como a un tonto.

—¿Cuándo pensaba decirme que entendía mi idioma, señora Beltrán?

—¡Cállese, Meyer! Me saca de quicio y por su culpa me he delatado. ¡Usted es insoportable!

Se marcha majestuosa, dejando un olor a flores a su paso. Narváez se ríe a carcajadas y el cura va tras ella preocupado.

—Comprenda que la pobre, al ser viuda, no puede acoger a hombres en su casa. Ha sido una impertinencia por mi parte. Debería pasar la noche en la posada. Yo le indicaré el camino. Y sobre sus conocimientos de francés… desde que enviudó, no lo ha vuelto a hablar. Lo aprendió en una escuela de señoritas en Francia hace mucho tiempo.

—¿Cómo sabe tanto de ella? ¿Puedo preguntar qué tipo de relación tienen?

—Capitán Meyer, creo que eso a usted, no le incumbe en absoluto.

Y su respuesta me deja callado, sorprendido y enfadado. No me la esperaba y en cierto modo, creo que son amantes.

—¿Y puedo preguntarle yo qué hace aquí? ¿Por qué ha buscado a María?

—Eso tampoco es de su incumbencia, señor Narváez. Ahora, si me indica el camino a la posada, le estaría muy agradecido.

Narváez pide a una sirvienta que le diga a su señora que nos marchamos. Pero la mujer no aparece y tras unos minutos de espera salimos a la calle.

Él parece divertido, pero yo estoy muy molesto. ¡Venir aquí para esto!

Ambos caminamos hacia la posada, no está lejos de la casa de María. No debería estar enfadado ni mucho menos celoso de Narváez, pero lo estoy. Quizás lo mejor sea que regrese a Sevilla y quemar la carta que María me escribió.

¿Por qué tiene que ser todo tan complicado? Tanto por su parte como por la mía, estamos destinados a encontrarnos, pero a nada más. Entonces, ¿qué hago yo aquí? Buena pregunta a la que no encuentro respuesta.



CAPÍTULO 13

MARÍA.

—¿Joaquín Federico Narváez? ¿En serio? ¡A buenas horas me entero de tu nombre, Pitero! —Río mientras desmenuzo el trozo de carne de gallina.

—María, tengo que reservar mi nombre, lo utilizo para mis intereses.

—Sabía que no eras un simple bandolero, ¿te lo dije o no?

—Lo que importa es que él ya sabe que le has mentido. Ya no se fía de ti. Mañana por la mañana parte hacia Sevilla. ¿Y para qué le escribiste una carta pidiéndole que viniera e incluso le pediste ser su amante? Tuviste una oportunidad.

—¡Ay, Pitero! Te juro que me puse nerviosa, las piernas no respondían y tuve que salir corriendo por mi vergüenza. Y lo sé, metí la pata hasta el fondo. Debo controlarme, ¡lo sé!

—Mándale una nota pidiéndole que venga a verte mañana antes de que se marche. Llévatelo a tu terreno, María, es lo único que podemos hacer. Mis fuentes en Sevilla son cada vez menos, mis hombres no pueden inmiscuirse entre los franceses, se declararían al momento.

—Ahora que él está aquí…

Me muerdo el labio nerviosa. Sí, la cosa era fácil cuando no estaba o creía que no iba a venir a buscarme. Lo ha hecho y estoy aterrada, porque ni con Eugenio sentía estas cosas inexplicables en mi cuerpo.

Todo es nuevo y lo nuevo me hace entrar en pánico.

—Podemos trazar un plan. Si no se decide, tendríamos que ponerlo celoso. Nos inventamos que tenemos un idilio. Con esto no hay hombre que se resista.

—¿Tú y yo? —pregunto asombrada.

—Sí.

Lo pienso durante un largo tiempo en silencio mientras el tenedor juega con la comida. El cura me mira perplejo y se santigua, el hombro le va a doler mañana de tanto persignarse.

—María, piénsalo bien, hija.

—Padre, ¿no decían que María Magdalena era una…?

—¡En nombre de Dios, no sigas! —interrumpe el padre con su mano, haciéndome callar al instante—. Será mejor que regrese a la iglesia, esta conversación no debo escucharla.

—Como quiera, padre. De todas formas, se enterará cuando vaya a confesarme el domingo en misa.

—¡Tú tienes la culpa de que ella actúe de esta forma tan demoníaca! —acusa al Pitero.

—Al contrario, padre. La he convencido para que a este francés lo deje vivir.

—¡Jesús bendito! ¿Qué conversación es esta en una cena?

—Se llama estrategia, padre.

Y le sonrío traviesa. Joaquín Federico. Cada vez que pienso en el nombre me entra la risa y no dejo de reír. Desde luego que este nombre no le pega a un bandolero, pero sí a un rico hacendado.

Escribo la carta bajo la tenue luz del candelabro. He roto mil papeles, no me salen las palabras. El miedo me acobarda y eso me enfada. No tengo motivos para pedirle perdón y mucho menos para que me visite por la noche.

¿En qué estaría yo pensando cuando acepté la trama con el Pitero? Bueno, Joaquín Federico. Y río de nuevo.

—¡Señora, tiene una visita!

—¿Visita a estas horas de la noche?

Magda se seca las manos en su delantal blanco y se mueve nerviosa esperando mi orden.

—¿Quién es?

—Se ha presentado como la señorita Emilia Menjíbar.

—¿Emilia? ¿Tan tarde? ¿Y aquí?

—Y lo más importante, viene acompañada por el capitán Meyer.

—¡Ay, Dios! ¿Qué dices?

—Que viene acompañada por…

—¡Ya te he escuchado! ¡Es una expresión, Magda!

Me paseo por la habitación como una paloma enjaulada deseando ser liberada.

Me detengo frente al espejo y me observo. Mi camisón blanco es casi transparente y la bata no cubre mucho. Me ruborizo como una jovenzuela.

Ladeo mi boca en una sonrisa lasciva. Sí, es momento de llevar a cabo el plan de seducción. Retoco mi pelo bajo la atenta mirada de Magda. Niega con la cabeza.

—¡Ay, señora, que la cosa se va a poner peligrosa!

—Magda… es lo que llevamos esperando mucho tiempo. No nos pongamos remilgadas a estas alturas.

—Me asusta que pueda ocurrirle algo, señora.

—Tonterías, ¿qué puede ocurrirme? No le des más importancia de la que tiene. Ahora anúnciame, bajaré en cinco minutos.

—Como diga, señora.

Pero no se marcha muy convencida. Y desde luego, me hace dudar. ¿Y si no puedo llevar a cabo el plan? ¿Y si corro peligro? ¿Qué podrá pasarme en mi territorio?

Siempre estoy vigilada por dos hombres del Pitero, infiltrados como si trabajaran para mí. No, no debo temer a nada ni a nadie.

Decidida y tras varias largas respiraciones, bajo al saloncito donde recibo las visitas. Nerviosa, acaricio mi pelo desde mi habitación hasta la estancia donde me esperan.

Me pellizco las mejillas justo en la puerta y entro intentando parecer contenta por la visita.

Emilia y Meyer están sentados cada uno en un sillón, lejos del otro. Ella luce espléndida, como el sol en mayo. Y él, como un condenado diablo de apuesto. Rubio con esos ojos verdes que parecen lagos.

—Señorita Menjíbar, ¡qué placer volver a verla!

—¡Doña María Beltrán!

Repasa mi atuendo sin disimulo y sonríe. Paso a ver la reacción del capitán y está boquiabierto observándome. Me da cierta sensación de poder.

—Capitán Meyer, me alegro verlo de nuevo. Magda, puedes retirarte, yo puedo servir. —Mi amiga nos deja refunfuñando—. ¿Han cenado o quieren algo de beber?

—No, gracias. Hemos cenado en la posada con Alain.

¿Alain? ¡Qué confianza se tienen! ¿Y a mí qué me importa lo que haya entre ellos dos? Sirvo mi copa de vino y ocupo el sillón junto a la chimenea que no utilizamos desde hace años.

—Disculpe la hora, pero no vi prudente quedarme en la posada a pasar la noche.

—No se preocupe, mi casa es demasiado grande y está muy vacía. Creo que es conveniente que se quede aquí a pasar la noche. Y dígame, señorita Menjíbar, ¿de visita?

—Podemos tutearnos, ¿no te parece, María? —afirmo en silencio, Emilia me cae bien y eso que la llamé berenjena. Espero que haya olvidado aquel episodio tan incómodo—. Me hablaron de este lugar, al ser seco me viene bien para mi enfermedad. Y una vez dijiste que podíamos visitarte cuando quisiéramos… pues aquí estoy.

—¿Qué enfermedad? ¿Puedo saberlo?

—Es como un catarro, Sevilla al ser más húmeda me da esa reacción. Y he notado mejoría solo con pasar entre tantos olivos.

—Me alegro que te encuentres mejor. ¿Pero es importante?

—¡No! Estornudos y tos. No es tuberculosis ni pulmonía, los médicos no dan nombre a lo que padezco.

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

¿Todo el tiempo que quiera? Esta mujer me va a estorbar para mis propósitos con Meyer. ¿Y ahora qué? La bata se abre y deja al aire mi hombro derecho, casi puede verse mi pecho. Acalorada me lo coloco. Tanto Emilia como Meyer me observan fijos. Pues la verdad, que esas miradas me aterran a la vez que me gustan.

—Me ha contado Alain que sabes hablar francés, ¿cómo no nos lo dijiste antes?

—Bueno, yo… no sé.

Si quieren que le diga la verdad, la llevan clara. Sello mis labios para no pronunciar más palabras. Doy un largo sorbo de vino y al tragarlo carraspeo para aclararme la garganta.

—Supongo que es porque el capitán me… impactó.

¿De verdad lo he tenido que soltar? La lengua la tengo más larga de lo que creía. La muerdo para castigarla. Doy un pequeño grito, ¡seré tonta que hasta yo misma me hago daño!

—Es que Alain es impresionante de apuesto y, además, muy inteligente. —Ladea su cabeza mientras lo mira con una sonrisa—. A veces da la sensación de que está en otro lugar.

—A veces creo que nos entiende —dudo entre dientes y dando otro sorbo de vino. Gracias a Dios que tengo la cama cerca.

—Me ha hablado de Joaquín Federico, ¿quién es?

—¡Oh! Un buen amigo.

—¿Amigo? Hay muchos tipos de amigos: los de pasarlo bien, los amantes y los de toda la vida.

Y mientras Emilia intenta sonsacarme información sobre el Pitero, Meyer no deja de mirarme en silencio.

No sé si es por el vino que me hace pensar así o porque realmente lo está haciendo. Aprieto los muslos como si con ello me protegiera de esta sensación extraña que recorre mi cuerpo desde los pies a la cabeza.

—Quiero disculparme, capitán, por la pequeña mentira. Soy algo reservada.

Mi francés es muy bueno, y él asiente con la cabeza. ¿Este hombre nunca habla? Solo mueve la cabeza como si tuviese un muelle en el cuello. Resoplo fastidiada.

¿Hay que sacarle las palabras a latigazos? Así no conseguiré ninguna información.

Así que más atrevida y con la excusa del vino, abro el cuello de mi bata, después la del camisón. En realidad, estoy mucho mejor, al refrescarme el cuello y algo de los hombros, siento cierto alivio.

Suelto un respiro sonoro y mis visitantes me miran sorprendidos.

—Hace calor. Aquí pasamos del calor extremo al frío del invierno, ¿no, Emilia?

—Y gracias a Dios que el frío no es muy frío, valga la redundancia.

Emite unas risitas que hasta a mí me contagian. ¿Qué tendrá el vino que alegra tanto? Mientras tanto, el callado de Meyer, solo observa la parte de mi cuerpo que está descubierta. Más calor me entra, creo que voy a empezar a sudar si sigue mirándome así.

—¿Le ha comido la lengua el gato, capitán? —Reacciona a su nombre, pero no me entiende—. Disculpe, la costumbre de hablar en mi idioma en mi país. No se lo tome a mal.

Se levanta y nos mira como si de pronto pasara del silencio a la furia. ¿Estos *gabachos* son

así de extraños? ¿Y qué he hecho o dicho para ponerlo como un perro rabioso? Los hay hombres, los hay franceses y luego está Meyer. Este plan avanza o soy yo quien me tiraré al pozo.



CAPÍTULO 14

ALAIN.

Demasiado prudente es lo que soy. Por eso, he tenido que levantarme con rapidez. Sí, mi integridad física y moral no me permiten que esté todo el tiempo mirando el esbelto cuello de María y parte de sus hombros. Sé que necesito estar con una mujer, tanto tiempo de celibato me tiene desconcentrado. Y, sobre todo, con ella.

No entiendo mis emociones. Por un lado, mi cuerpo me pide que le arranque esa vestimenta tan… sugerente que lleva; mi entrepierna no puede resistirse a los encantos de María. Por otro lado, mi mente; esa perversa que me dicta la conciencia que no puede ser.

¿Y por qué no puede ser? ¿Tanto tengo que pagar por lo que pasó hace años? Mi culpabilidad no me deja. Pero estar cerca de María me va a provocar más de un disgusto. ¿Cuánto podré soportar la atracción que siento por ella?

Me debo alejar. No hay dudas.

Por eso, me despido con la excusa del cansancio. María me invita a desayunar, es un suplicio estar cerca de ella; sin embargo, acepto y también porque Emilia insiste como una niña pequeña.

Ni siquiera me ha molestado la ironía de María, eso sí, que me mintiera sobre saber francés, no me gustó. En cierto modo, la entiendo.

¿Quiénes somos para llegar a su tierra y adueñarnos de todo?

Salgo de la casa y el frescor de la noche golpea mi cara, un buen contraste con el calor de mi cuerpo. Me despeja la mente y a oscuras ando por las calles vacías del pueblo. Es tranquilo y no tiene muchos habitantes.

Escucho unos gritos provenientes de la posada. Acelero el paso. Mis soldados están haciendo de las suyas. No soporto su comportamiento.

Al entrar me encuentro con varios de ellos borrachos, todo sofoco por la presencia de María se esfuma cuando observo todo lo que está ocurriendo ante mis ojos.

Dos de ellos intentan abusar de la dueña de la posada tendida sobre una de las mesas, mientras que otros tres se ensañan con su marido.

Todo está revuelto. Algunas sillas están tiradas en el suelo, vasos y platos rotos. Bebida esparcida por doquier. Me tenso sintiendo cómo mi cuerpo se pone rígido como una roca. Grito mientras intento separar a los dos que intentan abusar de la posadera.

Se me resisten e incluso se enfrentan a mí. Mi estado de sobriedad los supera en fuerza y reflejos.

Les odio por su comportamiento tan bárbaro. Golpeo sin miramientos. Una vez a salvo la mujer, me encaro con los que están a punto de acabar con el dueño de la posada.

Uno a uno, los voy alejando del hombre malherido que se queja a lamentos. Su mujer corre para ayudarlo. Un cabo me golpea en la mandíbula, saboreo la sangre en mi boca.

Aumenta mi cólera. Aborrezco verme así. No soy violento y llego a la conclusión de que me equivoqué alistándome al ejército.

Me golpea de nuevo, dejo de pensar, me distrae. Me concentro en la pelea. La casaca estorba mis movimientos y no doy todo lo fuerte que quiero.

—¡Basta! ¡Basta!

Bramo sin ser escuchado, lo que hace enfurecerme más de lo que estoy.

Dos de ellos están en el suelo inconscientes, sé que no los he matado, lo único es que están tan borrachos que un golpe los deja inservibles. El cabo es el más resistente; no obstante, no dura más de un par de puñetazos y se tambalea.

—Mañana os quiero fuera de aquí. Marcharéis conmigo a Sevilla y Dupont decidirá vuestro próximo destino. Sois una mancha imborrable para Francia. ¡Me dais asco! ¡A vuestras habitaciones! Recoged a vuestros compañeros, ¡ya!

Mi ira los acobarda y entre ellos se ayudan para desalojar el comedor. Busco a los dueños, los encuentro en la cocina. La mujer cura las heridas del pobre hombre completamente desfigurado. Él se queja y su mujer llora.

—Lo siento.

Es lo único que puedo decirles y en español para que se me entienda. Me avergüenzo del comportamiento de los míos y me acerco a la pareja.

—¿Me permite?

La mujer se retira y procedo a la cura. He visto tantas heridas y cómo los médicos las han sanado, que sé cómo hacerlo.

—Son unos desquiciados, ¡están locos! ¿Cómo han podido hacerles esto a mi pobre marido?

—No tienen excusas, señora. Recompensaré los destrozos.

—Capitán, lo que menos me importa son los muebles, ni las botellas, ni los platos. ¡Esos malnacidos quisieron violarme! ¡A mí! ¡Con cuarenta y dos años que tengo! Y mire cómo han dejado a mi marido… No os quiero en mi casa —estalla en sollozos.

—Y lo entiendo, señora. Déjeme un par de días para desalojar la posada.

—Señor, un par de días es demasiado. Compréndame, usted es diferente. Ellos son unos salvajes que casi acaban con nuestras vidas. No los queremos aquí. Llamaremos a los guardias si

es necesario.

—No hace falta, nos marcharemos mañana al amanecer.

—No vemos la hora de que se vayan, capitán.

Acabo la cura del hombre y en mi aposento tengo láudano para el dolor, con prisas voy a por uno de los frascos y regreso a la cocina.

Le digo a la mujer cómo se lo tiene que suministrar y ella me lo agradece. Estoy más avergonzado que cuando entré en el lugar y vi la atrocidad que estaban cometiendo.

La mujer, curiosa, me pregunta por qué sé español, le explico que lo estudié en la universidad de Madrid cuando joven.

Mentira, tampoco quiero que sepan tanto de mí, podrían alertar a María. Aunque conociéndola, sé que habrá investigado. No hay rastros de que estudié en España, por lo tanto, no tengo de qué temer.

—¿Por qué esa repentina marcha, Alain? —Emilia come fruta sin parar. Ni hablando deja de masticar.

—Obligaciones.

Mi respuesta hace gracia a María que suelta unas carcajadas que se atraganta con la leche que bebe. Emilia y yo la miramos sin comprender.

—María, he visto un pozo en el jardín. Me ha llamado la atención lo bonito que está con esas flores colgadas en la pared. Y esa hiedra tan verde… ¡Tengo que verlo!

La nombrada se atraganta de nuevo y tose. Estoy a punto de levantarme para ayudarla y vuelve a su estado natural.

—Se llama patio, no es un jardín. Encantada estaría de enseñároslo. Ese pozo esconde muchos secretos.

Como si se arrepintiera de sus palabras, María parece que se muerde la lengua y da un pequeño grito. ¿El comportamiento de esta mujer es normal? La encuentro nerviosa a pesar de estar en su casa.

—No se diga más, ¡vamos a verlo!

—Pero… pero espera a que terminemos de desayunar, Emilia. ¡Eres un auténtico ciclón! —María estalla en risas.

—Cuando Emilia se empeña en algo, no hay quien la detenga.

Doy un sorbo al café, está delicioso y caliente. No puedo quejarme del que ponen en la posada, pero no está igual de amargo que este. Es café del bueno.

Tanto Emilia como María me miran atónitas, y yo, asombrado por no saber por qué me están mirando así, me encojo de hombros preguntándome por esas miradas.

—Alain, ¿has hablado en español? ¡Y perfectamente!

¿Qué? ¿Qué es lo que acaba de decirme Emilia? Maldita mi lengua larga por declararme.

Mis ojos no se apartan de María, las aletas de su nariz se mueven y aprieta sus labios con fuerza. Está enfadada. ¡Qué digo enfadada! ¡Si parece un dragón de tres cabezas!

—¿Capitán Meyer? ¿Algo que decir? Y yo que me compadecía de usted porque estaba en un país extranjero al que no entendía hablar a su gente.

La acusación de María me deja avergonzado, y con toda la razón. Sonrío irónico y la miro fijamente.

—Me acusa la que me engañó por lo mismo —sentencio firme y serio.

—No engañé, lo oculté —responde María orgullosa.

Su barbilla alzada le da un aspecto más atractivo. Trago saliva y desvío la mirada a la taza de café.

—Estamos a la par, entonces.

Me defiendo igual de pedante que ella. Como mi secreto ha sido descubierto, ya no oculto nada y conversamos en español.

—¿Esto es una guerra de y tú más? —Emilia nos mira sospechosa, primero a mí y luego a María. Ladea su boca con una sonrisa pícara—. Aquí hay algo más que y tú más… Huelo a algo…

María y yo, al mismo tiempo, olemos mientras miramos de un lado a otro.

—Yo no huelo nada.

María parece preocupada e incluso yo diría algo molesta.

—Ni yo tampoco —contesto de acuerdo con la anfitriona.

—Porque ustedes respiráis el mismo aire y de la misma forma. —Emilia oculta su sonrisa tras una servilleta celeste a juego con el mantel de la mesa.

—¿Qué? —respondemos al unísono María y yo.

—Nada, cosas mías. Y ahora sí, quiero ver ese pozo.

Emilia se levanta y deja la servilleta sobre la mesa. María con prisas hace lo mismo, parece alterada por algo.

Se adelanta a su invitada y la conduce por una gran puerta de dos hojas, las sigo sin ganas, pero curioso por la reacción que ha tenido María.

En verdad, el patio es muy bonito y alegre. Con sus flores variopintas dan vida a un rellano cuadrado con el suelo de losas robustas.

El pozo de piedra está justo en el centro y María corre hacia él. Actúa distinta y se toca el pelo con frecuencia, le tiemblan las manos.

Entonces me fijo más en ellas. Son pequeñas y delgadas. Sin guantes puedo ver que su piel es tan blanca como la leche.

No puedo imaginarme el resto de su cuerpo, aunque estoy deseando verlo desnudo, solo para mí.

Esta observación me hace cavilar. ¿Por qué María despierta en mí lo que otras mujeres no lo hacen? ¿Qué tiene ella que no tengan las demás?

Se coloca ante el pozo como queriendo protegerlo de nosotros. Gira medio cuerpo mirando al interior. Me preocupo porque si sigue así, caerá dentro.

Emilia rodea el pozo y María intenta detenerla. ¿Qué tanto misterio?

—¡Ay, María! ¿Puedes dejarme ver el pozo? —protesta mi amiga testaruda.

—¿Y si te caes? —María pretende alejarla—. Es peligroso.

—Y muy profundo, por lo que se puede apreciar.

Bajo mis pies, siento como si el suelo temblara. No, el patio está sobre una corriente de agua. Por lo tanto, el pozo tiene una buena profundidad. En Badajoz es muy frecuente este tipo de suelos, donde bajo la tierra hay corrientes de agua.

—Vámonos de aquí ya.

La orden de María hace que despierte más curiosidad en Emilia, que rodea el brocal mientras se asoma a cada paso que da. Y ella la sigue disgustada.

—Tienes un patio muy bonito, floreado y las paredes tan blancas, ¿cómo lo haces?

Emilia se aleja del pozo y se apoya en una de las seis columnas de mármol que adornan el patio, hacen unos arcos perfectos, haciéndolo más agradable. María la imita apoyándose en otra.

—Pintamos las paredes con cal y las flores, las cuido yo personalmente. Me relaja este lugar.

—¿En serio la relaja? —replico irónico—. Más bien diría que se pone nerviosa, o al menos, es la impresión que me da.

—¿Nerviosa? ¿Por qué? —Su mirada se fija en el pozo, mientras sus dedos tamborilean en la columna intentando aparentar normalidad.

—Tamborilea los dedos, actitud nerviosa —confieso seguro de mis palabras.

—Yo no tamborileo los dedos, ni que yo fuese un tamborilero.

Su comentario agudo e irónico me hace gracia. Le doy la espalda y curvo mi boca con una sonrisa.

—Lo que usted diga, doña replicona —susurro para mí.

—¿No hace fiestas en este lugar? Es precioso para una calurosa noche de verano.

Emilia y sus curiosidades.

—Sí, aunque suelen ser con pocos invitados. Mi círculo de amigos es muy cerrado. Con una mano puedo contarlos.

—¿No se fía de nadie, señora Beltrán? —interrogo curioso.

—No, hace muchos años dejé de confiar.

—¿Por su marido? ¿La engañó?

—Mi marido, que en paz descanse, jamás me engañó. Fue un necio loco que se niega a

ver más allá de lo que quiere ver.

Estas palabras con segundas intenciones, me dejan con la boca cerrada. Porque sé que se refiere a Napoleón. No la culpo, la dejamos sin esposo despojándola de su felicidad. Yo me incluyo. María tiene toda la razón en odiarnos; si yo me encontrara en su situación, intentaría vengarme de los invasores aun convirtiéndome en un asesino.

Y yo me pregunto, ¿qué se le pasará por la cabeza sobre nosotros, los franceses, a esta impresionante mujer?



CAPÍTULO 15

MARÍA.

Estoy al borde del cinismo como no dejemos pronto el patio. Trato que no se acerquen al pozo, pero Emilia es demasiado curiosa y se asoma constantemente.

Mi corazón se acelera por el miedo. ¿Podrá ver algo? ¿Y si huele a cadáver? ¡Dios no lo quiera!

Mi intención es santiguarme, si lo hago llamaré demasiado la atención y este capitán es muy suspicaz y observador. No me di cuenta que movía mis dedos en la columna y él me previno de mi actitud alterada.

Y este interrogatorio me está perturbando y como buen militar, parece que es su pretensión. Por supuesto que no lo voy a tolerar.

—¡Capitán Meyer! —Magda nos interrumpe—, lo buscan algunos de sus soldados.

—¿A mí?

Magda se sorprende cuando lo escucha hablar en nuestro idioma, me mira y afirmo con mi sonrisa más sarcástica.

—Sí, amiga, el capitán Meyer sabe hablar perfectamente español. ¿No es gracioso?

—No soy un mono para parecer gracioso. ¿Podría indicarme dónde me esperan?

El capitán sigue a Magda que corre como si la siguiera el mismo diablo. Me hace gracia y mi boca se curva en una sonrisa mientras que mis ojos se posan, sin querer, en el trasero del oficial.

—Es muy apuesto, todo músculo. Si lo viera cómo le da a la espada, como todo lo haga así…

El rubor me llega hasta los pies por la confirmación de Emilia. Sé a qué se refiere, la doble intención de sus palabras me deja muda y hasta con las orejas coloreadas. Chasqueo la lengua y elevo los ojos al cielo claro.

¡Que Dios me ayude!

—Pero su vida privada es todo un misterio.

—¿Por qué lo dices, Emilia?

—Porque no habla de su familia, si está casado, si tiene hijos, si alguien lo espera.

—¿Crees que a mí me importa?

—Pues creo… —Se retira de la columna y de nuevo va hacia el pozo. Resoplo resignada a que pueda darme algo al corazón, me está poniendo de los nervios. Se apoya en el brocal y se

gira mirándome—, que él se siente atraído por ti.

—Bobadas, no me soporta como yo a él.

—¿Y por qué le enviaste esa carta con Patricio?

Toco mi pelo constantemente, ya no nerviosa, ahora estoy insegura. Ni yo misma entiendo cómo pude escribir aquella carta. Y más pidiéndole ser mi amante.

—¿Leyó la carta? —pregunto avergonzada.

—¿Alain? Cuando llegó Patricio con ella, él ya se había marchado. Pero… no pude contenerme y la leí.

—¡Emilia! ¡Era personal! —protesto molesta.

—Bromeaba —suelta unas carcajadas y se asoma al pozo. ¡Maldito lugar! ¿No puede retirarse de ahí? ¿Por qué es tan curiosa?—. Se la di en cuanto llegó de Badajoz.

Mi alivio es inmenso cuando me confirma que ella no la ha leído; sin embargo, me ruborizo al saber que él tiene la carta y ha podido leerla. Me rechazará, o no. Porque si no, ¿a qué se debe su visita?

—¡María!

Respiro tranquila cuando la voz del Pitero interrumpe mis pensamientos. La tensión que sentía hace unos segundos desaparece al instante. Con él me siento segura.

—¡Joaquín Federico!

Es decir su nombre y estallo en risas. Emilia nos mira curiosa. Observa cómo él coge mi mano y la besa más tiempo del que es debido.

—Quiero presentarte a mi nueva amiga, Emilia. Ella es hija de don Carlos Menjíbar. ¿Recuerdas haberte hablado de ella?

—¡Por supuesto! —Como todo galán que es, se dirige a ella, y de igual manera que a mí, la saluda, pero el contacto es más corto—. Un placer, señorita Menjíbar.

—Por favor, dejemos los formalismos, puedes tutearme. —Emilia lo mira con una sonrisa traviesa—. Es cierto lo que escuché de ti, eres muy apuesto. Pero usted me suena de algo.

—Por nuestra diferencia de edad, no creo que nos hayamos encontrado. —El Pitero se vuelve y avanza unos pasos colocándose junto a mí—. Los marqueses de Monteflorido ofrecen una fiesta este sábado, he recibido una invitación. ¿Te gustaría acompañarme?

—¡Claro que sí! ¡Estaré encantada! —Acepto alegre. ¡Qué me gusta una fiesta! Entonces caigo en Emilia y el capitán—. Pero sería descortés dejar a mis invitados en casa. ¿Podrías conseguir un par de invitaciones para el capitán y Emilia? No deben perderse una fiesta de los marqueses.

—No te preocupes, María, no habrá ningún problema. Cuenta con ellas.

—Sí. Hay un problema: Alain parte para Sevilla dentro de un par de horas. No estará aquí para el sábado —informa Emilia triste.

—¿Por qué tiene que regresar? ¿Algo importante en la ciudad? —interroga el bandolero.

—No lo sé. ¡Ah! Ahí viene él.

Alain aparece por las puertas del pasillo conducido por Magda, que se retira en cuanto él cruza el umbral de madera. Con el sombrero entre sus manos y cara de preocupación.

—He de marcharme. Un asunto de suma importancia me requiere en Sevilla —anuncia él nada más entrar.

—¡Alain! ¡Estamos invitados para este sábado a una fiesta de unos marqueses!

El capitán nos mira a todos. Se debate entre el deber y lo personal. El Pitero rodea mi cintura acercándome a su cuerpo. Siento cosquillas y este calor me pone nerviosa. No sé qué hacer con mis manos ni la intención que tiene con este gesto.

El Pitero huele a perfume, a cuero y tabaco. Una mezcla que huele maravillas. Alzo la vista a su rostro. Es tan alto que casi me retuerzo el cuello.

Al mirar al francés, me encuentro con sus ojos. Su rostro está contraído y su mandíbula casi rechina. ¿Qué le pasa? La mano del Pitero baja hacia la cadera y ahí se detiene.

¡Madre mía! ¿Es normal sentir este calor en esta época del año? De repente necesito un abanico. Necesito respirar.

—Pero, ¿usted sabe hablar español? De pronto… —El bandolero lo mira con los ojos entrecerrados.

—Fue una sorpresa para todos, Joaquín, una gran sorpresa —mascullo irónica.

—Todos tenemos secretos, ¿no es así, María? Usted omitió que sabía el mío.

—¡Dejaos ya del y tú más! ¡Qué cansinos! —se queja Emilia resoplando y cruzando los brazos—. Quiero ir a esa fiesta, y por supuesto, no lo haré sola. Tú vendrás conmigo, Alain.

—Podría estar a tiempo. Llegaría el mismo sábado poco antes de la fiesta.

El capitán parece cambiar de opinión, lo cual me alegra y me sorprendo al notar que sonrío por ese motivo.

—Las fiestas de los Monteflorido son muy famosas por la zona, vienen invitados muy importantes. —El Pitero intenta convencerlo—. Hermosas mujeres, buena música y riquísima comida. En resumen, son muy divertidas, ¿verdad, María?

—Ajá.

No puedo hablar, el duelo de miradas entre el capitán y el bandolero es demasiado evidente. Emilia está igual de sorprendida que yo. Y esa mano en mi cadera que se mueve constantemente me distrae.

—Y María es muy buena bailarina, se deja llevar por la música y parece flotar. ¿Usted ha bailado con ella, capitán Meyer?

—Sí, y sinceramente, bailó muy…

—Bien —interrumpe Emilia.

—Se llevó toda la pieza pisándome e insultándome.

—¿Oh? —Dramatizo como una buena actriz de teatro llevándome una mano al pecho—. Usted me ofende, señor Meyer.

—Es que mi María es muy peculiar.

¿Mi María? ¿Por qué habla de esta forma el bandolero? Hago un esfuerzo increíble para no abrir la boca y soltar cuatro verdades. Total, ya que estamos…

—He de marcharme si quiero estar aquí el sábado. Gracias por el desayuno, señora Beltrán.

¿Y ahora me viene con este *retintín* de reproche? ¡A mí! ¿Qué tiene que reprocharme este hombre para mirarme de esa manera tan altanera? Me hace una reverencia, toma mi mano y la besa.

Si el bandolero me puso nerviosa, el francés me sube a las nubes. El corazón se me acelera y tiemblo como una chiquilla ante un lobo. Quizás el Pitero siente mi debilidad porque aprieta mi cadera haciéndome sentir segura.

—Hasta el sábado. Emilia, daré la carta a tu padre. Señor Narváez, me alegro de volver a verlo.

—Igualmente, capitán Meyer.

Y sigue el duelo entre ellos hasta que el *gabacho* se retira y desaparece del patio. Si no es por el Pitero que me sostiene, caería al suelo inconsciente. Aun siento el calor de su mano en la mía, su olor a… Orgg…

¡Que odio a los franceses! ¡A todos! Menos mal que ya irá cruzando la puerta poniendo distancia.



CAPÍTULO 16

ALAIN.

Casi corriendo cruzo la puerta a toda prisa, para escapar de aquí. Ver cómo Joaquín Federico la tomaba por la cintura me ha sacado de quicio, a tal punto que relincho como mi caballo.

Lo desato de la argolla y monto, al galope me dirijo a la posada en busca de mis soldados. A mi paso una mujer portando dos cubos de agua, se asombra por mi rapidez y se asusta, arroja los cubos y me maldice.

No es la única que lo hace, yo también me maldigo por sentir cosas que no debería.

Tiro de las riendas para que se detenga mi caballo que desbocado relincha. Es brioso y necesita un buen trote a diario. Palmeo su robusto cuello para tranquilizarlo. Miro a la mujer, me maldigo de nuevo cuando compruebo que es una anciana.

—Lo siento, señora. Repararé el daño.

La anciana solo me observa, no abre la boca. Su rostro arrugado del paso de los años está encogido; si me teme, no debería de hacerlo. Me recuerda tanto a mi nana que casi me entran ganas de llorar.

—Soldado, quiero que esta mujer sea provista de toda agua que necesite. Mil disculpas, señora.

El soldado, protestando por mi orden, recoge los dos cubos tirados en el suelo arenoso. La mujer sonríe y su piel se arruga más.

—En mi casa tengo más cubos.

Me hace gracia su tono, sin darme cuenta mi boca se curva en una sonrisa. Se ha tomado al pie de la letra mi orden, y el soldado, vuelve a replicar.

—A las personas mayores se les respeta, soldado. Acompaña con otros dos soldados más a la mujer a su casa por tantos cubos de agua necesite. Un placer, señora.

—Gracias, francés.

La escena me parece curiosa, una anciana española ordenando a unos soldados franceses. Pongo en preferencia mis pensamientos: ir a la posada, recoger algunas cosas, pagar por los daños de anoche y regresar a Sevilla.

La idea de alejarme de María me confunde; por un lado, me gustaría permanecer aquí, cerca de ella. Por otro, la quiero tan lejos de mí para permanecer lúcido y encargarme de mis menesteres.

Galopo a toda prisa, tengo que estar de vuelta para el sábado. Me enfada la idea de ver a María en brazos de otro. No soy quién para pedirle nada, para obtener algo de ella. Mis soldados se quejan de mis prisas, los caballos están agotados, y ellos también.

Mi furia aumenta, necesito estar esta noche en Sevilla, aclarar el asunto con Dupont y regresar al pueblo.

En cuatro ocasiones, han referido que descansemos, lo hacemos durante poco tiempo, mis ansias de volver son más que mi deber.

El camino se me hace demasiado largo, noto a mi caballo cansado, apenas puede dar más de sí.

Queda poco, ya puedo ver la ciudad recubierta por la oscuridad del anochecer. Respiro aliviado.

Al llegar a la casa de Carlos Menjíbar estoy más aliviado. En cuanto escuchan nuestros caballos, el anfitrión sale a mi encuentro.

—Capitán Meyer, ¿qué tal el viaje?

—Cansado.

Bajo del caballo y pido que sea atendido como se merece. Los soldados se retiran a las caballerizas.

—¿Dupont se encuentra aquí?

—Hace rato que salió, dijo que no tardaría. Así que no deberá tardar. Tome un buen baño mientras y descanse. Me encargaré de que la cena esté lista en una hora —afirmo deseando tener ese baño—. Dígame, ¿cómo está mi hija?

—No se preocupe, señor Menjíbar, está muy bien atendida. Pernocta en casa de doña María Beltrán, ella es muy atenta.

Subimos los escalones hasta el rellano, pasamos la puerta. Carlos a mi lado, nuestra conversación surge en francés, él no sabe que mi segunda lengua es el español.

Por ahora, dejaré que no lo sepa. No por mucho tiempo, Emilia pronto se lo hará saber por medio de sus cartas.

—¿Y cómo es el pueblo?

—Agradable, se respira aire puro y muy tranquilo. Emilia estará muy bien allí, desde que llegó, parece que está más aliviada de su enfermedad.

—¡Me alegro! —Carlos eleva los ojos al techo, quizás rezando porque su hija está mejor.

Subo los escalones que dan a las habitaciones, no me detengo mientras le pido que me avisen en cuanto llegue Dupont.

El baño me ha sentado como agua de mayo, estoy fresco y como nuevo. En la biblioteca, Dupont rellena su copa de vino. Está preocupado por la situación en la ciudad, pensaban que iba a ser

más fácil hacernos con ella y se está resistiendo.

Expone las complicaciones, mientras que Carlos y yo escuchamos atentos. Cree que pronto entraremos en batalla. Cierro los ojos un instante, me pregunto por qué estamos aquí, qué es lo que vamos a conseguir con tantas muertes. Y hablando de muertes…

—General, en El Arahal hay un problema. Varios soldados han desaparecido.

—¿Cómo que han desaparecido?

—Ninguno de los nuestros sabe qué fue de ellos. No han sido trasladados a otros puestos ni a otras localidades; no obstante, no aparecen como tampoco en las listas de bajas.

—¿Cuántos, Meyer?

—Alrededor de diez. Es preocupante ya que solo hay una treintena.

—¿Bandoleros? —acusa, no pregunta.

—Si fueran ellos, nos lo harían saber. Cada soldado es como un trofeo, general.

—¿Has hecho una lista con los que están allí a día de hoy?

—Sí, la he hecho. Por eso propongo, para averiguar el misterio, que me destine a El Arahal. Puedo recorrer los alrededores, la gente es confiada, podría sonsacar algo.

—Te vas para allá en cuanto amanezca. Llévate un escuadrón.

—Prefiero ir solo, si lo permite. Más soldados sería extraño y no podemos permitirnos más bajas.

—No, Meyer, te llevarás soldados. Y una cosa, quiero estar al tanto de todo lo que ocurra en ese pueblucho.

—¿Y mi hija estará a salvo entre tantas muertes? —pregunta Carlos preocupado.

—Muertes hay por doquier, señor Menjíbar. —Pienso unos instantes, masajeo mi mandíbula con barba de varios días—. No he escuchado nada de bandoleros por la zona, la gente es alegre, no nos tratan mal. Por el contrario, los nuestros, son unos abusadores, general. Son violentos y roban a los ciudadanos. Es otro tema que quería tratar con usted.

—¿Violentos y ladrones? ¿De nuevo con lo mismo, Meyer? ¿No te cansas de repetir una y otra vez que los nuestros son los malos? Te recuerdo que en el amor y en la guerra todo vale, si los nuestros ven preciso hacerlo para su supervivencia, no pongo objeción.

—¿Necesitan abusar de las mujeres, general? ¿Le gustaría que los ingleses nos invadieran y abusaran de nuestras mujeres? ¿Ve preciso eso, además, de saquear por donde pasan? Creo que nunca nos pondremos de acuerdo en varios aspectos.

—No, Meyer, eres un tipo débil para las guerras. Porque estamos sufriendo muchas bajas, si no te pediría que regresaras a tu casa bajo el ala de tu padre.

—¡No consiento que me insulte, Dupont! —Elevo la voz por la furia que crece en mi interior—. La diferencia entre usted y yo es muy evidente, las guerras son innecesarias, todo por el poder y que el imperio napoleónico sea mayor. Tentado estoy de regresar a casa, aun

tachándome de cobarde. Buenas noches, mañana salgo para el pueblo, le mantendré informado semanalmente. Señor Menjíbar.

Me retiro resoplando y gruñendo. La invasión a España no tiene sentido. Si Napoleón quiere este país para él, que venga el propio emperador y luche. Yo soy solo un peón en su estrategia. Me doy asco.

El regreso lo hago con tranquilidad, llegaré a tiempo para la fiesta. Los soldados hablan entre ellos de sus conquistas y de sus combates. Ríen, no me parece gracioso escuchar cómo mataron a tres ancianos mientras hacían canastas de mimbre.

Entiendo el lado de los bandoleros y de las guerrillas, estamos destrozándolo todo, saqueando iglesias, expoliando enseres y casas de ricos, violando a sus mujeres. La respuesta es que somos indeseables, peor que cualquier bandido de cualquier lugar del mundo.

En una de las paradas añado a la lista de los soldados que están en El Arahal, los que vienen en este grupo. Un total de cincuenta y siete.

Levantaremos un campamento a las afueras del poblado y no molestaremos a nadie. Pondré unas normas y el que no las cumpla, será arrestado. No aguanto más injusticias.

Y llegar al pueblo atardeciendo, me alegra. Aun cansado y deseando echarme en una cama para dormir un día entero me parece apetecible, más me lo parece ver a María. De nuevo encontrarme pensando en ella, me enrabieta, aprieto la mandíbula como si consiguiera sacármela de la cabeza.

Ordeno dónde instalarnos, mientras levantan el improvisado campamento, busco a los que permanecieron aquí a mi marcha. La posadera agradece nuestra marcha. No quiere a ningún francés en su casa. Proveernos de comida y bebida, sí, pero nada más.

Le agradezco su ofrecimiento y mis soldados recogen sus pertenencias. Los cinco que atacaron la posada están arrestados. A partir de ahora no tendré miramientos con ninguno.

Miro la hora en el reloj de bolsillo de mi padre, ya es la hora de la fiesta. No me doy prisas, de todas formas, llegaré tarde.

Cerca del asentamiento hay un riachuelo, el agua debe estar fría, es lo único que tenemos para adecentarnos por ahora. No podría esperar hasta que el agua se caliente en el fuego.

Ahora sí, con prisas, cabalgo hacia la fiesta de los marqueses de Monteflorido, la casa está en el centro del pueblo, quizás sea la casa más grande.

Es fácil distinguir dónde se dará la celebración, es la única que está iluminada y donde resplandece el lujo.

En la entrada hay dos hombres haciendo malabarismos con antorchas de fuego, por un momento me paro a verlos. Es impresionante. Aplaudo como el resto de los asistentes.

Todos me miran, porque efectivamente, soy el único francés en la fiesta. ¡Perfecto, un

mono entre tantos españoles! Me sorprende que nadie me reproche nada, que me miren de mal modo. ¿Son ignorantes a la invasión o simplemente es que son así de acogedores y demasiados educados?

¿Dónde estará María? Ansío verla.



CAPÍTULO 17

MARÍA.

Ha sido difícil luchar contra los soldados mientras permanece Emilia en mi casa. El corazón parecía que se me iba a salir por la boca por la incertidumbre de ser descubierta.

Jamás pensé que podría ser tan hipócrita, matar a un hombre por la noche y ser una encantadora anfitriona por el resto del día. Pero por la libertad, lo que sea.

Ahora sonrío a los presentes en la fiesta mientras el Pitero me lleva de un brazo y del otro a Emilia, ya que el «pocas palabras» del *gabacho* no ha aparecido por aquí.

Los anfitriones reciben a los invitados en la entrada al patio cuadrado de suelo y columnas de mármol blanco.

La única de los tres que conoce a los marqueses soy yo. Así que soy quien hago las oportunas presentaciones.

—¡Excelencias! —Realizo las reverencias oportunas—. Agradecer vuestras invitaciones, es todo un honor. Doña Trinidad, veo que goza de una salud formidable. Usted, don José María, es la envidia de cualquier caballero en la fiesta.

El marqués ríe a carcajadas. La mujer no tanto, parece que mi floreo le ha sentado mal por tratarse de su marido. ¡Ni que pensara en quitárselo!

Presento a mis acompañantes. Los marqueses reconocen a Emilia y enseguida saludan a otros invitados, agradeciéndoles la asistencia y con el deseo de que sea una buena velada.

—Parece que no les he caído bien, ha sido mencionar mi apellido y sus caras lo dicen todo —indaga Emilia.

—Bobadas, amiga. Los marqueses tienen mucho que hacer, por eso no me gusta hacer una fiesta multitudinaria; no disfrutaría nada. Por cierto, Joaquín, ¿me pareció escuchar que conocen a tu familia?

—Creo que no has escuchado bien, Narváez hay muchas ramas.

—¿Y por qué te tensas? —pregunto curiosa mirándolo de reojo—. ¡Ah! ¡Don Felipe Sergeant y Mendívil! ¡Qué gusto volver a verlo!

—Doña María Beltrán, más encantadora que nunca.

—Siempre tan adulador.

—Luego hablamos. Mi hermano quiere presentarme a alguien.

—Por supuesto. —Resto importancia y seguimos adentrándonos en la fiesta.

—¿Es otro cura del pueblo? —pregunta el Pitero girando su cabeza hacia atrás.

Me encojo de hombros respondiendo a la pregunta del bandolero, según el padre José es presbítero en el pueblo, o sea, que es un sacerdote.

—Otro hombre de Dios. —respondo a su pregunta—. Mira, aquel de allí es Francisco Sergeant y Mendívil y su esposa María Luisa, él es hermano de José María y Felipe. Aquella de allí es Vicenta Sergeant y su esposo Miguel de Zayas Ponce de León y Brenes, alcalde del pueblo —señalo a cada persona que presento.

—¡Esta mujer conoce a todo el mundo! —bromea Emilia.

—Es un pueblo pequeño, aquí nos conocemos todos.

—Te entiendo, María, yo conozco a toda Sevilla.

No sé qué ha dicho Emilia, pero el Pitero suelta unas carcajadas que somos el centro de atención de todos los asistentes. Lo amonesto en el brazo que me lleva con el abanico.

—¿Se puede saber de qué te ríes, *Pit*…? —Ahora es él quien aprieta mi mano con su brazo, me muerdo la lengua—… pitoniso quise decir.

—María, ¿y qué quieres decir realmente con pitoniso? No lo entiendo, ¿me he perdido algo? —interrumpe Emilia desorientada por casi mi metedura de pata.

—¡No lo sé! Esto de la fiesta, tanta gente y tengo tanta hambre… que no sé ni lo que digo.

Un joven se acerca al Pitero y le pide bailar con Emilia, ella acepta y se extraña que sea la chica quien acepte. Una nueva pieza comienza a sonar, y la pareja se pierde entre las demás. Mis pies se mueven al compás de la música dando pequeños golpes en el suelo.

—Tu querido francés te ha dejado plantada.

—No hables así, alguien puede oírte y no es mi querido francés.

—Deberías dejar la misión del pozo, María. Estando Emilia en tu casa es peligroso, podría verte y delatarte.

—Siempre queda el que intentaba sobrepasarse y para defenderme lo empujé.

—María… María… a veces tan ingenua como una muchacha… Si te ve coqueteando con él y después te niegas tirándolo a un pozo, ¿crees que va a pensar que te estabas defendiendo?

—Una mujer puede decidir cuándo empezar y dónde terminar.

—Muy buena teoría, ponlo en práctica. Y ya que estamos podríamos bailar, ¿no?

—Que sepas que vamos a dar de comer a muchas bocas —replico mientras me dejo llevar a la pista.

—Que tengan para comer al menos por un año. —Nos preparamos uno frente al otro, nos sonreímos y contamos hasta tres. Comenzamos a bailar—. Nuestra táctica de ponerlo celoso sigue en pie, así que si quieres que todo salga como debiera, arriésgate.

—No noto al capitán celoso, más bien enfadado. —Giro y hago la pirueta que corresponde—. No sé cómo voy a seducirlo.

—No tienes que hacer mucho, ya lo tienes. Lo que no entiendo es por qué no se ha lanzado ya. Le mandaste una carta pidiéndole ser su amante, lo miras de esa forma que volverías loco a un hombre.

—¿Qué has querido decir con eso?

—María, somos adultos y tú con ese propósito, lo haces muy bien: inocente, pícara y traviesa. Ese francés no tardará en caer rendido a tus pies, pero necesita un pequeño empujón.

—¡Ni siquiera ha venido!

La pieza termina y me abanico, el baile me ha puesto calurosa. Busco constantemente al capitán, no da señales de vida. Eso significa que no le importo en lo más mínimo y me he rebajado hasta el infierno con esa maldita carta. ¿Y luego para qué?

El Pitero baila con Emilia, hacen buena pareja. Pero él no parece interesado en ninguna mujer. Lo encuentro extraño, aunque cada uno puede hacer con su vida lo que quiera. Observo con atención al bandolero, todos sus movimientos, sus pasos, su elegancia al bailar. En mi cabeza retumba que él no es un simple rico disfrazado de bandolero; por su porte, refinado y erguido, me resulta aristócrata.

Que me quemen en una hoguera si no es así. Sus palabras, la forma de tratar a una mujer, es culto, demasiado para ser un guerrillero. Sabe de política, puede entablar cualquier conversación con cualquiera, hasta con un marqués. Algún día me dirás, Pitero, quién eres en realidad.

Termina la pieza y Emilia es reclamada por otro joven, el bandolero viene hacia mí, sonriendo y algo alterado por el baile, toma mi cintura y acerca su cabeza a la mía.

—Ya está aquí, démosle una buena ración de celos.

Me muevo porque él me lleva casi en volandas, ¿se refiere a que ya está aquí Meyer? Mi corazón se agita avergonzado y frenético por querer verlo. Intento girar la cabeza, el Pitero me lo prohíbe.

—Por favor, ¿por qué no eres un poco más discreta? —susurra a mi oído.

—¿Adónde me llevas?

—Al patio de atrás y como él nos sigue, no te sorprendas cuando te bese.

—¡No vas a besarme!

—Solo pegar los labios.

—¡Ni se te ocurra!

—Si estás deseando saber cómo besa un bandolero.

—Quizás al principio sí, Pitero…

Hemos atravesado el salón de baile, el patio, pasamos por un pasillo ancho y largo hasta llegar al patio trasero. Me adentra en la oscuridad, se gira y planta sus labios sobre los míos.

¡Ay, Dios Todopoderoso Creador del Cielo y de la Tierra! ¿No era solo pegar los labios?

Entonces, ¿por qué siento su lengua dentro de mi boca? Mis manos se pierden en sus cabellos negros, más largo que dicta la moda y me dejo llevar. ¡Me lo merezco!



CAPÍTULO 18

ALAIN.

Tras dejar el espectáculo del fuego entro en la casa, me piden mi nombre dos sirvientes uniformados de negro, camisa y guantes blancos. Miran la lista y no sé por qué mi nombre les parece inglés, aunque mi casaca y mi sombrero me delatan.

Pero vengo en son de paz. Presento mis respetos a los anfitriones, Emilia acaba de terminar de bailar con Narváez y empieza otra con un joven, parece encantada. Me alegro por ella, aunque recuerdo que una vez me dijo que María le gustaba más que yo. Sin embargo, la veo feliz ahora. Quizás sea por el baile.

Con la mirada sigo a Narváez que corre en busca de… María. Trago saliva, relamo mi boca sediento y hambriento por ella. Está más hermosa que la primera vez que la vi. Ese traje color plata la hace tan encantadora como cautivadora. Me encuentro andando tras ellos dos.

Paso el salón atestado de gente y un pasillo largo que lleva a un jardín trasero. La escena que presencio me disgusta, me enfada.

Mis manos se hacen puños, deseando estrellarlos en la cara de Narváez; con toda la paciencia que reúno de no sé dónde, espero como un tonto que se separen de ese beso, deseando ser yo quien la bese.

No se percatan de mi presencia, María entrelaza sus dedos en los cabellos de Narváez, maldigo para mis adentros y una furia desmesurada se instala en mi cuerpo.

Susurran algo y ella le propina una sonora bofetada. No sé muy bien por qué, pero ese gesto de María me agrada.

Sin saber cómo, doy zancadas hasta llegar a ellos, se sorprenden al verme y María se lleva una de sus manos a la boca, parece abochornada. Sus mejillas sonrosadas la hacen más irresistible.

—¿Ocurre algo, María?

—¡Capitán Meyer! ¡Qué sorpresa!

—¿La está molestando el señor Narváez?

—No, claro que no.

Su nerviosismo me alerta de que algo no está bien.

—Creo que sí —respondo mirando a Narváez.

—Ha sido un malentendido, capitán. Si me disculpan, entraré para despedirme de los marqueses, a pesar que está muy animada la fiesta. Si no le importa, ¿podría acompañar a María

a su casa? Me ha surgido un imprevisto importante y no me gustaría que regresara sola a estas horas. Es peligroso para una dama.

—No se preocupe, yo me encargaré de que llegue sana y salva —replico con ironía.

Él no me presta atención, sus ojos están puestos en ella. Mi paciencia tiene un límite y creo que se está aproximando.

—María, nos vemos en un par de días.

Narváez nos deja solos y yo no sé qué hacer con mis manos. Observo las paredes blancas y altas adornadas por flores, al igual que el de María, de diferentes colores y olores.

—Llegó a tiempo. Pensé que se había olvidado de la fiesta o que le habría ocurrido algo de camino.

—Nada en particular. —Respiro profundo para enfrentarla—. ¿Qué tiene con el señor Narváez?

—¿Tener? No lo entiendo.

—María, he visto cómo se besaban y cómo lo abofeteaba después.

—Ya lo ha explicado Joaquín, un malentendido, pero ¡qué malentendido! —responde atrevida y pícara—. Tanto que me ha dejado sedienta. ¿Le apetecería beber algo?

—No me vendría mal una copa de vino.

Y es cierto, porque tengo que decidir entre beber vino o beber de sus labios. No debería pensar en estas cosas y no debería sentirlas, pero tratándose de María, todo es nuevo para mí. Mi cuerpo es un remolino de emociones que no puedo evitar sentir.

Su mano enguantada apoyada en mi brazo me transmite un calor asfixiante. El roce de su vestido en mi pierna izquierda hace que me tiemblen de miedo a esto desconocido que siento.

Tentado estoy por regresar al jardín y saciarme de ella. Chasqueo la lengua para llamarme al orden, a mi sitio, a mi lugar.

Tenerla tan cerca es muy peligroso. Y no debería, tan siquiera, pensarlo.

Mi corazón trota desbocado, mis nervios aumentan y sudo como nunca.

—La sangría está muy fresca, nos vendrá bien.

Cuando se abanica, su olor a flores atraviesa mi nariz y mi mente se paraliza. ¡Por Dios! ¿Qué tiene esta mujer?

Entramos en el salón abarrotado de gente, al fondo puedo ver a Emilia que habla muy animada con un grupo de jóvenes de su misma edad.

Esa parte está controlada, la que no logro dominar son estos espasmos de escalofríos que experimento cuando estoy cerca de María.

Al ofrecerle la copa de sangría nuestros dedos se rozan, de inmediato ella me mira y durante un breve momento, nos sostenemos la mirada. Diciéndonos algo que yo, por lo menos, no logro descifrar.

—¿Le gusta la fiesta? —afirmo mientras doy un largo trago a la bebida—. ¿Las fiestas en Francia son iguales a las de aquí?

—Hay costumbres que son diferentes. —Otra vez mi cabeza vuela al jardín—. ¿Sabe que, en mi país, lo que yo he presenciado es digno de un buen cotilleo? Al momento tendríais que estar comprometidos.

—Ha sido un besito de nada.

—Pero un buen bofetón.

—Eso sí. —Ríe haciendo que los de alrededor la miren sorprendidos—. Pero no le dolió, capitán, la mano la tenía hueca.

—¿Sabe abofetear de diferentes modos?

—Ajá, ¿quiere comprobarlo?

—¡No! Mejor que no.

Bebe y veo sus ojos oscuros sobre el borde de la copa. Está bromeando, se le forman unas pequeñas arrugas en torno a ellos. La bebida es vista y no vista. Me pide otra. Se sujeta en mi brazo hasta llegar a la mesa de los licores.

—Me aburro, Meyer.

Su voz pastosa me indica que está «alegre», se abanica con ímpetu y no sé si son mis ganas o es el vino, pero el escote del vestido cada vez está más bajo. Me acaloro más de lo que debería y eso me perturba.

No puedo. No debo.

—¿Le gustaría bailar?

Si pretendo alejarme de ella y que no me afecte su cercanía, entonces ¿por qué he hecho esa pregunta? Ya es tarde, María ha aceptado y nos dirigimos a la pista de baile.

Esta vez, no me pisa con frecuencia, ni se equivoca en los pasos al bailar. Ella danza como una magnífica hechicera gitana como las que comentan los soldados en sus conversaciones.

Hechizado. Sí, esa es la palabra. Deseo con todas mis ansias salir de aquí y besarla hasta reventar nuestros labios. Acercarla a mi cuerpo y sentir su calor. Hacerla mía.

¿No tengo derecho a experimentar algo así en mi vida? Pues no, la culpa y el deber no me dejan que lo haga.

Pero María baila con gracia y sus faldas rozan con sutileza mis piernas. Sus mejillas rosadas por el esfuerzo me están volviendo loco. Gira y gira riendo, ese delicioso sonido se clava en mis entrañas.

—Su casa está sobre un remanente, ¿lo sabía?

—¿Qué?

Mi absurda conversación la vuelve a la realidad.

—Por ejemplo, el pozo tiene que tener una asombrosa altura, digamos que también tiene una corriente de agua bajo su casa.

Me pisa, intenta mantener el equilibrio sin éxito y por mucho que yo intente evitarlo, cae al suelo. Al pretender no caer se sujeta de otra bailarina por instinto, por su infortunio, también la arrastra.

Su pequeño grito hace que los de alrededor miren. No puedo apartar la mirada de ella, esta mujer no tiene miedo al ridículo y esa actitud me fascina.

—¿Qué hace? —La joven se levanta abochornada con la ayuda de su pareja de baile.

—Intentar no caerme, disculpe señorita —alega María ruborizada mientras se coloca el vestido en su sitio.

Admiro boquiabierto sus esbeltas piernas cubiertas por unas medias blancas. Trago saliva reiteradas veces para calmar esta necesidad de ella.

—¿Me va a ayudar a levantarme o se va a quedar ahí como un pasmarote?

Las risas de los asistentes colorean más sus mejillas, con rapidez la ayudo a levantarse y ese impulso hace que su cuerpo caiga sobre el mío. Su respiración alterada descompone la mía.

Me adentro en sus ojos oscuros, brillantes y transparentes. Quiere algo que yo no puedo darle. Me separo de María como si me quemara, porque es verdad que su cuerpo me quema.

—Tras este episodio tan bochornoso, será mejor que me vaya a casa. Me considero como un bufón en la Corte del Rey Arturo.

—¡María! ¿Estás bien? —Emilia interrumpe apresurada.

—No te preocupes, estoy bien. Un pequeño traspié —desvela María entre risas—, eso sí, me gustaría regresar a casa. Que te acompañe de regreso el capitán.

—De eso nada, he hecho nuevas amistades y estarán encantados de custodiarme a tu casa. Alain, vete con ella, es tarde para que vaya sola.

—Además se lo prometí a Narváez, ese amigo con el que no tiene nada.

—¡Alain, por tu tono diría que estás celoso! —exclama la curiosa Emilia.

—Lo que tiene que oír una a estas horas de la noche. —María pone los ojos en blanco, cruza sus brazos y parece impaciente. Me hace gracia su pose infantil—. ¿Me va a acompañar o no, capitán? Digo, para que no se haga más tarde.

—Siempre cumplo mis promesas.

A mi mente vienen esas promesas de las que di mi palabra. Y frente a mí tengo la dificultad de no poder cumplirlas: María.



CAPÍTULO 19

MARÍA.

Tras despedirnos de los anfitriones de la fiesta y de algún que otro conocido, el francés y yo salimos a la calle. El frescor de la noche calma mi rubor y ponemos rumbo a mi casa. Una vez cruzada la calle, todo está en silencio, oscuro y desierto. No importa, me sé el camino de memoria. El sonido de la música se va dispersando conforme nos alejamos.

No puedo evitar pensar en el pequeño «altercado» y suelto sonoras carcajadas. El capitán me mira extrañado y gira sin cesar su sombrero, parece estar nervioso.

—¿De qué se ríe?

—Por favor, capitán, he sido el acto más divertido de toda la fiesta.

Su risa me eriza la piel y me cubro con la mantilla de encaje mis hombros y brazos.

—Si soy sincero, sí, ha sido el mejor acontecimiento de la noche.

—Sí, usted dando en la herida.

—Pero si acaba de decirlo de su propia boca.

El silencio se hace entre nosotros, mi casa está a la vuelta de la esquina y no he avanzado nada en mi propósito.

—Gracias por la fiesta, ha sido…

—¡Cállese, hombre, cállese! ¿Quiere abochornarme más de lo que estoy?

—Iba a decir amena y entretenida.

En el umbral de la puerta nos detenemos. Yo juego con mi bolso y él con su sombrero, girándolo sin parar. Carraspeo y saco fuerzas.

—¿Le apetecería tomar una copa, capitán?

—Es tarde y mañana tengo trabajo.

—Será poco tiempo. Es mi forma de agradecer su escolta hasta casa, sana y salva.

Duda, eso no me gusta. Quizás la que no le gusta soy yo. Pongo ojitos seductores, con los otros franceses me sirvió esta pose encantadora. Con él, no. Maldigo entre dientes.

—Solo una copa.

Mi corazón salta de alegría, pero el temor también se instala. Toco mi peineta, como siga así me traspasaré el cráneo de tanto apretarla.

¿Hice bien? No puedo con las dudas, siempre he sido una mujer segura y decidida, ahora me encuentro en la tesitura de esta incertidumbre que tanto detesto.

Magda se sorprende cuando ve al francés siguiéndome por el pasillo, es educada y nos

saluda. Le pido que nos lleve vino al patio, abre sus ojos asombrada de mi petición. Cree que llevaré a cabo mi misión.

Inhalar el olor de mis flores, me relaja. Tomamos asiento en los sillones de mimbre, él frente a mí. Sigue rodando su sombrero, golpeándolo con suavidad, poniéndolo sobre su rodilla o sobre la mesa.

Suelta un profundo respiro y mira al cielo estrellado. El silencio es incómodo o tenso, no sabría explicar. Lo observo callada.

Es tan rubio como el trigo, sus ojos grandes y verdes como las aceitunas. Su piel bronceada por el sol hace que mi boca se seque por la necesidad de tocarlo.

La barba de hace días lo hace más atractivo.

Magda interrumpe con una bandeja portando el vino y dos copas. Su propósito es servirnos, con mi abanico le indico que nos deje solos. Su mirada de preocupación me produce risa y le guiño un ojo. Se aleja estrujando el delantal como si fuera mi cabeza.

—¿Por qué se puso tan nerviosa cuando le hablé del pozo y la corriente de agua bajo su casa?

—¿Por qué dijo eso?

Mi mano tiembla al verter el vino. Por lo menos no mancho el mantel blanco de mi ajuar. No quiero pensar en Eugenio, no es el momento.

—Fue una observación.

No me quita ojo de encima, mi erguida postura me tensa. Dar un largo sorbo a la copa me relaja. Si sigo así, me consideraré adicta a la bebida.

—¿Cómo sabe que bajo este suelo hay un remanente?

—Porque si permanece en silencio y quieta podrá sentir el agua bajo los pies.

Permanezco como una momia, mis pies no sienten nada y mis oídos solo escuchan a unos grillos, pronto para esta época del año. Es curioso, llevo viviendo muchos años en esta casa y no he notado nada de sus observaciones, ahora llega él y se percata de ello.

Me levanto curiosa, doy varios pasos hasta ponerme en el centro del patio, me arrodillo y pego mi oreja al suelo. Quiero asegurarme que él tiene razón.

—¿Qué está haciendo?

—Silencio, capitán. Estoy intentando escuchar el agua. —Y escucho un lejano sonido de corriente—. ¡Oh! ¡Sí! ¡Venga!

En un instante está a mi lado, su oreja pegada al suelo y mirando hacia mí. Al escucharlo, me sonríe. Si mi corazón antes saltaba, ahora me corta la respiración. ¡Por Dios, qué sonrisa tan… impresionante!

Relamo mis labios secos, él se levanta con lentitud y se limpia las rodillas. Me quedo sentada en el suelo. El frescor traspasa las telas; sí, es agradable tener esta parte refrescada.

Me ofrece su mano para ayudar a levantarme. La tomo. Es cálida sin guantes. Traspasa mi piel. Un mechón de mis cabellos se suelta del rodete. Su instinto es colocarlo tras mi oreja, rozándola con suavidad.

Me entrecorta la respiración y el vestido me asfixia. Unas ansias de arrancarle esa casaca francesa y la camisa blanca para comprobar que verdaderamente hay tantos músculos como toqué en el baile.

—María. —susurra ronco.

—Capitán. —murmuro cerrando los ojos mientras le ofrezco mis labios.

—Yo… no debería.

—Yo tampoco. Sin embargo, lo deseo.

Siento sus labios rozar los míos, su aliento mezclarse con el mío, sus manos enmarcan mi rostro y mi cuerpo se revoluciona como una espantada de pájaros. ¡Ay, qué dulce! ¡Qué agradable! ¡Qué calor más grande!

—María… mi hermosa María.

—Capitán… mi adorable francés.

El suave beso se torna salvaje, como si no hubiera un mañana. Sus manos bajan por mi cuello tan lento y con un tacto que deseo más, que me acaricie más y más abajo.

Como si me escuchase, sus manos se detienen en el borde de mi escote. Pasa el dedo por él, alejándolo de mi piel a la misma vez que la alimenta de su tacto caliente.

Su boca no se detiene, como un lobo hambriento devora la mía. Gustosa me ofrezco, es lo que quiero, lo que necesito: una alegría para el cuerpo.

—Deberíamos parar, María. Más adelante no podré.

—¿Y si no quiero que paremos, capitán?

—Alain, me llamo Alain.

—Alain.

Repito como un loro. ¡Qué bonito nombre! Me gusta decirlo. Se retira separando nuestros cuerpos, me hace sentir frío. Sus ojos vidriosos observan cómo deshace mi peinado, quitando una a una las horquillas y soltando mi pelo.

—Tienes un pelo tan suave. Me escocían los dedos por tocarlo.

—Alain… quédate conmigo esta noche.

—No puedo, María. Aunque te juro que es lo único que desearía en este mundo.

—Entiendo. ¿Estás casado? ¿Prometido?

—Eres la tentación más grande que me ha puesto Dios en la vida.

—Deja a Dios fuera de esto y vayamos a mi habitación. Ambos queremos. ¿Por qué no?

¡Acepta, Alain, acepta por la madre que te trajo al mundo! ¿No ves que me estoy derritiendo por ti?



CAPÍTULO 20

ALAIN.

No puedo escapar de este deseo que se adueña de mi cuerpo y de mi mente. No puedo pensar en nada que no sea María. ¡Qué bien suena mi nombre dicho por ella! La vuelvo a besar como un sediento, porque llevo meses deseando hacerlo, para qué mentirme.

Lo deseo todo de ella.

Ese pelo negro suelto sobre su espalda rozando mi mano me enloquece más de lo que estoy. ¿Cómo será sentir su piel? ¿Y su cuerpo desnudo bajo el mío?

Mi entrepierna reaviva el fuego de todo mi ser.

El sabor a vino de su boca me hace perder la razón. Acerco su cuerpo más al mío, sentirlo tan cálido es una maravilla. Mi boca desciende por su cuello, mi lengua lo saborea, me deja un sabor a flores de su perfume. Adoro ese olor.

La curva de su hombro se me hace exquisita. Lo muerdo con suavidad y María jadea y echa su cabeza hacia atrás dándome acceso a más de ella.

—Alain.

Quiero que diga mi nombre a cada instante, quiero que recuerde que quien la besa soy yo, quien la toca soy yo.

Hago que retroceda varios pasos hasta colocarla en una de las columnas. El vestido y mi ropa estorban. Necesito más. Quiero más.

—¿Qué haces conmigo?

Su risa flota en el aire excitándome más de lo que estoy. Acaricio su cuello esbelto y lo sostengo para que me mire. Nuestros ojos se encuentran: deseosos, ansiosos, ardientes. Ese brillo es fascinante.

—Vayamos a mi habitación.

De pronto, freno. No puedo. No debo. Y me separo de ella como si quemara, aunque realmente me quema, pero de pasión que me consume por dentro.

—¿Alain? ¿Por qué te separas de mí? ¿Acaso no te gusto?

—¡Madre mía, María! ¡Si eres la tentación en mujer!

—¿Entonces?

Avanza dos pasos y se coloca frente a mí, de nuevo ese roce de su vestido en mis piernas me vuelve loco. Con prisas me quita la casaca y la tira sin miramientos. Tampoco me importa dónde caiga.

—Hazme tuya, por el amor de Dios.

Me besa con una pasión arrolladora mientras desabrocha mi camisa. Sus suaves manos se cuelan bajo la prenda de algodón.

Cierro los ojos, no quiero dejarme llevar por esto que siento.

No puedo.

—Alain, quiero que pases la noche conmigo. Quiero muchas noches contigo.

Su murmullo entre mis labios excita mi cuerpo entero. Sus palabras se graban en mi mente, sus caricias calientan mis ganas de ella. Respondo a ese beso salvaje que me ofrece, nunca he sido besado de esta manera tan intensa. Me gusta.

Su lengua recorre la línea de mi boca. Ahogo una exclamación. Y mis manos antes quietas, ahora son atrevidas y arrasan la piel de sus pechos. Ese escote me sugiere demasiadas cosas. Es lo que quiero sentir, hacer, vivir.

Toma mi mano y hace que la siga, no pongo impedimentos, estoy deseándolo tanto o más que ella.

Subimos la escalera que desemboca en dos pasillos a ambos lados. Giramos a la derecha, primer dormitorio.

Abre la puerta y entramos en la habitación iluminada por velas. Cierro la puerta mientras ella se gira, delinea sus labios con el dedo pulgar. Ese gesto me lleva al mismo infierno. Alargo mi brazo, cojo el suyo y la acerco a mi cuerpo, se moldea con facilidad.

Está hecho para mí.

—Alain…

—Ese sonido me encanta.

—¿Cuál?

—Tus jadeos, tu voz llena de pasión. Me has hechizado.

La cama está demasiado lejos para las ganas que tengo de estar con ella. Es eterno el tiempo que tardamos, pero ya la tengo donde quiero.

La desnudo con lentitud, recreándome en ella. Su cuerpo esbelto, sus pechos generosos, su piel tan blanca, su boca que me pide ser saciada. ¡Maldita sea tanto pensar!

Por una vez en mi vida me avergüenzo de estar desnudo ante una mujer. Su mirada traviesa y anhelante me derrite.

—No puedo creer que el intrépido capitán Alain Meyer tenga miedo.

—No tengo miedo, siento vergüenza.

—¿Tú? ¿Desde cuándo no estás con una mujer?

Acorta la distancia y rodea mi cuello con sus manos. Su cuerpo desnudo roza deliberadamente el mío. Siento que voy a explotar.

Su lengua lame mi boca. Es lo que necesito para atreverme de una vez. Mis manos van

directamente a su trasero, suave y redondo. Lo aprieto con fuerza.

Su gemido me alienta a que vuelva a hacerlo y aprovecho para acercarla a mí.

Que perciba mis ansias.

La insto a que se tumbe sobre la cama, ella de un movimiento retira las mantas y las sábanas blancas. Su sonrisa lasciva me revienta el corazón y… la entrepierna, que está ardiendo por ella.

Mis manos acarician todo su cuerpo, sin dejarse nada por explorar, hasta llegar a su ombligo. Ella ríe. Me aventuro ir más abajo y María abre más las piernas dándome acceso al fondo de su cuerpo.

Su humedad me abruma, esta mujer es perfecta. Está preparada para mi invasión. ¡Mierda! Es la peor palabra que he podido escoger para entrar en ella. Se relame los labios constantemente.

—Eres tan hermosa…

—¡Alain! Déjate de halagos, no sé qué es un volcán, pero presiento que es algo que estoy a punto de sentir.

Su comentario me hace gracia y tal como me pide, me adentro en ella. Gimo al sentir su humedad. Tiemblo cuando la lleno por completo.

¡Qué sensación tan fantástica e inexplicable! ¿Por qué he tardado tanto en sentir esto? ¿Tantos años sin saber lo que es verdaderamente el placer?



CAPÍTULO 21

MARÍA.

¡Oh! ¡Maravilla donde las haya! ¡Madre del amor hermoso qué cosas me hace este hombre! Mi cuerpo convulsiona por el simple hecho de tenerlo dentro de mí. ¡Fascinante! ¡Increíble!

Con mis pies apretando su trasero suplico que entre y salga de mi cuerpo con más fuerza y seguido. Grito y mis manos no dejan de tocarlo. Su cuerpo musculoso se mueve acompasado.

Quiero más.

Arqueo mi espalda ofreciéndome a él, que haga conmigo lo que desee. Parezco una yegua en celo. Me muevo frenética. Subo sobre él a horcajadas y me muevo al ritmo que mi cuerpo me pide.

—¡María, por favor, para! Yo…

No hago caso a sus palabras y lo incito a que me acompañe a las alturas de la pasión. Lo consigo. Nuestros gritos se mezclan y nos los tragamos, él los míos y yo los suyos.

Me dejo caer sobre él, nuestras respiraciones están aceleradas, aunque van calmándose conforme va pasando el tiempo.

—Magnífico. —Alabo mientras mis dedos juguetean en su pecho fornido—. Eres hermoso.

Y recordar que al principio pensé que era un sapo orejudo. Suelto carcajadas y él me mira confundido.

—Verás, al principio pensé que eras un viejo barrigudo. No exactamente así, pero para qué pronunciar aquellos pensamientos. —explico sincera.

—¿Creíste que era viejo y barrigudo? —Sonríe y esa sonrisa me acelera el corazón—. ¿Y qué pensaste exactamente?

—No te lo voy a decir, capitán curioso.

Sus manos recogen mi pelo y me besa con lentitud y suavidad, alargándolo todo lo que ambos queremos. Me gusta sentir su boca con la mía, su lengua enredada con la mía.

—Antes me dijiste que parara, que tú… ¿Qué quisiste decir?

—No quería terminar.

Duda al decirlo, creo que me está ocultando algo, quizás sea la duda de no querer dejar hijos por doquier. Así que se lo dejo bien claro.

—No te preocupes por dejarme embarazada, Alain. No puedo tener hijos.

—¿Qué? —expresa sorprendido y preocupado.

—Tuve una enfermedad infecciosa cuando pequeña que afectó a mi parte reproductora.

Creo que ahora la llaman rubéola. Dicen que es muy común en jovencitas, es muy peligrosa.

—Lo siento —parece apenado—. ¿Cómo te tomaste la noticia?

—Era muy joven, no saber qué sentir al ser madre no me importaba en aquellos años. Hasta que me casé. Quería ser madre, quería darle hijos a mi esposo.

—¿Él lo sabía?

—Sí, nunca nos ocultamos nada. Algo tan importante debe saberse, ¿no crees?

Afirma, su mirada triste me conmueve. Lo beso, lo deseo de nuevo. ¿Por qué tengo tantas ganas de él?

—Ya pasó, Alain. No quiero que nuestros encuentros sean tristes, quiero recordarlos alegres, vivos, excitantes.

—Así serán.

—¿Te dará igual que Emilia sepa que intimamos?

—Me preocupa tu reputación. Yo me iré algún día, pero tú te quedarás aquí.

—¿Mi reputación? Soy una mujer libre. No tengo que dar explicaciones a nadie.

Se remueve inquieto bajo mi cuerpo, su movimiento acelera mi sangre. Me muerdo el labio anhelante de más. Sus manos acarician mi espalda, con deliberada lentitud, bajando hasta mi trasero. Lo pellizca y grito gustosa. Ronroneo como una gata.

—Jamás había estado con una mujer como tú.

—¿Cómo soy?

—Alegre, chispeante, alocada y muy… muy… apasionada.

—¿Te disgusta? —niega enérgico con la cabeza.

—Al contrario, es lo que más me gusta de ti.

—Alain… llévame de nuevo a ese lugar al que solo tú me has llevado.

Me excita su beso prolongado y suave. Lo monto a horcajadas como a mi Canela. Jadea y esa sensación de dominio, me provoca poder. Sus manos, fuertes y poderosas, se adueñan de mis pechos.

Gimo. Mi atrevimiento va más allá. Hace tiempo que no estoy con un hombre, y quiero sentir esa sensación de ser amada. Alain no pierde el tiempo, mi cuerpo es su objetivo.

Notar una de sus manos descender del ombligo hacia abajo me pone de los nervios, pero del apetito que surge de mi cuerpo. Y esa mano en la parte interior de mis muslos, me enloquece.

Sentirlo dentro de mí, es una sensación maravillosa. ¡Qué digo maravillosa! ¡Es extraordinaria! Sumiso, hace lo que le susurro entre gemidos: no para de acariciarme. Mordisquea mi pezón derecho con cuidado, ¡por todos los Santos del mundo! ¡Me encanta! Con el otro hace exactamente lo mismo. ¡Mmm… delicioso!

Me muevo a mi ritmo, no me dice cómo he de actuar. Cabalgo y cabalgo. Llena de placer y sensaciones nunca sentidas. Lástima que sea francés. Lástima que no quiera a otro hombre en mi

vida. Eugenio me dejó un gran vacío y no quiero volver a sentir una pérdida igual.

Aprovecha mi despiste y me coloca sobre el colchón a cuatro patas, como un animal me embiste por detrás. Sujeta mis caderas para que sus vaivenes sean certeros y profundos.

—¡Virgen Santísima! —exploto llena de placer.

Más rápido, más acelerado y a gritos me pide que lleguemos juntos. ¿Adónde quiere que lleguemos? Estos franceses dicen cosas muy extrañas. Al sentirlo más inflado, mi cuerpo se convulsiona llevándome a las estrellas, o al infierno, porque sentir estas cosas no es de muy buena cristiana.

Me despierta una mano acariciándome el rostro con extrema suavidad. Sus labios besan los míos con apenas un roce. Unas cosquillas me recorren por entera. Alain tiene algo que despierta en mí cosas inexplicables.

—¡Buenos días! —Su ronco susurro me hace sonreír—. ¿Has dormido bien?

—Como un angelito, ¿y tú?

No quiero abrir los ojos, sería volver a la realidad.

—Como otro angelito.

Soltamos carcajadas, dormir sobre su pecho es la mejor almohada que he tenido nunca. Mis dedos acarician su abdomen y encoge el estómago.

Sonrío pícara, tengo poder sobre él.

—¿Dónde aprendiste hablar español tan bien? Apenas dirías que eres francés, solo alguna que otra erre que las haces como gorgoritos.

—Mi nana era de Zaragoza, mis padres veían bien que me enseñara su lengua.

—Entonces, ¿escuchaste todo lo que dije en la fiesta de los Menjíbar?

—Algunas cosas, otras no las entendí. Reconozco que, por tu forma de hablar tan deprisa, me desubicaba.

—Me alegro.

—¿De qué te alegras?

—De que estés aquí.

—¿Me estás cambiando de conversación?

—No, es que tengo hambre. ¿Tú no?

—Muchísima. Apenas comí en la fiesta.

Doy fe de que tiene hambre, el estómago le ruge como un león. Me levanto a desgana, alejarme de él me da pereza. Me coloco la fina bata blanca, lo miro y él me observa atento y con una sonrisa en su boca.

—¿De qué te ríes?

—¿Piensas salir así vestida para que te vea toda tu servidumbre?

—Aún no ha cantado el gallo, así que siguen durmiendo. Traeré algo de fruta.

Asiente satisfecho, coloca las manos tras su cabeza y se muerde el labio. No sé si divertido, pero su rostro está contraído.

—Que me cuelguen si no eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

Lo dice tan serio que hasta me lo creo. Doy media vuelta y salgo de mi habitación cerrando la puerta tras mi salida. El pasillo está en penumbra, debí coger un candelero, me oriento bien por la casa, aunque sea de noche.

Llego a la cocina, en una bandeja coloco dos racimos de uvas, un par de manzanas y naranjas, que están algo agrias, todavía no es su tiempo. Me encuentro sonriendo como una estúpida pensando en Alain, y sinceramente, el francés está despertando en mí cosas irreconocibles, dejando a un lado el buen sabor que me está dejando como amante.



CAPÍTULO 22

ALAIN.

¿Cuántos hombres habrán dormido aquí? Inspecciono su dormitorio con todo detalle. La rabia se adueña de mí, no quiero pensar en ello. No soy nadie para cuestionarla.

Tengo que reconocer, que me duele, me escuece saber que otros hombres la han poseído, que han tocado su maravilloso cuerpo, suave al tacto, dulce al sabor.

No veo ningún retrato de su esposo en toda la habitación, algo que me da curiosidad. ¿Y ese Pitero? ¿Habrá entrado aquí? ¿Dormido en este lugar que ahora ocupo yo? Mi rabieta aumenta. ¿Y Narváez? ¿Qué tendrá con él? Ya no tengo rabieta, ahora son unos celos incontrolables.

No debo sentir nada por María; que me atrae como mujer muchísimo, que he disfrutado con ella en la cama, demasiado. Debería quedarse aquí. Sí, es lo que opina mi mente, pero mi corazón, no.

Ella entra con una bandeja repleta de fruta, el camisón transparente a la luz delinea su figura y al andar, se abre mostrando toda su esbelta pierna. Casi puedo verle el final de sus muslos, solo pensarlo y se me pone la piel erizada, mi miembro se siente vivo.

—¿Me ha echado de menos, capitán Meyer? —Adoro su inocente picardía.

—No lo sabe usted bien, doña María Beltrán.

Palmeo el colchón a mi derecha donde quiero que se siente, a mi lado. Al dejar la bandeja sobre la cama, su camisón se abre por arriba dejándome ver sus hermosos pechos que parecen como peras.

Se sienta a mi lado, se apoya en la almohada y me regala un beso extenso y excitante. Me relamo los labios para seguir saboreándola.

Juguetón, le quito el cinturón de la bata abriéndosela al completo y exponiendo su cuerpo desnudo. Respiro entrecortado y la deseo de nuevo.

Acaricio con suavidad y lentitud sus pechos, tan suaves y más apetecibles que las frutas de la bandeja. Ella se deja caer sobre la cama, me coloco en su entrepierna, es el manjar que me apetece en estos momentos.

María grita de sorpresa al verme colocado entre sus piernas, parece avergonzada y sin embargo sus manos enredadas en mis cabellos, me empujan a que empiece a recorrer con mi lengua la zona de su cuerpo más espléndida.

Jadea, se arquea, me pide más. Toca sus pechos, mientras que mis dedos se debaten entre

ellos por estar dentro de ella. Sus gemidos me aceleran la sangre y lamo con tranquilidad todo su sexo húmedo y dispuesto para mí.

Ahora mismo mi intención es que disfrute, y veo que lo hace. Si hermosa es cuando ríe, con esos gestos de placer en su rostro, es espectacular. Grita intentando acallar su éxtasis.

Mi lengua se apresura, succiono, chupo y muerdo. Es cuando María se desploma lacia y con una sonrisa satisfecha. No es todo, yo sigo y más me entierro en ella.

—¡Ay, Alain… Alain! Por tus Santos franceses… sigue…

No hace falta que me lo diga, porque ver cómo llega a lo más alto, es lo más erótico que he visto en mi vida. Con urgencia acelero mis lamidas y advierto otro impulso violento.

Se sacude con intensidad y grita mi nombre.

Otra vez trago su esencia, su sabor es sabroso, adictivo. En esa postura, la penetro con certeza. La invado una y otra vez, descompasado porque sé que así le gusta. El beso parece excitarla más, ha probado su propio sabor.

—Así sabes.

—Bésame más, Alain.

Coloco sus piernas sobre mis hombros mientras la beso, escuchamos la bandeja caer de la cama, reímos, mucho ha tardado en que llegue al suelo. Sus pequeñas manos no dejan de acariciarme, observa sin piedad mi cuerpo y mira directa a mis ojos.

Si antes pensaba que me había hechizado, ahora pienso que me ha poseído. Está dentro de mi cabeza y de mi corazón.

Ya no puede hacerse con más, porque mi cuerpo es suyo por completo.

Le ruego entre gemidos que lleguemos juntos a la cumbre sexual, afirma con energía y se muerde el labio inferior. Enseguida es sustituido por mis dientes. Más fuerte, más profunda, más placer… Gritamos hasta casi quedarnos roncos.

¿Alguna vez he sentido mayor satisfacción que ahora? Y no pienso únicamente en el terreno sexual, sino sentimental, corporal y mental. Llego a la conclusión de que no. Lo peor de todo es darme cuenta que esa satisfacción tiene un nombre, y se llama María Beltrán. Una mujer que no me pertenece.

La luz de la mañana entra por la ventana, me molesta y aprieto los párpados. Unos suaves mordiscos por mi cuello, terminan por despertarme. Esa zona es muy sensible y me hace cosquillas. Su mano está sobre mi miembro erecto.

—María, tengo que regresar al campamento. Esta noche.

—¿Saltarías por mi ventana?

Abro los ojos. Su cara está a escasa distancia de la mía. Le doy un beso rápido e intento salirme de su arrebatadora e idílica prisión. Lástima que no pueda estar más tiempo con ella.

—Saltaría por la ventana o al mismo océano lleno de tiburones si la recompensa es estar contigo.

—Al final, la fruta… —La callo con mi dedo.

—Probé algo más delicioso, tú.

—Alain… quédate en mi casa, en esta cama, a mi lado.

—Veré lo que puedo hacer.

Me levanto con prisas y me visto recordando que la casaca se quedó en el patio. Me tienta volver con ella, su pelo negro está alborotado y revuelto sobre la cama, saber que bajo esas sábanas ella está completamente desnuda y que su cuerpo es lo mejor que he probado en mi vida.

Todo hace que me cuestione su petición. Quedarme en su casa mientras esté aquí.

Salir de su habitación es darme una gran bofetada. Ese olor a sexo es reemplazado por el horneado de pan. La casa está despierta. Y mi cerebro también.

¿Cómo he llegado a pensar en instalarme en esta casa sin pensar en la reputación de María? ¿Cómo he llegado al punto de olvidarme de mi vida en Francia?

Cierro los puños, arrugo las cejas, aprieto la mandíbula y enfadado ordeno al caballo con las riendas y talones que apresure el paso. Tengo náuseas, me doy asco, he roto la promesa más importante que di en mi vida: jamás estar con otra mujer.



CAPÍTULO 23

MARÍA.

Cuando estoy alegre, canto. Hoy lo hago más alto que ningún otro día. Riego las flores con esmero, quito las pocas hojas secas de las macetas y a mi espalda escucho unos aplausos.

—¡María! ¡Pero qué bien cantas! ¿Dónde aprendiste?

—Me gusta mezclarme con los gitanos. Cantan con tanto sentimiento que es imposible no enamorarse de esos cantes.

Dejo la regadera en el suelo y me quito los guantes de cuero dejándolos sobre el brocal del pozo. Emilia sigue con el vestido de fiesta de anoche.

—¿No has dormido aquí, Emilia?

—No, conocí a gente muy interesante y la noche fue apoteósica.

—La mía también —susurro esperando que no se entere.

—¿Y Alain?

Carraspeo para aclararme la voz, solo de pensar en él, mi cuerpo vibra vivo y excitado. ¡Ay, Alain!

—Se marchó.

—Ya.

Pero su «ya» es un *retintín* irónico y juguetón, quizás sepa algo más. ¡Cómo me cabrea ese tono!

—¿Es buen amante?

—¿Quién?

—No te hagas la inocente conmigo, María. Sé que ha pasado la noche aquí. Mi sirvienta me ha regañado por mi trasnochada juerga, y de paso, me dijo que Alain hace poco que se marchó. Lo vio salir de tu habitación, eso sí, le pareció que iba enfadado.

—¿Enfadado?

¿Enfadado y yo más contenta que unas castañuelas? Pues él se lo pierde. La verdad es que disfruté de él como nunca lo había hecho, ni con Eugenio gocé tanto. Solo de pensarlo y las piernas me tiemblan como un trapo.

—Es un buen hombre.

—Emilia, ¿adónde quieres llegar?

Y lo digo con doble intención, porque esta criatura está obsesionada con revolotear alrededor del pozo. Chasqueo la lengua impaciente, tengo que sacarla de ahí.

—¿Has desayunado?

—No y no tengo hambre. Anoche… comí demasiado.

Creo que su comentario va con doble sentido otra vez. Me agrada que haya disfrutado; sin embargo, ella está a mi cargo y su reputación podría quedar manchada por mi descuido.

Y la niña sigue bordeando el pozo como la que está admirando una preciosa estatua de mármol. De verdad, su presencia ahí me pone de los nervios.

—Deberías darte un baño y cambiarte de vestido. Le diré a Magda que lo prepare.

—Sería maravilloso.

Logro que se aleje del pozo, cualquier día me de estos me da un infarto y todo por su culpa. ¿Por qué no deja tranquilo el maldito pozo? Me sigue hasta la casa, llamo a Magda que sale a mi encuentro al instante, le comunico que le preparen un baño para Emilia.

Mi invitada bosteza, habrá que ver cómo ha pasado la noche, mejor no imaginarlo.

Sube las escaleras hasta su habitación y la pierdo cuando gira a la izquierda, ala que está reservada para los invitados.

Yo regreso al patio donde me esperan mis flores, por el pasillo sigo canturreando. Hace mucho que no soy tan feliz, plenamente feliz.

Directa al confesionario, me arrodillo y me persigno. El padre José espera dentro y sonrío, no sabe lo que va a escuchar. Apoyo los codos sobre la madera y entrelazo los dedos con mi rosario en mano.

—Avemaría Purísima.

—Sin pecado concebida, padre.

—¿Qué pecados has cometido para santa confesión?

—He pecado, padre. Por palabra, obra y omisión.

—Habla, hija, te escucho.

—Anoche me comporté de forma lujuriosa con el capitán, ni con Eugenio me porté así. Debí haber actuado de distinta forma, pero me pudo la pasión y la carne, padre.

—Le debes respeto a tu difunto esposo.

—Padre, lo he pensado mucho. Pero la carne es más fuerte que yo. Es que cada vez que veo a Alain…

—¡Ajá! ¿Con que ya lo llamas por su nombre de pila? —interrumpe enfadado—. Debería darte vergüenza tu comportamiento tan libidinoso.

—Padre, es por la causa.

—¡Qué causa ni causa! Ese francés te ha engatusado con su buen porte y se está aprovechando de ti.

—No padre, ambos nos estamos aprovechando. Yo también he disfrutado y gozado de su

cuerpo como él con el mío.

—¡Santa Madre Misericordiosa! —intuyo que se santigua, aguanto la risa apretando mis labios—. ¿No estás arrepentida, hija?

—En absoluto, si le soy sincera… quiero más.

—¡María! ¡Por Dios que estás en la casa del Señor!

—Alabado sea —replico jovial.

—¡María! ¿Tengo que llamarte la atención como a una jovencita?

—Padre, tengo casi veinticuatro años. No me considero mayor.

—Tampoco una niña.

—El Pitero vino a la fiesta, se marchó pronto. —Cambio de conversación por el desespero del hombre—. Me dijo que me vería en dos días, ¿sabe el motivo?

—Asuntos personales. Creo que van a quitarle sus propiedades.

—¿Por qué, padre?

—Estás desviando el tema, hija. Como pecadora deberás rezar diez padrenuestros, veinte avemarías y quince reales.

—Padre, se va a hacer rica la iglesia con mis visitas.

—¿Sigues con la idea del francés?

—¡Uy, sí, padre! ¡No sabe cuánto!

Muerdo mi lengua, soy traviesa pero no malvada y sé que no debería hablar de esta forma en confesión. Tomarle el pelo hasta cierto punto. No se merece ese soponcio con mis palabras hirientes.

Absuelve mis pecados, me levanto y en otra banca, rezo el castigo impuesto por el padre José. Dejo las monedas al salir en el cepillo. No basta con mis grandes donaciones a la iglesia que también tengo que pagar por mis acciones… pasionales, excitantes, indecorosas y placenteras.

¿Qué debo hacer si mi cuerpo me pide las caricias de Alain? Me comprometí a seducirlo, y resulta que yo he sido la seducida. Porque su aroma todavía permanece en mi piel, y no digamos sus caricias pasando por sus besos. Recordar lo vivido en mi cama me acalora, me abanico con ímpetu. ¡Qué calor más asfixiante!

¿Y estas ganas que tengo por volver a estar con él? Si he de arder en el mismo infierno por mis pensamientos y mis actos, que así sea. Lo que estoy sintiendo por Alain es más grande que mi fe en Dios.

El bordado de pañuelos no me entretiene, el canturreo de hace un día ya no lo tengo como tampoco mi alegría y bienestar. Me siento vacía. Todo por culpa de Alain, que no ha venido a visitarme.

El parloteo incesante de Emilia hasta me molesta, cuando sé que la chiquilla lo hace con buena intención. No me soporto ni yo misma. Dejo el bastidor en la mesita junto al sillón.

El asiento donde Eugenio se sentaba, está vacío y me entristece. Echo de menos sus conversaciones alegres e inteligentes. Tuve suerte de compartir con él muchas charlas interesantes.

Leíamos libros junto a la chimenea en invierno y por las tardes tocábamos la guitarra. Eugenio me enseñó tantas cosas… y ya no está. Suelto un suspiro y Emilia me mira sorprendida, por un momento se queda callada y me observa preocupada.

—¿Todo bien, María? Pareces distante. ¿En qué piensas?

—En mi marido.

—¿Lo querías mucho?

—Sí —afirmo rotunda—, él era mi todo.

—¿Y Alain?

—Alain… Alain… ni siquiera se ha dignado a venir para verme.

—Sé que algo lo tiene entretenido, de lo contrario, habría venido.

—No lo justifiques, tengo muy claras sus intenciones como él tiene las mías.

—¿Te apetecería salir a cabalgar? Hace tiempo que no monto… un caballo.

Reímos. Me apetece, sí. Me relajará salir y a Canela. Nos dirigimos a las cuadras, ordeno a un peón que prepare mi yegua y a otra que es más dócil por su avanzada edad, pero tiene buen porte, como Canela, son de raza española.

Hace un día soleado y el calor ya aprieta. No tenemos prisa y paseamos mientras hablamos. Emilia me cuenta que su padre quiere casarla pronto y ella se niega, me sorprende saber que le gustaría casarse con una mujer en vez de con un hombre.

El padre José pondría el grito en el cielo por su confesión. No la cuestiono, ojalá algún día, dos personas del mismo sexo puedan casarse.

—Y tú, María, ¿tienes en pensamiento casarte de nuevo?

—No. He descubierto que me gusta la independencia que me da mi condición de viuda, además, no creo poder encontrar a un hombre que se asemeje a Eugenio. No me refiero a su físico, sino a su forma de ser: me proporcionaba estabilidad, una libertad que cualquier marido no dejaría a su esposa y, sobre todo, me dejaba ser yo misma.

—Pocos hombres dejan que sus esposas sean ellas mismas ni gocen de cierta libertad. La mujer es un objeto para ellos que muestran en fiestas.

—Exacto. Se creen superiores a nosotras. Con Eugenio hablaba de política como un tema cotidiano, escuchaba mis opiniones y nunca me hacía callar ante la gente. Algo que valoro mucho.

—Alain, en ese aspecto es muy parecido a tu esposo. Es un hombre moderno, respeta a

las mujeres por encima de todo y comprensivo. Le conté mis preferencias… sexuales, no me discutió.

—¿Por qué habría de hacerlo? Un francés no tiene por qué venir a tu casa a decirte cómo debes comportarte ni qué debe gustarte.

—A veces creo que no simpatizas con los franceses.

Procurando que no siga con esa idea en la cabeza, la animo a que me siga en una carrera. Galopamos entre olivos, es buena amazona, pero no tanto como yo.

Miro hacia atrás constantemente, vigilando a mi amiga que me sigue a escasa distancia.

Algo hace que Canela pierda el control, se detiene de golpe y mi cuerpo se balancea hacia adelante. La yegua cae al suelo, siento su cuerpo pesado caer sobre el mío y me cuesta trabajo respirar. Mi cabeza se golpea sobre el camino de tierra.

De pronto, todo oscuro y silencio.



CAPÍTULO 24

ALAIN.

Otro soldado de mi pequeño destacamento ha desaparecido. Desde hace unos días, no se sabe de él. Nadie lo ha visto. Nadie sabe nada. Desaparecen como la niebla espesa al amanecer.

Escribo una misiva para el general y se la envío con un par de soldados, mientras que yo investigo su extraña desaparición.

—Capitán, lo único que sabemos es que salió para la cantina, no sabemos cuál de ellas. El pueblo encubre a las guerrillas y a un bandolero muy famoso por la zona, podría ser él.

—¿Dónde has escuchado hablar de ese bandolero, cabo?

—En la cantina, señor. Todo el mundo habla de él. Lo tratan como al mismo Napoleón.

—Normal —susurro desesperado.

—Hacemos guardia, capitán, pero parece que no es suficiente.

—Os dedicáis a beber y a ofender al pueblo con saqueos y violaciones a sus mujeres. No debería ser nuestra forma de proceder, cabo. Esto no va a salir bien.

—Se dice que el general Francisco López Ballesteros está por llegar.

Sé quién es y eso me preocupa. Es intrépido y valiente. Todas las batallas las ha ganado. Tiene una buena estrategia. Creo que tenemos los días contados en este humilde pueblo.

Eso me recuerda que me queda poco tiempo para seguir viendo a María. Una sensación de furia se apodera de mi cuerpo. Intento controlarme, nadie debe saber de mi relación con ella.

—Mañana llega otro destacamento, capitán.

—¿Cómo no se me ha comunicado? —Se encoge de hombros y permanece callado—. Puede retirarse cabo.

Paseo por mi improvisada tienda de campaña, masajeo mi mentón rasposo por la barba de varios días. No sé cómo investigar estas desapariciones tan misteriosas.

Aparto la cortina y miro a cada uno de los soldados, todos me son conocidos. No hay ningún infiltrado, pero mis ojos se detienen en uno que me mira de mala forma.

No sé cómo interpretarlo, parece furioso, quizás envidia. Me preocupa. ¿Podría ser que el soldado sea un infiltrado y esté pasando información al enemigo?

Me dirijo al río, la naturaleza me hace pensar con más claridad. Presiento que me observan, me giro y el mismo soldado no me quita ojo, no disimula, su mirada es directa.

—Soldado, ¿su nombre?

—¿Para qué quiere saberlo, capitán?

—Su nombre —repito más firme.

—Gastón Camps, señor.

—¿Tiene usted algún problema conmigo? ¿Por qué me vigila? ¿Algún motivo por el que me mira con tanto desprecio?

—No, señor.

—En adelante, me gustaría saber cualquier problema que tengan —grito para que todos se enteren—. No quiero conspiraciones a mi espalda, quiero que tengamos los ojos puestos en todo lo que suceda a nuestro alrededor. ¿Me habéis entendido?

Escucho un sí unísono. Me vuelvo no sin antes echar una última mirada al cabo Camps. Las ramas secas crujen a mi paso, el pequeño riachuelo lleva abundante agua y su sonido me relaja.

En cuclillas toco el agua, está fresca y me apetece un baño. Me deshago de mis ropas y me zambullo en el agua. Nado hasta al centro donde la profundidad no me llega a la cintura. Además de fresca es transparente y puedo ver las piedras en el suelo.

Necesito ver a María, con urgencia. Este estado de nerviosismo solo puede ser calmado por ella. Quizás será imprudente que la visite, llevo cuatro días sin verla y me exijo estar con ella, escuchar su risa alegre.

María, María. ¿Qué voy a hacer cuando tenga que marcharme? El no verla nunca más me desquicia y me enfurece. Podría quedarme aquí, nadie sabrá de mí. Pero es injusto para mi familia. Lo mejor será que dejemos las cosas como están.

Ato las riendas del caballo a la argolla de la pared de la casa de María. Mi corazón palpita descontrolado, estoy deseando verla.

Tiro del aro junto al portón y al poco tiempo, Magda abre la puerta. Se seca las manos en su delantal blanco y me mira preocupada.

—Capitán Meyer…

—Buenas noches, Magda. Me gustaría poder ver a tu señora.

—Imposible.

—Sé que no son horas, es muy tarde, pero me urge.

—Mire usted, es que la señora no está.

—¿Cómo que no está?

—¡Alain! —Emilia corre hacia mí y me abraza, llora desconsolada—. Es María.

Su llanto me preocupa, ¿qué le habrá pasado a María? La separo con suavidad de mí y la miro interrogando qué ha querido decir. Se limpia las lágrimas y respira hondo.

—Salimos a cabalgar, todo iba bien hasta que la pata de su caballo pisó una trampa y el animal herido saltaba relinchando y tiró a María. Se golpeó la cabeza, muy fuerte.

—¿Dónde está?

—En un campamento de gitanos, cerca de aquí.

—Llévame. —Estoy a punto de montar en mi caballo cuando ella me detiene.

—Alain, espera. Allí está bien cuidada, una mujer mayor está pendiente siempre de ella. Cree que, en unos días, ella se recuperará.

—¿Tú estás bien?

—A mí no me pasó nada. Pero verla caer de aquella forma tan… espantosa…

Miro a Magda que sigue de pie en el umbral de la puerta de madera, Emilia se abraza dándose consuelo y acaricio su espalda para tranquilizarla. Curioso, porque yo estoy que me subo por las paredes, tengo que saber de María.

—Magda, ¿tú sabes por dónde queda ese campamento?

—No, capitán.

—¡Maldita sea! ¿Cómo puedo saber de ella? ¿Verla?

Ni Magda ni Emilia me contestan, ambas me miran con lágrimas en los ojos y mi cuerpo tenso se pone rígido. ¿Por dónde empezar a buscarla? ¿Quién podría ayudarme?

Desesperado monto en mi caballo, mi caballo relincha a mis órdenes y no me obedece. Caigo al suelo. ¡*Merde*!

—¡Alain! ¿Estás bien? Por lo menos desata las riendas de tu caballo de la argolla, ¿o piensas llevarte la pared de la casa también? ¿Tan desesperado estás por encontrarla?

La risa de Emilia apacigua mis nervios, me exploro mentalmente, nada me duele y no me veo rasguños. Magda oculta su risa tras su delantal. Me levanto del suelo murmurando cosas sin sentido. Lo único que tiene sentido es que estoy desesperado por ver a María.



CAPÍTULO 25

MARÍA.

Mis ojos se abren con lentitud, huelo a comida y mi estómago ruge. Exploro con detenimiento todo a mi alrededor, me duele la cabeza y por instinto, me llevo una mano hacia la frente.

—Quédese quieta, lleva días sin moverse y podría marearse.

—¿Días?

Pregunto a la mujer que está a mi lado sentada en una silla. La miro y me sonríe con dulzura, y yo hago lo mismo. El simple hecho de ladear mis labios es un dolor tremendo.

—Mejorará con este caldo calentito que se va a tomar como una niña buena.

—¿Dónde estoy?

—En el campamento del Pitero.

Las palabras de la mujer me alivian, respiro hondo y me duele el costado izquierdo. Lo último que recuerdo fue que mi yegua se desbocó y me derribó al suelo.

¿Tan cerca estábamos del campamento que me trajeron hasta aquí? ¿Por qué no recuerdo nada? Estrujo mis pensamientos como si exprimiera una naranja.

Entonces, recuerdo que Emilia me acompañaba. Intento levantarme, lo que dijo la mujer es cierto, me iba a marear. Siento fatiga y me dan arcadas. Puedo sobrellevarlo.

—¿Tendré que atarla, señora?

Niego con la cabeza, los mareos no cesan. Trago saliva y carraspeo para poder articular palabra, eso sí, con dificultad.

—¿Y la chica que venía conmigo? ¡Por Dios! ¡Puede saber de este lugar!

—No se preocupe, señora, la durmieron para llevarla a su casa. No debe temer. Le dijimos que éramos gitanos errantes.

—¿Y se lo creyó? La chica es lista y observadora.

—Hasta la presente, sí. Estaba tan preocupada por usted que no miraba otra cosa que su rostro ensangrentado.

—¿Vio al Pitero?

—No, señora. Él estará fuera unos días.

—Menos mal.

—*Manué* fue quien os trajo.

Se levanta y de una olla sirve un caldo verde que humea por lo que caliente que debe de estar. Anda con dificultad, cojea de la pierna izquierda.

—¿Qué le pasó en la pierna?

—Beba.

Me incorporo con cuidado, de nuevo esa sensación de que todo da vueltas a mi alrededor. Cierro los ojos un instante y parece que se me pasa. Los vuelvo a abrir, no pasa nada.

La mujer me está ofreciendo el cuenco, tiene hierbas y ramas, pero huele muy bien.

Lo tomo y con ansias bebo, me quemo y, además, el caldo amarga. Mi gesto de disgusto hace reír a la mujer.

—Está algo… asqueroso.

—Amarga, pero le vendrá bien, mañana podrá marcharse. Debe cuidarse la herida de la cabeza. Veamos cómo está.

La mujer retira el vendaje con cuidado y se acerca para ver el golpe.

—Mejor, sana con rapidez.

—¿Qué me ha puesto?

—Un remedio de hierbas curativas. Le daré un poco para que se lo ponga durante varios días.

—Gracias, es usted muy amable.

—Soy curandera, hago mi trabajo.

Manuel y dos de sus hombres me acompañan hasta llegar a casa. Es medianoche y a estas horas las calles están solitarias, no hay peligro para que sean vistos.

—*Haut*! *Qui y va*?

¿Alto? ¿Quién va? ¿En francés? ¡Qué asco! Nos sorprenden en la calle silenciosa. Manuel nos previene de que no hagamos nada, son un par de *gabachos* armados. Pero mi yo inconformista no hace caso. Me repugna hablar francés en mi tierra, pero es eso o acabar en un enfrentamiento.

—Buenas noches, soldado. ¿Haciendo guardia?

—¿Adónde se va?

«¿Qué te importa, desgraciado?», me dan ganas de gritar. Muerdo mi lengua larga y procuro parecer encantadora.

—A mi casa, tuve un pequeño altercado con el caballo y estas buenas personas se han ofrecido a traerme a casa.

—Sus nombres.

El francés no se da por vencido y Manuel resopla. Su mano va directamente a su arma escondida bajo la camisa.

—Son mis sirvientes. No os voy a decir nada más, bellacos de pacotilla.

Los franceses no parecen muy conformes y recortan distancia. Los repasa con atención

poniéndome nerviosa su escrutinio.

—¿Ha acabado? Necesito descansar.

Los soldados se miran entre ellos, no parecen muy satisfechos con mis respuestas y tampoco se creen que mis acompañantes sean mis sirvientes.

Manuel no duda en sacar su pistola, aunque protesto entre murmullos. Los otros dos le siguen y a los franceses no les da tiempo de percatarse de lo que va a ocurrir.

Tres disparos suenan retumbando en la noche silenciosa, los soldados caen al suelo. Manuel con rapidez se acerca a los cuerpos inertes y niega con la cabeza.

—Muertos. Ya no van a necesitar sus armas, nos las llevamos.

—Debéis marcharse. Mi casa está en la próxima esquina. Gracias por haberme acompañado. Corred. Iros.

Manuel monta en su caballo y al galope se alejan del lugar. Miro a los soldados que yacen sobre la tierra seca. Lo único que pienso es que son dos menos. A veces me sorprendo por mi frialdad y me importa poco la vida de estos *franchutes*. Solo pienso en Eugenio y cómo habría sido su muerte.

Con torpeza me dirijo a casa, todo está oscuro, lo que estorba mi avance. Es girar, ver mi hogar y sonrío satisfecha. ¡En casa como en ningún lugar! La puerta está cerrada y llamo al aldabón que pesa para mi débil estado. Me quejo cuando hace ese sonido tan estrepitoso retumbando en mi cabeza.

Tardan en abrir. Escucho unos pasos a corta distancia, son otros dos franceses en dirección donde ocurrió el altercado. No reparan en mí. La puerta se abre y uno de los hombres infiltrados del Pitero sale a mi encuentro.

Casi estoy a punto de caer, él me sostiene y cierra la puerta. En brazos me lleva al dormitorio. Llama a Magda, que enseguida la veo correr a la llamada. Su preocupación por mí no puede ocultarla. Creo que está a punto de llorar, tiene los ojos muy brillantes.

—¡Señora! ¡Dios mío!

—Estoy bien, Magda, solo necesito darme un buen baño y descansar. ¿Podrías prepararlo?

—Por supuesto. Lleva a la señora a su dormitorio.

El baño es relajante y mi malestar casi ha desaparecido. Explico a Magda cómo tiene que hacer la cura de la herida en mi cabeza. Saca las hierbas de un pequeño saco y se las lleva para hervirlas.

Mientras yo disfruto de la soledad y de mi baño con lavanda, es un efecto purificante para mi alma y mi cuerpo.

Magda regresa al instante, ha dejado el hervido de hierbas a otra persona. Sigo metida en el agua caliente y ella aprovecha para cepillar mis cabellos mojados.

—Hemos estado muy preocupados por usted, señora. No sabíamos en qué lugar se encontraba.

—Estaba en el campamento del Pitero.

—El padre José nos lo dijo, uno de esos hombres lo avisó para que nos diera noticias sobre usted. Gracias a Dios que todo quedó en un susto. La señorita Emilia nos dijo que su yegua cayó en una trampa para zorros y eso fue lo que hizo que el animal la derribara.

—Pobre Canela, ¿ella está bien?

—Sí, la trajeron junto con Emilia y la otra yegua.

—¿Qué dijo ella?

—Que unos gitanos se ocuparon de usted, señora. Intentó quedarse con el camino, pero le dieron algo de beber y sus ojos no podían quedarse abiertos.

—La drogaron, Magda, para que no hablara ni dijera nada.

—El capitán estaba muy preocupado.

—¿De veras? —Rígida como una tabla me incorporo y miro a Magda que sigue peinando mi pelo—. ¿Qué… qué dijo? ¿Qué… qué hizo?

—Se cayó del caballo por su estado de nerviosismo.

Suelto carcajadas, pues no dejo de imaginarme a Alain cayéndose del caballo y dándose un buen golpe en el trasero. Magda también se ríe.

—¿María?

Una voz adormilada nos interrumpe, Emilia asoma su cabeza por la puerta y con una sonrisa en sus labios.

—Pasa, amiga, necesitaba este baño. Disculpa si te hemos despertado.

—¡Oh, no! ¡Estaba deseando verte! Esos malnacidos me trajeron drogada y sin noticias tuyas, sin haberte visto. ¿Te encuentras bien, amiga mía?

—Sí, Emilia, todo está bien. Puedes retirarte a dormir, si te apetece.

—Ni hablar, voy a por vino, necesitamos una copa… o dos.

Su risa despierta mi alegría. Magda me ayuda a cubrirme con el lienzo alrededor de mi cuerpo. Ella se marcha en busca del brebaje de hierbas para curarme la herida de la cabeza. A veces siento punzadas en el costado, pero se me pasa en cuanto me quedo quieta.

Una vez seca, me pongo mi camisón y mi bata, espero sentada a que Magda o Emilia aparezcan por la puerta. Aprovecho ese tiempo para secarme el pelo, debería cortármelo.

—¿Y Magda? —pregunta Emilia alegre.

—En la cocina por el hervido de unas hierbas curativas, ¿por qué lo preguntas?

—¡Para beber! Hay que celebrar tu llegada sana y salva.

Me muestra la botella y tres copas. No me vendría mal una, así dormiría el resto de la noche.

La escena me parece graciosa: Magda tirada en el suelo, apoya el brazo en su pierna doblada, su cabeza la sujeta la pared y tiene cerrados los ojos.

Emilia está tendida sobre mi cama con los brazos abiertos y ríe como una loca. Y yo… yo apoyada sobre el cabezal de la cama que solo hace moverse.

—No puedo con mi alma, amigas.

—Emilia, pronto va a amanecer. Deberías ir a tu dormitorio y dejar que se te pase la borrachera.

—Ni hablar, Magda tiene muchas historias interesantes que contarme, sobre esos bandoleros. ¿Hay bandoleras?

—Ni idea.

Pienso en ello. En el campamento del Pitero las mujeres se quedan allí, preparando comida y dedicándose a cuidar de los hombres. No he visto a ninguna que luche con ellos. Entonces, ¿yo soy una bandolera?

—Se lo preguntaré al Pitero.

De repente, me doy cuenta de mi torpeza. Emilia está medio incorporada en la cama apoyándose por los codos y mirándome sorprendida.

—Por lo que es verdad que andabas con un bandolero. Oh, María, ¡es tan romántico!

—¿Qué es romántico, Emilia?

Va a ser difícil desviar la conversación hacia otro lado. Emilia es muy suspicaz y lista.

—Ser la amante de un bandolero. ¿Es tan apuesto como se chismorrea?

—La gente habla más de la cuenta, amiga. Quizás me habrán visto hablar con algún campesino.

—Mi fuente es fiable.

¿Su fuente? ¿Qué se puede esperar de una persona que apoya a los franceses? No confiaba en ella, ahora menos.

—Tu fuente se equivoca.

—¿La estás llamando mentirosa? —Por lo tanto, es una mujer, ¡vamos bien!

—Sí —Necesito enfadarla—, porque yo no soy amante de ningún bandolero.

—¡Ana no es ninguna mentirosa! En todo caso lo sería su hermano.

—¿Quién?

—¡El bandolero! Es el hermano de Ana, mi íntima amiga desde la niñez. Lo que no recuerdo su nombre.

¡Por todos los santos del mundo y las estrellas! ¿Qué acabo de escuchar? Si el Pitero es el hermano de Ana, ¿por qué cuando fueron presentados ella no lo reconoció? ¿Ni él tampoco a ella? ¿Y si lo reconoce y lo denuncia?

Sirvo más vino a mi invitada, espero que no se despierte en días y pueda avisar a Joaquín que la amiga de su hermana se hospeda en mi casa. ¡Qué casualidades tiene la vida! A veces, como en este caso, es para mal.

Me siento confundida, el hecho de que él no la reconozca me inquieta. No me importa su vida privada, pero me ha mezclado en sus chismes y eso sí que me importa. Por lo tanto, me debes muchas explicaciones, señor bandolero Joaquín Federico Narváez.



CAPÍTULO 26

ALAIN.

Desesperado por saber de María, camino deprisa hacia su casa. Si no ha llegado, juro por mis difuntos que, junto con mis hombres, la buscaremos. Así lleve días o semanas encontrarla.

Ato las riendas de mi caballo en la argolla de la entrada, me sudan las manos y me encuentro relatando oraciones rogando que esté en su casa sana y salva. Llamo con la argolla de la puerta, no tardan en abrir.

La sonrisa de Magda es predecible, ella está aquí. Espero impaciente a que me ceda el paso para poder verla. Añoro su sonrisa, su olor, su persona. La sigo hasta el pequeño saloncito donde recibe las visitas.

No puedo sentarme, las ansias por saber de su estado me hacen recorrer la reducida e iluminada estancia. Mis piernas no responden y aunque pretendo controlarme, andan por sí solas.

Escucho unas risas procedentes del pasillo, no espero a que cruce el umbral de la puerta y corro a buscarla. No sé si es por su vestido rosa y blanco, o por el deseo de verla, por lo que la encuentro más hermosa que nunca.

Viene acompañada por Emilia, charlan animadas y se sorprenden al verme correr hacia ellas. Se detienen y soy yo quien avanza. Me paro frente a María y enmarco su suave rostro con mis manos.

—¡Alain!

No me contengo y la beso con desespero, ante los ojos ávidos de Emilia. Su boca es dulce y me sabe a gloria. El carraspeo de la tercera en discordia, hace que regrese al mundo real.

—Perdón, Emilia. No he podido contener mi impulso.

—No te preocupes, amigo, te entiendo.

—María, ¿estás bien? ¿Qué pasó? ¿Cuándo has venido?

Sé que resulto estúpido; sin embargo, es lo que siento. Repaso su esbelto cuerpo y compruebo que no tiene heridas, solo lleva un pequeño vendaje en la cabeza. Lo toco con suavidad, preocupado cuando ella hace un gesto de dolor.

—¿Te duele?

—Sí, un poco. Aunque ya voy mejorando. Gracias.

Su sonrojo perdura y desearía llevarla a su dormitorio para colmarla de mis atenciones. Emilia pasa a un segundo plano y desaparece con sigilo.

—Eres un imprudente comportándote así, hasta Emilia se ha marchado.

—Créeme, María, lo único que me importa eres tú.

Mi boca vuela a la suya, decidida y ambiciosa por beber de ella. No protesta, ni se inmuta; al contrario, disfruta del beso como yo lo hago. Tiembla y aprisiono su cuerpo contra el mío, esta necesidad de sentirla pegada a mí es lo que preciso.

—¡Alain! ¿Es necesario dar este espectáculo? Mi gente es discreta, aun así, no me parece correcto.

—Tienes razón. Me estoy comportando como un estúpido enamorado.

María abre los ojos cuan grandes son, mis palabras la han sorprendido, no menos que a mí; sopeso mi comentario. Me separo de ella. No puedo permitirme estos sentimientos que experimento con María.

—Haré como que no has dicho nada.

—Sí, mejor.

—Alain, ¿estás enamorado de mí?

Exprimo mi cerebro, quiero negar mis palabras. No puedo. Mi corazón brinca cuando estoy cerca de ella, la sangre sí corre por mis venas y mi cuerpo cobra vida. Si esto es estar enamorado, lo estoy.

—No, claro que no. Te estimo mucho, María, nada más.

¿Por qué miento como un bellaco? Hace tiempo que no siento esta felicidad al estar con una persona, compartir momentos con ella se me hace maravilloso. Estar en dos guerras a la vez y con diferentes motivos, me está llevando a la locura.

María me indica que entremos en el pequeño salón. En silencio recorremos el corto trayecto y la entrada a la habitación, donde se encuentra Emilia leyendo un libro. Su sonrisa pícara me indica que para nada lee y que ha estado espiando tras la puerta.

—¿Encuentras interesante el libro, Emilia?

María se acerca a una pequeña mesa redonda donde hay una jarra de limonada y sirve tres vasos. Me apetece, tengo la boca seca.

—Sí, María, es muy interesante.

—Mentirosilla, ¿cómo puedes leer un libro al revés?

Los tres reímos, es cierto lo que María dice. Reparte la limonada y al tomar el vaso, nuestros dedos se tocan.

Un escalofrío de excitación recorre mi cuerpo entero. Mejor sentarme, creo que disimularé mejor mi estado.

Ocupo el asiento del amplio sillón donde está sentada María, quiero estar cerca de ella, aspirar su olor, el simple hecho de que su vestido roce mis pantalones, me parece apasionante.

Doy un sorbo y la bebida está fresca y sabrosa. Mis ojos no dejan de observar a María que sostiene el vaso entre sus manos apoyadas en sus piernas.

—María, no me has contado qué te ocurrió.

—Mi caballo cayó en una trampa de zorros derribándome al suelo. Mi pobre Canela sigue recuperándose.

—¿Quién te ayudó? —interrogo curioso.

—Unos gitanos errantes.

Contesta demasiado deprisa, como cuando una persona se memoriza una respuesta. Me hace sospechar que miente o, al menos, oculta algo importante.

—Emilia, ¿a ti te ocurrió algo?

—Mi querido amigo, no, solo el susto de ver caer a María. Quizás mis gritos alertaron a los amables gitanos. Lo que no entiendo es por qué me vendaron los ojos. Estaba tan asustada por María que, aunque no me los hubieran vendado, no hubiera visto nada.

—Es curioso, sí.

No sé por qué, pero sospecho que María me está ocultando algo; su tartamudeo, sus gestos con las manos tan exageradas…

—Amigos… los gitanos están perseguidos, no querían que viéramos dónde acampan. No es extraño que te vendaran los ojos. —María bebe un poco de su refresco—. Y si yo no llego a estar inconsciente, también me los hubieran vendado. No sé por qué os parece tan curioso.

Tiene lógica su explicación, pero hay algo que se me escapa. María habla con rapidez y titubea un poco, lo que me lleva a sospechar que oculta algún motivo o a alguien.

—Tuvimos suerte de que esos hombres pasaran por allí justo en ese momento, ¿verdad, María?

—Sí, Emilia, fue toda una suerte. No sé qué hubiera sido de mí.

Un silencio se sumerge en la habitación, todos bebemos de nuestras bebidas, pero sin articular palabra. Emilia cierra el libro y se levanta del sillón.

—Creo que voy a retirarme a descansar, estoy que no puedo con mi cuerpo. Allí seguiré leyendo. Hasta luego, Alain.

—Y espero que leas al derecho el libro.

El comentario de María nos hace gracia. Afirmo con la cabeza despidiéndome de ella, María encuentra muy interesante su vaso, que perfila el cristal con uno de sus dedos. Me tensa esa suavidad con la que toca el vidrio, desearía ser yo a quién tocara con esa ternura.

Carraspeo para romper la calma existente. María levanta los ojos y se encuentra con los míos. Es demasiado hermosa para solo mirarla.

—¿Y bien? Te esperé dos días y no diste señales de vida. ¿Te has arrepentido de lo nuestro?

—No, por supuesto que no. —Me acerco a ella, oler su peculiar aroma me hipnotiza—. Tuve quehaceres.

—¿Vienen más soldados?

Su pregunta me desubica, nunca le han interesado mis movimientos ni los de mis soldados. Entrecierro los ojos, sospechando que tras sus palabras hay algo más.

—¿Por qué me miras de esa forma, Alain? ¿He dicho algo que te haya molestado?

—Nunca te ha interesado mi trabajo.

—Si me vas a cuestionar cada palabra que digo, pues será mejor que lo dejemos aquí y te marches. ¿No puedo ser libre de hablar contigo cualquier conversación? ¿Por qué he de medir mis palabras en mi casa?

Resalta lo último con énfasis y tiene toda la razón. No debería cuestionarla. A estas alturas no me fío de nadie, ni de mi sombra.

—Perdóname, estoy algo nervioso con tu accidente. Tu desaparición me preocupó. No soy nadie para decirte qué hablar o qué no y mucho menos en tu casa. Discúlpame.

Su amplia sonrisa me acelera el pulso, no puedo detenerme y la beso con una pasión arrolladora, como la de un jovenzuelo. No me detiene, y eso me fascina.

Repaso con mi lengua su cuello, hasta que el borde de su vestido me impide saborear más abajo.

—Emilia quiere regresar en unos días a su casa, podrías venirte a vivir aquí. Al menos, el tiempo que estés en el pueblo.

—Es una propuesta que no podría rechazar, sin embargo…

—No te pido nada serio, Alain. Solo que vivamos el momento, el aquí y ahora. Ambos sabemos que tú te marcharás y regresarás a tu país, tarde o temprano. ¿Por qué malgastar estos días?

Su boca busca la mía, con suavidad mordisquea mis labios y los delinea con su lengua, torturándome, excitándome. Respiro entrecortado cuando su mano se posa en mi entrepierna. Jadeo ansioso por más.

Mis manos se cuelan bajo su falda buscando el interior de sus muslos. Que no lleve medias me alivia, aligera mis propósitos. Coge mi vaso y lo deja en el suelo junto al de ella.

Con urgencia sus manos intentan desabrocharme el cinturón mientras su boca no se despega de la mía.

—Maldito uniforme, ¡lo odio!

Ella misma se sorprende de sus palabras, murmura que le impide acceder dentro de mis pantalones. Río. Es demasiado directa, pero me gusta su espontaneidad.

Soy yo quien termina por desabrochar mis pantalones, mis manos vuelven a su entrepierna, escucharla gemir qué delicia, me anima a seguir con la tarea. Mis dedos cumplen su función y ella ahoga su grito mordiéndose los labios.

Con destreza se coloca sobre mis piernas, es fácil entrar en ella, es fascinante cómo su

cuerpo recibe al mío. El beso es exasperado por querer más y más. Es una necesidad imperiosa.

Sus esbeltos muslos están descubiertos, lo que me incita a acariciarlos, dejándome llevar por esta pasión sin límites. Cabalga sobre mí, sus movimientos me enloquecen. Con mis manos en su trasero la guío para que se mueva con más rapidez.

Vuelve a gritar, la callo con mi boca y me vacío en ella mientras murmuro su nombre. Cada vez me gusta más. Cada vez deseo más. Creo que, si sigo así, María va a conseguir que me vuelva más loco de lo que estoy. Loco por ella.



CAPÍTULO 27

MARÍA.

La cena está a punto de servirse, tarareo mientras espero a que Emilia llegue. Estoy muy feliz. Alain es el culpable de mi felicidad, al menos, de que mi cuerpo esté ligero y colmado por sus atenciones.

—¿Alain va a venir? —pregunta Emilia cuando rebasa la puerta.

—Le pedí que viniera, no sé si…

El susodicho aparece por el umbral guiado por Paco, uno de los hombres del Pitero. Desde lejos se puede comprobar que el bandolero no lo traga, mi mirada de advertencia hace que se retire con rapidez.

—Preguntaba si ibas a venir.

—¡Cómo evadir tan encantadora invitación!

Señalo dónde ha de sentarse, a mi derecha, pues al otro lado está Emilia. Últimamente, solo quiero tenerlo cerca. Mi mente dice que es para intentar controlarlo, pero mi corazón y mi cuerpo, me dicen que es porque me agrada demasiado su cercanía.

Sirven la cena, Emilia habla sin cesar, Alain y yo nos dedicamos a echarnos miradas de reojo, lo encuentro excitante.

—¿Ya habéis encontrado al soldado desaparecido? —pregunta Emilia.

Mis oídos se agudizan.

—Seguro que estará bajo las faldas de alguna mujer. A tus hombres les gusta abusar de ellas, vanagloriarse de sus conquistas y contarlas a todos sus camaradas.

—María, ¿qué sabes tú que yo no sepa?

Muerdo mi lengua por la llamada de atención de Alain. Miro a Emilia que me observa callada y asombrada. Alain parece igual de sorprendido. Tengo que remediar mi comentario despechado.

—Quiero decir, no es un secreto lo que acabo de decir, ¿no?

—Han desaparecido muchos más y es algo que estoy investigando personalmente.

Me atraganto con el vino, lo espurreo sobre mi comida. ¿Personalmente? ¿Qué haría si descubriera que soy yo la causante de esas desapariciones? ¿Sería capaz de llevarme ante Dupont y declarar contra mí?

—¿Estás bien?

Alain está a mi lado, de pie y encorvado mientras con suavidad da pequeños toques en mi

espalda para que se me pase el atragantamiento.

—Sí, eso de las desapariciones me… sorprende.

El capitán vuelve a su sitio y seguimos con la cena, mi plato lo retiran y vuelven a servirme otro con sopa.

—Volviendo a las desapariciones, ¿tienes alguna pista? ¿Algo que te haga sospechar? —interrogo curiosa.

—No —afirma negando con la cabeza. Alain está concentrado en su comida—, pero conseguiré resolver el enigma. He pensado en los guerrilleros.

—Tonterías, aquí no hay guerrilleros. El pueblo es muy pequeño para que pasen desapercibidos. Unos bandidos aquí llamarían mucho la atención, ¿no crees?

—María tiene razón, Alain. Aquí todos se conocen, si hubiera guerrilleros, todos los sabríamos.

—El pueblo está con ellos, no veo porqué tendrían que delatarlos cuando los consideran como a unos héroes —explica Alain mirándonos serio.

—¡Claro que son unos héroes! ¡Luchan por su pueblo, por su bienestar! —exclamo orgullosa.

—¿María? ¿Estás a favor de esos delincuentes?

La intervención de Emilia me hace regresar al momento, me dejé llevar por mis ideales, a ver cómo salgo de esta.

—No son delincuentes, Emilia. Son el pueblo convertido en soldados, que combaten con hoces y bieldos. No con armas de fuego, lo cual, los lleva a la desventaja.

—¡Estás con ellos! —replica Emilia.

Alain me mira serio, estudiando cada palabra que sale por mi boca. A estas alturas… ¿por qué negar lo evidente? Sin embargo, hago como San Pedro, negar tres veces a Jesucristo.

—No, claro que no. Por supuesto que no. Es la voz de todo un pueblo. Yo no soy el pueblo. Soy yo, María Beltrán.

—Mi padre interpretaría tus críticas como un insulto hacia José Bonaparte.

—Rey impuesto, ¿no, Emilia? —¿Otra vez? ¿No puedo quedarme callada?

—Nuestro rey, al fin y al cabo.

—Yo no lo considero nuestro rey, discrepo. Aunque eso no implica que esté en contra o no de la invasión. Cualquier guerra es injustificable, Emilia. Las guerras solo traen desgracias, pobreza, epidemias, enfermedades, hambrunas… y si eso es insultar a los franceses, lo siento. Es lo que pienso. Alain, perdón por mi opinión. El mundo sería mejor si dejáramos las armas, todo por el poder, al fin y al cabo, esa es la razón de las malditas guerras desde el principio de los siglos. Si me perdonáis, voy a salir al patio a tomar el aire. Estoy que me asfixio.

Me levanto sin ceremonia, enfadada por mi exposición, sí he dejado claro mi punto de

vista, estoy en contra de toda guerra. ¿Qué tiene de malo? ¿Falto el respeto a alguien? A nadie.

Llegar al patio y respirar el aire fresco de la noche, me relaja. Cierro los ojos y aspiro varias veces todo lo profundo que puedo. Suelto el aire con lentitud.

Camino hasta el pozo, me apoyo sobre el brocal y el interior está oscuro, pero escucho el curso del agua.

No me arrepiento de mis actos, tras tirarlos sentía remordimientos en mi conciencia, al momento se me pasaba. Nadie pensó en si Eugenio sufriría o no cuando lo atacaron, ningún francés pensó que podría tener una familia: hijos, padres, mujer… Por supuesto que no tengo ni un poco de compasión por aquellos que cayeron en este pozo.

—María.

Me giro al escuchar la voz de Alain que sobrepasa las columnas de mármol y se acerca a mí. Por un momento, su uniforme me confunde y desearía que acabara en esas oscuras profundidades de mi pozo.

Pero es Alain, el hombre que en estos momentos me está colmando de felicidad y placer carnal.

—La conversación ha sido un poco incómoda. Te entiendo, María.

—No quiero ni pretendo que me entiendas, es mi opinión y debes respetarla como yo respeto la tuya, la de ser un peón de Bonaparte.

Me doy la vuelta, me apoyo en la boca del pozo. Siento bajo mis manos los fríos ladrillos de barro y arena suelta. La proximidad de Alain me inquieta, sus brazos rodean mi cintura y su barbilla la deja reposar sobre mi hombro izquierdo. Su aliento acaricia mi oreja.

—Eres una mujer muy valiente exponiendo tu versión. Jamás he conocido a ninguna como tú, decidida y sincera.

—Créeme, Alain, guardo muchos secretos.

—Como cualquier persona de este mundo.

—Te sorprenderías si supieras, al menos, uno de ellos.

—Cuéntame, a ver si es verdad que me sorprendería.

—Algún día, Alain, algún día.

Sus manos suben mi falda por la parte delantera, buscan el interior de mis muslos. Mi cabeza descansa sobre su hombro, relajándome por el momento y excitándome por sus movimientos que suben a mi entrepierna.

¡Qué buena ventaja es esto de no llevar medias!

Pequeños mordiscos en mi cuello que son aliviados por los lamidos de su lengua. Llevo una mano a su cuello, lo acaricio. Tiene un pelo suave, Eugenio lo tenía más espeso.

—¡María! ¡Por todos los Santos de la Iglesia Católica!

Nos sobresalta el grito del padre José. Alain se separa de mí con rapidez, las faldas caen y me las coloco bien antes de girarme. Ver la cara descompuesta del cura, me sorprende. ¿Acaso creía que Alain iba a terminar como los otros *gabachos*?

—¡Padre! ¡Qué oportuno! —susurro esto último y Alain ríe por lo bajo. Me eriza la piel.

—Hija, ¿qué estabais haciendo, por el amor de Dios?

Alain no sabe dónde colocar sus manos y se las lleva atrás, muerde sus labios por no soltar carcajadas y yo carraspeo, mi codo da en sus costillas de forma suave, amonestándolo por su risa que está a punto de salir.

—Padre, nada. Le enseñaba el patio al capitán.

—María, el capitán ya ha visto tu patio muchas veces.

—No es lo que usted piensa.

Me acerco y le beso el anillo. Alain hace lo mismo. El padre José está tenso, su mano me lo confirma.

—¿Ha cenado, padre? Podría decirle a Magda que le prepare algo de comer.

—Ya he cenado, pero algo de vino me vendría bien.

Entramos en la casa y llegamos al salón donde Emilia sigue sentada comiendo exquisitas frutas frescas. Cuando ve al sacerdote, se levanta y le hace la reverencia oportuna.

—Buenas noches, padre.

—Buenas noches. La única sensata en esta casa.

El padre José deja su sombrero sobre una silla y se sienta, corro a servirle la copa de vino. Emilia y Alain vuelven a su sitio en la mesa.

—Padre, ¿un sacerdote puede beber a horas que no esté en misa? —pregunto curiosa.

—¿Y por qué no? En ningún sitio viene escrito que el sacerdocio impida beber a otras horas. Cambiando de tema, ¿sabe usted, capitán, que está a punto de llegar otro regimiento de soldados?

—¿Qué?

Incrédula miro de inmediato a Alain, cabizbajo afirma con la cabeza. Aprieto la mandíbula, ¿me ha estado ocultado esta información? ¿Eso eran sus quehaceres? Maldigo entre dientes.

¿Cuándo se va a acabar todo esto? Estoy de *gabachos* hasta la coronilla. Impaciente espero la respuesta de Alain.

—Sí, padre. En unos días, a lo más tardar dentro de dos semanas. No tengo conocimiento de que sea antes. En ese regimiento viene otro capitán.

—¿Y eso qué significa, Alain? —interrogo nerviosa.

—Que puede que me sustituya.

Me invade una tristeza enorme, busco la mirada de Alain, sus ojos están puestos sobre la nada, parece pensativo.

—Pero no puedes marcharte.

Quejosa y a punto de llorar, me sirvo una copa de vino. De un solo sorbo me la engullo. No puede ser, Alain no puede marcharse tan pronto.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

—María, aún no lo sé. No sé nada de mi destino. Siempre es así, incierto.

—Padre, me gustaría confesarme —Emilia entiende nuestra situación y quiere dejarnos solos.

—¿A estas horas, hija? Podrías dejarlo para mañana temprano.

—Me urge, padre.

—Está bien, vayamos a otro lugar. Al saloncito, si no le importa a María.

—Vayan, padre. Por supuesto que no me importa.

Primero sale el cura seguido de Emilia que me guiña un ojo antes de cerrar la puerta del salón. Hay un tenso silencio entre nosotros, él parece triste y yo estoy enfadada.

—No te lo dije por eso mismo, sabía que te pondrías así.

—Pensé que estarías más tiempo. Dos semanas es muy poco. ¿Tan importante es este pequeño pueblo para ustedes?

—Dupont ordena. Dupont mueve peones, acertaste hace escasos minutos.

—¡Maldito Dupont, sapo orejudo!

Alain se levanta, sonríe triste por mi insulto. Se coloca frente a la ventana mirando al exterior.

Mis ojos repasan su cuerpo por la espalda con la típica posición de capitán y sus manos colocadas detrás. Es un hombre espléndido: alto y fuerte.

Su uniforme es lo único que me disgusta de él.

—Quizás llegó la hora de despedirnos, María.

—¿Qué dices, Alain?

Mis piernas corren hacia su lado. No, esto no puede acabar aquí y ahora. Rodeo con mis brazos su cintura y apoyo mi cabeza sobre su espalda erguida. Se tensa. Coloca sus manos sobre las mías. Escucho su respiración acelerada.

—En cuanto llegue, traerá órdenes de Dupont. Mis días están contados aquí. Tal vez no tenga tiempo de venir para despedirme.

—Me niego a que te vayas.

Unas lágrimas resbalan por mis mejillas, saber que puede marcharse de un momento a otro, me debilita más de lo que pensaba que podría afectar.

—Me niego a irme, no está en mis manos.

Lo abrazo con más fuerza, como si con ello consiguiera que nuestros pensamientos se hicieran realidad, que él no se marche, al menos por un tiempo.

Aprieta mis manos, sintiendo su impotencia, su enfado. Se lleva mi mano a su corazón que late rápido.

—María, tengo sentimientos hacia ti que no debería tenerlos. No puedo permitirme sentirlos, mucho menos querer sentirlos. No obstante, en mi corazón no mando. ¿Lo puedes sentir?

Sí, puedo sentir cómo su corazón late con más fuerza, como un caballo desbocado galopando libre por el campo. Cómo su cuerpo reacciona a mi proximidad. Cómo el mío se amolda al suyo.

¡Dios mío! ¡Lo quiero!



CAPÍTULO 28

ALAIN.

Tenerla tras de mí, abrazada y recostada sobre mi cuerpo, mis fuerzas flaquean. Tengo una necesidad inmensa de llorar, mi deber y mi querer se debaten constantemente desde que la conocí en la fiesta de mi nombramiento.

Aspiro su aroma, es tan embriagador que se me cuela hasta en las entrañas. Ella tiene un poder inexplicable sobre mí, me ha enseñado tantas cosas que me hace pensar en mi situación.

Quiero dejar el ejército, quiero que mi vida sea distinta a la que llevo, quiero estar con ella el resto de mis días. Esa impotencia y esa certidumbre de que no será posible, me enfurece.

Aguanto mis lágrimas, trago saliva y mi reflejo en el cristal de la ventana me hace ver la realidad.

Mi uniforme me golpea como miles de puños en mi estómago. Esta maldita vestimenta me pone los pies en la tierra. Soy francés, ella española. Lo nuestro no puede ser. Además, mi verdadera vida está en Francia, de la que no puedo abstraerme.

Será mejor que nos despidamos en este preciso momento. Más tarde sería más doloroso para ambos. De eso no me cabe duda.

Así que separo sus manos de mi pecho, sus brazos de mi cuerpo y me alejo de ella que me observa boquiabierta. Me dan ganas de correr y besarla con todo el amor que siento hacia María. Porque la amo como nunca pensé que podría querer a una mujer.

Soy un cobarde, estoy huyendo y sin darle una mísera explicación. La dejo con lágrimas rodando por sus mejillas blancas. No me gusta que nuestra despedida sea agria, pero es lo mejor para ambos.

Con pasos decididos salgo del salón y atravieso el pasillo hasta la puerta de su casa, recreándome en todo lo que veo, porque será la última vez que esté aquí. Me duele el alma, mi corazón cruje como una rama seca por alejarla de mi vida. Monto en mi caballo y salgo al galope de este lugar. Poner distancia es lo mejor, aunque eso signifique que mi vida no tiene ya sentido.

Me propuse no volver a verla, Dios sabe que lo intenté. Tres días torturándome y al final estoy en la puerta de su casa, habiendo malgastado ese tiempo que podría haber estado con ella y disfrutar de su compañía.

Magda me abre la puerta, sorprendiéndose al verme. Por el pasillo nos cruzamos con uno de los sirvientes que no me mira con buenos ojos, creo que me degollaría vivo si pudiera.

—La señora está en el saloncito, iré a avisarla.

—No te molestes, Magda, quiero sorprenderla.

—Pero…

—Gracias, Magda, me gustaría dejarla con la boca abierta.

La muchacha se pierde por una de las habitaciones, relata algo que no logro entender.

Me detengo ante la puerta entreabierta del saloncito y escucho una conversación entre María y otra persona.

—Lo nuestro no puede ser.

—María, inténtalo. ¿Estás enamorada? —Reconozco la voz de Joaquín.

—Creo que sí. Son sentimientos muy diferentes a los que sentí con Eugenio.

—Pues, ¿entonces?

—Tenemos muchas diferencias.

—En cuanto acabe todo, serán mínimas.

¿Qué debe acabar? ¿María está enamorada de Joaquín? ¿A qué está jugando esta mujer? ¿Acaso yo no le importo en lo más mínimo? ¿Por qué no ha sido sincera conmigo? Estas cuestiones me llevan a fisgonear más.

—Joaquín, ¿cuándo acabará?

—Pronto.

—¿Y qué mientras tanto? ¿Debo resignarme?

—Debes, si es que es cierto lo que me acabas de decir.

¿Por qué demonios no pensé antes en venir? Podría haber escuchado algo más de su conversación. Tengo lo suficiente, su corazón pertenece a otro hombre. Estoy a punto de darme por vencido y salir de esta casa cuando María vuelve a hablar.

—Por cierto, Joaquín. Emilia me dijo que tu hermana Ana va contando que eres un prófugo y que tú y yo tenemos un idilio.

—¿Qué? ¿De qué se conocen?

—Por lo visto son amigas.

—¿Mi hermana tiene amigas afrancesadas? ¡Eso no lo puedo permitir!

¡Vaya qué estoy escuchando! Atando cabos, unos segundos pensando y llego a la conclusión de que Joaquín y el bandolero apodado el Pitero, son la misma persona.

—Deberé callar la boca de esa mocosa charlatana.

—Hombre, las muchachas tienen cosas de las que hablar y cotillear de que su hermano es un bandolero para esa edad es muy romántico.

—¿Romántico? ¿Qué quiere que me ahorquen?

—No has matado a nadie. Lo sé. Malheridos, tal vez. Y si lo has hecho, es en defensa propia.

—¡Esa cría consentida!

Es momento de mi entrada, me enderezo y con la cabeza alta abro la puerta y me presento ante ellos. Están sentados en el diván donde hace unos días, María y yo compartimos un excepcional y apasionado encuentro. Toman café y cuando me ven, no pueden evitar la sorpresa.

—Buenas tardes. Señor Joaquín, ¿o debería llamarlo Pitero?

—¿Alain? ¿Qué… qué haces aquí? Te marchaste y…

—Capitán Meyer, se está confundiendo de persona.

Alzo la mano interrumpiendo al hombre. Por primera vez, se queda sin palabras. María solo mira de uno a otro sorprendida.

—¿Confundiendo? Señor Narváez, he escuchado lo suficiente para entenderlo.

—¿Y qué vas a hacer, Alain? —replica María furiosa. Viene hacia mí altanera—. ¿Vas a delatarlo? ¿Vas a llevarlo ante tu codicioso y malnacido general Dupont?

—¿Qué más conspiráis a mis espaldas, María? ¿Narváez?

—¿Conspiración? —recalca Joaquín soberbio—. Tratamos de que ustedes, los franceses, salgan de este país. Defendemos lo nuestro, nuestras tierras, nuestras mujeres. Estamos en guerra, Meyer, todo por la vanidad de tu emperador.

—¿Lo vas a delatar, Alain?

María permanece frente a mí erguida y majestuosa, más que la propia Josefina. Valiente, luchadora e impasible. Pienso en su pregunta. ¿Voy a delatarlo?

Si no lo hago, estaré faltando a mi palabra de capitán, y si lo llevo ante Dupont, perderé para siempre a María.

—¡Habla, maldita sea!

María golpea con su puño cerrado mi pecho, no puedo verla así: defendiendo con uñas y dientes a un bandolero perseguido por los míos. Celoso, cojo sus muñecas con fuerza para detener sus golpes.

—No, no lo detendré, tampoco lo delataré.

Mi respuesta la alivia, se relaja y sus puños se deshacen. ¿Lucharía por mí de esa forma como lo ha hecho por Joaquín? Mis celos aumentan.

—Haga su trabajo, capitán. No temo a nada.

—No seas tonto, Joaquín, ¡te ahorcarán!

—Pero seré libre, María.

—¿Y qué hay de Lucía?

¿Lucía? ¿Quién es Lucía? María corre para enfrentarse a Joaquín. Lo empuja enfadada y lo maldice llorando. El bandolero la detiene, la apacigua en un instante y besa su frente. Estoy a punto de cambiar de opinión y que lo ahorquen.

—Lucía quiere al Pitero, como Joaquín, no me soporta.

Ella ríe a carcajadas. Me estoy volviendo loco, en un instante se enfada, en otra llora y al siguiente ríe. Esta mujer me desubica por completo.

—¿Por qué no me detiene, Meyer?

—Porque… no lo sé —concluyo indeciso.

Miro a María que me dedica esa sonrisa que tanto me excita. ¿Por qué tiene ella ese dominio sobre mi persona? Todo sería más fácil si ella no me importara tanto.

—Gracias, Alain. Eso dice mucho de ti.

—Dice que soy un traidor a mi patria, María. Que soy un cobarde y no tengo el suficiente valor para hacer mi trabajo.

—¿Por qué? Él es un guerrillero.

—Porque no quiero decepcionarte, no quiero que me odies.

—¡Oh, Alain!

Se echa en mis brazos, su beso es arrollador. Todo pensamiento se me borra, solo quiero seguir saboreando su maravillosa boca. El carraspeo de Joaquín nos devuelve a la realidad. Su sonrisa pícara me pone en mi lugar. Debo contener mis ganas de ella ante la gente.

—Creo que debo saber muchas cosas —anuncio serio—, ya que no voy a delatarte, y, por consiguiente, no te ahorcarán, necesito respuestas.

—Es propio, capitán. Pregunta, seré sincero.

Tomamos asiento, María sirve café mientras la observo absorto. No saben qué puede llegar a ocurrirme en caso de que Dupont se entere de mi traición.

—Joaquín, ¿por qué te hiciste bandolero? ¿Hay otra razón por la que eres prófugo?

—Mi padre fue asesinado hace cuatro años por unos franceses, violaron a mi prometida, más tarde se suicidó porque no podía soportar la deshonra.

—Entiendo su posición. —Presto atención a su explicación. Su rostro está serio y sus ojos transmiten tristeza y furia a la misma vez.

—Yo juré ante el lecho de mi padre y el de mi prometida tomar venganza por sus muertes. No conseguí matar a esos cuatro bastardos franceses. Tras dejar a mi madre y a mi hermana en casa de mis tíos y a salvo, tuve que dejar Sevilla, huir como un asesino buscado con recompensa. ¿Te imaginas qué se siente al ver cómo tu prometida se quita la vida ante tus ojos y no poder hacer nada?

—Debió ser duro —expreso entendiéndolo.

—No fue duro, fue horrible. Tuve que sobrevivir al frío del invierno en la intemperie, comer hasta hojas secas si no encontraba ningún animal vivo. Lo perdí todo.

—¡Oh, Joaquín, es tan triste! —María llora y seca sus lágrimas con la mano.

—Reconozco que nos hemos portado como animales, no tengo palabras para expresar mi pesar. Siento lo ocurrido, Joaquín. Intento que mis hombres se comporten… con decencia, dentro

de lo que cabe en situaciones como esta. Es imposible que todos me obedezcan, aunque sepan que tendrán duros castigos. Y entonces, se hizo un bandido.

—Recurrí a la supervivencia, me encontré a otros tantos como yo. Decidimos unirnos y luchar contra los malditos *gabachos*.

Mi movimiento de cabeza afirma mi comprensión, creo que yo haría lo mismo en su situación. No lo cuestiono.

—¿Cómo podéis tolerar mi presencia? María, ¿cómo puedes yacer conmigo odiándome?

—Yo no te odio, Alain —se muerde el labio y me mira sin titubeos—. Al principio, tal vez. No soporto a ningún francés, lo admito, excepto a ti.

—Pienso capitán, que eres diferente. Muchas veces he pensado que eres un hombre inteligente y que llevas el uniforme para enorgullecer a tu familia, ¿me equivoco?

—Aciertas, Joaquín. Administraba las tierras de mis padres. Él sí era militar, llegó a ser general. No quería defraudarlo. Me alisté solo por eso. Fue un error. He visto tantas atrocidades que nunca se borrarán de mi mente. Esos cuerpos oliendo a muerte, esa sangre derramada tanto de un bando como de otro… es horrible.

Un enorme pesar aplasta mi pecho. No puedo seguir en esta situación de sinrazón. La prometida y el padre de Joaquín, el esposo de María… tantas muertes que todas se suman a mi espalda.

—No tengo palabras de consuelo para vosotros, para nadie que haya perdido un familiar en esta absurda guerra.

—Es hora de marcharme. Gracias, Meyer.

El Pitero me ofrece su mano, la estrechamos con fuerza. Se despide de María con un cariñoso abrazo más largo de lo que me gustaría. Ella me debe también respuestas y espero que sea igual de sincera que Narváez.



CAPÍTULO 29

MARÍA.

Joaquín abandona el saloncito dejándonos en un silencio extraño, espero a que me pregunte, que me pida explicaciones. Lo único que hace es observarme detenidamente logrando ponerme nerviosa.

Mi plato de café tiembla y amenaza con tirar la tacilla llena. Doy un sorbo, si se cae, al menos, que sea poco líquido para no manchar tanto.

—María, ¿tienes algo que decirme?

—¿Qué quieres saber?

—Todo.

—Ya sabes muchas cosas de mí, en cambio, yo pocas de ti.

—A su debido tiempo. ¿Cómo conociste a Joaquín?

—Tras la muerte de Eugenio, estaba devastada, no comprendía por qué lo habían matado si él era como tú, un administrador de sus tierras, no entendía de armas.

»Era un buen hombre, alegre y divertido. ¿Sabes que se alistó porque decían que no era un hombre? Yo no podía engendrar y la gente es cruel, decían cosas horrorosas de nosotros.

—Entonces, tu esposo y yo teníamos mucho en común. Lo hicimos por los demás.

—Recibía una carta suya al mes, donde me contaba todo lo que vivía y sufría. Pasó un mes, otro y dos más. Una mísera carta de un general me informaba de su muerte en Zaragoza. No sabía dónde velarlo ni llorarlo. Ese retrato —señalo sobre la repisa de madera que él ni siquiera mira—, es donde le coloco flores, donde hablo con él.

Me emociono al recordarlo vivo. Su risa tan auténtica, sus charlas tan animadas, cuando bailábamos simulando estar en fiestas atestadas de gentío. Alain me abraza, besa mi cabello, lo alisa para consolarme.

—¿Lo querías mucho? —pregunta posando sus labios sobre mi frente.

Afirmo en silencio, con un mínimo movimiento de cabeza casi imperceptible. Lloro mirando su retrato. Es muy doloroso recordarlo.

—¿Aún lo amas?

Durante un largo tiempo pienso la respuesta. Alain permanece callado y quieto esperando mi contestación. Parece que contiene la respiración. Si sigue así podría ahogarse.

Aprieto más su cintura, me pasaría todo el día abrazada a él.

—Sí, pero no de la forma en la que piensas. He tardado en comprender que solo fue un

gran amigo y muy buen esposo. Nunca me privó de libertad ni yo tampoco a él. Éramos felices así.

—En cuanto a Joaquín…

—Decidí vengarme, como bien dijo él, de esos malditos *gabachos*. Eugenio no se merecía morir así. Me costó decidirme, y encontrar a los guerrilleros, mucho más. Pero con paciencia, todo llega.

—Los que te cuidaron fueron ellos, ¿verdad? No unos gitanos errantes.

—Sí. Si los conocieras, si escucharas sus historias…

—Ese es el problema, María, no escuchamos a nuestros semejantes, ni sus necesidades, nada.

—¿Estás enfadado?

Por un instante, en sus ojos veo que duda, entonces un brillo asoma cómplice de sus lágrimas. Me besa en las mejillas absorbiendo las mías, como queriendo curar mis heridas.

—¿Cómo podría estarlo? Joaquín, tú, yo… Todos somos víctimas.

—¿Sabes algo de ese nuevo capitán que está por llegar?

—Queda poco para que llegue, una semana.

Nuestro abrazo perdura eternamente, notar su calor me reconforta, sus caricias me alivian y sus tiernos besos en mi cara y en mi cabello, me conmueven.

Quiero a Alain y esos sentimientos contrastan con mi razón. ¡Menuda guerra tengo en mi interior!

—¿Te quedarás, Alain?

—Tengo la tarde y la noche para nosotros. Solos tú y yo.

De la manera en que me lo dice, esa sonrisa que alumbra más que la luna llena y que me calienta más que el sol, hacen que me derrita.

Beso con ansias sus labios. El sabor a café me sabe menos amargo en su boca.

Mi mente traicionera me recuerda que todavía no le he contado toda la verdad, que queda lo más importante. ¿Me comprendería y me llegaría a perdonar si lo supiera?

Me desconcentra este pensamiento que ha salido de mi mala conciencia. Mi dormitorio está a oscuras, solo entra un poco de la luz de la luna a través del ventanal. Apoyada sobre el cuerpo de Alain, completamente relajada y satisfecha, él me acaricia con la yema de sus dedos con una sensualidad extrema.

Alzo mi cabeza buscando su boca. Lo beso con una pasión innegable. Por mi parte, jamás sentiré nada parecido por otro hombre.

Coloca una de sus manos bajo mi pecho, sus dedos hacen círculos erizándome la piel y endureciendo mi pezón.

Ahogo un jadeo, su otra mano mantiene mi mandíbula para que el beso dure.

La dulzura se va convirtiendo en un beso salvaje.

No percibo las yemas de sus dedos sobre mi piel, ahora siento que su mano aprieta mi pecho, incitándome a más, queriendo lo que yo también quiero.

A horcajadas sobre su cuerpo, mi lengua recorre su boca, su cuello ancho y fuerte, notando cómo las venas se inflaman. Saboreo su cuerpo con lentitud, algo que lo tortura y ríe a la vez.

Sus manos inquietas repasan mi cuerpo desnudo, las tomo y las llevo hacia arriba, colocándolas sobre su cabeza.

Es completamente mío. Soy completamente suya.

Mis movimientos de caderas circulares lo hacen gemir. ¡Por Dios que yo también gimo frenética!

—María, hermosa como ninguna.

Su susurro es cautivante, lleno de una pasión descontrolada, como también lo siento yo. Rozo mi entrepierna por su miembro preparado para lo que los dos deseamos que ocurra.

Y ocurre al instante. Estoy llena de él, lo acojo enloquecida por un deseo antes desconocido. Con Alain, el sexo es salvaje, tierno, dulce e intenso. Todo lo siento a la misma vez, es una mezcla asombrosa e insólita.

Me muevo a mi gusto, disfrutando de cada embestida, oyendo sus jadeos, sus súplicas de querer más. Grito como si el demonio me estuviera poseyendo. Mi cuerpo laxo se deja caer sobre el suyo.

Aprovecha ese instante y me coloca bajo su cuerpo, se introduce en mí con facilidad. Mil y una embestidas, a cuál más intensa y fuertes. Rodea su cintura con mis piernas, llegando a lo más profundo de mi cuerpo.

¡Es excitante!

Arderé en el infierno, pero merece la pena por sentir este placer tan grandioso.

Con sus labios junto a los míos murmura que lleguemos al éxtasis, a la cúspide del placer. Lo hacemos. Nuestros gritos nos los callamos en nuestras bocas, desesperados y ansiosos.

Retira mis cabellos sudados de mi rostro, acariciándolo a la vez. Su mirada traspasa mi alma, es extraordinario. No me muevo para que sigamos en contacto, para que siga dentro de mí. Él tampoco tiene prisas por retirarse.

—Eres una mujer maravillosa, me llenas en todos los sentidos.

—Tú también. No puedo explicar lo que siente mi cuerpo ni por qué mi mente deja de pensar cuando estoy contigo en la cama.

—¿Solo en la cama?

Intenta hacerme cosquillas, su juego infantil me hace gracia y reímos como dos chicuelos.

Me sonsaca que no solo en la cama, es siempre que estoy con él. Ese revoloteo que siento por todo mi cuerpo únicamente lo he sentido con Alain.

Mi respuesta le agrada y me gano un beso profundo y lento, saboreando la pasión que existe entre nosotros, para mí es insólito.

Apoyo mi cabeza sobre su pecho fornido y terso. Así siento una paz tremenda.

Alain regresa todas las noches y dormimos juntos, al amanecer no está en su lugar, todas las mañanas hay una rosa fresca cortada de mi patio sobre la almohada. Ese detalle me arranca una sonrisa que me alegra el resto del día hasta su llegada.

Emilia ha recibido una carta de su padre, le pide que regrese a Sevilla, hay mucho alboroto por la ciudad y aunque ella cree que está más segura aquí en el pueblo, decide volver con su padre.

Alain ha conseguido que la custodien algunos de sus soldados para que llegue a casa en buen estado, no se fía de los caminos, los guerrilleros se esconden por cualquier lugar de entre los olivares.

La despedida de Emilia es triste, no sabemos si volveremos a vernos alguna vez, ambas deseamos que sí, al menos durante este tiempo mantendremos el contacto por carta.

Nos deseamos lo mejor, sube al carruaje y nos despedimos con lágrimas en los ojos.

—¡Que sepas que me voy con muchas preguntas que espero que algún día me respondas!

Mi mano la despide, su comentario me hace reír, pero mis ojos lloran al ver girar el coche por la esquina buscando el camino hacia Sevilla.

—Es una buena chica, ¿verdad, señora?

—Sí, Magda, lo es. Su padre, en cambio, es un mísero afrancesado. Algún día le vendrá su castigo, por traidor a nuestro rey.

Abrazadas entramos en casa. No es la misma, Emilia le daba un toque divertido y ya la echo de menos. Tendré que acostumbrarme a su ausencia.

Mi tristeza dura poco, Alain aparece antes de anochecer y cenamos juntos. Jugamos a las damas, me apasiona, él es muy bueno y de las seis partidas, gana cuatro. Cojo un berrinche como una niña pequeña. No me gusta que me ganen, a nada.

—¿Te gustaría ver a los gitanos bailar y cantar?

Se sorprende por mi pregunta, lo piensa unos instantes, mientras, tamborileo los dedos sobre la mesa esperando a que mueva su ficha negra y me conteste.

—Me encantaría, aunque no sé si a ellos les gustaría verme a mí. Los franceses no somos de su agrado.

—Quítate ese uniforme tan horrendo que me asquea tanto.

—Si no soportas mi uniforme, ¿cómo es que me soportas a mí?

—Porque el hábito no hace al monje. —Sus cejas se juntan, no entiende mi expresión—.

Significa que porque seas capitán francés eres una mala persona. Además, Joaquín estará encantado de recibirte.

—Tal vez aquí, no en su ambiente.

—¿Sabes algo de ese otro capitán o de su llegada?

—No, nada.

Entrecierro los ojos sospechando que me oculta algo, ha sido nombrar al otro capitán y su rostro se ha tensado. Dejo que gane la partida, no me concentro, ya me da igual perder. ¿Por qué tengo la sensación de que lo peor está por venir?



CAPÍTULO 30

ALAIN.

Me siento culpable viviendo de esta forma, por las noches durmiendo con María, como si fuéramos un matrimonio corriente. Sé que estoy haciendo mal, estoy faltando al respeto y traicionando a mi país. Pero con María, ella es punto y aparte. Es única y maravillosa.

Quizás deba decirle la verdad, pero ya queda poco tiempo para mi marcha. El nuevo capitán está por llegar en breve, quizás mañana mismo y tendré que marcharme a otro lugar. Dos capitanes en el mismo lugar no pueden estar.

En algunas ocasiones, me gustaría poder arrancarme el dichoso uniforme y quemarlo, renegar de lo que soy y huir con María, a cualquier lugar, lejos de España y de Francia.

Pero la razón viene a mí en esos momentos y me devuelve a la realidad, por mucho que huya, por muy lejos que me vaya, tengo otra vida. De eso no puedo huir.

No puedo dormir. Me obsesiona mi secreto. Observo cómo duerme María, parece una criatura inocente y me conmueve. Suelta un pequeño ronquido, río por lo bajo para no despertarla. Retiro sus cabellos de la cara, así podré verla mejor.

El pecho se me atora cuando pienso que lo que estoy viviendo con ella es solo un hermoso sueño del que pronto despertaré. Por un instante deseo que abra los ojos y sincerarme con ella. No puedo. ¿Podría mirarme a la cara por mi engaño? Ella me ha contado toda su vida, por qué se unió a los bandoleros y yo escondo mi verdadera vida, lo que yo soy.

—¿Qué te ronda por esa cabeza francesa que tienes?

Suelto unas carcajadas, ella se acomoda más a mi pecho y yo todavía la quiero más cerca. La aprieto, se remueve con una sonrisa en sus labios haciéndome perder el control. En la guerra he aprendido a contenerme, todo lo relacionado con María, es imposible dejarlo a un lado, intentando no alterarme, no lo consigo.

—Dentro de cuatro días es mi cumpleaños.

Suelto sonriente mientras acaricio sus cabellos largos y suaves. Ella se levanta impactada por la noticia y sus ojos marrones están más vivos que nunca.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—¿Para qué?

—Para saberlo, francés sapo orejudo.

Río. Ella relata que quiere celebrarlo, no veo cómo. Sin embargo, me dice que será una sorpresa. De María me lo espero todo. Se sienta y se apoya sobre el respaldo de la cama.

Cruza los brazos bajo sus redondos pechos. Se me hace la boca agua al verlos desnudos, sabiendo que puedo tocarlos y saborearlos a mi antojo.

—No me mires así que me desconcentras.

—¿Y a ti qué se te pasa por esa cabeza española?

—Mmmm…

Delineo con mis dedos sus pezones rosados poniéndolos duros. Me excita verlos así. Mi boca sustituye a mi mano, lamo y succiono esa parte de su cuerpo que tanto me gusta. Mi lengua sustituye a mi boca. Los mordisqueo con suavidad y ella grita, inquieta deja que siga con mis mimos.

—Alain, es importante lo que estoy pensando.

—Espero que estés pensando lo mismo que yo.

Mis dientes aprietan el duro pezón con más fuerza, pero sin hacerle daño. Su grito me provoca querer más y más. Mientras mi boca entera juega con sus pezones.

Mi mano baja a su entrepierna, buscando entre sus muslos ese placer que sé cómo sonsacarle.

María es todo pasión y entrega, es dulce y salvaje, tímida y atrevida al mismo tiempo. Tiro de ella hasta colocarla bajo mi cuerpo, me introduzco en ella de una sola embestida, su humedad me facilita la entrada.

—Esto no era lo que estaba pensando.

—Lo sé, cuando esa cabeza trama algo… eres un peligro de mujer.

—No sabes cuánto.

Y no lo sé porque nuestros cuerpos se rozan, se añoran, se desean. Nuestras manos buscan el placer del otro. Nuestras bocas no se separan.

Todo pensamiento desaparece de mi mente concentrándose en la mujer que poseo con unas ansias inmensas.

Los soldados que acompañaron a Emilia regresaron esta mañana al amanecer. Ha sido un viaje complicado, los ha asaltado un grupo de guerrilleros, solo tenemos una baja y un herido grave. Al menos, ella está en su casa y sin sufrir rasguños, aunque sí con un gran susto por el ataque.

Prefiero callarme lo del asalto para no preocupar a María, no tardará en saberlo, Emilia seguro que le escribirá y le contará su aventura, conociéndola, eso es lo que le habrá parecido y no sabe del peligro que ha corrido.

Mis soldados me comentan que los caminos no son seguros, además de guerrilleros hay ladrones. España se está convirtiendo en un país peligroso, todo gracias a nosotros.

Sé que la gente, que no tiene culpa de nada, está pasando hambre. Escasean muchos alimentos de primera necesidad, entre ellos el trigo y, por consiguiente, el pan.

Entre la misma gente del pueblo se pelean por un trozo de pan, o como dicen por aquí, por una *rebaná*.

Es increíble cómo ha cambiado esta villa en poco tiempo, la gente era alegre y ajena a lo que pasaba en otras ciudades.

Ya es imposible esconderlo, las noticias están llegando y no son buenas para ellos. Aunque tampoco para nosotros, Portugal e Inglaterra se han aliado con España y estamos perdiendo a muchos hombres.

Paseo por las calles, antes la gente del pueblo no nos miraba tan mal, ahora hasta nos escupen y nos insultan, incluso las pocas prostitutas que hay nos rechazan, dicho por mis soldados.

Está llegando a ser insostenible la situación porque apenas tenemos para comer.

Robamos vacas, cabras y gallinas, está empezando a faltar comida. Advertí desde el principio que compráramos para comer, caso omiso y ahora estamos pagando por nuestra maldad.

A lo lejos veo al padre José, es amable con los niños que juegan en la calle. Les sonríe y los chiquillos bromean con él.

Me acerco al párroco, su rostro va cambiando de amable a serio. Algo me dice que el cura no quiere ni verme, apenas me mira.

—Buenos días, padre. ¿Podría hablar con usted un momento?

—No tengo tiempo. Un feligrés está muy grave y tengo que darle la extremaunción, me temo que no llegará a la noche.

—Vaya, lo siento.

—Pues si lo siente, dejen de robarnos. Apenas podían sostenerse y con ustedes hurtando su comida, menos. ¿Acaso no tenéis decencia ni compasión por estas pobres almas?

—Tiene toda la razón, intentaré enmendar a mis hombres.

—No creo que pueda, capitán. Sus soldados son maquiavélicos, ¿por qué no os marcháis de aquí? Este pueblo está más muerto que vivo, no hay nada de valor.

Una chiquilla de poco más de cinco años corre desesperada hacia el cura. Su pelo desaliñado y sucio, al igual que su cara, parece de tez morena por la suciedad.

—¡Padre! ¡Padre! ¡Están robando en la iglesia! ¡Los hombres de uniforme!

—¡Maldita sea la estampa del demonio! ¿Qué dices, niña?

—Que los hombres de uniforme han entrado en la iglesia —se santigua horrorizada—, se están llevando las cosas.

El padre, aunque es de avanzada edad, corre ágil hacia la iglesia. El pobre moribundo tendrá que esperar para morirse. Le sigo corriendo e incluso lo adelanto a poca distancia. Llego antes que él al rellano de la gran iglesia que, majestuosa, presencia el robo de mis hombres.

Mis gritos no los paran, es como si mi orden no la escucharan. Algunos cuadros ya están amontonados en un carro tirado por un par de caballos, sacas llenas de cosas que pesan, les cuesta llegar para depositarlas junto a los cuadros.

No sé si serán de gran valor, pero el daño que han hecho a la gran puerta de madera, es visible, está destrozada.

Sigo con el intento de que se detengan, algunos me escuchan, pero siguen con la tarea de llevarse todo lo que crean que puede ser de valor.

—¿Quién ha dado la orden? ¡Maldita sea, contesta!

El soldado que tengo arrinconado sobre el carro y apretando el cuello de su uniforme, me mira sonriente, incluso sádico podría pensar. No me responde, ríe a carcajadas.

—Órdenes de Dupont —replica Gastón Camps dejando un saco en el carro.

Este lleva tiempo controlando mis pasos. Su actitud no me gusta, hay algo en él que me lleva a sospechar.

—¿Cuándo ha dicho eso? No tengo constancia.

—Cuando fuimos a llevar a la señorita Menjíbar.

—¿Y por qué no se me informó? ¿Qué mierda crees que soy?

—Creo que, para el general, usted no es nadie, capitán. Tenemos que sobrevivir y si hay que llevarse todo el oro de esa maldita iglesia, eso haremos. Mientras que usted, se revuelca con esa fulana española todas las noches.

No consiento que insulte a María. Dejo al soldado libre y con furia me enfrento a Camps. Golpeo varias veces su cara ensangrentada.

La ira no deja que me controle, sigo golpeando al cabo en las costillas, en cualquier parte de su cuerpo, para dañarlo como me lo ha hecho a mí por dirigirse a María como fulana.

Lo derrumbo al suelo, mi rodilla sobre su pecho, saco mi pistola y lo apunto en la frente. Sus ojos me demuestran que está aterrado, no sabe si apretaré el gatillo o no, tampoco yo lo sé. Estoy fuera de mí.

—Retira esa ofensa hacia la señora —exijo apretando el cañón de la pistola en su frente.

Suda como un cobarde, su mandíbula tiembla y está paralizado. Lleva sus manos hacia arriba, señal de rendición.

—¿Tanto le importa esa fulana?

Vuelvo a golpearlo con la culata del arma, se queja. Una mano se posa en mi hombro, me aprieta con suavidad. Sé que es ella.

—No merece una de tus balas, Alain. Ojalá pudiera tirarlo al pozo.

María le escupe, me incorporo porque sus palabras me han tranquilizado, es cierto, no merece una de mis balas y no por mí, sino por ella. Su petición es para mí sagrada.

Guardo la pistola, María sonríe y desvía la mirada al cabo que sigue en el suelo.

Ella le propina varias patadas en la boca, él sigue insultándola, ella más lo golpea.

Dejo que se cobre su venganza, no debería haber dicho eso de María, se lo merece.

Sus patadas van más allá de la boca, acierta pegándole en las costillas. Este cabo no volverá a mencionarla, por su bien. Me doy cuenta que ella puede defenderse sola.

Orgullosa, y con una ira que jamás he visto en ella, se seca el sudor de su frente con la manga de su vestido.

—¡Cerdo! ¡Perro! ¡Malparido!

Tengo que detenerla, ni sujetándola por la cintura deja de patearlo. La alejo susurrándole palabras tranquilizadoras mientras que el cabo intenta levantarse todo magullado.

María se percata de las acciones de los otros soldados, forcejea con un soldado intentando quitarle la saca que lleva. Es indomable, tiene la misma fuerza que mi hombre. Jamás había visto a una mujer enfrentarse a un soldado de esa forma, con valentía, intrépida y coraje.

El sacerdote sale de la iglesia golpeando a otros dos soldados con una escoba, los maldice a gritos: «hijos de Satanás».

La situación sería graciosa si no llega a ser por el motivo real del saqueo. María acude para ayudarle, sus puños no paran de dar en mis hombres.

—¡Zorra!

Gastón no parece haber terminado con María, su ofensa hacia ella me escuece más que lo del saqueo. Mi puño cerrado toca con fuerza su mandíbula ya magullada y ensangrentada. Escupe sangre de su boca.

—Otra ofensa más hacia ella y no te quedará pellejo al que dar. Te lo advierto, cabo, a esa señora… ni te atrevas a mirarla.

Observo cómo la situación se va controlando, varios aldeanos se han unido al enfrentamiento con hoces y cuchillos. Respiro aliviado.

—Devolved todo a su sitio y reparad la puerta de inmediato.

Los soldados no dan crédito a mi orden, por un instante dudan en hacerlo, se miran entre sí y comprueban que no tienen nada que hacer. Cada vez son más los ciudadanos que se unen para luchar contra ellos.

Vencidos devuelven todo a la iglesia, mascullando insultos. Estoy orgulloso de este pueblo que se ha sublevado a mis hombres, aunque me cueste pensarlo. Cada día que pasa, me posiciono más al lado de los españoles. Y lo peor de todo, es que no me considero un traidor a mi país ni a Bonaparte.



CAPÍTULO 31

MARÍA.

¡Sinvergüenzas! ¡Perros! ¡No se clavaran la punta de sus mosquetes en medio de sus corazones! Estamos cansados de sus vejaciones, de sus robos y ahora este miserable soldado insultándome.

¿Quién se cree que es él a venir a darme clases de moralidad?

Gracias a Dios que varios hombres del pueblo se unieron y juntos derrotamos a estos tiranos franceses.

¡Hasta la coronilla estoy de ellos!

Bueno… excepto de Alain, él es diferente. Luchó contra sus propios soldados para que todo se devolviera a su lugar, después repararon la puerta.

Espero que esto no se vuelva en su contra y sea castigado, o peor aún, sea juzgado por los suyos.

Ahora que todo ha pasado y todo está en su estado original, recuerdo la escena del padre José dando escobazos a esos dos *gabachos*.

Jamás lo he visto insultar y por esa boca religiosa salió de todo menos oraciones a nuestro Señor.

—Ya está todo, María. Si quieres puedes marcharte.

—Ni lo sueñe, padre. Hay que terminar de limpiar, todavía queda por hacer.

—Es casi de noche y las calles se vuelven peligrosas.

—No se preocupe, hace horas que el pueblo está tranquilo. ¡Vaya tunda que le dimos! ¿Eh?

—El capitán Meyer parece una persona razonable, ¿por qué está en el ejército? Para llegar a su posición, tiene que pasar por muchas pruebas. Y ese hombre, hoy ha demostrado que su rango podría perderlo por su actuación, en contra de los suyos.

—Él es diferente, padre, muy diferente.

—Me ha demostrado que es un hombre que se viste por los pies.

Río porque jamás había escuchado esa expresión, pero supongo que será un halago.

Me siento en uno de los bancos cerca del altar, estoy cansada, exhausta por tanto sufrimiento y sinrazón de esta maldita guerra.

Seco el sudor de mi frente con la manga del vestido, está destrozado, poco me importa si con ello hemos ganado una pequeña batalla.

—Ojalá se fueran pronto de aquí y esta maldita guerra terminara de una vez. Mira Alfonso, en las últimas por la hambruna y sus retoños van por el mismo camino.

Su salto inesperado me saca de la distracción, del altar desvío la mirada al cura. ¿Qué le pasa que está tan nervioso? Mete en un saco varias prendas, un crucifijo, una botella con agua bendita y no puedo alcanzar a ver más.

—Padre, ¿qué le ocurre?

—Acabo de recordar que debo dar la extremaunción a Alfonso, el cabrero.

—¡Oh, no! ¡Pobres criaturas! —replico angustiada por sus críos—. Lo acompaño.

Bajamos la cuesta hacia la calle El Pilar, no está muy lejos, pero el sacerdote lleva prisa. Nos paramos frente a su casa, más bien es una choza.

Los críos juegan en la puerta, sin saber que pronto quedarán huérfanos, su madre murió hace un par de años cuando dio a luz a Dolores, su última niña. ¡Es tan bonita!

Es injusto que se queden sin padres siendo tan pequeños. Me compadezco de ellos y se me saltan las lágrimas que enseguida me limpio para que no me vean triste.

Familiares de Alfonso rezan dentro, desde la puerta se escuchan perfectamente. Sigo al sacerdote, en cuanto rebasa la portezuela frágil, este dice:

—La paz sea a esta casa.

—Y a todos los que habitan en ella —respondemos todos los presentes.

El padre José coloca el Santo Óleo sobre una mesa, se pone la estola morada sobre sus hombros y presenta la cruz a Alfonso para que la bese.

Está muy débil, pero consigue besarla a duras penas. Siento como si el alma se me encogiera, un extraño escalofrío atraviesa mi cuerpo.

El sacerdote rocía con agua bendita la habitación, que es toda la choza, y reza una oración:

—Oremos: Señor Jesucristo, introduce en esta casa, con la entrada de tu humilde ministro, la felicidad eterna, la divina prosperidad, la serena alegría, la caridad provechosa, la salud inalterable; no tengan entrada en este lugar los demonios; vengan los ángeles de paz, y abandone esta casa toda discordia malévola.

»Engrandece, Señor, sobre nosotros tu santo nombre y bendice a Alfonso nuestro ministerio; haz santa nuestra entrada en este lugar, Tú que eres santo y misericordioso y permaneces con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos.

Todos respondemos amén.

Sigue rezando para que nuestro Señor bendiga esta vivienda y que el Ángel Custodio los ampare. De nuevo contestamos amén.

Alfonso apenas puede hablar, es su hermana, Josefa quien lo hace por él. El sacerdote nos invita a que recemos por el moribundo mientras da el Sacramento.

No puedo contener las lágrimas de pena y dolor. Me asfixio, el respirar se me hace difícil. Estoy a punto de desmayarme. Ahora no es momento para eso, y entonces, me acuerdo de los chicuelos que juegan en la calle ajenos a la muerte que se encuentra entre nosotros para llevarse a

su padre. Y de nuevo, más lágrimas.

—En el nombre del Padre —el cura hace la señal de la Santa Cruz—, y del Hijo y del Espíritu Santo, quede extinguido en ti todo poder del diablo por la imposición de nuestras manos y por la invocación de todos los Santos Ángeles, Arcángeles, Patriarcas, Profetas, Apóstoles, Mártires, Confesores, Vírgenes y de todos los Santos juntos.

Todos respondemos amén.

El cura moja el dedo pulgar de la mano derecha en un recipiente y forma una Cruz en los ojos cerrados de Alfonso, en sus orejas, en la nariz, en la boca que apenas sale aliento, manos y pies. Pronuncia en voz alta:

—Por esta Santa Unción —de nuevo hace la señal de la Cruz— y su benignísima misericordia, te perdone el Señor todo lo que has pecado con la vista, con el oído, con el olfato, con el gusto y la palabra, con el tacto y con el andar.

Respondemos amén.

—Oremos. Te rogamos, Señor, mires con benignidad a tu siervo Alfonso que desfallece con la enfermedad del cuerpo, y fortalece al alma que creaste; para que enmendada por los castigos, reconozca que ha sido curada por tu gracia. Por Cristo nuestro Señor.

Contestamos amén. El cura ora, le da a besar la estola a Alfonso, que esta vez, no besa. El padre José reza una oración de despedida, el pobre hombre ha muerto. Enciende el cirio de la vida eterna. Todos lloramos.

No conocía muy bien al fallecido, pero me apenan sus hijos. Están desamparados. Observo que los familiares son igual de pobres que Alfonso. ¿Qué pasará con estos niños?

Me dirijo a Josefa, le doy el pésame y la abrazo. Podrá tener mi misma edad y sé que tiene un par de críos de edades similares a los de Alfonso.

—¿Podría hablar un momento contigo, Josefa?

-Por supuesto, señora.

Su voz queda y apenada traspasa mi corazón, verla llorar hace que aumente mi ira hacia estos bastardos franceses.

Salimos de la choza, el padre se queda rezando, que Dios se apiade dice de Alfonso, a buenas horas y con cuatro pequeños que siguen jugando con la tierra de la calle. Están mugrientos y desnutridos, a saber, cuántos días llevarán sin comer.

—¿Cómo se llaman? —pregunto triste.

—Alfonso, el mayor; Pepe, el segundo; Luisito, el tercero y la pequeña Dolores.

—¿Quién se va a hacer cargo de ellos?

—No lo sé. —Llora desconsolada y la abrazo. Su llanto sobrepasa mis fuerzas y lloro—. Yo no puedo, señora. Tengo dos hijos pequeños y apenas puedo mantenerlos. Esos hijos de mala madre de los *gabachos* nos lo quitan todo.

Afirmo en silencio porque sé que es así. La tristeza se convierte en furia, no tienen derecho a quitarnos el pan.

—¿Podría hacerme cargo de ellos? Aprenderán a leer, a escribir, comer, vestir bien… Los trataré como a mis propios hijos.

—Señora, usted se mezcla con esa gentuza. No quiero que estos niños se críen así.

—Si mi pozo hablara, Josefa…

—No sé, ninguno de nosotros podemos hacernos cargo de estas criaturas.

—Pues, ¡dejen que yo los cuide! No les faltará de nada y prometo darles el mismo amor que podría darle a mis propios hijos.

Piensa en mi proposición por un instante, cabecea afirmando entre sollozos. Se me parte el alma ver tanto dolor.

-Todo porque ellos sean felices. La pérdida de sus padres va a ser muy duro para estos pequeños. Prométame que los cuidará.

—Gracias, Josefa. Podréis verlos tantas veces como queráis y nunca les mentiré sobre su familia. Lo prometo. Vendré a recogerlos en unos días, cuando tenga dónde acomodarlos en mi casa.

—Gracias, señora por su generosidad.

—Al contrario, ellos serán quienes me den alegría, por eso te estaré eternamente agradecida.

He enviado una invitación a Joaquín para celebrar el cumpleaños de Alain. Estoy ilusionada por la sorpresa que se va a llevar. En ella también le pido que venga con un grupo de su gente para que mi francés vea, escuche y sienta el cante de esta tierra. ¡La impaciencia me reconcome por ver su rostro!

Cada día que pasa, mis sentimientos hacia Alain van aumentando. No esperaba que el rubio francés se ganara mi corazón. Y aquí estoy, preparando una fiesta con pocos invitados para él.

No sabe que pienso acoger a cuatro pequeños huérfanos, fue tan triste y doloroso ayer tarde en la choza de Alfonso y verlo morir, que no quise estropear mi noche con Alain.

Quizás llegue pronto ese nuevo capitán y él tenga que marcharse. Quiero que nuestros encuentros sean inolvidables, tanto para él como para mí.

He adaptado las cuatro habitaciones del ala derecha para mis nuevos invitados.

Al carpintero le he encargado cuatro caballitos de madera y una casita de muñecas para Dolores.

Sé que les va a encantar. Estoy deseando tenerlos en casa. Me siento como si estuviera a punto de parir, aunque ya estén los niños algo criados.

En resumen, estoy feliz y hace tiempo que no sentía esta felicidad plena. El padre José alaba mi acción, además de mi aporte a la familia de Alfonso para que no les falte comida y

vestimentas.

Yo misma estoy haciendo el pastel de chocolate para Alain, con la ayuda de Magda, por supuesto.

Miguelillo llega con la respuesta de Joaquín, ya para mí no es el Pitero, mi sonrisa se agranda cuando acepta venir esta tarde a la fiesta sorpresa. Además, traerá a su gente. ¡Qué alegría Dios mío!

Son las seis de la tarde. Joaquín y su gente ya han llegado. Pasamos al salón preparado con la mejor vajilla para el cumpleaños de Alain. Espero que no se retrase, a estas horas suele llegar.

—María, supe del intento de saqueo de los *gabachos* a la iglesia. ¡Malas *puñalás* les den!

—Sí, gracias a Dios llegamos a tiempo.

—También me comentaron que tu capitán estuvo ejemplar. Es un buen hombre, lástima que sea francés.

—Todos somos iguales. Si algún día terminara la guerra…

—Terminará. Está por llegar Ballesteros, esa ayuda nos vendrá bien. Además, la gente se está levantando y no temen a los franceses.

—Es lo mejor de todo. El pueblo unido no podrá ser vencido.

—También he escuchado… de tu buena obra adoptando a esos pequeñuelos huérfanos, eso dice mucho de ti.

—¿Cómo no hacerlo, Joaquín? No podría con mi culpa de no acogerlos. Esta casa necesita la alegría de unos niños… que yo no podré dar.

Escuchamos un revuelo en la entrada. Me levanto del sillón y contenta me aliso el vestido porque Alain ha llegado.

—Estás preciosa, caerá a tus pies en cuanto te vea.

Retoco mi peinado ciento de veces antes de que Alain haga acto de presencia. Me gustaría ser una araña para poder subir por las paredes.

El padre José aparece por la puerta, poco a poco se me borra la sonrisa decepcionada porque no es Alain.

—¿Dónde está el cumpleañero? —pregunta el párroco alegre—. Este muchacho desde que luchó con los suyos ante nuestra iglesia, me ganó para el resto de mis días. ¿Qué tal, Joaquín?

—Padre José.

Mientras el bandolero hace la reverencia al cura, yo miro el reloj. Se tarda. ¿Y si no viene? Me llevo las manos a la boca, mis uñas bien cuidadas son mi objetivo. Joaquín me reprende con suavidad y dejo las manos tras mi espalda recta.

Es inevitable que mis ojos no dejen de mirar el reloj, las agujas no corren y el pajarito dichoso sale marcando las seis y media, estoy por subirme a una silla y arrancarlo. Como Alain

no venga a su fiesta, yo misma iré a su campamento y le estamparé el pastel de chocolate en su cara.

Dios, no me des esas ideas porque lo que pienso, lo hago.



CAPÍTULO 32

ALAIN.

Todos los días llego sobre las seis de la tarde y son las siete, llego tarde a casa de María. Ato las riendas de mi caballo en la argolla de la pared tan blanca. No me preocupo, ella siempre tiene cosas que hacer y donde entretenerse.

Así que no me doy prisa por entrar.

Llamo a la puerta, el hombre agrio, ese que siempre me mira mal, me da la bienvenida de forma extraña: con una sonrisa. Con amabilidad me indica que la señora me espera en el salón y desaparece una vez cerrada la puerta.

No hace falta que me acompañe, de sobra sé dónde se encuentra la estancia.

La puerta está entreabierta y escucho murmullos y risas. Tendrá visita y dudo en entrar. Me paro a escuchar unos segundos y reconozco las voces de Joaquín y del cura. Respiro aliviado.

Entro y la habitación está cambiada, decorada. La larga mesa cuadrada está repleta de dulces y pasteles, en el centro uno que me llama especialmente la atención, es de chocolate, mi preferido.

—¡Feliz cumpleaños!

María corre hacia mí con los brazos abiertos, contenta de verme, yo no estoy menos de verla. Nos fundimos en un abrazo, lo que deseo es besarla hasta saciarnos el uno del otro. He de contener mis ganas por respeto al cura. Joaquín me da igual, sabe de la relación existente entre ella y yo.

—Es una sorpresa muy agradable. Gracias, María.

—Cállate, que el demonio me ha tentado para ir a tu campamento y estamparte esa preciosa tarta de chocolate en tu cara. ¿Por qué llegas tan tarde?

—Menesteres, pero ya estoy aquí.

Recibo las felicitaciones de Joaquín y del sacerdote, me lo gané cuando el intento del saqueo de su iglesia.

Nos sentamos alrededor de la mesa, María la preside. No dejo de mirarla, está extraordinaria con ese vestido rosa que realza su piel bronceada. Sé que le gusta tomar el sol por las tardes en su jardín mientras cuida de sus flores.

La hermosa anfitriona sirve el chocolate mientras mantenemos una charla animada. El cura saca el tema del saqueo en su iglesia y me agradece haber intervenido. Hice lo que tenía que hacer. María comenta la escena graciosa del párroco atizando con la escoba a dos de mis

hombres, reímos a carcajadas.

No explico el motivo de mi tardanza, no quiero preocuparla. Así que dejo que todo fluya como hasta ahora, ambiente agradable y estamos a gusto, es lo importante.

Observo embelesado cómo María parte el pastel de chocolate con destreza, utiliza muy bien el cuchillo.

Está exquisito y Magda es quien delata que María es la que ha hecho la tarta. Mi corazón bombea rápido por ese gran detalle. Mis labios se curvan en una sonrisa agradeciendo su labor y dedicación.

Ninguna mujer, excepto mi madre, me ha regalado ese simple hecho de hacer un delicioso pastel para mi cumpleaños.

—¿Cuántas castañas caen, Alain?

—¿Qué castañas? —pregunto a María curioso por su expresión.

—Años… Castañas significan años.

No entiendo la relación entre castañas y años, pero si ella lo dice, algo de verdad tendrá. Y salta la conversación que menos quiero escuchar, la situación actual de España.

—Todo el país está revuelto, pero Wellington y sus estrategias, están funcionando. La ayuda de los portugueses nos está viniendo bien. Creo, capitán, que nuestra victoria está a punto de llegar.

—Ojalá y todo termine. —expreso agotado y apenado—. Aunque signifique que tenga que marcharme, pero deseo que se acaben las muertes y dejaros tranquilos.

Necesito beber más que chocolate, una buena botella de vino o de *whisky* para templar mis nervios.

—¿Sabes que María va a recoger los retoños del hombre al que iba a dar la extremaunción? —confiesa el sacerdote.

Miro boquiabierto a María que sorbe el chocolate avergonzada. No entiendo por qué ha de avergonzarse por algo tan noble.

—Es una acción maravillosa que dice mucho de ti, María —alabo con sinceridad.

—Esos niños pasaban hambre, estaban sucios y desnutridos. ¡Qué menos que darles lo que cualquier persona ha de tener! Un techo, comida y educación.

—¿Has terminado con sus habitaciones? Ayer enterré al pobre hombre. Los pequeños están desolados.

—Sí, padre. Mañana podrían venir, si Josefa da el permiso. ¿Tengo que hacer algo o firmar algún papel de la iglesia?

—No están bautizados, podrías ser la madrina de todos ellos y según la Iglesia, tendrías total derechos sobre ellos.

—¡Perfecto! Pues prepare esos papeles, seré su madrina.

—Y yo el padrino —expongo decidido.

Tanto Joaquín como el cura celebran mi disposición, quiero tener algo que me una a María para siempre, ya que no puede ser ni en matrimonio ni hijos en común. Desde mi posición, compruebo que ella tiene los ojos brillantes y humedecidos, está emocionada.

Durante el resto de la tarde hasta la cena, hablamos de todo menos de la guerra, ¡gracias a Dios! Joaquín es un hombre inteligente, está intentando cortejar a la hija de un rico hacendado de Sevilla. Pero ella está prometida con un sargento francés al que no tengo el disgusto de conocer.

Está desesperado por la joven, que se ha enamorado del bandido y no de él, cuando es la misma persona.

—Pero, ¿cómo no puede reconocerte? —pregunto curioso.

—Porque cuando la secuestré tenía una máscara que me cubría el rostro y cambiaba la voz cada vez que me dirigía a ella.

—Cualquier día, estos muchachos me van a provocar un ataque al corazón. —Se persigna el cura elevando los ojos al techo y rezando con sus dedos entrelazados.

—¿La secuestraste? —interrogo riendo.

—Sí, quería un rescate por ella. Tenemos que comer y comprar armas, capitán. ¿Cómo crees que nos financiamos? Pero en mis planes no entraba enamorarme de ella.

—¡Es que es tan romántico! —expresa María con actitud tierna. Me encanta verla así—. ¿Y ella cómo es, Joaquín? Estoy deseando conocerla.

—Tan hermosa como una puesta de sol en la playa. Sus labios son carnosos y sabrosos. Sus ojos almendrados son del color de la miel. Su pelo largo y negro es tan suave que no dejo de pensar cuándo volveré a olerlos o a acariciarlos. Sus pechos son…

—¡Basta, hombre, basta! ¡Tantas explicaciones ni detalles! —interrumpe el cura exaltado —. ¡Qué poca falta de respeto hacia esa joven inocente!

—¿Habéis intimado, Joaquín? —María es más curiosa que yo.

—Sí. —afirma el bandolero mirando al sacerdote—. Lo siento, padre. Octavo mandamiento: no mentirás.

—El sexto: no cometerás actos impuros. El noveno: no consentirás pensamientos ni deseos impuros, y el décimo: No codiciarás los bienes ajenos —expone el párroco de forma severa.

—Padre, el amor no es impureza en ninguno de los sentidos y las mujeres no somos bienes, ni propios ni ajenos.

Aplaudo la respuesta de María.

¿Cómo puede ser católica e ir a misa si todo lo que dice y piensa va en contra de las reglas de la Iglesia? Adoro la forma de ser que tiene María.

De pronto, la conversación es interrumpida por el sonido de una guitarra acompañada por

unas palmas. Me giro y veo a cinco personas que entran alegres en la habitación. Comienzan a cantar y una joven baila tocando unas castañuelas.

María ríe, se levanta impetuosa y sin vergüenza, baila junto a la otra joven. Lo hace muy bien, su risa penetra en mi cabeza y ese sonido es más rítmico que la propia guitarra. La observo sorprendido y absorto. Su movimiento de manos es cautivante y cuando se levanta la falda de su vestido, mostrando sus piernas esbeltas… Creo que estoy próximo a un ataque al corazón.

El sacerdote parece disfrutar del espectáculo, sus manos también se transforman en palmas. Joaquín acompasa con pequeños golpes de nudillos de sus dedos sobre la mesa. ¡Así que este es el famoso folklore de España! Pues me encanta. Transmite tanta alegría y arraigo que me dan ganas de bailar. Mi hermana estaría encantada de ver esta magnífica actuación.

La preocupación me invade, por mi parte todo es falso, tengo tantas cosas guardadas que me siento un traidor hacia María, no se lo merece.

Tras despedir a Joaquín, a sus acompañantes y al padre José, María y yo nos quedamos a solas en el salón. Apuramos la copa. Ella está más alegre que de costumbre, quizás sea por la bebida.

Sigue zapateando como esa gitana que nos deleitó con su baile, se tambalea y ríe cuando tropieza con la mesa. Da un generoso sorbo acabando el vino de su vaso. Lo deja sobre la mesa y me mira. ¡Uf, esa mirada!

Viene hacia mí intentando andar recta, no puede, si supiera lo extraordinaria que se ve así. Coge mis manos que arden por tocarla, las suyas están frescas por el sudor.

Reclama levantarme y, de pie, tararea una canción mientras se balancea bailando, me arrastra con ella y la sigo.

Nuestros cuerpos se tocan, siento como si por cada roce se encendiera una hoguera, me quemo por ella. Se deja caer sobre mí, eleva su rostro y me sonríe pícara. Es lo que me faltaba para explotar. Nos fundimos en un beso apasionado, incitando a más.

—¿Subimos al dormitorio o quieres bailar?

Me apetece bailar, aunque me apetece más estar con ella en el dormitorio. No contesto, simplemente tomo su mano y la guío hasta su dormitorio. Está iluminado con pocas velas, lo suficiente para no tropezar.

No pierdo el tiempo y comienzo a desnudarla. ¿En serio toda la fila de botones de la parte trasera del vestido hay que desabrochar? Mi paciencia tiene un límite, ya lo he sobrepasado.

Me parece muy sensual desnudarla, ver cada parte de su cuerpo sin ropa es demasiado para mí.

Aguanto, trago saliva, me contengo.

Baila completamente desnuda para mí y yo estoy enteramente excitado por ella.

—Odio este uniforme.

Su voz pastosa me indica que está deseando desnudarme, en adelante tendré en cuenta sus gustos y procuraré llegar vestido con otra ropa que no sea el uniforme.

Mi casaca vuela por los aires, algunas velas se bambolean y casi se apagan. Sus manos urgentes se deshacen de mi camisa, mientras que las mías lo hacen de mi pantalón.

Caemos en la cama entre risas, María se arquea. Mis manos dibujan despacio su silueta, su piel brilla aun con la poca luz en la habitación. Es perfecta. Fascinado e hipnotizado observo cada palmo de su cuerpo.

Mi lengua recorre cada rincón de María, me entretengo en zonas donde sé que ella disfruta más: su cuello, sus pechos y su entrepierna. Gime mi nombre tantas veces que se queda ronca.

Adentrarme en ella es fácil y excitante. Mis movimientos salvajes la llevan de nuevo a gritar, es extraordinario verla llegar al orgasmo. Me provoca que yo también eyacule.

Nuestras respiraciones van volviendo a la normalidad, María está entrelazada de piernas y brazos sobre mi cuerpo, dejando su cabeza apoyada sobre mi corazón que todavía late con brío.

—¿Cómo se llaman estos espasmos que tengo? Es una mezcla de furia y de ardor.

—Hace como unos diez años empezaron a llamarlo orgasmo.

—¿Tú has tenido muchos orgasmos, Alain?

—Ninguno tan maravilloso como contigo.

—Seguro que se lo dirás a todas las mujeres.

—No creas que mi vida sexual es tan amplia.

—Cuenta… cuenta… me interesa.

He despertado la curiosidad de María, apoya la barbilla sobre mi pecho y me mira expectante, esperando mi respuesta. Dudo en contarle la verdad, pero no es justo mentirle.

—Estoy casado.

Su sonrisa va desapareciendo lentamente. Sus ojos dejan de brillar y de transmitir esa alegría innata de ella.

Me arrepiento de haberlo dicho, debí mantener mi boca cerrada; de todas formas, pronto me marcharé y no volveremos a vernos jamás.

—¿Cuándo pensabas —traga saliva con dificultad, su voz se quiebra— … decírmelo?

No está enfadada pero sí triste. Permanezco callado mirando al techo, de mis ojos salen lágrimas sin querer. No me gusta hacerle daño, no a María.

—No lo sé… nunca.

—¿Cómo se llama?

—Lotti.

Es un silencio incómodo que dura demasiado. Quiero que hable, que grite si es necesario, porque ver a María seria y abatida es muy desagradable y doloroso.

Tengo ganas de llorar, de dejarla ir, de clavarme un puñal en el pecho y dejar de existir.

María se ha convertido en la persona más importante de mi vida, pero de una vida que no me pertenece vivir.

Su mirada no está puesta en mí, mira hacia la puerta. Sigue callada y sorprendida. Mis ojos se desvían hacia su mirada perdida. Me parece ver la silueta de un hombre. María se incorpora tapándose con las sábanas blancas.

—Estoy tan borracha que veo a Eugenio apoyado en la puerta.

Pues estaremos los dos borrachos, porque yo también veo a un hombre perfectamente bien, aunque no sé si es su esposo.

—¿María?

—¿Eugenio?

Incrédulo y sorprendido, la figura del supuesto Eugenio desaparece. Ahora sí que he perdido a María para siempre.



CAPÍTULO 33

MARÍA.

¿De verdad es Eugenio o son imaginaciones mías? Miro a Alain, está petrificado al igual que yo. Su estado de casado ya no importa.

Me levanto y me pongo la bata, tengo que comprobar que es una ilusión mía que Eugenio haya vuelto.

Alain se viste con rapidez, pero ya estoy cruzando la puerta. Las piernas me tiemblan, la débil luz de un candelero se va perdiendo conforme se aleja escaleras abajo.

Siento miedo, aunque sé que Eugenio no me haría daño. Lo mismo no es él. No volveré a beber más vino. Lo juro por Dios.

Sigo a esa luz que se dirige hacia el saloncito, Alain está a mi lado. Coge mi mano y la aprieta para darme fuerzas.

—¿Tú has visto lo mismo que yo? ¿Crees en fantasmas?

—María, no era un fantasma. Era un hombre real de carne y huesos.

—¡Oh, Eugenio!

Suelto su mano y corro hacia el saloncito, la luz está quieta y al entrar me encuentro a mi esposo sirviéndose una copa de *whisky*.

Mis ojos no pueden abrirse más, golpeo mis mejillas para comprobar que estoy despierta.

No creo que lo que estoy viendo.

—María, soy yo, Eugenio. Deja de golpearte, te vas a hacer daño.

No puedo hablar. Alain llega por detrás y me abraza. Sentirlo me da valor.

—¿Podría hablar un momento con mi esposa, capitán Meyer?

—¿Me conoce?

—Por supuesto, llevo días en el pueblo. Todos saben de sus revolcones con mi esposa.

—Eugenio, no hables así, por favor. ¡Pensé que estabas muerto!

—Capitán…

Alain sale no sin antes murmurarme al oído que estará en el pasillo. No sé a qué voy a enfrentarme, si Eugenio estará enfadado o si comprenderá mi situación.

—¿Quieres? —Me ofrece una copa de *whisky*, debería aceptarla para asimilar lo que está pasando. En cambio, niego. Prefiero estar sobria—. Mi querida esposa, estás más hermosa que antes.

—Eugenio…

—Déjame hablar primero. ¿Qué haces con ese maldito francés cuando supuestamente a mí me había asesinado uno de ellos?

—Yo… al principio… tomé venganza. Los atraía y los arrojaba al pozo del patio.

Mi voz se rompe, al igual que yo, que me siento en un sillón llorando. No comprendo nada. ¿Qué hace él aquí? ¿No estaba muerto?

—¿Matabas franceses?

—Sí, no lo dudé. Tenía que vengarte. Pero, ¿cómo es que estás aquí?

—¿Y por qué no has acabado con la vida de ese capitán, María?

—Porque… porque… no pude.

—¿Te has enamorado de él? —asiento en silencio. Su voz ha cambiado, parece más dura.

Eugenio se acerca a mí, se sienta a mi lado y coge mis manos. Las suyas están cálidas y no frías como la de los muertos. Repaso con atención su rostro, tiene una pequeña cicatriz en su ceja izquierda.

Quiero tocarla para ver si también es real. No puedo moverme.

—Siento haberme presentado así, de manera tan brusca. Debí hacerlo por la mañana con luz del día, pero es peligroso.

—¿Por qué es peligroso?

—Todo está revuelto, apenas reconozco al tranquilo pueblo que dejé cuando me marché. El padre José me ha puesto al corriente. ¿Él sabe de tu idilio con el *franchute*?

Afirmo con la cabeza, mis ojos están llenos de lágrimas que se esparcen por mis mejillas. No soporto que insulten a Alain.

—¿Desde cuándo estás aquí? ¿Dónde te hospedas?

No sé de dónde saco mis preguntas, aún estoy asimilando que mi esposo ha regresado.

—Hace cuatro días. En la casa de campo de tus padres.

—¡No me han dicho nada! Se quedarían petrificados al verte. Es imposible que estés aquí —murmuro incrédula.

—No estoy aquí para cuestionarte, he venido para saber de ti. No podía ponerme en contacto contigo; lo pensé y lo intenté muchas veces, no pude.

—¿Por qué?

—María, estuve muy enfermo, a punto de morir. Una mujer me cuidó durante meses. Pude recuperarme y… la conocí bien.

—¿Me quieres decir que te has enamorado de ella?

—Sí, pero oficialmente estoy muerto y tú eres viuda. —Traga saliva dejando unos segundos de respiro—. Éramos amigos, nos queríamos como amigos. Lo comprendí cuando conocí a Berta. Lo que siento por ella jamás lo sentí por ti. Te aprecio muchísimo, pero no como esposa.

—Te entiendo.

Y perfectamente bien, porque yo no sentía por él las cosas que siento por Alain. Sí, nos queríamos como lo que éramos, amigos. Lo que echaba de menos era su amistad, no su amor, porque no lo había, no ese amor que describen los poemas.

—Te quiero, mi gatita.

Me echo a llorar, así me llamaba antes de partir a la guerra. Él me abraza, sentirlo de nuevo es agradable. Mi corazón está emocionado de saber que mi esposo está vivo.

Rodeo su cuello y me desahogo en su chaqueta de tela rasposa. No viste como antes, con sus finas ropas, ahora lleva vestimenta normal, del pueblo.

—Te he echado de menos. Berta quería conocerte, pero en su estado no quiero que viaje desde tan lejos y no me perdonaría que le pasara algo.

—¿Quieres decirme que está encinta?

—Sí, faltan poco más de dos meses para que nazca nuestro bebé.

—¡Oh, Eugenio, me alegro tanto por ti! Yo no podría…

—Shss… ese hombre te quiere igual que si le dieras veinte mil hijos.

Río mientras las lágrimas corren por mis mejillas. Todo hombre quiere tener hijos, Alain no va a ser menos, además… él está casado. Al instante paso de la pena y del llanto a la furia. Me levanto bajo la atenta mirada de mi esposo difunto no muerto, ¿parece gracioso? Pues sí, lo es. Lo que no me pasa a mí, no le pasa a nadie.

Salgo del saloncito. Alain está apoyado sobre la pared de enfrente del pasillo, tiene los brazos cruzados y su cara refleja angustia y preocupación. Me detengo frente a sus narices, mis manos en la cintura, como si fuera una jarra.

—¡Eres un mentiroso! ¿Por qué no fuiste sincero desde el principio? ¿Tienes hijos?

—María, deja de gritar. Entremos en el saloncito y hablemos como personas civilizadas —susurra mi esposo.

—¡Me lo dice un muerto! ¡Ja! ¡Esto es de locos… de locos!

Pero Eugenio me guía hasta la estancia, Alain nos sigue en silencio. No volveré a fiarme jamás de un francés, ni de… ningún hombre.

Mi esposo cierra la puerta, sirve un *whisky* para Alain; sin embargo, se lo arrebato cuando pasa por mi lado. El juramento de no beber lo dejo para otro momento. Lo bebo de un sorbo. Sí, seguid mirándome así de sorprendidos, me lo merezco y me lo voy a beber.

Le sirve otro y los tres nos sentamos. Alain está lejos de mí, Eugenio se sienta a mi lado. Da un pequeño sorbo al líquido ambarino y suelta un sonoro resoplo.

—¡Qué gracioso! Mi difunto esposo y mi amante en cuerpos presentes, vivitos y coleando. ¡Y no hay trifulcas entre ellos! Impresionante.

—Capitán, María tiene que saber su verdad, ¿no cree?

—Eso… eso… que tú tanto querer saber de mi vida y yo de la tuya poco.

Alain no nos mira, sus ojos están fijos en su vaso. Su rostro serio, más de lo que nunca ha estado. Aprieta sus labios como si no quisiera hablar. ¿Por qué tarda tanto en dar explicaciones? Su rostro se contrae, quizás le duela hablar de su esposa, de su familia. Suelta una larga respiración y me mira directamente.

—Éramos amigos desde pequeños, no le gustaba montar a caballo y la obligué. El animal se asustó y ella cayó, tenía solo dieciocho años. Tenía que cumplir con mi deber, quedó inválida, ningún hombre querría casarse con ella. Así que nos casamos. No tenemos hijos. No sabemos quién de los dos no puede o porque todos los astros se alinean para que no seamos padres.

—Alain, lo siento —digo apenada. ¡Cuánto lo entiendo! Eugenio y yo nos miramos, los dos matrimonios en la misma situación.

—¿Qué va a pasar con María? —pregunta mi esposo severo.

—Tengo que volver a casa, mi familia y… Lotti, me espera.

Cuatro ojos me miran y yo no sé dónde poner los míos. Nerviosa me muerdo el labio, me retuerzo las manos arrugando mi bata de satén.

—Juro que lo que más amo en mi vida es a María, pero tengo otra vida.

—Alain, sabíamos que esto tarde o temprano, iba a ocurrir. Nuestros sentimientos han surgido sin quererlo ni pretenderlo. ¿Qué vamos a hacer, Eugenio?

—Nadie sabe que he vuelto ni que estoy vivo, solo tus padres y el sacerdote. Regresaré a Zaragoza, todo seguirá como antes. No quiero nada de mi patrimonio, todo te pertenece como mi viuda. Berta es de familia acomodada, no nos faltará de nada. Me marcharé mañana al caer la noche.

—¿Y tus padres? ¿Y Patrick?

—Te dejaré una carta para ellos. Algún día volveré para que conozcan a mi nueva familia.

—¡No puedes estar casado con dos mujeres a la vez!

—Conocí a un hombre de Albacete, estaba soltero y tomé su nombre cuando murió. Ahora soy Alberto Núñez García.

—¡Ni Shakespeare tendría tanta imaginación para escribir una historia así! —bromeo entre lágrimas.

Abrazo a Eugenio, ahora es Alberto, apenas un desconocido. No lo reconozco, es como si otra alma se hubiera reencarnado en el cuerpo de mi esposo. Está algo más delgado que cuando se fue, nunca se dejó la barba y ahora la lleva.

Sus ojos están rodeados de ojeras y arrugas; sin embargo, lo veo muy feliz.

Que Dios te bendiga Alberto Núñez García. Descanses en paz Eugenio Giménez Ronda.



CAPÍTULO 34

ALAIN.

Parece sacado de un libro. Pero ante mí está el esposo de María. ¿Dónde me deja a mí en esta historia? Ellos hablan y al verlos así me entran unos celos que me gustaría regresarlo al mundo de los muertos.

Existe tanta complicidad entre ellos, la que nunca he tenido yo con Lotti. Aunque con María sí la he sentido.

No quería explicar nada de mi matrimonio porque sé que perdería a María para siempre. De hecho, ya la he perdido o nunca la he tenido. Tampoco nos pertenecemos.

Todo ha sido un dulce y maravilloso espejismo.

Saber que Eugenio, llamado ahora Alberto, regresará a lo que llama hogar junto con otra mujer, me entristece por María.

Va a quedarse sola.

Ella insiste en que la independencia de ser viuda le gusta y quiere seguir estando así.

Charlamos durante toda la noche, nos sinceramos los tres, hablamos como si fuéramos amigos desde siempre.

El esposo de María parece buena persona y me pone al día del país. Vamos perdiendo.

Ojalá termine todo de una vez, aunque eso signifique marcharme a Francia. De todas formas, el nuevo capitán ha llegado a nuestro campamento.

Para mi desgracia, tengo las horas contadas aquí, en El Arahal.

Aporrean la puerta incesantemente, Eugenio se preocupa, creen que lo han visto. María decide abrir la puerta y yo me escondo tras el portón grande de madera maciza por si necesitase de mi ayuda.

—¡Antoñito! ¿Qué haces aquí?

Entra un joven de poco más de doce años que se asombra al verme, me mira de pies a cabeza y su gesto de disgusto en la cara, no lo disimula. Pero se dirige a María preocupado y alterado.

—¡Los franceses! ¡Están atacando la casa de los señores!

—¿La casa de campo? ¿Mis padres están bien?

—Estamos resistiendo como podemos. Han venido un grupo de guerrilleros, no sabemos cuánto tiempo se podrán soportar los ataques.

—¡Malditos franceses! —escupe María con desagrado.

Entonces recuerdo que ella confesó a su esposo que arrojaba a franceses en el pozo de su patio.

Por eso se comportaba tan extraña cada vez que Emilia o yo nos acercábamos a él. Todo tiene una explicación en esta vida.

María corre escaleras arriba, la sigo y Eugenio también. La vemos vestirse, no tiene temor ante ninguno de los dos, ambos la hemos visto así, desnuda como vino al mundo.

Se coloca su traje y sus botas de montar. Yo me visto en un santiamén viendo cómo María esconde una pistola en su bota alta.

Iré con ella se ponga como se ponga. Sus padres corren peligro, podrían morir. Lo mismo ya lo están, rezo porque no lo estén.

La casa de campo está a casi media hora a caballo y cabalgando veloz como lo estamos haciendo. Escuchamos incesantes disparos, no paran. María está cada vez más nerviosa, tensa y furiosa. Grita sin cesar, maldiciendo e insultando a los franceses.

Está amaneciendo y eso nos hace ir más rápidos. Paquito nos guía por un atajo y aparecemos por detrás del cortijo. Nos bajamos de los caballos dejándolos en la cuadra, con precaución avanzamos por si nos encontramos alguno de mis hombres.

Un hombre bien vestido y algo mayor enfunda una escopeta, sus ojos son como los de un águila, sé que va a disparar a cualquier cosa que se mueva. Nos ocultamos tras la amplia pared de la casa, poco a poco adelantamos terreno.

—Voy a cruzar hasta aquel matorral, no vemos bien desde aquí, cubridme.

Es mi orden y todos asienten. Me arrastro por el suelo como una serpiente, desde lejos puedo ver los centelleantes disparos. Están cerca de la casa. Ya es casi de día, reconozco a uno de los hombres de Joaquín, me levanto y silbo para que me vea.

Un disparo a corta distancia. Me quema el hombro izquierdo y chillo de dolor. La manga de mi uniforme se tiñe de rojo. Me siento cada vez más débil. Caigo al suelo.

—¡No, padre! ¡Él no es francés!

El grito de María lo escucho lejano. Una mano presiona sobre mi hombro y me dan de beber. Abro los ojos y es Eugenio quien me atiende.

—¿Estás bien? —asiento sin hablar—. La herida es superficial. ¿Puedes disparar?

—Sí, solo ha sido un pequeño desvanecimiento. No perdamos tiempo con mi brazo, hay que seguir. —confirmo levantándome.

—Perfecto, porque los franceses están arrinconando a los guerrilleros. No hay tiempo que perder.

Temo por María, está detrás de un carruaje disparando como un valiente soldado, no tiene miedo. Me mira y me sonríe. Esa sonrisa es lo que necesitaba para recuperarme y poder seguir defendiendo la casa de sus padres. Entonces, me doy cuenta de que quiero a María más de lo que

creía.

Escucho «retirada» en francés. Se han dado por vencidos. Respiro aliviado. El hombro me duele cada vez más, ya casi es insoportable. Hacemos recuento de las bajas: ocho españoles y quince franceses.

El líquido quema más que la propia bala al rozar mi hombro. Grito y no puedo hablar, tengo una mordaza en la boca. Abro los ojos y María está a mi lado, cogiendo una de mis manos apretándola con fuerza. No sabía que había perdido la consciencia.

—Shsss… todo está bien, Alain. Tranquilo. ¿Quieres beber *whisky*?

No puedo hablar, afirmo con la cabeza que la dejo caer sobre algo duro, pero no es el suelo, creo que estoy tendido sobre una mesa. Ella quita la mordaza y me da de beber un generoso trago. Apacigua un poco el dolor.

—Mira que enredarte con un francés. ¡Es inconcebible!

Esa voz de hombre no la reconozco. ¿De quién será?

—Padre, suficiente. Ha demostrado que es un buen hombre.

¡Esta es mi María!

No sé si la conversación se acaba o es mi mente la que no quiere escuchar. Todo está en silencio y los ojos se me cierran. Sin embargo, vuelvo a escuchar pasos y susurros.

—Alain, no te había visto esta cicatriz en el costado.

María toca mi piel cicatrizada, el solo contacto de sus dedos me reaviva. Reconozco su tacto hasta medio moribundo.

—¿Y cómo has de ver una herida en su costado? —pregunta una voz de mujer.

—Madre, tengo veinticuatro años y supuestamente soy viuda. Tengo derecho a hacer mi vida como me plazca y con quien quiera.

—Hay que lavarlo para que no se infecte, esperemos que no tenga fiebre.

Eugenio es quien me está curando la herida, parece que tiene conocimientos de medicina, la guerra te hace aprender y valorar muchas cosas que parecen insignificantes y no lo son, la supervivencia es una de ellas.

—Yo lo lavaré. Que traigan agua caliente y paños.

—¡Ah, no! En mi casa existe la decencia y tú no vas a hacer eso. Que lo haga Eugenio o este hombrecillo.

—¡Madre! ¡He dicho que no! Salid todos fuera, Eugenio me ayudará. Manuel coméntale lo sucedido al jefe.

—¿Qué jefe? ¿Y estos hombres de dónde han salido? María, nos vas a matar a disgustos.

—Padre, es largo de explicar. En otro momento.

María acaricia mi rostro, levanto los párpados que se me cierran sin querer. Su sonrisa me

alienta, quiero seguir viviendo para estar siempre a su lado. Pero tengo otro problema: mi esposa Lotti.

¿En qué encrucijada estoy metido? ¿Cómo voy a salir de esta? ¿Cómo voy a vivir con mi mujer si a la que quiero estará tan lejos de mí que jamás volveré a verla?

Ahora mismo, aquí y ahora, desearía morir.

Me encuentro algo mareado y me siento asqueado. La comodidad de la cama y su olor a limpio me impiden abrir los ojos, pues deseo seguir durmiendo más tiempo. Una mano se posa en mi frente y se escucha un resoplo de alivio.

—Estás mejor, ya pasó.

Reconocería esa voz hasta en el infierno. Es dulce y me tranquiliza su tono sereno. Coloca bien la almohada tras mi cabeza y siento sus labios posarse sobre mi frente. Intento sonreír. Abro los ojos para verla.

—Eso es, estás más guapo cuando sonríes.

—¿Cuánto tiempo llevo así?

—Seis días. Gracias a la curandera del campamento de Joaquín, la fiebre y la infección no han ido a más.

—¿Seis días?

Intento incorporarme, pero María me lo impide, tiene más fuerza que la tira de veinte caballos. Mi debilidad también influye a dejarme caer sobre la cama.

Se sienta sobre el borde del lecho y no deja de mirarme. Las bolas de sus ojos no paran y se mueven constantemente, delatan que está nerviosa.

—María, ¿qué quisiste decir con tirar a los soldados al pozo?

—Puestos a ser sinceros… —respira profundo y expulsa el aire con lentitud—, yo hice desaparecer a tus hombres. Los seducía y me los llevaba al pozo donde los arrojaba.

Me sorprende su temple, lo dice de una manera como que arrojar personas a un pozo fuera normal, a ese pozo de los secretos. No la culpo, no soy nadie para juzgarla puesto que yo también he matado a personas.

—¿No dices nada? He aclarado el misterio de las desapariciones de tu división o como se llame. ¡Soy una asesina, Alain!

—Nadie tiene porqué saberlo. Y no, no eres una asesina, eres una mujer formidable y valiente que lucha por sus convicciones y por la libertad de su país. ¿Quién va a juzgarte por defenderte?

—Alain, tengo miedo. Ahora más que nunca.

—¿Miedo? ¿Tú? ¿Y por qué?

—Porque sé que pronto hemos de separarnos y no quiero. Porque tienes que volver al lado

de tu esposa.

Me deja sin palabras, impotente y pensando que yo siento lo mismo. Tengo miedo de marcharme y no volverla a ver nunca más. Porque tengo que regresar a mi hogar donde me espera mi esposa.

María se levanta, se limpia las lágrimas con sus manos, se aleja sin mirarme cerrando la puerta de la habitación y dejándome solo. Estoy dolorido y no precisamente por la herida, lo que me duele es el corazón.



CAPÍTULO 35

MARÍA.

No paro de recorrer mi habitación de un lado a otro. Alain ha regresado a su campamento y temo que pueda sufrir represalias por habernos ayudado a combatir a sus propios soldados. Llevo tres días sin verlo y no tengo noticias de él.

Aunque su herida sanó pronto, no saber de él es aún peor. No temo que se infecte, sin embargo, temo por su vida. Estos *franchutes* son muy vengativos, la sed de sangre se ve en sus rostros.

Joaquín me ha dicho que corren rumores de que el nuevo capitán ha llegado al pueblo. ¿Y si lo han apresado? Espero que no, porque juro que yo misma lo sacaré de allí, aunque tenga que matar a todos los *gabachos* acampados cerca del riachuelo.

Eugenio me conoce, sabe de mi desesperación, intenta apaciguarme sin éxito. Debería haberse marchado hace días y se ha quedado aquí para ver cómo escapará Alain de esto.

—María, ¿cuánto mide la habitación?

—Quince pasos de ancho y veinte de largo, ¿por?

—Que dejes de moverte, me estás mareando. Pareces una pulga saltando de un lado a otro.

—¿Y qué quieres que haga? No sé nada de él, nadie sabe de él.

—Joaquín ha mandado a dos de sus hombres para ver qué pasa. Tranquilízate, así no conseguirás nada excepto un buen ataque de ansiedad.

—Gracias por quedarte, Eugenio.

—Alberto.

—Tonterías, Alberto serás para Berta. ¡Qué gracioso, Alberto y Berta!

Cuando estoy nerviosa suelo ser algo insolente y mis bromas son pésimas, lo reconozco. Pero cuando me encuentro así, lo único que me distrae es ser sarcástica. Quizás sea porque quiero hacer daño a los demás porque yo estoy sufriendo.

Magda interrumpe nuestro principio de disputa, alterada entra y se detiene para poder respirar.

—El padre José quiere veros. Está en el saloncito.

Eugenio y yo corremos escaleras abajo. Entramos en la pequeña estancia como dos niños jugando a echarse una carrera.

—¿Y bien? Padre, no posponga más y diga lo que sea.

—Lo han detenido. Según me ha informado Manuel, está en una cárcel y lo…

—¿Lo qué…, padre? —que hable o lo estrangulo.

—Lo están torturando. Un cabo, Gastón Camps, lo ha delatado. Ha contado todo al nuevo capitán, un tal Charles François.

—¡Malas *puñalás* les den! ¡Hay que sacarlo de ahí! ¡Malditos *gabachos*!

Reunidos en mi casa: Joaquín, el cura, Eugenio y yo, decidimos cómo rescatar a Alain de la cárcel. Es complicado dicen.

No puedo llorar porque mi impotencia y mi furia son más fuertes que mi dolor. No estoy histérica, lo prometo, estoy rabiosa como una rata.

—Vestiré los hábitos de monja —propongo de repente.

—¿Qué dices, hija? ¿A estas alturas quieres ser monja?

—No, padre. Iré con usted a la cárcel y así podré verlo.

—María, no es la solución para sacarlo de allí. Sí para que lo veas, pero es demasiado peligroso. Podrían reconocerte. —Joaquín se pasea sigiloso por la habitación sin dejar de pensar, parece un león enjaulado—. Pediremos ayuda al pueblo. Ellos que entretengan a los franceses con una pequeña revuelta y mientras mi gente se hará cargo del rescate.

—Me parece buena estrategia. —Eugenio se levanta del sillón y se sirve otra copa. No es el mismo de antaño, este es más decidido—. Yo os esperaré en el cerro de *Malajuncia*. De allí partiremos hacia el norte.

Las lágrimas se agolpan y necesitan salir. De manera brusca caigo en el diván, Eugenio se sienta a mi lado y me abraza. Trata de tranquilizarme con caricias suaves y palabras reconfortantes. Sí, todo saldrá bien.

Aun no puedo creer que esté abrazando a mi marido, ese al que creía difunto y al que juré vengarme por su muerte. Corroboro que el aprecio que sentía por él todavía lo siento.

—Saldrá bien, ¿verdad, Eugenio?

—Sí, por supuesto. Y llámame Alberto, que no te entra en esa cabezota que tienes.

Su broma me hace reír, estoy cansada y cierro los ojos dejándome abrazar por él. Me sugiere en un susurro que descanse para que cuando esta noche se lleve a cabo el plan, yo esté perfecta y pueda despedirme de Alain.

Para nada es mi intención retirarme a mi habitación. Escucho el plan: los hombres de Joaquín ya se están movilizando para proponer la revuelta al pueblo. Tengo miedo a que se nieguen. No puedo pensar en otra cosa que no sea Alain.

Desearía estar con él y aliviar su dolor. ¿Cuánto estará pasando? Su misma gente es la que lo está torturando. ¡No les saliera la escarlatina, la fiebre amarilla o la viruela a todos ellos!

El plan queda tramado: Joaquín irá en busca de más de sus hombres para atacar al campamento y otros tantos sacarán a Alain de la cárcel. La gente del pueblo no correrá peligro,

solo harán una pequeña interpretación de alzada con bieldos y hoces para distraer a los malditos franceses.

Joaquín traerá ropa suya para Alain, casi tienen la misma forma corporal, para que pueda cambiarse una vez sacado de la prisión. Eugenio, insiste en que lo llame Alberto, se retira para preparar un carro con provisiones para el largo viaje.

El padre José se marcha para hablar con nuestros vecinos para actuar esta noche. Y yo, yo me quedo en casa —obligada, todo hay que decirlo— royéndome las uñas con la incertidumbre de si Alain podrá salir de allí o no. Una corazonada me dice que sí, que confíe en Joaquín, en Eugenio, en el cura y en el pueblo.

—Vaya caminito que estás haciendo, María. ¿Quieres quedarte quieta? ¡Me estás poniendo de los nervios!

—Albertito, déjame en paz si no quieres que pague contigo mis nervios.

—No lo verás antes ni sabrás de él porque te muevas de un lado a otro del terreno fangoso. Apenas se ve y podrías caer en una zanja.

—¿Ahora te preocupas por mi estado? ¡He estado años sin saber de ti, pensando que estabas muerto!

—Venga, reprocha y desahoga tu excitación.

—¡Para excitación estoy yo!

Mi respuesta hace gracia a Eugenio y suelta unas sonoras carcajadas. ¡Hombres!

—¿Cómo es tu capitán en la cama?

—Orgg… ¿de verdad me preguntas eso en estas circunstancias?

—Bueno, en algo hay que matar el tiempo. Una cosa que me ha enseñado esta maldita guerra es a tener paciencia.

—¿Y Berta cómo es en la cama? —ironizo ladeando mi boca en una pícara sonrisa—. ¿Es como yo o más… atrevida?

—Odias las comparaciones y no es cuestión de ser más o menos, sino los sentimientos hacia la persona.

—Tienes razón —suspiro soltando el aire con ganas—, ha sido una broma pésima.

—Calla.

—Tú eras el que querías hablar y yo…

—¡Calla! Creo escuchar una carreta.

—¡Qué oído tienes! —callo un instante e intento reconocer algún ruido—. Es solo un búho.

—¡No! ¡Por allí vienen!

Mi corazón late sin tregua con fuertes golpes, como si me fuera a estallar. Sí, escucho el galope de caballos y el sonido de las ruedas de un carro. ¡Alain! Eugenio salta del carruaje y ata

las riendas en el tronco de un olivo. Me abraza, me reconforta. Se está despidiendo de mí para siempre, o al menos, para un larguísimo tiempo.

—María, siempre has sido una mujer extraordinaria. Te querré siempre. Algún día vendremos a verte.

—¿Por qué me dices eso ahora?

—Porque en cuanto lleguen, tú solo tendrás palabras y pensamientos para el capitán. Aprovecha esos instantes con él.

Rompo a llorar, la inquietud se ha convertido en pena y dolor porque no volveré a ver jamás a Alain, tiene que regresar a su hogar, junto a su esposa. A escasos metros de nosotros, Joaquín grita que nos preparemos. Eugenio me besa en los labios. Es un beso suave lleno de ternura de un buen amigo.

—Te quiero muchísimo, María.

—Y yo a ti, Eugenio, porque siempre serás mi Eugenio.

Una docena de jinetes acompañan la carreta donde viene Alain. Corro hacia ellos para recortar distancias y poder verlo antes. Pero no se detienen hasta llegar a donde Eugenio se está preparando para la marcha.

Joaquín se baja del caballo aun al trote, ¡qué poderío tiene este hombre! No sé por qué, Lucía se hace rogar, un ejemplar así es para tenerlo todas las noches junto a una.

Al final, caerá rendida a sus pies, no cabe otra. Es apuesto, inteligente y valiente, ¿cómo no prendarse de él?

El carro se detiene y lo rodeo para ver a Alain, ese hombre que a mí me ha robado el corazón y que caí rendida a sus pies.

Unas antorchas llevadas por los hombres de Joaquín iluminan el lugar.

Entonces veo a Alain, su rostro completamente ensangrentado y sus ropas hechas jirones. Exploto de dolor y rabia por verlo así.

—¡Oh, Alain! ¿Qué te han hecho esos malnacidos?

—María…

Apenas puede hablar, no me importa, lo haré yo. Mis manos tiemblan, aun así, enmarcan su rostro lleno de sangre y suciedad.

¡Mi Alain!

—Todo está bien, Alain. Te pondrás bien.

—Tengo que irme.

—Lo sé y recuerda una cosa: que te quiero como nunca he querido a ningún hombre.

—Yo a ti más. Siempre estarás dentro de mí y jamás dejaré de pensar en ti, mi valiente María Beltrán.

Su susurro es doloroso y escucharlo tan débil hace que me duelan hasta las entrañas. Me da

igual la mirada atenta del cura, no me importan los hombres de alrededor y beso a Alain con la pasión que siempre he sentido hacia él.

Acaricio su rostro con mis dedos, con suavidad y ternura, por si siente algún dolor. No lo demuestra. Será la última vez que mis ojos lo vean, que mis manos lo toquen, que mis labios lo besen.

—Debemos marcharnos, nos seguían algunos soldados.

Joaquín rompe el momento mágico entre nosotros. Alain, mi hermoso e intrépido capitán francés. Lloro sin poder contenerme.

—Algún día esas lágrimas serán de felicidad. No me olvides nunca, María, porque desde la distancia sabré si me has olvidado o no.

Los hombres de Joaquín cambian a Alain de carro mientras yo merodeo alrededor de ellos, será la última vez que lo vea y no quiero perderlo de vista ni un momento. Aunque prefiero recordarlo como antes: gallardo, erguido y haciéndose el tonto por no entender el español. Río al recordar.

—Esta mujer está loca —susurra Joaquín divertido.

—*Je t'aime* —murmuro con mis labios pegados en los de Alain.

El carro se pone en marcha. Me separo para que emprenda el regreso a su casa. Eugenio se despide con la mano, al igual que Alain, que no puede con su cuerpo malherido. Hasta siempre mi francés barrigudo, cara de cerdo, tobado y ojos saltones como los sapos.

Se me parte el alma al verlo marchar. Sin él todo será distinto. ¿Cómo podré seguir viviendo tan lejos de él? ¿Cómo no recordar que pronto dormirá en brazos de otra mujer?

No es otra mujer, sino su mujer.



CAPÍTULO 36

ALAIN.

El regreso a casa ha sido un infierno, he estado a punto de morir durante el camino. Gracias a Eugenio que salvó mi vida. Me acompañó hasta la frontera, de allí ya recuperado, seguí solo con la carreta hasta llegar a mi hogar.

Le estaré eternamente agradecido.

Ahora, parado frente a la gran fachada de la casa de mis padres, pienso en estos años atrás. ¿Cómo estarán mis padres, mi hermana y Lotti?

Deseo entrar, por otra parte, regresar a España. Cada día que pasa, me acuerdo más y más de María.

Eda sale a la puerta, nos separan unos escalones para llegar a la amplia terraza. Está sorprendida de verme y se lleva las manos a su boca. Ha crecido mucho, ya es toda una mujer. Abro mis brazos para que venga a darme la bienvenida.

—¡Alain! ¡Alain ha vuelto!

Y baja como la chiquilla que yo dejé antes de partir, esa espontaneidad y alegría me recuerdan a María. Se me saltan las lágrimas al recordarla y al ver a mi hermana, son sentimientos muy extraños.

—¿Cómo está mi pequeña hermanita?

—¡Alain! ¡Te hemos echado tanto de menos!

—Y yo a vosotros.

Nos abrazamos y cierro los ojos para recordar que su olor es diferente, usa perfume de mujer. Sonrío. Ya es una mujer. Lo que no me gusta es su vestido negro. ¡Un momento! ¿Negro? ¿Luto? ¿Por quién?

Me separo de ella, en el rellano de la escalera está mi madre, también llevando luto. ¿Mi padre? Impaciente subo las escaleras y abrazo a la mujer que me dio la vida. Tiene el pelo más canoso, pero su aroma es el mismo, huele a madre.

—Madre.

—¡Hijo!

Llora desconsolada mientras la abrazo, quiero reconfortarla por la pérdida, pero ¿de qué pérdida?

Le doy un beso con toda la devoción que siento por ella, pues la adoro.

—Madre, ¿por qué lleváis luto? ¿Padre?

—No, hijo. Dios no lo quiera. Hace tres semanas falleció Lotti.

—¿Lotti? —pregunto asombrado y apenado.

—Entremos en casa, hablaremos dentro. ¿Quieres tomar o comer algo? Estás muy delgado.

Niego con la cabeza, en estos momentos no podría tomar ni un racimo de uvas.

—Han sido meses muy duros, madre. ¿Y padre?

—Dentro. Está enfadado contigo —cotillea en voz baja—, le llegaron noticias hace poco más de tres semanas.

No da tiempo a ponerme al corriente, mi padre sale a mi encuentro en el pasillo bajo el umbral del salón. Da una calada a su pipa y expulsa el humo. Su mirada está entre ira y repulsión.

—Porque estamos de luto por tu esposa difunta, de lo contrario, estarías lejos de esta casa. Eres un cobarde y un desertor. ¿No te da vergüenza? A mí me da asco llamarte hijo.

Sus palabras son tan hirientes como cuchillos, como balas, como cada latigazo que recibí en aquella mugrienta celda. Recordar el pasado es volver a pensar en María.

—Vayamos al despacho para hablar.

Propone mi madre con tono conciliador, está viendo cómo su marido y su hijo están a punto de enfrentarse en una dura discusión.

Mi padre entra el primero con esas zancadas de militar tajante, le sigue mi madre, mi hermana y yo que vamos abrazados. No dejo de besarla. Mi hermana, la niña de mis ojos. Mi madre, cautelosa y para que la servidumbre chismosa no se entere de nuestra conversación, cierra la puerta con cuidado.

Mi padre se sirve una copa con generosa cantidad de *brandy*. Mi madre ocupa un sillón junto al escritorio, donde mi padre se apoya en actitud rígida y se palpa la tensión, por su parte.

No soporto ver a mi madre tan afligida. Su aspecto ha cambiado, parece mucho más mayor. No puedo comprender su dolor como madre, pero sí entiendo el sufrimiento y el daño que conllevan las guerras.

—Desertor, eso fue lo que ponía en la carta de Dupont. ¿No te da vergüenza?

—No, padre, no me considero desertor. Usted no vio cómo violaban a las mujeres, cómo saqueaban iglesias y casas de gente humilde que apenas podían llevarse un trozo de pan a la boca.

—Eso ocurre en todas las guerras.

—Padre, deberíamos escuchar a Alain, quizás así podamos entender su versión.

Siempre he pensado que si la mujer gobernara el mundo no habría guerras, son mucho más sensatas que los hombres. Lo que más me duele es que mi padre no quiera escuchar de mi propia boca lo que sufrí en esa celda llena de ratas, cómo me torturaron los «nuestros». Apenas me daban de comer. Solo recibía golpes y vertían alcohol en mis heridas para que sufriera más.

Eso es lo que me enfurece.

—¿Es una explicación? ¿Me quiere dar lecciones de moralidad? ¿Quiénes somos nosotros para llegar a un lugar y hacer esas atrocidades? He visto con mis propios ojos cómo mataban a niños y ancianos a bocajarro.

¿De eso se trata la guerra? Me arrepiento de haberme alistado al ejército, todo por unas ideologías de un loco que quiere hacerse con el mundo y para que usted estuviera orgulloso de mí. ¡Me torturaron!

—¡Valiente orgullo tengo de ti! ¡Le debes lealtad a Francia! ¡A Napoleón y a su hermano! Y te torturaron porque eres un traidor.

Por mucho que grite mi padre, no me va a hacer cambiar de opinión; lo que he vivido no lo puede borrar por unas simples palabras de honor hacia alguien que no lo merece ni por sus planes maquiavélicos.

—Pensábamos que habías muerto —prosigue mi madre llorando—, no recibíamos noticias tuyas y el mismo día que Lotti murió, recibimos la carta.

—¿Cómo murió? ¿De qué?

—Al enterarse de que eras un prófugo… tomó algo y se quitó la vida. No sabemos cómo consiguió el veneno —aclara mi madre secándose las lágrimas.

Ahora entiendo a Joaquín, la única diferencia es que yo no amo a Lotti. Mi dolor es otro, me apena la pérdida de mi esposa, pero no de la mujer que amo.

—Nos estamos alejando del tema importante —protesta mi padre enfadado.

—Claro, para usted, lo más importante es el honor, las medallas. Yo tengo otras prioridades: mi dignidad.

—Pues entonces, no eres digno de vivir en esta casa. He dicho todo lo que tenía que decir.

—Perfecto, padre. Dicha su posición, he de decir la mía.

—¡No la quiero escuchar! Mañana antes del amanecer te quiero fuera de esta casa.

Altivo y prepotente sale del despacho con un sonoro y fuerte portazo, hasta los cuadros colgados en la pared se mueven por el impacto. Mi madre permanece callada y Eda me abraza.

—Conocí a una mujer, extraordinaria y valiente, intrépida como ninguna. Tiene más agallas que muchos soldados de mi división. Luchadora por sus convicciones. Me enamoré de ella como un loco, en cuanto la vi, el día de mi nombramiento como capitán.

Recordarla es doloroso, pero hablo orgulloso de ella, entonces me percato de que la quiero más que nunca, aunque esto llegue a separarme de mi familia. Al menos, de mi padre. Volvería a sufrir miles de torturas por parte de esos cobardes en esa celda de la prisión, con tal de volver a conocer a María.

—¡Alain! —expresa horrorizada mi madre.

—Sí, me duele reconocer que le fui infiel a mi esposa, pero me resistí en muchísimas

ocasiones, Dios lo sabe. Su desparpajo y su alegría eran cautivadoras. No pude contenerme.

—Y mientras Lotti, llorando por tu ausencia. ¿Cómo puedes enamorarte de una española? ¿Acaso no te hemos enseñado eso que tú acabas de llamar dignidad?

—Es que María no es una mujer corriente, madre. Ella es… única. He regresado dispuesto a seguir con mi matrimonio aun amándola con todo mi ser; de todas formas, entre Lotti y yo no había nada… marital.

—No digas esas cosas ante tu hermana.

—Madre, como si no supiese lo que ocurre en el lecho marital, leo novelas y…

—¿Cómo? ¡En adelante te prohíbo que leas esas indecentes novelas! Y yo creyendo que leías Historia. ¡Qué vergüenza!

—Madre, ¿por qué vivir tan reprimidos? —debato apoyando a Eda—. Hermanita, consigue un marido que te haga disfrutar en la cama tanto como en la vida cotidiana.

—¡Alain! ¿Qué le estás diciendo a tu hermana? ¡Solo tiene veinte años!

—Y a punto de encontrarle un marido adecuado, pero de fortuna, ¿no, madre? Lo importante en esta vida es la felicidad y si no se es feliz, ¿para qué vivir? Hazme caso, Eda, que sea un buen marido y un espléndido amante.

Mi hermana ríe sonrojada y avergonzada por mi consejo, uno muy bueno, por cierto.

Mi madre escandalizada, me mira advirtiéndome que deje el asunto zanjado. Me callo porque no quiero darle más disgustos.

Apiadado, me acuerdo de la que fue mi esposa, no fue feliz ni yo tampoco, pero nos llevábamos bien.

Lotti se sentía culpable por nuestro matrimonio, sé que ella sí estaba enamorada de mí, por mi parte lo intenté, fue inútil. Aunque no hubiera conocido a María, mis sentimientos hacia mi esposa, serían los mismos: aprecio.

—Me gustaría ir al cementerio donde Lotti descansa.

—Yo te acompañaré, hermanito.

Eda y yo nos levantamos y dados de la mano salimos del despacho, no se cansa de decirme que se alegra de verme y que durante un tiempo estuvieron muy preocupados por mí.

Y no saben de la misa la mitad, como suelen decir los españoles.

Todas las cartas que yo enviaba, se las leían a mi esposa. Lloraba cada vez que le dedicaba las mismas palabras: Lotti, gracias por tu compresión, espero que estés bien y te quiero mucho.

No eran las palabras que un hombre enamorado escribiría o dedicaría a su amada, para qué mentir, nunca le he ocultado mis sentimientos, pero intentaba que nuestros encuentros fueran los correctos, aunque Lotti en más de una ocasión en público, intentó ridiculizar nuestra relación.

Ya todo está en el recuerdo, no volveré a hablar con mi esposa ni tendré que fingir ante la

gente —por ella— que existía un matrimonio idílico.

No obstante, lo peor era cuando nos preguntaban el por qué no llegaba descendencia. La gente llega a ser muy cruel, y por eso, Lotti lloraba y sufría. Me dolía verla así.

—¿Cómo es?

El traqueteo del carruaje casi me deja dormido, me doy cuenta que mis ojos se abren. Eda me devuelve a la realidad.

Retiro el visillo de la ventanilla del coche y miro al exterior, ya casi hemos llegado. Suelto un respiro lento y profundo. Siento miedo, pena, dolor y rabia por no haberme despedido de mi esposa como Lotti se merecía.

—Alain, ¿cómo es ella?

—Supongo que te refieres a María. —afirma entusiasmada con un movimiento rápido de cabeza.

Mi boca se ladea en una sonrisa triste al recordarla. ¡La echo tanto de menos! Eda llama mi atención con un golpe de su bolsito.

—Es muy hermosa, sus ojos son del color chocolate. Su cabello es largo y ondulado, y cuando se lo recoge, se deja una onda aquí en este lado. —Se lo muestro y ella ríe haciendo unas pequeñas palmas sonoras—. Creo que os llevaríais bien. Es muy divertida.

Llegamos al cementerio, traspasamos las grandes rejas y el lugar es sombrío. Su soledad y frialdad una vez dentro contrastan con la del exterior. Bajamos del coche y Eda me guía cogidos del brazo ante la tumba de Lotti.

—¿Podría estar unos minutos a solas con ella?

—Claro, Alain, todo el tiempo que tú necesites. Te espero en el coche.

Me besa en la mejilla dejándome solo. Retengo el aire y lo expulso poco a poco, asimilando que Lotti está ahí, bajo esa fría lápida de mármol. Una impresionante cruz se alza sobre ella y leo el escrito: su nombre completo, fechas de nacimiento y de fallecimiento.

Suelto una respiración y sigo leyendo: *A nuestra querida hija Lotti, que murió por amor a su marido*.

Leerlo me escuece.

Respiro profundo y expulso el aire lento.

—Lotti, no tengo palabras para dedicarte. Te prometo que lo intenté todo, lo sabes. Quise ser un buen esposo, hice realidad todas las fantasías que tú me describías. Viajamos a París, a Viena y a Roma. Intenté estar a tu altura. Te lo merecías por ser como eras. Quiero agradecerte todos los años vividos conmigo, por aguantarme cuando a veces me emborrachaba y me reprochabas mi conducta.

»Seguro que sabes de María. Ninguno de los dos pudimos hacer nada por la atracción que sentíamos, y la quiero con desespero. Quiero agradecerte que me hayas liberado de estas cadenas

del matrimonio que desde el principio fue condenado al desastre, tú al fin conseguiste hacer lo que siempre me decías: quitarte la vida. Gracias querida Lotti, descansa en paz.

Me persigno, rezo un par de oraciones en su memoria y salgo del cementerio. Me subo al coche y Eda me mira preocupada.

—Todo bien, hermanita. Ambos estamos en paz.

Tras darme un buen baño, comer bien y descansar bastante. Me siento ante el escritorio de mi habitación. Necesito saber de María, a mi memoria se me vienen las palabras de Eugenio: «*No escribas a María durante un tiempo, tus compatriotas podrían coger represalias hacia ella y ni tú ni yo estaremos allí para defenderla*». Así que escribo a Emilia ya que a María no puedo, para que me haga saber.

Recuerdo todos los momentos vividos con María, esa entrada majestuosa en la casa de los Menjíbar, estaba radiante. Nuestro primer baile, que fue un desastre y río a carcajadas. Sus insultos. Sus palabras con doble sentido. Su olor. Sus besos. Sus caricias. Su cuerpo. Todo lo echo de menos.

Trato de hacer entender a mi padre sobre mi postura, hace lo de siempre cuando algo no le interesa: se levanta del sillón y se larga de la casa. Mi madre está preocupada porque nunca había visto a mi padre tan enfadado. Me recrimina a mí su actitud hosca.

Mi padre ha intentado echarme de casa como se propuso desde el principio, mi madre junto con mi hermana lo evitan. Así que, con sus influencias de antiguo general del ejército, han pasado por alto mi «pequeño» desliz contra Francia, acusándome de ser irracional por perder la cordura durante ese tiempo que estuve por Sevilla. De momento, todo está en calma.

Hace más de un mes que escribí a Emilia cuando recibo su respuesta. Con ansias abro la carta, mis ojos corren más que mi mente y leen con más rapidez hasta encontrar el nombre de María. Me resume que está más hermosa que antes, es feliz con sus cuatro pequeños adoptados y que tiene un perro que se llama Alain.

¿Tiene un perro al que ha llamado como a mí? ¡Qué agradable que te llamen como a un perro! Napoleón aprobó una ley que impedía que ningún animal se llamara como él, ¿por qué yo tengo que conformarme? Al menos, cada vez que llame al canino, se acordará de mí, o eso espero.

Sonrío nostálgico porque me gustaría estar con ella, me hice a vivir en aquel humilde pueblo y echo de menos las *rebanás* de pan calentados en el carbón, porque allí hasta el pan sabía distinto.

Mis padres no comprenden mis sentimientos hacia María, me han presentado a varias jóvenes para volver a casarme. Anaïs me parece agradable y es bonita.

Mi padre y yo hemos llegado a un consenso entre ambas partes: olvidará todo si yo me

olvido de María, encuentro prometida y me caso. Eda está enfadada conmigo porque me reprocha que no lucho por María ni por mis sentimientos.

Si quiero bienestar en mi familia, he de encontrar una esposa. En el intento estoy, ninguna tiene una pizca de semejanza con María. Sin embargo, aquí sigo buscando candidata para mis segundas nupcias, aunque jamás la olvidaré.



EPÍLOGO

MARÍA.

Hoy hace un año que me despedí de Alain en este mismo lugar y a esta misma hora. Es como si regresara al pasado y por un momento me uniera de nuevo a él. Aunque el último beso fue con sabor a sangre, es inolvidable, porque estaba cargado de mucho amor.

Los días se me han pasado muy lentos, gracias a mis cuatro niños y a mi perro de raza podenco —que lo he llamado Alain—, se me hacen más llevaderos.

El padre José insiste en que hay que bautizar a los niños, primer sacramento de la Iglesia católica. Joaquín se ha ofrecido para ser su padrino, he de aceptar. Aunque un día, Alain dijo que él sería el padrino de los niños.

Como no volverá, Joaquín será un buen ejemplo a seguir.

Joaquín, el duro bandido enamorado hasta el último hueso de su esposa, que la raptó de nuevo y… una historia muy larga de contar con sus propias anécdotas y matices. Lo importante es que están juntos y felices. Lucía es una mujer espectacular en todos los aspectos. Hacen muy buena pareja.

De Emilia, hace poco recibí una carta donde se marchaba a vivir a Londres con su amante Brigitte, la esposa de un general francés. Casi le da un ataque al corazón a don Carlos Menjíbar, ese es su castigo por apoyar a los *gabachos* malnacidos.

Les deseo toda la felicidad del mundo. Y hace poco tiempo me enteré que Emilia daba información a Ballesteros sobre los movimientos de los franceses. Así que su padre la repudió más por eso que porque quería marcharse a otro lugar con Brigitte.

Por mis padres sé que «Alberto», por si alguien me escucha y lo dice, está muy feliz y ha sido padre de una hermosa niña a la que han llamado María.

Me enorgullece que mi difunt… nuevo amigo tenga este precioso detalle conmigo.

Patrick, ¡ay Patrick! De todas las mujeres del mundo y has venido a enamorarte de Ana, la hermana de Joaquín —por si no os acordáis de ella— que le pone mil zancadillas a mi amigo de la infancia para que su hermana se desenamore de él. Ya no recuerda todo lo que pasó con Lucía… la memoria Joaquín… la memoria.

Mis cuatro niños están estudiando, todos son muy aplicados y Dolores tiene un don especial, lee la mente de las personas o al menos acierta en todo lo que pensamos, es un peligro pasar por su lado.

Yo por si acaso, siempre tarareo una canción, no vaya a ser que esté recordando uno de

los momentos íntimos pasados con Alain y la criatura lo visualice.

¡Qué vergüenza! ¡Que Dios me pille confesada! Andar con pies de plomo es poco para con ella.

Ya no queda aquí ni un francés por la zona, se marcharon al poco de Alain. El pueblo se sublevó y se enfrentó a los soldados. Encarcelaron al nuevo capitán Charles François y al cabo Gastón Camps.

Sufrieron torturas, se lo merecían. No sé el capitán, lo conocíamos de poco, pero el cabo era un hijo de perra, violador de mujeres y de niños. Un hierro ardiendo le metía por su trasero.

No comprendía su maldad, ni por qué delató a Alain. Cuando uno de los soldados lo dijo en medio de la plaza del mercadillo, todo el pueblo se quedó frío.

Quería a Alain lejos porque era muy suspicaz y creía que sospechaba de sus intenciones. Asesinó a Alfonso para abusar de los cuatro pequeños huérfanos. ¿Quién es el soberano? El pueblo, pues decidió por unanimidad absoluta, que se quemara vivo en la plaza y así se hizo.

En cuanto al capitán François, estuvo preso varios meses. Fue humillado, ultrajado montado en una burra completamente desnudo y la gente le arrojaban piedras, lo torturaban dentro de la celda hasta que una patrulla francesa recién llegada pactó su libertad a cambio de la retirada de sus tropas en el pueblo. Así se hizo.

Desde entonces, la villa es más feliz. Pasamos un par de meses muy malos, apenas qué comer. La gente de Joaquín arrimaba comida robada de los afrancesados.

La hambruna pasó pronto y la epidemia por falta de higiene y comida está todavía presente, hay mucha gente enferma, pero somos libres. ¡Libres!

Acaricio el hocico de Canela, alrededor ladra Alain. Me concentro en mirar a los ojos de mi yegua. Necesito esa tranquilidad que ella me transmite. Estaré loca, no lo dudo, a estas alturas me creo cualquier cosa.

Alain se aleja corriendo y ladrando hacia la vega de Carmona, ¡será tonto el perro! Ahora me espera un buen rato hasta que le dé por regresar, le encanta cazar conejos. Me siento sobre una piedra mientras rompo varetas secas de los olivos.

El sonido de los cascos de un caballo despierta mi interés, mi perro a las pezuñas del animal ladrándole e intentar morderlo. ¡Este Alain! Cualquier día le darán una coz. Le encanta jugar con los caballos, más bien, molestarlos.

El jinete tiene prisa, se acerca veloz, mi corazón late cada vez más rápido porque la figura al principio dispersa e irreconocible, se va haciendo visible. Mis piernas tiemblan, como el resto de todo mi cuerpo. Mis ojos se agrandan asombrados. No me lo puedo creer, gracias a Dios que estoy sentada.

El jinete detiene al caballo y se baja en un solo movimiento. Permanezco inmóvil a que este fantasma se acerque. Si Dolores lee la mente, yo veo fantasmas, porque no puede ser él.

—¡María!

Cierro los ojos intentando comprender, relajarme y que este sueño que tengo a diario se pase. Los abro y la figura permanece quieta ante mí.

—Padre Nuestro que estás en el…

—¿Vas a rezar en vez de venir a mis brazos?

Unos fuertes brazos me recogen del suelo, porque casi me desmayo por la impresión. Es que así de pronto…

Me tapo los ojos con el brazo, todo parece real, hasta su voz.

—María, esta no es la bienvenida que yo pensaba por el camino.

—¿Alain?

El perro ladra y el hombre ríe a carcajadas.

—Te juro que jamás pensé que llamarías a un canino por mi nombre.

Lo abrazo, siento lágrimas correr por mis mejillas mojando su camisa blanca de lino. Huele a tierra por el largo camino. Un escalofrío maravilloso recorre mi cuerpo entero.

Él me riega a besos, hasta que nuestros labios se encuentran y se funden en uno salvaje y lleno de un amor invencible, por la guerra y bandos opuestos.

Me suelta con lentitud hasta que mis pies tocan el suelo, mientras que nuestros cuerpos se reconocen y se desean como año atrás.

Sus grandes manos enmarcan mi rostro, nuestros ojos se tropiezan y con nuestras miradas, no hacen falta palabras ni hechos. Nos amamos.

—Pensé que jamás volvería a verte.

—Aquí estoy para ti, para siempre.

Vuelve a besarme, entre arrumacos dice que quiere recuperar el tiempo perdido. Me hace reír, pero antes hay que aclarar todo.

Me cuenta que lo pasó mal de regreso, que gracias a «Alberto» está vivo y a que se aferró a mí para sobrevivir.

Llegó a su casa y se encontró con la noticia de que Lotti había fallecido, se había suicidado cuando se enteró de que era un prófugo por desertor.

Me abraza y me besa mientras me sonríe, esa sonrisa pícara que me vuelve… que me hace cosquillas en mi entrepierna.

—Siento lo de tu esposa.

—Gracias, era una gran mujer.

—¿Qué más te preocupa? Tu rostro te delata, Alain.

El perro cree que lo llamo y viene hacia mí, lo acaricio y el Alain humano también, de pronto se hacen amigos, como si se conocieran de siempre.

—Hoy debía estar casándome, María.

—¿Qué?

Me quiere poner a prueba, sabe que la impaciencia es uno de mis defectos.

—Llegué a un acuerdo con mis padres, volvían a aceptarme en la familia con la condición de volverme a casar. Conocí a muchas jóvenes, pero todas eran… no eras tú, María. Y aquí estoy.

Se coloca ante mí arrodillado de una pierna y toma mi mano, mientras no deja de mirarme y de sonreírme. ¿Qué significa todo esto?

—María, ¿quieres casarte conmigo?

—Alain… yo… te quiero mucho, te amo inmensamente, pero no puedo casarme. He comprendido que la libertad es muy importante para mí.

—Pues no nos casaremos, viviremos en pecado según la Iglesia.

—Eres imposible.

Me besa como solo él sabe hacerlo, dejándome caer hasta la húmeda hierba por la rociada del amanecer. Su mano viaja de arriba abajo por mi cuerpo, recordándolo, reconociéndolo.

—No me pidas que me marche porque no lo haré, María. He dejado a mi familia por ti y no pienso darme por vencido.

—¿Has dejado a tu familia por mí? —pregunto asombrada.

—Más o menos, dentro de una semana estarán aquí para conocerte. Mi hermana Eda está impaciente. Yo no podía esperar para verte y me adelanté en mi caballo. Me da igual todo, Bonaparte y Francia, España y todo lo que no sea tú. Te he echado de menos, María y no sabes cuánto.

—Yo también te he echado de menos y tampoco sabes cuánto.

Lloro y me limpia las lágrimas con sus pulgares con suavidad extrema, mirándome a los ojos y dejándome sin aliento. Con esos pulgares delinea mis labios recién besados y que siguen sedientos de él.

—Nunca has dejado de pensar en mí, lo sé, María, lo sentía.

—Un poquito pedante sí que eres.

Nos miramos una eternidad, espero impaciente a que me bese y a que se atreva a levantar mi falda, que suba su mano hacia el interior de los muslos y me haga suya.

Solo de pensarlo me entra un cosquilleo en la parte más íntima de mi cuerpo.

¿Quién me iba a decir que yo perdería la cabeza por un francés? Era escuchar *gabacho* o francés y me salía urticaria. Alain me ha enseñado que en el amor y en la guerra todo vale, más bien, que Alain todo lo vale.

Pero, ¿este hombre piensa quedarse como una estatua y dejar que mi cuerpo convulsione por él? Atrevida, paso las manos por su cuello y lo atraigo premiándolo con un beso tan arrollador que me olvido de mi nombre, del suyo y de dónde nos encontramos.

—¡Tata! ¡Tata! —se escucha a los lejos las voces de mis cuatro niños.

—¿Tata? —pregunta Alain curioso.

—Mis ahijados: Alfonso es el mayor, le sigue Pepe, Luisito y la pequeña Dolores; que tiene el poder de escuchar la mente. Así que cuidado cuando pases por su lado y estés cerca de ella.

—Me tendrá por depravado porque solo pienso en ti.

Me ayuda a levantarme del suelo y pasa su brazo por mi cintura, me acerca a él sintiendo ese calor que tanto he añorado todo este tiempo. Agacha la cabeza y me besa en los labios.

—Ahí están mis ahijados —señalo orgullosa.

—Ahí vienen nuestros hijos —pronuncia Alain orgulloso y contento—, porque siguen sin estar bautizados, ¿no?

—En ello estaba, dentro de dos semanas. Joaquín iba a ser el padrino.

—Ya no hace falta porque estoy aquí.

Los pequeños en cuanto llegan, miran curiosos a Alain, él enseguida propone un juego y ellos aceptan encantados. Dolores me observa con atención, para ser tan pequeña es muy despierta.

—¿Por qué no te quieres casar con él si lo quieres tanto?

—Pequeñuela, ve a jugar.

—Yo me casaría con él, es muy guapo y tiene un aura blanca.

¿Qué sabrá esta niña de si un hombre es guapo o no y de auras? La pícara chiquilla me coge de la mano y me lleva a jugar con ellos.

—Tata, ¿somos una familia? —pregunta Dolores cuando nos escondemos tras un olivo.

—Sí, claro que sí.

—Pues cásate con él y así seréis nuestros padres.

—Eso está por ver. Lo de casarme quiero decir.

Esta cría, ¿lo sabe todo? Tengo que pensar en otra cosa, que lee mi mente.

—Sí, tata, yo lo sé todo. Como también sé que al final, te casarás con él y seremos todos felices.

Así sea, pienso feliz mientras observo a Alain jugando con los niños. Será un buen padre. Sabía que lo amaba, pero no tanto. Curioso, porque hasta hace poco más de un año, odiaba todo lo que estuviera relacionado con Francia.

¿Quién iba a decirme que un francés se adueñaría de mi corazón? Vamos que, con toda seguridad, le cortaba la lengua al que lo insinuara tan siquiera.

Y río a carcajadas porque mi felicidad es plena. No puedo pedir más, tengo conmigo a mis cuatro niños que están muy sanos y a Alain, el *gabacho* que me ha robado el corazón.

Notas de la autora

Esta novela es muy especial para mí, porque está basada en una leyenda de una mujer valiente de mi pueblo, Arahal (Sevilla) y donde ella, María Beltrán, quería vengarse de las atrocidades que hacían los franceses en tierras españolas, pero sobretodo, en su villa.

No se ha podido probar su existencia, aunque existen dos versiones: una, que era una hermosa tabernera; y la otra, que era una mujer rica. Yo me he decantado por la segunda, al hacerla rica y viuda podía moverse por las distintas clases sociales. En cambio, si la hacía tabernera, no podía salir de su círculo y mucho menos entender a los franceses. En ambas versiones, María se deshacía de los franceses tirándolos al pozo. No se sabe qué métodos utilizaría, si los emborrachaba, los envenenaba o simplemente los arrojaba al pozo mientras los seducía. Al fin y al cabo, es eso, una leyenda popular que perdura en el tiempo, año tras año.

Algunos personajes son ficticios como Alain Meyer, mi María tenía que conocer a un personaje de la talla del capitán francés. Un hombre justo que viera la realidad y la crueldad que hacían los suyos durante la invasión.

Otros, como el cura José Garzón Grandallana, los marqueses de Monteflorido, los alcaldes de Arahal y de Sevilla, Dupont y Mortier, todos son personas que existieron en la vida real. El capitán Charles François estuvo detenido en la celda y sufrió ese tipo de vejaciones que relato, él mismo las describió en sus memorias.

Los he querido incluir y referir en la novela para dar más verosimilitud a la ficción de la leyenda, y de paso, recordar algo de Historia durante la guerra de la Independencia.

Algunos de los monumentos nombrados y calles o lugares de Arahal, existen en la actualidad, y os invito a que hagáis una visita para verlos. No tienen desperdicio; además es una localidad rica en gastronomía. Os lo digo yo, no doy fe porque entonces tendría que ser notaria, y no lo soy.

Agradecimientos

Y llegamos a la parte que más me gusta después de escribir la novela, como dice el dicho: «es de buen nacido ser agradecido». Pues allá vamos…

En primer lugar, agradecerte a ti, que has comprado esta novela, espero que la hayas disfrutado, y sobretodo, que te haya gustado y reído. Sacarte unas sonrisas contando la historia ha sido mi propósito.

En segundo lugar, a José de la Rosa y a su magnífico Máster Escritor Profesional de Novela Romántica, donde el muy canalla me sacó de mi zona de confort y me apoyó en todo momento cuando llegué a pensar que la historia no saldría a la luz. Y aquí está, gracias Pepe.

En tercer lugar, a Chary, por su santa paciencia a la hora de crear la maravillosa portada (es que soy algo… complicada), donde recrea el ambiente en la que transcurre la historia con sus olivos y el pozo tan significativo en esta novela. Te quiero mucho mi hermana postiza.

En cuarto lugar, a Paco Morillas, a J.A. Rodríguez y a Dolo por revisar el escrito cuando era un simple borrador, dándome todo el apoyo que necesitaba y algún que otro dato importante de personajes de aquella época. Encontrar el nombre del cura me dio muchos quebraderos de cabeza, tengo que decirlo, gracias a la archivera Anna. También a Mercedes L.B. ¡Qué haría yo sin ti, *amore* mío! Echándole ese último vistazo de corrección.

A mis compañeras del Máster Escritor Profesional de Novela Romántica de José de la Rosa; y por supuesto a Tami, Sara, Inma y Saray, que conocieron el avance de la venganza de María Beltrán semana tras semana. Por cierto, que tenemos una bonita hermandad las del Máster, de no conocernos de nada a ser como los Mosqueteros: ¡todas para una y una para todas!

Por último y no menos importante, a mis amigas «Las cabras mochas» y como no, a mi familia por estar siempre ahí; aguantándome todos los días del año. Pues para eso están, je, je, je.

Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este código QR con tu móvil puedes ir directamente a la valoración y comentario.

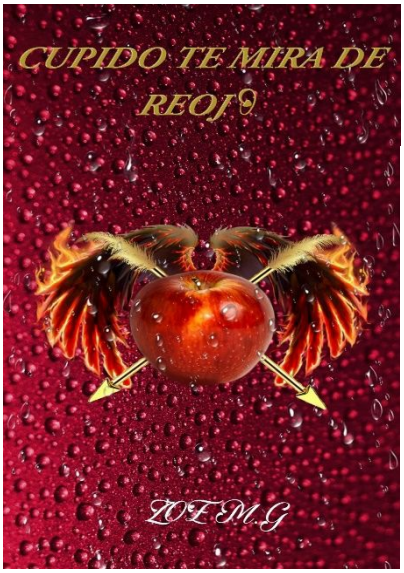


Decirte que también escribo bajo el seudónimo de Zoe M.G., podrás encontrarme en Instagram como:

zoe_m.g_escritora

A continuación, te dejo la portada y una breve sinopsis de la novela que tengo publicada.

¡Hasta la próxima! Que espero que sea muy pronto.



Silvia es una chica joven, alegre e inteligente que se muda de Sevilla a Madrid para realizar su último curso universitario de Administración y Dirección de Empresas. Necesita hacer las prácticas para obtener la titulación y encuentra una empresa donde cambiará el rumbo de su vida.

Nicolás es un prestigioso arquitecto, dueño de su propia empresa y de su regia, fría y oscura vida, con sus normas y sus reglas. Hasta que Cupido pone en su camino a Silvia, su irresistible nueva secretaria.

¿Podrá Cupido con sus flechas atravesar el duro corazón de Nicolás? ¿O por el contrario las romperá? ¿Podrá Silvia ganar el amor de Nicolás? ¿O será Nicolás quien quiera ganar el amor de Silvia?

Cupido te mira de reojo es una historia romántica, fresca y divertida donde se enfrentan el amor y el sexo. Una historia que no se podrá olvidar.